

ROSA BAZAN
DE CAMARA



P O Z O D E

B A L D E

COLECCION LA CIUDAD DE LOS NARANJOS

Si habíamos de enorgullecernos por el lugar que en el ámbito de la cultura han llegado a ocupar nuestras letras, no es menos cierto también que, sabedores del valor de las mismas, nos dolía profundamente la imposibilidad de darlas a conocer, con el agravante y riesgo de la pérdida de algunas obras, desaparecidas ya de las bibliotecas más importantes de la provincia.

Pero he aquí que un inesperado impulso en el cuadro de estas preocupaciones -sin estridencias y con la firmeza de los gestos que atan a la tierra natal- vino a hacer posible lo circunstancialmente imposible.

... Y, es así que aparecieron una treintena, o más, de obras que revisten en la categoría de Clásicos Riojanos (de ellas fueron seleccionadas doce) que se imprimirán a razón de una por mes e integrarán la presente Colección bajo el título de «La Ciudad de los Naranjos» con todos los hondos significados que, para las vidas personales y colectivas, esta nominación evoca.

Y en cuanto a los autores de hoy, estarán presente mediante concursos sucesivos en los distintos géneros. De hecho se prevé también, con el producido de las obras a publicar, la creación de un fondo permanente de largo aliento al servicio de la cultura de nuestro pueblo.

Sin lugar a dudas constituye un hecho único en la provincia, y quizás en el país, que una Biblioteca popular independiente, centenaria ya -como lo es la Biblioteca Mariano Moreno- se lance a una aventura editorial tan importante.

Figurar en la Colección «La Ciudad de los Naranjos» será un orgullo para el más exigente de entre los mejores escritores riojanos.

Pedro A. Maldonado

ROSA BAZÁN DE CÁMARA

EL POZO DE BALDE

Tragedia de Los Llanos de La Rioja

Novela

COLECCIÓN
LA CIUDAD DE LOS NARANJOS
TOMO - IX

EDITORIAL CANGURO
BIBLIOTECA POPULAR MARIANO MORENO

© Copyright 1999.
I.S.B.N. 987-9047- 89-3

Diseño de tapa:
Pablo Biolatto

Ilustraciones:
Pedro Molina

IMPRESO EN ARGENTINA

El Pozo de Balde

Conceptos del Dr. Bernardo A. Houssay
acerca de esta obra

EL POZO DE BALDE es un fuerte y vigoroso drama, en el que las pasiones humanas se desatan con la misma violencia fatal que en las tragedias griegas.

Costumbres feudales y ambiente primitivo, en el que la tierra influencia y moldea las almas y las vidas, herencia de raza, explican los caracteres de sus personajes principales, de pasiones violentas y reconcentradas, en cuya mente fermentan y al fin estallan violentamente los celos, el amor, el odio y la superstición.

Sólo una riojana y una gran escritora pudo escribir tal obra. Ha tenido un indiscutible acierto en elegir un tema regional; su lenguaje es típico, las descripciones primorosas y ricas en colorido.

Como mujer y por lo tanto profundamente intuitiva, comprende y desarrolla magistralmente el drama psicológico de los celos en un ambiente al que la vinculan su origen, sus recuerdos, nostalgias y tradiciones.

Para escribir tal obra es preciso conocer los temperamentos humanos; bien sé que usted es estudiosa y observadora.

Para escribirle estas líneas carezco de autoridad en la crítica literaria; sólo me permito invocar la simpatía que me despiertan su clara inteligencia y su fino temperamento de artista.

A mi juicio, su obra es un modelo entre las novelas argentinas, las de índole dramática y las de tema regional.

Un importante comentario sobre
«El Pozo de Balde»

En ANALES MEDICO-PSYCHOLOGIQUES DE PARIS, *Bulletin Officiel de la Société Médico-Psychologiques de Paris*, N^o 3. Octubre de 1936, pág. 534, dice el profesor P. Carrette:

El profesor Fernando Gorriti, da la denominación de «Baldeísmo» a un trastorno particular de la personalidad, que no es un desdoblamiento real, ni una manifestación de ambivalencia, sino una deformación especial consistente en una dualidad de comportamiento que determina condenaciones violentas y amplios perdones, deseos apasionados, menosprecios, concupiscencias y desinterés, indignación y comprensión, llegando a la impotencia y a la angustia, después de la desesperación, y aún al suicidio. Este estado es el indicio neurovegetativo y glandular, de una extrema susceptibilidad respecto a modificaciones fisiológicas las más ligeras; El baldeísmo es, para Gorriti, una contradicción psicológica y orgánica que puede ser incorporada a la constitución histérica. La psicoterapia no puede ser eficiente sino asociada a la opoterapia, a los reguladores del sistema nervioso, a los cuales el autor cree deber añadir la medicación infinitesimal por los metales y las plantas.

¿Por qué dar este nombre de Baldeísmo a esta dualidad psico-orgánica? La idea viene del análisis de una novela de Rosa Bazán de Cámara, «EL POZO DE BALDE», evocada por Gorriti es una sesión de la Sociedad Argentina de Psicología. «EL POZO DE BALDE» describe, en el personaje del Chileno, el tipo psicopatológico visto por el autor. Desde el punto de vista etimológico es evidente que ello no significa nada, pero en el Bovarismo admitido hoy por todos, la relación entre el sentido de la palabra y su origen es idéntica y no se ha encontrado otro término para designar el romanticismo sentimental, la necesidad de evasión y las consecuencias que ella comporta.

Es necesario dar a la autora de «EL POZO DE BALDE» la misma importancia que a Flaubert. Su justificación no está en la lógica de lenguaje, sino en el talento de un autor para el cual la vulgarización de la expresión puede ser en estos casos excepcionales un legítimo y universal homenaje.

Prólogo

La autora de esta novela es una de las más notables escritoras de la lengua castellana y es mujer, a la vez, de cultura y cualidades sobresalientes. Toca al prologuista, apenas, la labor de recordar estos merecimientos y la de hacer una a manera de exégesis de la obra que sirva de explicación de la misma.

La acción de esta novela se desarrolla en La Rioja. Sus personajes, las costumbres relatadas, hasta el asunto -real y vivido en sus líneas generales-, en La Rioja ha sucedido. En la misma Rioja, en su capital, nació de distinguida y noble familia Rosa Bazán. Allí, vivió en las estancias que su padre poseía, entre esos hombres que ahora nos describe, oyendo las leyendas y consejas de que se va a valer en el libro. Y escuchará muchas veces, repetido con religioso respeto, el relato de la mujer desdichada, cuya figura se ve avizorar el horizonte, de pie sobre la loma, con la negra cabellera al viento, que lía las formas con la saya blanca y larga, sobre el fondo adusto y mudo del Famatina.

En La Rioja nace Rosa Bazán, y se educa en Córdoba, en el colegio de Esclavas del S.C. de Jesús. Ya en la biblioteca de su tío, Monseñor Abel Bazán y Bustos, había leído ansiosamente las obras maestras allí reunidas. Los estudios secundarios los hace con el Dr. Villalba, y sigue, luego, un curso intensivo de Mitología, Filosofía y Literatura,

con el doctor P. Max Sheurer.

Su espíritu, cuyas cualidades ha desarrollado eminentemente esta sucesión de estudios, se manifiesta pronto como lo que ha de ser: como un enamorado de la cultura y de la belleza. Abarca las manifestaciones más diversas; dedica atención a la música y a la escultura; parece que, al fin, la pintura va a sumarla a su culto cuando obtiene por dos veces el primer premio de «Naturaleza Muerta», en los cursos de la Academia Nacional de Córdoba, dirigida a la sazón por el notable artista Emilio Caraffa. Pero su sensibilidad no podía someterse a la limitación que la materia impone; precisaba de mayor amplitud de expresión, y es en las letras bellas, y en las sabias -de ello tiene ejemplos característicos, sancionados por la crítica científica-, donde ha de venir a fijarse su actividad definitiva.

En tiempos relativamente próximo, pero que aparecen lejanos por la diversidad de apreciaciones en la manera de entender la vida, Rosa Bazán, arrostrando la crítica con la valentía de todo precursor, se lanza a la tarea de intensificar el desarrollo artístico e intelectual de la mujer. Es en 1919, cuando funda un curso de «Perfeccionamiento literario de la mujer argentina», en el que se facilita el estudio de la estética y la literatura griega -a lo que no se presta atención, antes, olvidado está, en nuestros colegios-. A propósito de esos temas diserta a poco en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que ninguna mujer había ocupado antes la cátedra. En el Instituto Popular de Conferencias, «La Prensa», es también la primera mujer que habla, y lo hace acerca de ese mismo asunto: «El patrimonio dramático de la epopeya helénica». Al inaugurarse el teatro Cervantes, le cabe el honor de dar la conferencia inicial y es el tema: «El alma del Quijote». De este mismo asunto se ocupará a poco en el Ateneo Ibero-Americano. Y también de «Cervantes y su obra», trata la conferencia dada en la cátedra de la Universidad de Córdoba. Y aún, en los teatros de Salta y Rosario, se ocupará de nuevo de Cervantes al estudiar «Todos los géneros literarios en el Quijote».

En el Centro Naval da lectura a su «Estudio sobre la personalidad del general Mitre», con tal aplauso, que es considerado como «la glo-

ría más pura de la mujer argentina» por la Comisión de homenaje al prócer, y se acuerda depositarlo en la piedra fundamental del monumento a erigirse, lo que se realiza en la solemnidad en que es colocada esa piedra.

De «Aspiraciones sobre la historia americana», habla en el Congreso Americano de la Historia. En el Centro de estudios religiosos diserta también, y lo hace a propósito de la «Importancia de la literatura griega». En 1920, en el atrio de la iglesia de Santo Domingo, pronuncia una oración acerca de Belgrano. Y habla de Juan de Garay en la Facultad de Ciencias Económicas, como en la de Ciencias Exactas del «Espíritu y rostro de Buenos Aires».

En la Casa de Galicia lleva la voz en el homenaje a Benavente. En el Club de Progreso estudiará la labor del dramaturgo en una conferencia: «Benavente y su obra». Recientemente ha tratado de «La intuición y los sofismas del corazón», con aplauso de la crítica científica, especialmente.

Libros, tiene varios. «Prados de oro», «Collar de momentos», «Estudio sobre la personalidad del general Mitre», «La hija del siglo» y «Tragedias y almas». Y tiene uno más, compilación de sus conferencias cervantinas, que se denomina: «El alma del Quijote, y que ha sido prologado, nada menos, que por Adolfo Bonilla y San Martín, el continuador de Menéndez Pelayo, polígrafo eminentísimo también, del que se esperaba la superación del maestro, y cuya esperanza frustró la muerte prematura de Bonilla.

La cátedra, el periodismo, las conferencias, el estudio constante y asiduo, llenan más que cumplidamente la vida de esta mujer ejemplar, que muy justamente puede señalarse a la admiración y al respeto de sus hermanos de pueblo y de raza.

* * *

Lector, esta novela lo es, en parte. Hemos apuntado más arriba que la autora se valdrá en esta libro de las gentes que la rodearon, de las leyendas y consejas escuchadas; de aquella, principalmente, de la

mujer que aparece sobre el fondo adusto del Famatina. Y así es. Los personajes han vivido y sólo los nombres son distintos.

El Cachiyuyo; Mabel, la triste y desventurada Mabel, enamorada de su marido y a la que las circunstancias harán aparecer como adúltera. Luciano, con sus acentuados rasgos masculinos, sus pasiones fuertes y rudas. El indio Panta, taimado, artero, causante directo de la tragedia; el Yago, que tal es su definición, del desdichado Luciano, vivieron. Como ellos otros muchos de los personajes que acompañan este cuadro, vivieron igualmente. La acción, la tragedia, es real en sus líneas generales y esenciales, que la autora no ha intervenido aquí más que para dar forma literaria a los acontecimientos, para tejer los trozos necesarios, precisos al desarrollo de la trama novelesca y hacer, al narrarla, la obra artística en que se transforma la ruda leyenda.

Y como es cierta la sucesión de acontecimientos, como ellos ocurrieron realmente, y como la autora debe describirlos con justeza y relieve primorosos, logra darles la sensación de vida, la intensidad de relieve que poseen los problemas, los cuadros y las escenas, plenas de realismo que ante tí, lector, van a desfilar. Sus pasiones, sus actos todos, nos sujetan fuertemente al libro.

Mabel y Luciano pudieron, debieron ser felices. Todo se conjugaba para ello y fueron, no obstante el conjunto de signos fastos que acompañaron a su matrimonio, profundamente desdichados. ¿Causas?... En el libro, como en la tragedia griega, la fatalidad actúa; el sueño de Mabel antes de casarse la señala ya. Como en Otelo, para que la fatalidad se cumpla, existe el falso amigo, simbolizado aquí en la persona de Panta, el servidor aparentemente fiel. A sabiendas de la infamia, la realiza, fría, tenaz y meditadamente. También él provocará la apariencia de la falta, con caracteres tales de su existencia, que el conflicto se produce al cabo. Y sueltas, sin freno, las pasiones fuertes de aquellos hombres, el desenlace alcanza las proporciones de dramatismo que caracterizan la tragedia. Rotas sus vidas, arrastrará él la suya, desengañada y amarga. Ella será aquella mujer que, sobre la loma avizora el horizonte, con la negra cabellera al viento, que lía las formas con la saya blanca y larga sobre el fondo adusto y mudo del

Famatina.

Pero si la fatalidad es actora principal, a la que Rosa Bazán hace hábilmente intervenir, la tierra, con sus consejas, con su tradición, con el peso aplastante de la costumbre ancestral, ejerce también una influencia poderosa que unida a aquélla, pone toda esa fuerza, dominadora, invencible, al servicio de los acontecimientos. Como Pereda en «Peñas Arriba», hace aquí la autora que la tierra actúe sobre sus hijos, los domine también y los lleve inermes a su triste destino.

Dijimos al principio que Roza Bazán tiene un fuerte temperamento de artista, y lo demuestra en este drama, no sólo en la armónica estructuración de la novela, sino en la serie de cuadros de vívido color que frecuentemente traza. Las descripciones de paisajes y lugares, las de costumbres y caracteres, le dan ocasión e componer, ya páginas de íntima y sentida poesía, ya otras de observadora penetrante y sagaz. Las deducciones que, a veces, como al descuido, sobrevienen, acentúan esas características. Una de las descripciones que bastaría, sola, para acreditar las dotes descriptivas de un escritor, es la del baile de la Gitana, el día de la boda de Mabel y Luciano. Tenemos en la novela otras muchas, tan bellamente vistas y relatadas, aunque no de la misma brillantez de colorido, de vida, de acción, de movimiento. Las de lugares de aquellas tierras, tan amadas -lo demuestra bien-, son de una precisión, a la vez que de una tan acentuada poesía, que cautivan al que lee.

Bellísima novela y perfecto estudio, a la vez de aquellas costumbres, de aquellos paisajes de La Rioja nativa, que prestan a la autora toda su emoción, que ella traduce primorosamente y nos transmite con toda su intensidad, con todo su perfume.

El Bachiller Carrasco

Buenos Aires, agosto de 1934.

Al Lector

Transfigurar las cosas vulgares, los destinos crueles, los dolores mudos, en gloriosas urdimbres, en doradas hebras de ilusión y de luz, es el destino del poeta -dice Concha Espina-. Pero no siempre responde la capacidad al deseo, como lo prueba este POZO DE BALDE, tumba oscura y olvidada, de amores y crímenes, que no lleva otro blanco que el describir aquellos lugares de los llanos de La Rioja, mi patrio nido, donde un hálito trágico semeja respirar en su extensión desolada.

Las páginas de esta novela son de evocación de la naturaleza prodigiosa de los campos de La Rioja, donde el llano, la montaña y el viento, engolfan la profundidad del secreto de la vida. Distan infinitamente estos llanos, montañas y vientos de otros de la República. Tienen otra manera de ser. Las montañas del Sur son tan altas y lejanas de la vida que el espíritu, ante ellas, se siente como desprendido de la tierra: todo parece muerto; hasta el aire se diría que no vibra. Las montañas de Córdoba, bellísimas, pero accesibles al hombre: bonitas algunas, alegres, un tanto frívolas. Las montañas de La Rioja son abruptas, hostiles, llenas de luz y de sombra, enturbiadas de brumas arenosas que arden enrojecidas a los soles cálidos, contagiando el alma de sus contrastes turbadores.

En esta novela puse el deseo y cuidado de sintonizar toda esa voz

secreta de la naturaleza que se insinúa trágica en el alma de sus personajes. Almas simples, llenas de prejuicios y de pasiones primitivas, trastornadas o calmadas por el sentimiento profundo, supersticioso y agorero que forma la base de la vida de todas aquellas gentes ingenuas, que se agitan en quien sabe qué tortura misteriosa del fondo nativo de los llaneros a mediados del siglo XIX. Ensueños y cavilaciones de gentes desaparecidas.

He agrupado en POZO DE BALDE, hijos riojanos, absolutos o tímidos, orgullosos o emotivos, fundidos en el supersticioso asombro. He tratado de dar plasticidad a la verdad de su superstición. La Vieja Nicasia nos inicia en la vida interior de patronos y peones. Sin ella, sin sus secretos mágicos y sin el «Pozo de balde», Tama, El Carrizal, Los Quebrachales, Los Llanos, no hubieran vivido al mismo tiempo bajo el influjo de un hechizo fatal.

* * *

Por tí, madre querida, he escrito este libro; gracias a tí, con tus narraciones interesantes -aunque arrancadas a la fuerza- he tejido mi asunto. Cuántas veces he luchado con tu memoria y con tu deliberada voluntad de no informarme, por miedo de que en las páginas de ese libro asomaran nombres de personas conocidas, o que aun vivieran sus descendientes.

No, no temas, madre adorada; los personajes no existen ya, ninguno de ellos nos llega de cerca; no olvides, madre, que para analizar es necesario estar impasible; que el afecto no vele la visión de las cosas y no sintamos destruirlas o destrozarlas a medias bajo el calor de la pluma. Tú fuistes mi mentor en este largo viaje a través de nuestros campos, madre, donde tú y yo hemos dejado en alas del tiempo trozos de nuestra vida, de alegrías y dolores que seguramente flotan todavía en la brisa cálida alrededor de nuestras montañas y de nuestra lejana tierra, donde se alza gigantesca y noble la sombra amada de mi padre. Cuántas veces, al escribir estas páginas, lo he visto, en la evocación, cruzar altivo y sereno aquellos campos abiertos al surco y flore-

cidos en las primaveras a fuerza del poder triunfante de su brazo y de su voluntad heroica; y él también, madre, nos contempla y nos escucha...

Rosa Bazán de Cámara.

Introducción

Luciano de la Vega

Finalizaba el último día del Carnaval de 1862. Una gran cabalgata recorría las tortuosas callejas de Tama -provincia de La Rioja- envuelta en polvo y en serpentinas. De un lado a otro, se lanzaban ramos de albahacas, y chorros de agua florida de los pesados pomos, entre gritos y cantos regionales.

«Un indio chumao, ¡ay! vidalítá, por el Carnaval», cantaban con voz cascada los guitarristas a sueldo.

Toda Tama vagaba a caballo.

En ese momento se elevó del lado del poniente un torbellino de polvo, y una algazara comunicativa se generalizaba a la vista.

– ¡Los Cazangateros! ¡Los Cazangateros! -exclamaron todos, por grupos, como explosiones de un reguero de pólvora.

En efecto, eran ellos. Llegaban en medio de cantos y vivas, a festejar con los tamistas el Carnaval. Y en el acto fue un remolino de hombres mujeres chasqueando sus caballos, no faltando al tumulto voces y manos para las serpentinas. Después de la algarabía del encuentro entre los vecinos, en que tropezaron unos en otros, se hizo el silencio para luego alzarse un confusísimo rumor.

«Un indio chumao, ¡ay! vidalítá, por el Carnaval», rompieron con voz ronca los acordeonistas que hacían punta en la cabalgata.

Poco a poco, los grupos se desovillaron en una larga fila de pare-

jas, al galope, en dirección a «La Quebrada». Los cascos de los caballos se metían en las huellas dejadas por los que iban adelante, formando una sola nube de polvo. El viento ahuecaba los negros pollerones y las blusas claras de las Amazonas.

Luciano, que iba en medio de la caravana, detuvo la vista en la mejor moza de a caballo y se encaminó a buen trote hacia ella. La Amazona y su airoso tordillo parecían de una sola pieza. Iba el corcel orgulloso y grave. Luciano, resuelto, se acercó a ella, adivinando quién era, y quedóse deslumbrado por el resplandor en que lo envolvieron aquellos ojos de mujer. Incluyó la Amazona la cabeza, respondiéndole con gracia al saludo. Sus cabellos color bronce, se escapaban en rizos, como burlándose de la solerita blanca, de tiras bordadas, que oprimía cariñosamente el óvalo de su rostro. Su gran pollerón negro caía hasta la panza del tordillo, y la fina silueta se perfilaba en el fondo gris del ambiente.

Como ella sonriera. Luciano apareósele con su caballo, fingiendo naturalidad. Jamás había visto una tez más morena y aterciopelada, ni ojos tan verdes como aquéllos, que parecían de cristal cuando la luz los hería. Corrióse el chambergo hacia la nuca, y dándose una palmada en la frente, quedó absorto su ingenio y sin acertar a hablar. Pero una curiosidad intensa le atenaceaba. ¿Qué respondería ella? ¿Cuál sería el timbre de su voz? Y aquel deseo profundo, casi doloroso, le dominó. Muy suavemente, pidió con interés:

– Señorita, ¿me permite ir a la par con usted y que lado a lado vaya la nube con el sol?

– Gracias, caballero -respondió ella-; ¿es usted, no lo dudo, Luciano de la Vega?

– Usted lo ha dicho- contestó, y sus ojos se encontraron.

Luego, partieron al galope, confundidos en la cabalgata que desaparecía detrás de una loma, entre la sombra desteñida del crepúsculo.

Luciano de la Vega, un joven como hasta de veintiséis años, de tipo atlético y de sensualidad avivada por el uso del caballo y de otros ejercicios corporales, vivía en unión de sus padres en aquella casona de la familia de la Vega, -uno de los tantos cubos dispersos sobre la calleja principal de Tama- que miraba a la Sierra Grande como un rígido observador de su aspecto y semblante. Cuatro planos verticales pintados de azul y una o dos ventanas de rejas negras: ¡Era el orgullo del pueblo!

Los de la Vega descendían de sangre azul, según aseguraban sus antepasados, y su nobleza la hacían muy rancia; pero por las mudanzas de la fortuna, sólo alcanzaron a heredar aquella casona en que vivían, y alguna chafalonía y muebles antiguos. Esta historia de nobles españoles trasplantada a la extraña y lejana villita riojana, realizaría en Luciano el fruto de los esfuerzos de varias generaciones de antepasados. Lo que sí, como el mal se pega más que el bien, este heredero universal sólo llegaría a poseer de la opulencia y regala de su casta, apenas lo que un hidalgo de gotera.

A la sombra de su apellido se crió el heredero en la villa. Fue desde pequeño de recia complexión, aunque sin garbo en los movimientos: de natural bueno y generoso, sin la ponzoña de los vicios; pero, por una propiedad de su temperamento reservado y poco sociable y falto de humor, estaba sujeto a contradicciones o incoherencias en su vida afectiva, que lo volvían colérico de pronto. A pesar de los años de colegio en Córdoba, y de que su voluntad le imponía el deseo de mejorarse, no siempre llegó a dominar sus ímpetus. Remataba en un santiamén sus negocios y en poco plazo arrancaría las raíces de un amor que se le hubiera vuelto infiel. Se pagaba de que se le creyese capaz de regir la pasión con la razón; y de hacerla de cera y pábilo. Le enojaban y causaban tedio la pereza y resignación de aquella sociedad provinciana, que sólo buscaba consuelo en la paciencia, levantando los ojos al cielo. Esta idiosincracia fatalista de su pueblo le indignaba, a veces, hasta más no poder, y retrayéndose entonces en su huraña de hidalgo pobre, se abandonaba a locas esperanzas de poderío y riqueza, porque ocul-

taba, en su espíritu ambicioso, fermentos y ansiedades de libertad y de dinero.

Esta mujer de la cabalgata era Tola Ontivero, a la que le daban por duplicado el nombre de Gitana. Era huérfana de padre y madre y vivía solitaria en una estanzuela entre Malanzán y Tama. Las gentes de aquellos lugares la hacían hija de una que ellos creían gitana, de una intrusa que apareció en el pueblo y a la que don Julián Ontivero, dueño del «Carrizal», después de algún tiempo, le dio su apellido. De esta unión nació la niña, que vivió siempre bajo la sospecha de bastarda. Desde muy chiquitina se la acostumbió a andar sobre la grupa de los caballos y a meterse en las faenas campestres: la criatura fué, para «El Carrizal», un tesoro.

Por su vida ruda y aislada y sin raigambre en los prejuicios de los tamistas, éstos la rondaban con temores y desconfianzas, minábanle la honra y la buena opinión, contando sus pasos y procurando saber sus entradas y salidas. Era tan descosido lo que se decía de Tola Ontivero, que a Luciano -vuelto ya de Córdoba-, le entraron ganas de conocerla, atrayéndole fuertemente su simpatía... y el afán de saber cómo era, llegó a constituirle una punzante obsesión.

Desde este encuentro con la mujer de a caballo, el heredero de la Vega iba y venía continuamente del «Carrizal» a Tama... y, según indiscreciones anecdóticas, no se apartaba de su lado, y la imaginación de las gentes se lo representaba como atado a su custodia o como paje tras su reina.

Una infinidad de leyendas se tejieron sobre los amores de Luciano con la hija del limoso riacho, donde la maledicencia y la calumnia se hilaban por mucho en la madeja.

Se chismorreaba y se espiaba, pero a derechas nadie decía palabra verdadera. Todas las miradas estaban fijas en la Gitana, de quien no se alejaba Luciano, porque la ausencia es muerte, quizá. Era Tola la piedra del escándalo en Tama cuando salían en público juntos y todos los labios se vengaban llamándola «la esposa de la mano izquierda». Todos, por lo bajo, la maldecían, era el padrón de ignominia de aquella sociedad gazmoñera.

Aun cuando Luciano desconocía el sentimiento grande en que el corazón se abisma, se podría decir que sus amor por la Gitana tenía la apariencia de inamovible. Había ignorado hasta entonces el poderoso sentimiento transformador, y siempre se sabía superior a su pasión, porque estaba seguro de domarla. Este voto secreto de su carácter ataba la curiosidad de las gentes de los Llanos, las cuales, por indagar, eran un deshacerse en cien ojos y otras tantas orejas para penetrar lo más oculto de aquel idilio... De este modo Luciano y la Gitana anduvieron de boca en boca como un rezo de vivos, en el mundillo de Tama.

Este afán de Luciano por la bella del «Carrizal», nacido bajo los disfraces de Momo, y que a la primera mirada fulguró como una chispa, fue adquiriendo fuerza a pleno aire, en la libertad de los campos.

El medio hostil realzaba a la Gitana en la mente de su enamorado, y le estimulaba y atizaba su herida amorosa. Por su parte, ella, tocada de vanidad, publicaba y se holgaba de que supieran y estimaran sus amores las gazmoñas de Tama, y sobre todo, las niñas que se andaban a trasperder por Luciano. No buscaba la Gitana sólo un triunfo de mujer, porque amaba; en el fondo de su conciencia, alimentaba la esperanza de ser algún día la esposa de aquel muchachón de hombros anchos y fuerte musculatura. Ya los lugareños ponían en cuento de hablillas y consejas el que se saliera con la suya, y hasta había empezado a respetar este lazo, diciendo que «así en ella como en él era cosa muy seria». Pero en los problemas del corazón es muy complicada la madeja, y suele Dios tender la red cuando más embelesados estamos, y la alegría muchas veces se agua y se caen al suelo los ojos!

La Gitana era muy bella y no faltó en la mozada tamista quien conviniera que la Tola tenía «aire». Muchos la deseaban y a Luciano le temblaba la barba ya, desconfiando de la Gitana. No las tenía todas cabales y decidió no apartarse de su amante hasta el punto de parecer la sombra de ella, solícita y vigilante. Así corrieron los días y los meses... Hasta que en uno de esos momentos de intimidad,

reclinando la cabeza sobre el pecho de la amada, alzó los ojos y sorprendió sus lágrimas. Luciano al sentir sobre su mejilla este lloro desconocido de la mujer amada y de la que exigía fidelidad sin tacha, por uno de esos altibajos de su pensamiento, que siempre estaba pronto a la desviación de su curso y encadenamiento de las asociaciones lógicas, pensó que la Gitana sufría el secreto conflicto que delataba la presencia de un enemigo que combatir, y con sólo esta suposición, sintióse agraviado, herido en su orgullo, en ese mal que le llevaba a modelar sus emociones y su vida entera en moldes falsos y simplemente imaginativos, ejecutando actos incomprensibles y actitudes inesperadas, que lo convertían en dogmático y cruel.

- Culpas ajenas o propias deben sacar esas lágrimas -dijo-, o han de ser piedad cristiana que te las hace salir devotas. Di ¿por qué lloras?; no me condenes, ¡contesta!... Mira que agua en los ojos es querer apagar el fuego del pecado...

- No lo se- repuso ella-; sólo podría decirte que sin querer vienen de mi corazón hasta mis ojos, como una lluvia dulce y calmante para este amor mío, grande y torturador. No lo sé, Luciano; ¡no podría decírtelo nunca!...

- Perdóname, Tola -repuso calmado-. Pero en tus lágrimas he creído ver un sentimiento muy oscuro que no comprendo del todo. Me queman tus lágrimas y me enciende un desconocido rencor. Dime, ¿por qué lloras? Dímelo tranquilamente: ¿qué motivos tienes de pesar?...

- Luego, sombrío, mientras se enderezaba tomándola de las manos, insiste: -Tola, escúchame. Ven aquí cerca, que te vea bien en los ojos, así. ¡Habla!... No, no me digas nada. ¡Cállate! -Tola lo miraba asombrada, no comprendiendo la expresión extraña de Luciano. Este le pregunta ex abrupto, con voz autoritaria: -Dime, Tola, ¿quieres al indio Vera?... Ya... ya... ¡Qué pregunta! ¿Sí?... responde tranquilamente: ¿sí o no? ¡Tu secreto es éste! ¿Por qué te digo estas cosas? -Tola hace acción de hablar, pero no le da tiempo, y él solo se contesta. Alza las manos, hace gestos, abre la boca, pero no le deja hablar; tal es la agitación de Luciano.- ¡Querías decirme que eres

santa, que no te gusta Nicasio Vera! ¿Qué le decías ayer cuando te bajó del caballo? ¿Por qué te pusiste roja como tu blusa cuando yo me acerqué? Dirás que nada, ¿verdad? (con cinismo). ¡Son ustedes tan angelicales! (Luego, ensombreciéndose).- Dilo, pruébalo. ¡Oh, ya me lo imaginaba! Estoy harto. Tola; si tú crees que no entiendo tus embustes, tus tapujos. Júralo por tu madre que me eres fiel. ¡Júralo! ¿Qué, no te animas? (La sacude de los brazos con furia). ¡Embustera, como todas las mujeres de tu clase! (Tola solloza).- ¡Ah, lo confiesas! Ahora ya... ¡Ahora sabré a qué atenerme! (Furioso): ¡Fui demasiado tonto creyendo en tus patrañas! ¿De dónde vienes cuando llegas a tu casa anocheado siendo el comentario de tus peones? ¡Dilo! ¡Hembra al fin! (Sigue llorando la Gitana y luego un gran silencio). En el alma de Luciano se enciende la llama de los celos: cree a la Gitana disimulada y hábil y piensa que sus lágrimas son para encubrir sus intenciones. El ha creído ver bien una llama en los ojos de Nicasio Vera. Tola es mujer hermosa y capaz de hacer perder el seso a cualquiera, y la ve allí, toda entregada a él, entre sollozos, que no le permiten explicarse. El temperamento de Luciano asoma en tormenta a sus labios, que insultan, y se defiende como puede de un mal fantástico, que su imaginación cree sentir y casi afirmar.

– Mira, Luciano -exclama ella- mis lágrimas son causadas por mi amor; lloro porque te amo, ya te lo he dicho, sin explicarme por qué... (Luciano se apacigua un poco y luego parece reflexionar).

– Sí... es verdad, soy loco; pero ¿te parece que una mujer debe estar con esas monerías con cualquier gaucho, delante del hombre que la ama? Si tú quieres engañarme, te equivocas, y a lo mejor no es tu intención; pero los hombres somos animales perversos y nadie resiste a un mal pensamiento; luego una mirada, un roce cualquiera, es suficiente; la llama está encendida; lo demás viene solo, y en cualquier momento, cuando yo no esté; la soledad, el campo, qué sé yo, todo lo que influye en el ánimo; y, de repente, todo lo que influye en el ánimo; y, de repente, todo se hundió y yo seré... seré como tantos otros... No, esto no; primero todo, antes que ser tu

risa, ¿has oído? Tú y ese negro imbécil no se reirán de Luciano de la Vega, ¿has comprendido? Lloro, sí, lloro; esto es tu confesión... (Luego, como volviendo en sí).- Soy un loco, Tola; olvida y no he dicho nada... Estoy trastornado; ya sabes tú, ya me conoces, me pongo fuera de mí cuando creo que me engañas. No puedo soportar el engaño. ¡Oh, el engaño, qué horrible infamia! Pero tu no eres así ¿verdad? No, tú no me engañas, tú no debes engañarme...

La Gitana se abraza a su cuello y quedan así unicos en el silencio de sus bocas juntas...

Sin embargo, y a pesar de esta escena, un pensamiento de duda empalideció el rostro de Luciano, hundiéndosele la mirada con turbio desaliento; y sin saber por qué misterioso resorte, tuvo la certidumbre de que la Gitana no decía la verdad. Estas lágrimas fueron como la marca de fuego en su espíritu, prevenido ya por las cartas y bromas de los amigos, que le auguraban malos ratos en su pasión.

Característica de Luciano era la falta de lógica en sus ideas cuando éstas eran trastornadas por una pasión. Quizás la exuberancia vital le llevaba a la conversión de sus emociones en procedimientos apasionados, hijos a veces de la cólera; quizás por eso mismo su inteligencia no volvía reflexivamente sobre sí, ni su imaginación representaba con justeza la imagen de los hechos, sino que los reformaba y coloreaba a su antojo, teniendo siempre respecto de ellos una especie de ceguera.

Desde ese día, sin poderlo remediar, traía Luciano un infierno en el pecho. Para mejor, a los pronósticos y chanzas que siempre se cambiaban entre sí los jóvenes tenorios del lugar, nunca como ahora Luciano les había dado orejas y prestado atención. Las burlas se vuelven veras -se decía- en lo que me auguran: si no, ¿sobre qué cosa hizo el llanto la otra tarde? ¿Quién lo duda?...

Mientras tanto, Tola Ontivero ignoraba, como ignora el ariete que va a aplastar la hueste sobre la que ha de caer, que en Luciano se había operado una transformación sorda, invisible, en su estado afectivo, propio de su temperamento contradictorio e incoherente. Su mal innato asomaba la cabeza.

Ella no sospechaba siquiera que el ángel de luz se había transfigurado un ángel de tinieblas. Y para mejor, la mama Nicasia -adivina del lugar- la había obligado a acompañarla por tres días para buscar los yuyos necesarios a sus hechicerías, en el más perfecto secreto. De darle mala espina la cara de Luciano, se hubiera trocado de mujer en piedra antes de ausentarse de su estanzuela, después de lo sucedido, que fue el rayo del cielo, de ese cielo que para ella estaba tronando y relampagueando y parecía que se hundía, talmente la atemorizaba la conducta de vida culpable que, según su conciencia, ella llevaba.

Bien pronto Luciano descubrió la ausencia que ya sospechaba, y una mañana se plantó de improviso en la estancia. No halló a otra gente que la sirvienta, en la faena de charquear una cabra.

Didiana, que así se llamaba la negra ladina, ni bien divisó al amo, con turbación y casi fuera de tiento y medio atolondrada, le dijo, como para salir del apuro:

- Apíese, niño, pa que tome un mate...

- ¿Y Tola? No está, ¿verdad? -preguntó afligidamente y con desconsuelo, Luciano.

- Se jué pa arriba -aseguró con vacilación la mujer; - se jué el sábado y ya no más hai volver...

Nada respondió Luciano: pero su rostro volvióse de cera; confirmando en su corazón la sospecha. Y cerrando el juicio al consuelo, no paró mientes en la letanía de razones con que la criada picotera trataba de ablandarle el enojo. Dio vuelta su caballo y partió al galope.

* * *

Como siempre, la verdad que se ignora es cosa vana y no aprovecha a nadie. Luciano, por ese espíritu de propiedad y posesión que lo dominaba, no soportó la ofensa y rompió las ligaduras. A su orgullo le dolió más que a su corazón por el engaño, y se decía: ¡Nunca lo hubiera sabido y a no mediar aquella casualidad, todavía esta-

ría inocente!

En este dolor de hombre sangraba su amor propio. Ser rechazado por ella y, sobre todo, saber a otro en su lugar -según él creían- eran banderillas de fuego para su orgullo.

Amaba como el dueño absoluto, que se inclina hacia la dueña de su voluntad, sin enajenar del todo su corazón. Era de los que poseen una mujer lo mismo que una finca o un apero; y si hubiera tenido alma miserable, hubiera acudido a la venganza sangrienta. Mas este carácter suyo salvó a la Gitana de amenazas y brutalidades, porque era incapaz de dramatizar su tormento a causa de su egocentrismo, lo que le evitó caer en ruegos de fidelidad. Su temperamento, en el paroxismo de los celos, le obligaba a huir de la mujer amada, así fuera la única con quien habría de ser feliz.

De este fracaso sacó Luciano la línea de su conducta futura.

- ¡Sea!-se dijo: e hizo voto firme de no rebelarse contra los hechos consumados, ni aceptar súplicas ni lágrimas. Y en los íntimos repliegues de su conciencia y de su egoísmo herido, se formuló el propósito de amar nuevamente, en el sentido que él daba al vocablo.

* * *

Era en Cazangate, villa vecina de Tama, en los meses de octubre y noviembre, cuando las familias principales de Bustos, Ocampo, Vera, Zárate, Sosa y otras, se libertaban de sus ocupaciones buscando pasatiempos en cabalgatas a la luz de la luna, o en almuerzos campestres sobre el verde mantel de los pastos. Se reunían a pleno aire en las huertas, con preferencia en el paraje llamado «Remanso de las Totoras», en Guanzo, entre las acequias húmedas y floridas.

Mabel Zárate daba brío y aliento a las reuniones; era la animadora de las fiestas. Montada a caballo con aquel pollerón negro y capa blanca, parecía conducir a sus compañeras a algún paraje encantado. Mil ojos se hacían y deshacían para contemplarlas los mozos de Malanzán y Tama.

En esta primavera de 1862, Luciano puso muestras de asiduidad por Mabel. Ya se rumoreaba que el amor de su prima le hacía perder el sentido y todas las jóvenes creían ver el fuego de aquellos ojos, dilatarse en las miradas.

Mabel, aunque un poco desdeñosamente, alentaba sus festejos. Mas es sabido cómo esta esgrima amorosa debe terminar. Ambos fueron entendiéndose en sus propios entusiasmos, y Mabel no pudo ocultar más su complacencia de saber que Luciano pasaba a los ojos de todos como trasoñado y vibrante por ella. Le salía a la cara la alegría de sentirse amada sin reserva, y públicamente alardeada de su decisión.

* * *

Era una tarde cálida; el horizonte comenzaba a palidecer poco a poco por el naciente, en tanto, por el otro extremo, se extendía una faja rojiza sobre el cielo. Las cumbres encendíanse de un vivo fuego, mientras las colinas se ennegrecían por lo bajo.

Mabel, con los pies casi tocando el agua quieta del remanso, estaba sentada de espaldas a la concurrencia, que descansaba sobre los pastos. Aquel resplandor de hoguera doraba su rostro.

Luciano acercósele.

Mabel se absorbía en la naturaleza, y el joven en la hermosura de la mujer. Mabel fue la primera en despegar los labios y dijo:

– No sé por qué la naturaleza me produce un sentimiento de temor y de placer al mismo tiempo; una especie de tristeza que se adentra en mi alma.

Hablaban muy juntos sobre el borde del remanso. El crepúsculo se extendía inmenso y sombrío, tiñendo el lago, grande y redondo, de color sangre. Luciano aspiraba el perfume de la tarde, mientras Mabel le contaba de su creencia en los sueños...

– Dime, Luciano -díjole de pronto-, ¿tú crees en los sueños?... ¿Nunca has sentido miedo a esa vida de las sombras, mientras dormimos?... Es extraordinaria la sensación de verdad que dan los sue-

ños. Hay veces en que me parece que al dormir es cuando vivo de verdad, y que al despertar comienzo la existencia sin darme cuenta...

– Los sueños, según algunos, Mabel -habló Luciano sonriendo- son efecto del alimento ingerido antes de dormir; otros, más idealistas, dicen ser que el alma sale del cuerpo y ve y siente sin intervención de los sentidos. ¿Nos has oído tú decir a las viejas de Tama, que cuando el hombre duerme sale de la boca un ratoncito y huye a los campos?...

– ¡Luciano!, no hagas farsa de las cosas que no sabemos. ¿Acaso no acecha la muerte en el sueño? ¿Quién sabe lo que habrá en todo esto? Lo único cierto, son mis sueños terribles, y lo malo es que presiento que algún día se realizarán.

– Siempre que se realicen estando tú a mi lado, no importa. Tú y yo, y lo demás... ¡ya veremos!... Siempre pienso, querida, que todo lo malo se destruye, cuando hay una voluntad que quiere lo bueno.

Mabel, a veces, sonreía, fijando en Luciano sus ojos negros con destellos rojos por el resplandor de la puesta, y los absorbía en su espíritu como al rayo de luz que traspasaba en ese instante hasta el fondo del remanso.

Sin embargo... a Mabel, a pesar de su felicidad interior, le agita-
ba un íntimo anhelo de curiosidad; un ansia la arrastraba al sacrificio de su orgullo, haciendo una pregunta que bullía en sus labios. Es que no ignoraba ella la leyenda de la Gitana. Por fin, cuando la obscuridad era más densa, iba a sonar su voz en la pregunta; pero Mabel sintió una ligera opresión en el pecho y su palabra se estranguló en la garganta: el orgullo la hizo ver la acción humillante de su cobardía; jamás se rebajaría a preguntar. Mientras tanto, la duda la agujijoneaba con ardiente necesidad de certidumbre. El sufrimiento de no saber lo que iba a contestar Luciano, se le hacía insoportable. Este temor ansioso de lo que su novio podría guardar de la antigua amada en el corazón, era producido, además, por su orgullo innato, por ese inesperado trac, que acomete en ciertos momentos de duda o de temor a todos los organismos emotivos; y Mabel,

más de una vez, se vio atormentada por ese mal. Y con la mirada perdida en el vacío seguía su propio pensamiento como si le hablara en alta voz.

¿Es verdad no ha olvidado a la otra? ¿Quiere unirse a mí por amor o por despecho? Si fuera así, siempre estaría esa mujer entre los dos... siempre entre nosotros... ¡Es muy hermosa la Gitana!... ¡Dios mío! ¿Será que tengo celos?... Sin embargo, es una mujer inferior a mí... Luciano cree en mi virtud... y quiere olvidarla... Hay en él, a veces, silencios que me inquietan... Y yo lo amo. ¡Cómo quisiera que me adorara toda la vida! Sus frases cariñosas llegan a mi corazón como una plegaria dulce y muda... Sí, me lo dicen sus ojos, su tristeza a veces... ¡Calla, corazón mío, tú no debes rebajarte con las dudas, mucho menos diciéndolo!... ¡Calla!...

Esto pensaba Mabel. Y en la mente de su novio también se descorría a sus ojos un telón semejante.

– Si Mabel pudiera sospechar lo que me atormenta, quizás me arrancaría la duda. Bien quisiera equivocarme. Pero.. ese Chileno... ¿fue su novio, o simple festejante impuesto por sus padres? Quiero saberlo... Yo apostarí mi cabeza que ese hombre sigue amando a Mabel; en el último baile sorprendí miradas que no me engañan; y si así fuera, esto sería un peligro para el mañana... ¡Oh, no! ¡que disparete!... Mabel es virtuosa y me ama. Yo sé que me ama... Pero, con todo, debo saberlo de sus labios... -Y Luciano iba también a preguntar, a satisfacer, una vez más, su orgullo; pero, lo mismo que su novia, él no podía rebajarse a interrogarla; y calló...

Fue el primer error de ambos... Las palabras entre dos que se aman, son como la luz que echa claridad en los corazones. Y en medio de la noche protectora, Luciano, como vuelto de un instante de fuga, acarició la mano de Mabel entre las suyas, y los dos, sintiéndose muy cerca, instintivamente olvidados de sus meditaciones, sus bocas poco a poco se acercaron, dejando, uno en el otro, todo ese silencio de un momento largo, que contiene la vida...

Desde aquella noche Luciano más que nunca se aferró a su decisión, tanto, que parecía iluminarle como una lumbre, su prima.

Sin embargo, espíritu positivo y calculador como era, no es muy fácil saber si se había dado sin reserva, con abandono total, en este nuevo amor; o si se había vuelto hacia su prima para mitigar su anterior fracaso; o si, carente casi por completo de vida interior, Luciano, absorbido de lleno por su ansia de triunfo y de dominio, veía la posibilidad de realizar sus ambiciones al unirse en matrimonio con la bella Mabel, que además era rica. Sus padres poseían el campo más fértil de Los Llanos, conocido con el nombre de «Los Quebrachales».

Por más suspenso y deslumbrado que estuviese por su prima, nunca quedaría muy en obscuras la realidad de las cosas, como para olvidar el sueño de sus ambiciones. ¿Se puede decir que el amor de Luciano estuviese exento de todo cálculo, o de todo interés, en la ceguera pasional de un romántico? ¿Había olvidado del todo su amor pasado, hasta el punto de ser absorbido por el nuevo amor? Circunstancias todas exteriores, peripecias materiales, son los elementos de juicio que nos ofrece la acción de los hombres, pero ignoramos todo respeto de los pliegues de la conciencia y del pensamiento.

Difícil cosa es juzgar a los enamorados, ya que sus sentimientos íntimos están casi siempre a puñadas con la realidad. Luciano, pagado de sí mismo, ambicioso, optimista de su mañana, quizás se entregaba a medias en el amor, y éste, así como su riqueza sentimental, se exaltarían por el feliz resultado de sus proyectos.

* * *

Han pasado dos años de los sucesos relatados.

Y esta mañana de otoño, Luciano, sentado en su cómoda hamaca de mimbre, contemplaba la Sierra Grande por la ventana abierta de su aposento, y lleno de sí mismo, y como ocupado de su arrogancia, mecíase en vaivenes euforizantes, ajeno a todo lo que le rodeaba, sin más ritmo que el de sus propios pensamientos.

En aquella pieza, pintada a la cal, se veía el desorden del que

está con un pie en el estribo. En dos sillas de madera, ropa blanca extendida sobre los asientos, y varios rajes de montar, a horcajadas en los respaldos; encima del lecho, sacos, pantalones, corbatas, botas y sombreros de paja blanca; y en el centro, una mesa con libros y cuadernos, que en ese instante estaban mezclados y como mal barajados.

Hasta el aire que entraba por ráfagas esa mañana, le adulaba blandamente. El frescor de la brisa olorosa encendía las brasas de su sensualidad; pero él las ahogaba, si no en la alteza del espíritu, el humo del tabaco. Con el cigarrillo encendido y chupando con fuerza hasta llenar la boca de humo, sentíase animoso y físicamente feliz. Sus redondos ojos íbanse obstinados tras la espiral larga y angosta que salía de la chala al quemarse, como imagen de las nuevas ilusiones suyas que también ascendían de las cenizas de un amor.

Esa mañana, hallábase como sin ruedas por el ajetreo en el arreglo de la nueva casa y demás preparativos de la boda; porque Luciano iba a casarse. Allí, tumbado en su hamaca, componía los sobresaltos del ánimo; los de su vida agitada, que desde hacía algunos meses tomaba otro semblante... Y la esperanza de este cambio le trabucaba los pensamientos.

En este ánimo se encontraba esa mañana de marzo. A los vaivenes de la hamaca, trazaba en la mente el plano de su vida futura, creyendo que le vendría todo como él lo calculara. Era tan intensa su contemplación íntima, que quedó sin moverse por un gran espacio de tiempo, como hilando el pensamiento con el humo de su cigarro.

El viento, afuera, sacudía los viejos mistolares, y los sones lejanos de las campanas que llamaban a misa, se mezclaban a las resonancia interior de su sentimiento... Y le pareció sentir el mismo ritornello que en meses anteriores, en esa habitación, cuando por primera vez, boca con boca, sus alientos se mezclaron. Con los ojos cerrados veía a Mabel desprenderse de sus brazos, y que le obligaba de nuevo a contemplar desde la ventana la grandeza de los espacios, tan azules y tan altos...

Desvanecida, confusa, acudió la dulce visión a su recuerdo. - Pronto, muy pronto, todo será una realidad- se dijo. De súbito, por una de esas combinaciones extrañas de la psique, en que asoman de lo inconsciente cosas que quisiéramos no recordar, Luciano sacó del bolsillo una carta, aquella que había recibido el día anterior y guardado sin leerla, quizás por no turbar su espíritu en estos días anteriores al casamiento o por no tener ya interés en ella.

Era carta de la Gitana. Desde su compromiso jamás le había escrito, ni dado señales de existencia; habíase hecho el silencio entre los dos. ¿Qué significaba este paso suyo? Era lo que Luciano temía averiguar, pero tampoco se resolvía a tirarla o romperla, y la guardó en el bolsillo. Son actos que responden a extraños sentimientos, que instintivamente el espíritu realiza con su prudencia aún no clasificada.

Era un sobre pequeño, azul. Luciano, con mano segura, lo rasgó. Empezó a leer los primeros renglones con cierta sonrisa piadosa, pero en seguida se le desdibujó la sonrisa, y su rostro tornóse grave ante la última frase: «Sé feliz, pero acuérdate de que quien funda su felicidad sobre la desgracia de otro, poco tiempo ha de durarle; será como esas casas levantadas en los pantanos, que tambalean y se vienen al suelo, y tu inocente Mabel te lo probará más que volando»...

Este grito final, de dolor o de odio, dirigido al hombre amado, le produjo un escalofrío de emoción. Experimentó inquietud o sentimiento ante la maldición de una mujer; le pareció que algo muy vago se interponía en su dicha, y a pesar del esfuerzo por ahuyentar la preocupación, no pudo triunfar de ese credulismo supersticioso que, en ciertos momentos, le hacía un ingenuo de la vida. Volvió a releer la carta y se detuvo en la primera palabra. ¡El Carrizal! Este nombre, como tocado de magia, evocó en su visión aquellas tierras desoladas, secas y rojizas por la greda; aquel campo tirado al sol implacable de La Rioja; ceñudo y hostil para su dueña, que en vano luchaba, con la valentía de un hombre, para arrancar los míseros resultados de sus pastos y de sus ciénagas. ¡Cuántas veces él

mismo le había ayudado a arrear la novillada heredada de su padre y a orientarla hacia la represa, o hacia los pozos de balde, para que no pereciera de sed. El había compartido con aquella mujer valerosa las zozobras de los malos tiempos; y cuántas noches no pasaron los dos en vela, custodiando la majada sedienta, o vigilando la llegada de los Montoneros, con el arma al brazo, dispuesto a defenderla o morir...

¡Qué lejos todo aquello! Pero, el hechizo de la carta era invencible; parecía llegar en las seguras líneas de puño y letra de la antigua amada, algo que era la emanación misma del tormento de un corazón; y ante la imagen de aquella mujer que huía a hundirse en el pasado, asomó al recuerdo de Luciano un escondido sentimiento de dulzura y tristeza por lo que ya no volvería nunca!

Nervioso, echó una mirada por la ventana. La Sierra Grande, aquel día tibio de marzo, se teñía de azul, con ese azul intenso que en los días serenos tiene la montaña vista de lejos; y aquella mañana le pareció que, de repente, dejaba caer sobre la ancha calleja de la mísera villa una serenidad que se hacía pesada. Los árboles y las quintas de sus orillas parecían sentir el otoño laxo y dulce, como un acabamiento. Luciano miró nuevamente aquel melancólico paisaje, siempre igual. Veía, a lo lejos, el pico adusto de la sierra hundido en el azul más claro del cielo de «Los Llanos», y en declive, las montañas más pequeñas que formaban anfiteatro; y más cerca, en la falda, pegado a la roca, el caserío diseminado, perdido entre las quintas y cármenes fragantes; amarilleando ya el otoño en las hojas de sus parras, durazneros y mistolares. Siempre igual, desolada a pesar de su vegetación; sin ruidos, sin vida, aplastante!

Con todo, allí, frente a la Sierra Grande, era donde él había pasado su niñez y también donde comenzó su corazón a comprender que había otra vida aparte de la vulgar de sentirse vivir; en aquel villorio sus pupilas por primera vez contemplaron el mundo con la conciencia del amor. Aprendió a querer por los ojos de la primera mujer que llenó sus anhelos de hombre; y a pesar de su pobreza y monotonía, en aquel rinconcito perdido de La Rioja, Luciano fue

invadido de lleno por la tristeza de partir, ese sentimiento único que se padece cuando se va a perder algo para siempre en la vida.

Un desgarramiento en carne viva sintió el hijo de Tama, y queriendo desechar sus pensamientos, se puso de pie y empezó a pasearse a grandes trancos en la pieza; luego, se detuvo frente a un espejo con marco de caña que pendía de la pared. Se contempló. Su alta figura pintóse en la luna; se vio joven y fuerte, y una sonrisa de satisfacción y de esperanza llenóle el rostro.

PARTE PRIMERA

I

Mabel

Mañana nublada de marzo. Luz tenue y húmeda se cuela por los poros de las cortinas blancas, de tul, en la gran habitación de Mabel. Mañana gris, que traía a través de pasadas nubes un anuncio de lluvia, esa esperanza con que viven las gentes de aquellos pagos y la ven realizada, como una bendición, sólo una vez por año; esperanza que, en la continuidad seca del clima, constituye como una ansia perenne en las gentes, en los campos en los animales...

La dueña de este aposento vive también con el halago de la esperanza, como que Mabel tenía los ojos en la ilusión de su próximo casamiento. Y desde casi un mes no salía de su cuarto, trabajando febrilmente para aquella fecha que ya tardaba en llegar. Era su vivienda como la de muchas niñas ricas de provincia: clara y sencilla, espaciosa, con techos de cañas, cruzadas por tirantes de quebracho. Los muebles que la llenaban eran de algarrobo y de estilo español de la colonia. Amplio lecho con alto respaldar, del que se levantaban dos palos torneados para sostener el cortinado de tul blanco: una larga mesa al centro, sobre una gruesa alfombra con guardas negras, hecha a mano; un gran armario del mismo algarrobo, esquinado; dos bajas petacas trabajadas en cuero, varias sillas también de algarrobo y cuero, con tachuelas doradas, y el estrado obligatorio de las casas de aquella época, cubierto por otra alfom-

bra de tintas fuertes: granate, verde y negro.

Como adorno que daba lustre a aquella tosquedad del mobiliaje, podría citarse el pequeño nicho de pared donde se guardaba la Virgen del Carmen, con su vela de sebo perenne y dos floreros con flores de paja en diversos colores.

De pronto, un rayo de sol escapado de entre los grises cendales de las nubes, dio en el rostro de Mabel, armonioso y dulce, y la obligó a levantar los ojos -dos inmensas pupilas negras-, que las paseó por la pieza y llegó a fijarlas sobre una de las petacas que enseñaba, abierta, el secreto: géneros, sedas, encajes, puntillas; preparativos de novia que ella misma arreglaba y guardaba.

Por la puerta entró ahora una mujerona vestida de flotante pollera de lienzo y chal de merino negro sobre los hombros, con una cabellera lustrosa y negra, abundante, y unos ojos hundidos, pero de resplandor fulmíneo. En los pies desnudos, calzaba ojotas de cuero sin sobar, que hacían un ruido seco como si arrastraran algo. Hacía las veces de sirvienta o de peón, según las circunstancias.

Con acento riojano que semejaba un canto, anunció a su ama un mensaje inesperado.

- ¿Quién lo trajo, Hermógenes? -preguntó Mabel con el mismo acento de su criada, al paso que alargaba la mano para cogerlo.

- El peón de la Nicasia lo trujo, y con encargo de que se lo entregue a Vd. sola.

- ¡.....!

- El zaino, niña, puede creerlo -afirmó de nuevo Hermógenes.

- ¿Qué podría decirle a ella la Nicasia? La bruja, como la llamaban -pensó, sorprendida, Mabel-. ¿Algún pedido de ropa?. No, nunca lo había hecho. Y se dispuso a leerlo allí, con cierto temor y turbación, delante de Hermógenes, que era para ella como una hermana de leche, pues sólo se llevaban unos meses de edad y las dos habían nacido en la misma casa.

Unos cuantos renglones escritos con lápiz en papel de estraza era todo el mensaje.

«Niña Mabel -decía-. Tengo que decirle una cosa muy seria que

le interesa mucho a usted. Sé que hoy o mañana debe ir pallá don Luciano y es preciso que usted hable con esta vieja, su servidora, antes que él llegue... No diga a naide, niña, que yo lai llamao. Es por su bien. Su humilde servidora.-Nicasia»

Nunca le pareció tan extraño aquel nombre de la vieja adivina. Aquellas líneas, trazadas toscamente, causábanle, por estar próxima a cambiar de estado, una impresión de susto y de inquietud, por si fuera el papel de mal agüero. Tuvo la intuición de que algo con su casamiento sería. Vistióse de prisa, cerró con nerviosidad la petaca que enseñaba su ropa de novia, y salió a la galería que daba al patio, con ansias de ver el día, nublado y magnífico. ¡Qué soledad sintió entonces en aquellos campos inmensos que no conducían a ningún punto donde hubiera gente, y que en su extensión le parecían como un presidio, del que ansiaba salir.

Largos eran los días para huir de aquella vida, entre peones y bestias, en aquella casa vieja, ruinosa, al estilo de las que se levantaban en toda La Rioja. Todo el trabajo de la estancia, en aquellas tierras ociosas y holgazanas, se encerraba en el chiquero, cercado con ramas, pues se llenaba de rumores y estruendos del áspero bullir de los animales que se entraban por la pequeña tranquera, de dos en dos, levantando nubes de polvo. Todo lo demás, llano, monte y cielo, quedaban mudos, como contenidos por el Famatina lejano, apenas esbozado en el horizonte.

Mabel vio que venían del lado del corral dos o tres peones, con los caballos regalones de su padre, y al verlos, pensó que podría utilizar dos de ellos para irse con Hermógenes, de un galope, hasta el rancho de Nicasia.

Días antes, no hubiera dado importancia a aquéllos garabatos de la vieja; pero ahora, cuando faltaba tan poco para el casamiento, aquellas frases borroneadas le parecieron que decían cosas terribles, y que ella, la novia, no podía ignorarlas. Pensaba, ¿cómo ir a la casa de Nicasia, que distaba una legua de la Estancia, en el puesto viejo, sin que se dieran cuenta sus padres?

Del lado del chiquero vio venir corriendo a Hermógenes, que

había estado ordeñando las lecheras para ese día. Llegó ésta con la cara muy arrebatada por la carrera, y con las manos melosas de la leche de las cabras. Mabel, con marcado acento riojano, le preguntó:

– ¿Sabes si mamita está despierta?

– No, niña; anoche le apretó otra vez el achaque y me ordenó que no le llevase el mate hasta las once, y don Baldomero se jué pal campo muy temprano.

– ¿Cómo? Si he visto ahora al Rengo venir con los caballos.

– No le hace niña; él se levantó con el alba, y en su mula parda se jué, porque hoy viene el Chileno a comprar los novillos y quería ir de mañanita al bajo donde pasta la hacienda mestiza.

– Mejor, entonces... ¡Anda! Ensilla la yegua blanca y la alazana, que antes de las doce estaremos de vuelta.

– Podemos ir con sosiego, niña, que nadie nos hai topar, porque todos esos hombres desconocíos que andaban juntando gente, era pa llevarlos a la «Loma Larga». Ayer mismito dijo Panta que salieron cien con el Chacho; van a peliar con el Gobierno. Aunque a decir verdad, niña, cuando el Chacho está ausente, parece que brotan los gorros colorados en el campo.

En aquellos años del segundo tercio del siglo XIX, en que nadie tenía la vida segura, por la inquietud de ver aparecer a los gorros colorados, como les llamaban a los gauchos de la montonera, vivían en continua agonía todas aquellas buenas gentes de los campos y de las villas de «Los Llanos», de manera que Mabel creció en este ambiente, siempre angustiada y miedosa, creyendo ver, con los ojos espantados, la gran nube de polvo en que llegaban los bandoleros entre gritos y carcajadas, golpeándose en la boca, como bandadas de diablos sueltos. A la noticia de que los gauchos escaparon a la «Loma Larga», sintió un gran alivio y repitió nerviosa:

– Bien, pues; si despierta mamita, di a la Clarinda -la otra sirvienta vieja de la estancia- que le diga que fuimos a buscar lechiguanas al Tala; y t ú ipronto!, saquemos los caballos por detrás de la casa.

Hermógenes se fue pensando que quizás ella hizo mal en entregar aquel papel a la niña, porque ésta tenía algunas ocurrencias, ¡Dios nos asista!, que la asustaban a ella misma. Cierto que esto no podía traer ningún mal a la niña Mabel. Algún chisme de la vieja por unos reales y nada más.

Cuando, por fin, volvió con los caballos, Hermógenes encontró a Mabel disfrazada con una larga pollera negra, capa blanca y solera también de brin blanco.

Hermógenes, al verla vestida, preguntó:

– Y yo, ¿voy tal cual? -y señalaba sus ojotas, su pollera de lienzo y su cabeza al aire.

– ¿Qué vas a vestirte? Tenemos, entonces, para todo el día -afirmó Mabel- Tengo prisa. ¡Arriba! y saltó a una yegua blanca, mientras Hermógenes montaba como si fuera un hombre en su cabalgadura, sin más aparato que un mandil y el freno.

Mabel, soltando una carcajada, castigó las ancas de la cabalgadura de su compañera, que salió al trote haciendo piruetas.

Pronto dejaron la estancia y se encontraron en pleno campo, bajo la luz suave de la mañana, ante un ancho camino abierto en el bosque de quebrachales, algarrobos y chañarales. ¡Cómo chillaban las catas aquella mañana nublada! Bandadas de mariposas blancas, signos de seca, se alzaban de los yuyos; zumbaban insectos en el aire, y al galope de los caballos se hacían a un lado las vacas y cabras que pastaban en las orillas de la senda.

Como a media legua del camino, hacia el naciente, sobre una loma, se divisaba a lo lejos el monte de la estancia «Los Llanos», como envuelto en neblina azul. Estancia pequeña y abandonada, que muy pronto sería de Mabel, como regalo de boda de su padre, y en la que Luciano había hecho trabajar una nueva casa. A Mabel le parecía aquel pedazo de tierra envuelta en una indefinible tristeza de reclusión. No, no era ese su anhelo, vivir eternamente en aquellos lugares perdidos; no, Luciano no se estaría ocioso mano sobre mano, y quizás algún día podría salir de allí, de aquella eterna monotonía.

– Dime ¿tú no sabes lo que va a decirme la vieja?- dijo Mabel, como queriendo apartar sus pensamientos.

Hermógenes se quedó algo cortada y no respondió a la pregunta. Y Mabel, sin esperar la respuesta, volvió a inquirir:

– Algo será de Luciano, ¿verdad? ¿Tú no sabes nada, no has oído nada?

– A mí me gustaba más el Chileno, niña.

– ¡El Chileno! ¿Ese viajante? No guarda comparación, Hermógenes. Buen mozo y educado es Luciano, ¿no te parece a tí?.

– Demasiado niña.

– Expílicate, Hermógenes.

– Y... a los hombres güenos mozos, las hembras los dan güelta...

Soltó de nuevo una sonora carcajada Mabel, tan fuerte, que unas catas volaron de un árbol, asustadas.

– ¿No te gustaría para ti un buen mozo? Eres hipócrita, di la verdad, Hermógenes.

Hermógenes callaba, y toda ruborosa, aquella muchachota, que más parecía un hombre por su fuerza y su agilidad, contestó mascullando las palabras:

– No, niña Mabel: a mí me gustaría un hombre fiero pa que naide lo quiera! -y subrayó el naide con una energía que revelaba su temperamento pasional y celoso.

Las dos mujeres, la de la larga pollera y blanca capa caída sobre la espalda, y la que cabalgaba como un hombre, marchaban al trote, sin mirar siquiera aquel espléndido telón del campo. Por entre grandes algarrobos, y a la sombra de uno de ellos, vieron una cruz de madera, clavada en el suelo. Una paloma gris, de cuello negro, asentada en uno de sus brazos, parecía llamar con quejidos dulces a su compañera que picaba las flores del suelo. Oyeron, por todas partes, ruidos y aleteos en los nidos y cantos enloquecidos entre el follaje. Los piquillines exhalaban su olor a frutas demasiado maduras y juntamente con los huesos secos de animales, olían a otoño.

A nadie cruzaron en el camino, fuera de un peón de «Los Llanos».

– No me gusta ese hombre -dijo despacio Mabel, mientras Panta seguía camino arriba.

– Naide ha podido hurgar su vida -contestó en el mismo tono Hermógenes- Unos dicen que jué pagao por Guayama pa vigilar a su tata.

Empezaron a ladrar los perros y divisaron el rancho de la vieja Nicasia, perdido bajo un tala frondoso, al lado del ojo de agua. Un tupido penca cercaba la entrada de la casa.

Llegaron, y de un salto, la criada ayudó a Mabel a bajar de su caballo. Adentro del rancho, la vieja Nicasia hacía callar los perros.

Entraron. En una punta de la ancha habitación, estaba sentada sobre un jergón la vieja Nicasia, tizando lana. Parecía así, sentada, una bolsa de lana, envuelta en percal a cuadros negros y rojos. Su cabeza, desgreñada, era también lana color de azafrán, que terminaba en dos trenzas raquílicas, caídas sobre los hombros.

La entrada de Mabel pareció turbarla, e hizo acción de levantarse.

– Está bien; no se mueva -dijo Mabel, haciéndole señas de que se quedara sentada. ¡Cómo resaltaba Mabel, con su traje de montar, en aquella mísera habitación hecha de quincha, sin puerta, sobre cuyo piso de tierra blanda estaba aquella mujer, que inspiraba miedo a todas las ingenuas gentes de esos pagos, sólo porque tenía una mirada misteriosa -según decían-, y porque hablaba con las cartas. Ahora, hasta Mabel, incrédula en brujerías, venía de sope-tón, por un simple llamado de la vieja.

Sin embargo, como orgullosa que era, no quiso confesar ante aquella mujer, que parecía un despojo, ya, su temor, y dijo en tono altivo:

– He venido creyendo poder serle útil, ¿qué me necesita?

La vieja alzó hasta ella sus ojos grandes, hundidos, donde no parecía haber pupilas; tan negros eran aquellos ojos cansados y viejos que, sin embargo, miraban fijos y sabían hacer bajar los párpados. La bruja comprendió el pensamiento de Mabel y sonrió con su boca flácida y sin dientes, como diciendo:

– ¿A mí con esos humos? ... ¡Veremos!...

– Niña, siéntese aquí, a mi lado -dijo la vieja con voz pastosa-. Yo no preciso naida; sólo quiero su bien. Pero que salga la Hermógenes, niña; tenemos que conversar las dos.

– Puede hacerlo en presencia de ésta -dijo Mabel, señalando a su criada que, de pie en medio de la pieza, contemplaba la escena sin soltar los labios.

Con el rabillo del ojo la vieja soslayó a las dos y, sin ambages, sacó algo de entre un montón de lana: una baraja...

Mabel se puso de rodillas en el suelo y, clavando sus ojos sobre los naipes, ordenó:

– Mama Nicasia -modo cariñoso con que se nombra en La Rioja a todas las viejas-; dígame la verdad, lo que usted sepa, con su boca; déjeme de naipes.

La vieja la miró, contemplándola así, de rodillas, en esa rara actitud de resolución, mientras presentía, quizá de una manera vaga, el destino de aquella criatura. Alza las cartas, las baraja y luego las tira sobre la lana. Quédase inmóvil, como rota la voz, angustiado el rostro, surcado de hondas arrugas por lo que ella presagia o ve. En tanto, el viento caluroso de marzo, ese viento que deshoja los árboles ya, se cuele por las rendijas de quincha y produce un silbido agudo, revolviendo las cartas que se enseñaban de cara, en el piso, sobre el montón de lana.

Mabel, azorada en aquella espera, siente que algo le sube al corazón lleno de presagios y de ansiedades.

– Hermógenes -mandó la adivina- pásame ese brasero que está contra la puerta.

Hermógenes alzó un pequeño brasero de cobre que ardía, lleno de brasas, y lo puso cerca de las dos mujeres.

– Ahora -volvió a decir la dueña de casa- dentro de esas ramas hay un atao, tráilo.

Un atadito de yuyos sacó Hermógenes de la pared de quincha que servía de alhacena, y lo entregó a la vieja, la que, mirando a Mabel, le preguntó:

– ¿Quiere saber su porvenir, mi niña?... Pa esto lai hecho llamar... Yo le diré lo que las cartas canten, nada más...

– ¡Ech alas! -afirmó inquieta y en actitud impaciente Mabel. Y mientras se barajaban las cartas de nuevo, Mabel percibía los trajes fuera de la habitación: el Zaino -un peón de la Nicasia- que iba y venía con las vacas en el bebedero cerca de la casa; los cacareos de las gallinas, el pozo de balde y los murmullos del viento en los algarrobos y en los pencales. No escucha aún la voz de las cartas que han de descifrar su mañana y se abisma en una inquieta tristeza.

El dado se tiró, y mientras seguía rodando, Mabel piensa en aquellos campos de su niñez, lejos de ese mundo que ella evoca por el libro de «Las mil y una noches», el único de lectura permitido por su madre. Sin más ilustración que las lecciones recibidas de una prima suya educada en Córdoba; sin más disciplina mental que sus novenas y cuentos, hasta que conoció a Luciano, su primo, que la quería y la pidió a sus padres por esposa. Piensa en los insomnios de aquellos primeros meses de su noviazgo, ante la idea de que Luciano conservara aún el recuerdo por la Gitana. ¡Cuántas veces, con los ojos cerrados, oyendo gemir el viento en su ventana, pasó las horas en vigilia, irresoluta por desconocido susto ante el mañana.

Pero luego su visión volvióse a los días felices, cuando se sentía amada y muy cerca de Luciano, que constituía el punto central de su existencia. Una sonrisa asomó a sus labios al recuerdo de aquella mirada de su novio, viva y decidida, que absorbía las cosas con dominio. Mabel se estremece a la reviviscencia, y en su rostro moreno y pálido parecen brillar magníficas sus anchas pupilas oscuras.

De pronto, brota a los labios de la Nicasia un murmullo de palabras que Mabel percibe en su distracción.

– ¿Qué dice? -preguntó Mabel a Nicasia.

– Nada...

– ¿Cómo?

– Estoy... escuchando, Mabel.

– ¿Qué escuchas? ¡Nadie habla!

– ¡Qué sé yo!... ¡La voz del destino!

– ¡Dilo, Mama Nicasia, que ya te voy creyendo!

– ¡Ay! -suspiró la vieja, mientras largaba los yuyos del atado en el brasero; las brasas chillaban, como si les echaran sal y un olor fragante subía en el humo azul.

– ¿Lo que quieres saber, Mabel?...

– ¡Sí!... -dijo Mabel toda pálida.

– ¿Tienes miedo?...

– ¡Acaba, Mama Nicasia!...

Mabel siente los latidos de su corazón, mientras la mujer dice con voz honda extrañas cosas.

– El As de espadas... ¡Una muerte!... Aquí veo un hombre entre una mujer y otro hombre. ¡Toma!, al fondo... -gritó la vieja.- ¡Qué horror, Dios mío!

– ¿Qué ves? ¡Dilo, dilo! -clamaba Mabel.

– ¡Siete de bastos! Otra vez, Mabel; tu destino es triste, hija... Una mujer... ¡la Tola!... Oye, hijita... -repitió la Nicasia.

– ¡La Tola! -exclamó Mabel.

– Sí, la Tola quiere a Luciano...

– ¡A Luciano! -gritó Mabel, sin dejarla terminar.- ¿Y él? -preguntó ansiosa.

Da vuelta las cartas y responde la Nicasia, pausadamente:

– La quiso... Ahora... no sé... quizá...

Retrocede Mabel ante la cosa terrible y quiere huir de aquella habitación, donde las manos sucias y ajadas de una vieja jugaban con su porvenir. Pero la Nicasia la retuvo con suavidad.

– ¡Oye, Mabel! -suplica la anciana:- aguanta la revelación, no seas cobarde.

Y Mabel, blanda y temblorosa, tiene marchito el color de los labios, y vuelve de nuevo a escuchar, mientras la Hermógenes es una estatua, inmóvil.

Comienza la vieja a susurrar, persuasiva; parece que ordena o pide algo a Mabel. Promete hechizos, ahuyentar el mal, explicaciones... Pero Mabel, muda, mueve la cabeza en signo negativo y en silencio, toma de un brazo a Hermógenes y salen juntas, montan de

nuevo en sus caballos y parten al galope...

II

Turbación Espiritual

Cuando dieron por terminada la escabullida hasta el rancho de la Nicasia y vieron que les sobraba buen margen de espera hasta la hora de almorzar, las dos, sordamente preocupadas, sin despegar los labios -como si se hubieran metido en casa ajena- separáronse en el umbral de la entrada al pequeño jardín, tomando Hermógenes la dirección de la cocina.

Mabel entró en su habitación con el deseo de estar sola, pero en la casa los cuartos eran pocos y muy grandes, de manera que servían para varios destinos. El de Mabel era dormitorio y comedor, alternativamente. Corriendo las cortinas del lecho, se tendía el mantel en la gran mesa del centro, se arrimaban las sillas de algarrobo, y la familia se reunía allí a las horas de las comidas.

En un santiamén cambiósese Mabel la pollera y la capa blanca por un fresco trajecito de percal, floreado de azul y crema, y con mucha angustia en el alma, detúvose delante del nicho de la Virgen para rezar las oraciones de costumbre, y algunas más, por desahogo del momento. Con el último Ave María quedóse como liberada de la duda y del sentimiento de inseguridad y de alarma que la habían hecho presa. Y, sin poderlo remediar, vióse acometida, a raíz de la tirada de las cartas, de una sensación vaga y poderosa, de obnubilación de las ideas, de agitación punzante, física y moral, ante el sen-

tido encubierto de los conjuros de la adivina. Ni un momento creyó, claro está, en las hechicerías y cosas misteriosas con que la Nicasia le había dicho su buenaventura. Pero pensó en sus adentros que la vieja habló lo que ella sabía.

— Todo el mundo conoce lo que yo ignoro— se repetía, y la tristeza por la desilusión y el desdén por la falsedad de todas las cosas de la vida luchaban en su orgullo y altivez. Ella misma sintióse insegura, ya que una supuesta verdad la hacía fluctuar en su espíritu debilitando su fe en todo. La fuerza nerviosa, desarrollada por un estado ansioso, cayó sobre su organismo como un suplicio estéril que la llenaba de un agotamiento momentáneo. Por esto, la duda, la irresolución, el miedo casi del porvenir, ese sentimiento de alarma, tomaba un gran vuelo, que la fatigaba y consumía con extraña fuerza. Sintió el temor ante la idea de un obstáculo al que había que vencer, y su vanidad constitutiva se unía a cierta timidez de su carácter, produciéndole el desaliento.

Era Mabel de temperamento emotivo, unido a un carácter orgulloso y a un cierto amor de sí, que la obligaban a reacciones violentas y rápidas cuando se le hería en su sensibilidad. Esta conmoción moral la inhibía para la acción, y una como impasibilidad exterior e interior la inmovilizaba. Y en estas circunstancias sentía cierto consuelo. Pensaba en que Luciano había jurado serle fiel, y daba por seguro que no faltaría a su promesa. Con estas ideas en la mente y con el propósito de espantar el mal agüero de la Nicasia, tomó entre sus manos un «copete» ⁽¹⁾ de terciopelo blanco con azahares, que aderezaba para su traje de desposada.

Aquel copete, que colocaría como diadema sobre sus cabellos negros, le recordaba el primer día de sus quince años cuando vistió de largo y se lo puso en la frente como lo llevaban las mocitas desde su presentación en sociedad. Alzándolo y remirándolo con mirada vaga, sabe Dios con qué pensamientos, Mabel recordaba su infancia. Como por un talismán prodigioso, fueron apareciéndosele en

(1) Copete: especie de diadema de género.

la memoria sus primeros años, pasados en Cazangate, donde descansaba su padre, el coronel Zárata, después de pelear con «Los Montoneros». Fué tiempo, aquel de su niñez, de zozobras, de barullos políticos y de malones de los gauchos, con Guayama y Arredondo a la cabeza, que como un huracán barrían de gentes y haciendas todo «Los Llanos». Recordaba ella, sin duda, cuando más grandecita, empezó su vida nueva, su vida de señorita, asistiendo a las fiestas de la Virgen, en Tama, donde se reunían todas las poblaciones cercanas durante ocho días en comilonas y bailes. En aquellas fiestas fué ella la niña disputada por su belleza criolla, con esos ojazos negros, llenos de la sal de la tierra y de ese algo melancólico y soñador de los ojos riojanos. Allí tomó y desarrolló el gusto invencible por la vida de reunión y de conversación. Su aspecto, según afirmaban todos, no era ni nervioso ni activo, propio de la mujer morena y ardiente, que por su atracción sensual, primitiva y ciega, hizo crear a Merimée su «Carmen». Mabel era, por lo contrario, un poco lánguida, a pesar de su tez morocha; su voz carecía de las notas altas, pero, en cambio, tenía la suavidad de los organismos laxos: baja y dulce.

Todas estas y otras muchas representaciones se las hacía Mabel mientras arreglaba su copete. Allí conoció después al Chileno, el novio que le hubiera gustado a su padre, por su capacidad económica, un rico viajante y comprador de haciendas, que andaba a trasperder por ella; y también a su primo Luciano, que de un flechazo le ganó el corazón.

Volvió a sus ojos, con fuerza, el momento trágico de separarse de sus halagos, cuando se firmó la compra de «Los Quebrachales» por su padre, y hubo de dar el adiós a Cazangate. Cuando se acabaron los bailes y las fiestas, vinieron a encerrarse en la estancia. ¡Aquí, Mabel, hundida en estas tierras tendidas al sol, vivió retirada de las pequeñas villas, aguzando en su soledad la imaginación que Dios le había dado, un tanto atormentada, cierto, y que a despecho de todas las tempestades de su vida y de su corazón, nunca se acompañó a la realidad!..

Su padre, por la inestabilidad política del momento, en que no se podía ser sino gubernista o chachista, se veía obligado a hacer largos paréntesis a su vida rural. Su madre, por otro lado, vivía retirada en su habitación con ese padecimiento del hígado que, cayendo y levantando, la postraba en cama por meses enteros. Mabel, como consecuencia, vivía con la herrumbre del tedio causado por aquellas gentes del trabajo, peones y criados, que la rodeaban...

De sensibilidad más bien que de pasión, tenía necesidad de volcar su ternura en la guitarra, única distracción con que se echaba a volar su fantasía.

— Puede ser que vaya a La Rioja -se decía a menudo- y allí la estudiaré en serio.

Esta era la esperanza de Mabel; y se regalaba el alma con la música de su provincia, que es poesía de un pueblo, de una raza, de un clima. Quería a esta caja de vieja caoba, como a la depositaria de la simpatía viva y penetrante de su corazón, de todo el lirismo y de todo el drama de su alma montañesa.

Se había quedado tan imbuída con los zumbos de sus cavilaciones, que no advirtió la entrada de Hermógenes y sólo oyó su llamado:

— ¡Niña Mabel, venga, venga: allá va, mírelo!...

Mabel no comprendió al pronto, pero se levantó de un salto y por la ventana miró hacia donde Hermógenes le indicaba.

— Allá va, ya dobló por los mistoles grandes... ahora ya se ve...- todo esto lo decía la criada, mientras señalaba con la mano el campo.

Mabel, sin saber por qué, sonrió al ver al Chileno, montado sobre un caballo tostado y braceador, en dirección al bajo. Experimentó cierta femenina satisfacción cuando el Chileno volvía una y otra vez la cabeza para mirar su ventana. Pero sin hacer más alto del jinete, fue a sentarse a la mesa, donde ya se acomodaban sus padres.

III

La voz de la Guitarra

El día expiaba. Por la ventana del cuarto de Mabel entraba un último rayo de sol rojizo. Mabel había cosido toda la tarde y sentía deseos de andar, de irse lejos de las casas, porque la parecía llevar en su espíritu un fardo del que necesitaba despojarse. Este día le pareció eterno... ¡Ni un minuto estuvo sola consigo misma o con Hermógenes, la única persona con quien hubiese podido hablar de lo que la preocupaba! Se levantó, guardó su labor y se fue al cuarto de su madre, para solicitar permiso de ir con la Hermógenes a cazar patos. La madre se lo concedió y ella se encaminó sola a la represa, donde andaba desde temprano la criada. Mabel sentíase angustiada, tenía deseos de llorar abrazada al cuello de alguien y liberarse de su tormento. Comenzaba a darse cuenta de que la sola duda de los posibles lazos de Luciano con otra mujer, la ponía fuera de todo razonamiento.

– ¡Bah! -se dijo para sí, con el íntimo deseo de consolarse-. Si Luciano me quiere será porque ya habrá olvidado a la Gitana. Bien que batalló por alcanzar mi mano. Bien que echó el resto con mi padre, en el trance de obtenerla... Pero...

Y luego la duda acometía la otra vez, insistente, aguda. Y por esos procesos psíquicos, incomprensibles, el pensamiento de Mabel se volvió hacia aquel hombre que la había amado antes, y que aho-

ra mismo seguiría amándola; hacia aquel pobre Chileno que en un tiempo se creyó ser el esposo elegido. Esto fue un relámpago, y Luciano, como una luz fugaz, volvió a cruzar por sus ojos, y entonces el mundo exterior, de nuevo, cobró interés a su mirada.

¡Qué inmovilidad, qué silencio lo envolvía todo! Subían olores maduros de los talas calentados al sol. Sobre el bosque parecía que un gran incendio avanzara, encauzado por el cerro, alto, azul y lejano, como perdido en la bruma de oro de la tarde. El largo camino se ensanchaba hasta llegar a la represa, cuyas aguas quietas parecían en la puesta, láminas de cobre soldadas con cinc.

¡Qué hermoso aquel lago de dos cuadras de largo, rodeado de bordos y de árboles coposos, que se reflejaban en el agua roja! Sobre la superficie lisa, hacían grandes círculos concéntricos los patos al nadar, y en las orillas, las garzas blancas y los flamencos color de rosa se paseaban con sus largas patas, que semejaban suspender en alto el cuerpo redondeaba y fino de plumas de seda. Se oía de vez en cuando el chapaleo que hacían en el agua los patos.

Mabel subió a lo alto de un tronco y desde allí, ya más liberada de su tormento interior, contempló el paisaje. Por minutos iba decolorándose la tarde y todo parecía esfumarse, huyendo en la niebla dorada, como un vaho sutil y mágico. La montaña tornóse obscura y sobre su cresta algunos toques, dorados de sol, aún brillaban como cobre al rojo. Los loros y las catas empujaban en el azul sus últimos gritos, en tanto los pájaros de las tinieblas anunciaban su despertar con chillidos que inspiraban miedo a sus pobres víctimas. La noche comenzaba a bajar mientras huía el sol.

Mabel sintió miedo en aquella paz magnífica. Algo subía de la tierra, que la enervaba. Después de horas de ansiedad y de abatimiento quería hacer frente a lo inesperado; pero esa alternativa de esperanza y de duda la sumía en un dolor que deseaba saberlo todo. Prefería morir, antes que esta incertidumbre que le suspendía el alma al borde de un abismo. Por momentos cree sentir la risa de la Gitana burlándose de ella, y se estremece; y sus ojos, sin saber por qué, se clavan en las aguas quietas de la represa, y su pobre corazón

agitado no ve más que aquel líquido sereno, inmóvil...

¡Por fin!... allá... era Hermógenes que venía corriendo a su alcance. Mabel, exaltada, la llamó a grandes voces, y cuando la tuvo cerca, a su lado, la tomó de un brazo y con el otro, extendido, le enseñaba la inmensidad, diciendo:

– ¡Mira, Hermógenes, qué pequeñas parecemos nosotras en el espacio tan grande!

Hermógenes miró el paisaje, que sin duda para ella no tenía nada más que lo que contemplaba al diario, y respondió:

– Niña Mabel, usted le da demasiado corte a la vieja Nicasia. ¡Que sabe esa cabra de naida!...

– Tengo miedo, Hermógenes. Como nunca, deseo salir de estos campos.

– Confíe en mí, niña. La Tola no se hai meter en su vida. ¡Déjela por mi cuenta!...

Dijo esto expresando en su rostro y en su voz una energía varonil de protección y de fe, cuyo influjo sintió Mabel.

– Lástima que no me dejen llevarte a ti, Hermógenes -le dijo cariñosamente Mabel-. Mamita me da a la Clarinda porque es más vieja.

Hermógenes pareció meditar y luego dijo, sonriendo:

– La Clarinda, al primer relincho de un potro, se pone carne de gallina. ¡Linda pieza pa un susto! Y pa mejor se va el Panta con don Luciano. Ese es un zorro que lai dar un buen dolor de cabeza.

... Ahora, las dos, medio abrazadas, volvían por el mismo camino ancho que llevaba a las casas, hacia el naciente.

– Hoy dormirás en mi cuarto, Hermógenes -habló Mabel-; no quiero estar sola; ya te dijo mamita que me acompañes estas noches hasta que nos vamos a Tama.

Cuando llegaron, estaba el patio lleno de gente. Los que volvieron del campo con don Baldomero, el Chileno, dos compradores de Patquía y varios hombres más, que Mabel no conoció. Todos ellos llegaron a la mañana a la compra de novillos. Mabel hizo decir que estaba descompuesta y se metió en su cuarto, pues esa noche se

comería en el patio a la luz de la luna, de modo que la habitación de Mabel quedaba libre por unas horas.

La madre de Mabel no sospechaba el motivo de la ausencia de su hija esa noche, pero sabía que Mabel tenía sus agachadas algunas veces. Y como eran los últimos días que vivía con ellos, no era posible contrariarla. Don Baldomero pensó que su hija esquivaba encontrarse con su antiguo festejante, y que, quizá la niña tenía razón. Sólo el Chileno extrañable dolorosamente de esta ausencia. ¿Acaso no podía verla siquiera de lejos, cuando ya faltaba tan poco para que fuera para él un eterno imposible?

De su cuarto, junto a la despensa, Mabel oía el ir y venir de la Clarinda y los otros sirvientes en busca de las fuentes, que despedía fuerte y sabroso olor a humitas en chala y a corderos asados.

Mabel, por su parte, ni probó bocado.

* * *

Pasaron horas, y serían las diez de la noche, cuando comenzó el desbande de los comensales. Y todo quedó en quietud nocturna.

Mabel y Hermógenes mataron la lámpara que ardía en el centro de la habitación; encendieron velas en el nicho de la Virgen, y pusieron una en un candelero alto de plata, lo llevaron al estrado, y allí las dos continuaron la labor que desde meses las absorbía. Pero eran las últimas puntadas. Ya el cura andaba de visita parroquial en Tama, donde la casaría a Mabel antes de poco.

¡Cuán grande parecía aquella habitación a la débil claridad de las velas! Todo semejaba ensancharse y adquirir formas diversas que dejaban caer su sombra en el piso. Frente al estrado, había una lámina de figurines, en marco negro, seguramente de alguna revista de modas, llegaba a esos mundos por casualidad, y que Mabel, en su afán de elegancia, recogió como una reliquia, colocándola frente a sus ojos para ver de asemejarse a aquellas figuras finas, de cuerpos de avispas, que con sus largas polleras, ampliadas por el miriñaque y las mangas en bullón, hacían recordar a las muñecas

de loza o a los alfileteros de las casas de modas.

A menudo, Mabel examinaba aquellas mujeres, encantada de parecérseles y tratando de adquirir sus medidas y dar esa forma a sus trajes. Esta noche, las pobres muñequitas pintadas adquirirían un relieve particular, y se diría que todas ellas miraban a la novia en sus preparativos, y algunas tenían una dulce sonrisa de coquetería... o de envidia. En la pared, las flores de paja se juntaban en grandes ramos, sostenidos por un clavo; se tornaban inmensos en la semiobscuridad, y a algunos se los hubiera creído brazos cruzados sobre un pecho.

De pronto oyóse afuera el resonar de cascos de caballos al galope, por detrás de la ventana. Mabel y Hermógenes se pusieron de pie, sacudidas a la vez por un estremecimiento de miedo, aunque debían estar curadas de espanto. Los gorros colorados podían hacer de las suyas en cualquier momento.

Asomáronse a la ventana para mirar el campo. Los galopes seguían sintiéndose, y a lo lejos, otros ruidos semejantes parecían responder a los más cercanos. Entraba un olor a tierra y a yuyos saludables. Los ruidos se extinguieron, pero Mabel quedó sorprendida por lo que vio a lo lejos, «el campito», como le llamaban a una planicie que se extendía detrás de la casa, pelada, sin árboles y de una tierra gredosa, que a veces tomaba color de sangre. Decían que allí, Elizondo, el célebre gaucho, enemigo de don Baldomero Zárate, llegó un día con sus Gorros colorados y acampó en ese lugar, matando la mejor hacienda: novillos, vacas, cabras. Durante tres meses, al margen de grandes fogatas, asaron, y comieron hasta quedar los corrales vacíos. Y, también, degollaron a dos o tres del gobierno; desde entonces, «el campito» quedó estéril, nunca brotó ni un yuyo.

Mabel vio levantarse una llamita azul, pequeña, salida de un hueco, que oscilaba en el aire, agrandándose o achicándose según el viento. Luego, otra llamita semejante empezó a elevarse; después otra, y más cerca otra, hasta que formaron como diez que bailaban, alzándose y bajándose al suelo. Mabel contuvo una exclamación... pero la Hermógenes, que ya conocía el prodigio, alzó la

mano e hizo la señal de la cruz.

– ¡Por el ánima de don Ruperto!- dijo, y sus labios murmuraron un rezo.

Mabel guardó silencio. Comprendió. Algo desearía el pobre viejo degollado allí, que así vagaba en la obscuridad de la noche.

– ¡Fuegos fatuos!- dijo apenas Mabel, a quien Luciano muchas veces había hablado de estas llamas ambulantes, pero sin creer en las ánimas como todas aquellas buenas gentes.

Hermógenes la miró asombrada... y muy seria le dijo al oído:

– Todas esas que usted ve, son los que mataron en «el campito», y siempre en las noches calientes, desandan, buscando quien les haga decir una misa pa sus almas en pena.

La voz de la ingenua criada era como una frase religiosa que se murmurara en el silencio.

Cerraron la puerta que daba al patio y dejaron bien abierta la ventana. Los fuegos sonámbulos «del campito» se fueron apagando, a medida que una vaga claridad impregnaba el cielo. Los árboles se recortaban y algo vaporoso y azulado se agrandaba sobre la extensión.

Mabel pensó en los cuentos de su libro, «Las mil y una noches», y ya le parecía ver en aquel espacio limpio, bajo las estrellas, volando, «las tres perras negras y las tres perras blancas». El sueño se confundía en su mente con la realidad.

El silencio, el inmenso silencio de los campos, inmovilizábalo todo. No se percibía ni al balido de las vacas, ni aún el rumiar de las cabras que estaban allí, cerca, en el chiquero. Sólo de vez en cuando cortaba el espacio un relincho lejano o el ladrido de algún perro.

De repente, unos pasos bajo de la ventana... y se oyeron cuerdas que se punteaban.

– ¡Serenata- dijo Mabel.

– ¡Chist!...- insinuó Hermógenes, poniendo un dedo en la boca. No se mueva..., apague la vela; la otra también... ¡Quédese aquí, niña Mabel!

Las dos mujeres, inmóviles junto a la ventana, pudieron ver sin

ser vistas y cuchicheaban en voz muy baja. Unas manos nerviosas y ejercitadas comenzaron a rasguear las cuerdas, y una voz sonora llenó aquel silencio de luna.

Poco a poco el cantor, que era un hombre, se iba agitando, y las primeras notas, quietas, largas, de la guitarra, se entusiasmaron y se retorcián vibrando con extraño calor.

Era un canto desconocido para Mabel, un canto que tenía los sonidos metálicos de las piedras que van y vienen, encontrándose con el eco que responde en la montaña. Canto dulce al principio, luego enérgico y áspero, como un conjuro, o el alarido de un pájaro moribundo.

– ¡El Chileno -dijo apenas Hermógenes-. Es el canto de ellos, niña.

Mabel sentía sacudírsele un poco el corazón; inquietud, emoción o extrañeza le causaba aquel canto que sonaba en la noche como un maleficio, tierno, imponente, diabólico.

Un golpe seco sobre las cuerdas y una especie de carcajada musical respondió al pensamiento de Mabel. Otra vez empezaba la melodía enervante, insatisfecha, en una prolongación de notas y de sonidos angustiosos. Era aquel alarido típico que los araucanos lanzan en la Cordillera para pedir socorro, cuando les amenaza la nieve o el vendaval. Llamado desesperado y terrible, que, de pico en pico, lo lleva el eco en alas del viento, en las tinieblas de las noches invernales.

Mabel estaba ensimismada con el sortilegios de la música y, poco a poco, fué dejándose llevar por su fantasía y se convirtió de pronto en la viajera de las altas cumbres, volando sobre la nieve, abrazada por el hombre que la había querido... Por sobre cerros y nubes, más altos que el más alto pico, ya lejos de la tierra, sentía sólo la melodía diabólica y enloquecedora de las profundidades.

Cuando hubo cesado el canto, cuando todo estuvo otra vez en silencio, notaron las dos jóvenes, aun inmóviles en sus puestos, como adormecidas, que los rayos de la luna entraban por la ventana en un grueso chorro luminoso que resbalaba sobre la mesa y subía por

la pared.

Mabel fue la primera en mirar; su cuarto era el mismo... pero algo había quedado allí, aún vibraba en el ambiente el alma de aquel canto. Creía haber perdido el sentido de la realidad y que la hubieran conducido a un sitio lejano.

Sus padres, Luciano, la Tola, la vieja, todos se habían perdido en su conciencia. Sentía su mente calenturienta y pesado el corazón. Hermógenes la miraba pasearse de una punta a la otra de la pieza, sin decirle nada, inhibida por algo más fuerte que su voluntad. De súbito, Mabel se detuvo junto a su guitarra que colgaba de un clavo, la tomó con las dos manos y se sentó con ella en la orilla del lecho, que estaba junto a la ventana. La guitarra sobre su pierna y toda bañada de luna parecía una aparición en aquel cuarto de «Los Quebrachales».

— ¿Qué va a hacer, niña Mabel, a esta hora?— preguntóle toda asustada la criada. La contestación se la dio la guitarra de Mabel, que comenzaba a quejarse. Suavemente, dulcemente, salían las notas, delgadas como hilos de luna; limpias, serenas, en la claridad azul. Su infancia, luego su juventud, estaban allí; en las notas ingenuas, en el preludio de su guitarra; pero de pronto, como la canción del araucano, comenzó un trémolo nervioso, oscilante, como la duda que se clavó en su alma...

Por la ventana entró una ráfaga de viento, que levantó algunos papeles de encima de la mesa.

Afuera, la luna se cubría por una nube gris, ondulosa, que avanzaba o se detenía, sobre su rostro viajero. Los talas, que daban con sus copas sobre el techo de la casa, empezaron con sus hojas a querer rezongar, o quizá a acompañar con el ruido de sus ramas el canto de la guitarra de Mabel, y a quien dentro de muy poco no verían más allí a la que habían velado sus sueños y sus insomnios.

El canto de Mabel tornábase quieto, atormentado; la luna la besaba ya, en la boca, en la frente, en la cabellera... Un acento de estupor, de tormenta, removíase en su pecho enamorado. ¡La otra!, esta frase asomó a su corazón y un grito de rabia escapó en sus

cuerdas. La ilusión que se rompe, la herida que se abre y sangra en un instante, teñía sus notas, haciéndolas intensas, resistentes, para luego romperse, estrellarse entre sus dedos como el torrente contra las aristas de las piedras.

La noche se obscurecía, y un grueso nubarrón plomizo cubrió el pedazo de cielo sobre «el campito», tendiéndose por encima de las copas de los árboles cercanos. Un viento frío del sur hizo cambiar el ambiente y se sintió por primera vez un largo rumor de los talas, chañares y algarrobos. Sobre sus ramas pasó la voz nocturna del viento, cantando quien sabe qué historietas lejanas. Aquella interrupción de la paz de la Naturaleza trajo a Mabel, por ley de contraste, la serenidad armoniosa de las cosas de su alma.

Los trastornos meteorológicos dan siempre al alma la sensación de su pequeñez, y toda exaltación turbulenta se aplaca y cede a otros movimientos más poderosos. Aquella soberana paz del «campito», donde dormían los muertos degollados por Elizondo, venía a imponerse a su alma, y el dulce aquietamiento de lo que es, y de lo que será, como o sin nuestra voluntad, apareció en las últimas notas de Mabel, dulces, ligeras, delgadas, como el canto de un cisne moribundo, que sin resistencia, sin lamento, sin vida, dobla su largo cuello, cierra los ojitos de cristal, donde tantas veces se ha reflejado la tersura de los lagos, y muere estremeciendo las alas como en acción de un supremo y último vuelo.

Alguien abrió de golpe la puerta y entró. Las dos mujeres lanzaron un grito y la guitarra de Mabel fue a parar al suelo, produciendo un ruido largo y sordo.

— ¡Soy yo! No se asusten -dijo la Clarinda, la vieja criada de la casa que había visto nacer a Mabel-. ¿Qué es eso de guitarra a estas horas? ¿No ven que llega la punta del viento? Pronto, a cerrar la ventana y ponerle el pasador de fierro!

No bien hicieron lo ordenado, cuando sintieron afuera el crujido de la noche: árboles, casas, animales, todo gemía y se retorció.

El soberano del Sur, el dueño de asolar los campos y sembrados, estaba allí; ese viento temido y conocido por los habitantes de «Los

Llanos», ese viento al que nada lo detiene, y que zumba, corre, grita y vuela a través de leguas, de salinas y de bosques, arrastrando consigo el terror y la ruina...

IV

La Boda

Llegaba por fin el tan deseado día de la boda, y la familia de don Baldomero Zárate debía salir de «Los Quebrachales» a la cabeza de una larga fila de mujeres y de hombres, todos a caballo. Venido el momento, y ya juntos en el gran patio de la casa, levantando los látigos y espoleando los silleros de diversos pelajes: negros de lustroso pelo corto, malacaras y tordillos, partieron al galope por el camino gredoso que se abría desde la estancia hacia el naciente entre las dos hileras de viejos quebrachales, cuyos troncos descortezados, de color gris, aparecían cruzados de hendiduras negras. A los pocos minutos de andar sobre aquellos médanos, en cada pisada, el polvo subía hasta la panza de los caballos.

Iban a la más cercana de las villas, a la pintoresca Tama, para celebrar la ceremonia al día siguiente, que era el último domingo de marzo.

Las blancas capas de brin de las amazonas -de moda entonces- flotaban al viento, y la cabalgata parecía por momentos saltar como alocada a ras del suelo, o tragarse las distancias en desenfrenada carrera. Pero, aun después de largas horas de marcha, las amazonas y los jinetes -también de blancas capas-, asombraban por la fuerza y gracia con que regían sus cabalgaduras; sólo de vez en cuando semejaban los unos irse encima de los otros, porque los caballos

que venían detrás tocaban las ancas de los de adelante con sus pescuezos tensos, y resoplaban por las fauces el aire caliente. Iban llegando a la conocida vertiente denominada «El ojo del agua del mistolar», cuya misteriosa leyenda conservan con cariño los tamistas. Ya no era el polvillo que se alzaba hasta las bestias, era una alta nube parda que oscurecía casi la comitiva y se elevaba por encima de las cabezas. Y en aquella senda que comenzaba a hacerse áspera y tortuosa, la emprendieron a galope tendido, con la esperanza de llegar anocheciendo a la población.

Mabel y Luciano iban delante. Pero ellos, en el atolondramiento de sensaciones, apenas si se sentían envueltos en esta tormenta de polvo que se ensanchaba y ascendía bajo los cascos de los caballos.

Las sombras del crepúsculo empezaban a cubrir los caminos, cuando, desde lo alto de la loma llamada «El mal paso», divisaron, en medio del valle montuoso, en que las higueras y los mistolares forman una franja verdosa al pie de la Sierra Grande, otra cabalgata que hacia ellos venía.

Semejaba un río de gente que se desbordaba en gritos de júbilo al encontrarse.

– ¡Vivan los novios!- repetían las voces.

Eran las niñas y jóvenes tamistas, que salieron al encuentro de los novios. Agitando en alto entre sus manos las matracas y cencerros que sonaban todos a un tiempo, y entre hurras y cantos y vivas, se daba así suelta el holgorio, que, como es natural, domina y enloquece a la juventud en todo momento de alegría. Se casaba Mabel con Luciano, y sus amigos y amigas tenían que celebrarlo con carcajadas y cencerros como quería la tradición. Al poco rato de saludarse con un estrépito en toda regla, se pusieron en marcha de cara al viento hasta la casa del novio. Y fue éste el primero que saltó de su caballo y dio la mano a su novia para que descendiera del suyo.

Allí estaban los padres de Luciano. La madre, que fue la primera en tenderle los brazos, era un alta y musculosa señora, muy estirada y muy considerada en la población.

– ¡Hijo mío, -sollozaba-. ¡Ya no serás más mío!...

A Mabel le causó espinosa impresión este recibimiento con lloros, pero trató como pudo de disimular y abrazó efusivamente a su futura suegra, quien la tomó por la cintura y la condujo al salón de la casa, ya arreglado para la fiesta.

Apenas liberadas las señoras de sus amazonas y los hombres de sus capas de viaje, se reunieron bulliciosamente en el salón de la fiesta. Comenzaron a pasarse las masas y licores, y en grandes bandejas de plata maciza circulaban de mano en mano las roscas de anís y los alfajores vidriados. Alojias y vinos bebían algunos y, los más, aguardiente de pura uva, de esos que hacen tambalear al más fuerte.

Nadie hablaba de cenar esa noche. Más que suficiente sería el ponche caliente y perfumado que se había de tomar a las once. Amigos y parientes estaban todos; querían acompañar a los novios, y daba gloria ver tan alegre agitación, encendida sin consumirse hasta las doce de la noche. Aquellas gentes que el resto del año vivían en los trabajos rurales, se embriagaban de alegría en esta última noche de capilla, entre augurios y comentarios. Las horas fueron corriendo y vaciándose las botellas. Subían de punto las conversaciones y se exageraban los sentimientos y afectos. El vino, ya se sabe, despierta tanto la alegría como la tristeza, y la mayoría de aquellos rústicos señores tamistas empezaban a chispear de lo lindo. Los vasos se cruzaban y las tazonas de plata, humeantes, de ponche, con huevo y coñac. En eso don Gerardo Ocampo, un viejo de larga barba blanca, que parecía descendiente de Moisés, alzó la copa y brindó. Todos callaron.

– Brindo, señores- dijo con voz quebrada el anciano- por la felicidad de estos pichones, y espero que este año, en Tama, empezará el de las siete vacas gordas de la Biblia. La juventud, señores, trae siempre abundancia, y nunca se ha visto en Tama un casamiento más original... ¡Ja, ja ja!, un par de bebes.

– Comadres -siguió tartamudeando el viejo.; este que aquí veis, fue como mi hijo, mi hi-jo, o, o... -y soltó de golpe a llorar como un

chico, el viejo fuerte y barbudo.

– ¡Amigo Florindo! -exclamó otro, también enternecido por el coñac-. Tiempos van, ¡ay, ay! Tiempos vienen, ¡guay, guay!- Todos lanzaron una carcajada, y desde ese momento se confundieron los llantos con los votos de felicidad.

Mabel, profundamente impresionada por la singular despedida a su vida de soltera, no podía ya esconder su disgusto y su cólera por la estupidez de los tontos que lloraban por Luciano, como sintiendo que se casara con ella.

– ¡Un muchacho tan joven! -decían algunos-; ¡qué lástima!

Y otros agregaban:

– ¡Sin terminar su carrera!...

La madre de Luciano, quizá dándose cuenta de la impresión de Mabel, defendió a su hijo diciendo:

– No es el primero que se casa sin carrera; la capacidad se revela en cualquier trabajo. ¡Para eso, es buen hombre mi hijo!- y tomando a Mabel nuevamente por la cintura, la condujo a su habitación, diciéndole:

– ¡Ven querida; es tarde, y estarás cansada!

Era la alcobita, pequeña, y daba junto al salón principal. Allí habían arreglado para los novios, pero esta noche la ocuparía sola Mabel, porque el casamiento se realizaría al día siguiente a las once de la mañana.

Mabel se quedó en su alcoba; sentía oprimido el corazón; un sentimiento de angustia la inhibía para pensar.

Es verdad, en los grandes pensamientos de la vida -y el casamiento no es el trance menor-, no puede reflexionarse; sólo se sienten, o se perciben, las cosas, en plena inconsciencia o aturdimiento.

Por la ventana que daba a la calle, entraba, al través de una cortina blanca, la luz de la luna, dulcemente azul, y se estiraba como un ancho brazo luminoso hasta el lecho de Mabel, un gran lecho de bronce, con dosel, cubierto de tul y puntillas valencianas. Allí se quedó con los ojos cubiertos, tendida en la cama, sin decisión para moverse...

Afuera, sentíase aún el barullo de los que se iban y el canto de los borrachos. En eso, se oyeron los gritos de alguien que lloraba y se quejaba en alta voz. Mabel, de un salto, se acercó a la ventana para escuchar.

En la calle, frente a una tapia vieja, un grupo numeroso de hombres tenía a raya a un joven, que de hombro en hombro posaba la cabeza sollozando, y que apenas podía sostenerse en pie. Tal era la tranca que el pobre había pillado.. Mabel reconoció a Marcelino Bustos, uno de sus pretendientes.

— ¡Pobre mi hermana -lloraba Marcelino-, que Luciano la engañó! ¡Y pobre yo, que estoy padeciendo por esa ingrata Mabel!... ¡Déjenme, compadres, que me hunda esta facón!... -Y los hombres de la rueda lo contenían y lo sujetaban de aquí y de allá, para que no diera con su pobre humanidad en tierra.

Toda la calleja ancha estaba llena de luna... Mabel siente repugnancia por aquel hombre, y tristeza al verse rodeada de tanta miseria. Ella, aunque nacida en Los Llanos, era de naturaleza fina y de aspiraciones de perfeccionamiento. Por esto se prendó de Luciano, que parecía educado, según sus deseos... Y luego, al volver a su lecho, con la cabeza hundida en la almohada, escucha la voz de su corazón que muy quedo le murmura un inquietante mañana; su presentimiento se alza como una queja perdida en la inconsciencia del porvenir; y la noche aquella, llena de luz, y la calleja ancha y extendida, sin estorbos, calleja solitaria por donde pasa la vida miserable de esos hombres que ríen y lloran por efecto del vino, le parece a Mabel un cuadro fantástico, visto en su mente no sabe cuándo, pero que la hiela. Registra en la sombra de su pensamiento el enigma curioso de su espíritu, y busca en los repliegues la causa de esta extraña desolación interior, sin comprender nada en este obscuro libro de su alma. Sin su voluntad se le arrastran dos lágrimas desde el ángulo de los ojos y van rodando en el raso de sus mejillas dejando silenciosamente una huella húmeda: aquella noche le cantó muy adentro el secreto de la soledad... Y algún día Mabel recordará esta noche... y la comprenderá.

Muy tarde ya, cesaron los ruidos, y el silencio de la hora la durmió, aliviada, a pesar de todo, con la visión de su novio y la esperanza que enciende el corazón: el ensueño de la virgen que va a develar el misterio de la vida...

* * *

Serían las diez de la mañana del día siguiente, cuando Mabel en aquella alcobita toda blanca, vestíase ayudada por su fiel Hermógenes, cuyos dedos temblaban al posarse sobre aquella seda brillante y escurridiza. Ella, la campesina de «Los Quebrachales», hecha a las faenas rudas del campo, sentíase inhábil en el arreglo delicado de la novia, lo que practicaba maquinalmente. Su espíritu estaría muy lejos, tal vez, del hecho material de sus manos, porque Mabel le vio dos gruesas lágrimas correr por su cara morena.

– ¿Por qué lloras, Hermógenes? -díjole cariñosamente-, y aunque la hija de don Baldomero no era supersticiosa, este llanto mudo parecíale significar algo doloroso. Hermógenes sufría hondamente por su querida niña, a la que vestía por última vez. En adelante otras manos la cuidarían... y mientras pinchaba el último alfiler en el traje de novia, díjole en voz bajita, para que nadie oyera:

– Vaya tranquila, mi niña, que yo soy el halcón de sus pagos... Me cazaré tuito lo que no sirva...

Las palabras de Hermógenes sobresaltaron a Mabel; le presentaban a su mente la escena de la noche anterior. ¿Si llegaría Luciano a asemejarseles a aquellas gentes? Esto sería horrible... Algo iba a decir a Hermógenes, pero de golpe se vio rodeada de brazos que la arrastraban hasta el salón, donde ya la comitiva estaba lista para la iglesia.

Esperaban a la novia en el salón grande, que se iba llenando de gente por minutos.

Después de larga espera, se abre la puerta y aparece Mabel, hermosísima, vestida con traje de piqué azul, con rayas negras. Esbelta y fina. Caíanle del alto polizón de seda, túnicas diversas sobre la

falda lisa, amplia y redonda, hasta la garganta del pie; sus cabellos en dos trenzas coronaban la frente y sobre ellas ponía Hermógenes el copete blanco con azahares, única prenda que revelaba a una novia en traje de desposada. Era costumbre que las novias se vistieran con traje de color, cuando el casamiento se realizaba de día.

Las amigas y parientes, ante la belleza de Mabel, golpearon las manos y sonrieron placenteras.

* * *

Las campanas de la villa de Tama echaban a vuelo sus repiques, alegres y nupciales, en medio de una prodigalidad de luz. De un lado se alzaban enormes picos, sobre los cuales la reverberación luminosa relucía en los peñascos próximos con veladuras cristalinicas. Del otro, praderas verdes, bosques de algarrobos y mistolares, un arroyo de retorcidas ventanas, despuntando con el testero de su campanario.

Tama está de fiesta. Multitud de mujeres endomingadas con anchas faldas y largas trenzas, y de hombres con chiripás de jergones y gruesas botas de potro, esperan la salida de los novios. En la plazuela destartalada y pobre, van rodeando los chiquillos sucios del pobrerío a los caballos y mulos con recados y aperos plateados, que esperaban junto a las higueras que formaban el perímetro de la plazuela. Mujeres, hombres y churumbeles, llevaban con complacencia la espera, porque a los grandes les agitaba la curiosidad de ver a los novios y a los señores del acompañamiento, y a los chicos el ansia de la propina: reales que los padrinos arrojan a manos llenas a la salida del templo.

De repente, ábrese la puerta de la iglesia que da al atrio, y al son de las voces de un órgano viejo que había en la sacristía y, como movidos por un resorte mágico, avanzan, terminado ya el sacramento, los recién desposados, seguidos del cortejo y de toda la concurrencia que llenaba la nave. Avanzaban hacia el atrio, entre las dos filas de bancos pintados de rojo, seguidos del acompañamien-

to, Mabel y Luciano, con la sonrisa en los labios y los ojos humedecidos, quizás por esa música que sin conocerla, sentían en el alma.

Se detienen en el atrio lleno de sol y de cantos de pájaros, para recibir los plácemes y augurios de todas aquellas buenas gentes, deseosas de unirse a la alegría y felicidad de los que, desde ese instante, marcharían por la vida inseparablemente juntos...

* * *

Camino de vuelta va la comitiva, compuesta por los recién casados, cortejo y acompañantes. Camino de la casa paterna, van, rodeando todos a la pareja feliz. Todos los mimos son para ella. Llevan pocos minutos de marcha a pie, porque la casa queda a tiro de ballesta de la iglesia.

Un pilluelo de los bullangueros, que seguía la procesión, se les acerca:

– ¡Oiga, ño, que a mí no me tocó ni un real!

– Un real para este chango -dice alguien de la comitiva.

– A mí, ño iguay!... ¿no li dicho que es pa mí?... Y usted lo tira pal otro -gruñó, tendiendo la mano el muchacho, y cantando las palabras, con ese acento esdrújulo de pájaro; y cuando el padrino arrojó nuevamente un puñado de cobres, como los pollos al maíz, se atropellaron todos los pedigüeños, cayendo de bruces en el suelo y arando la tierra con las uñas en busca de los reales.

Todo el mundo, grandes, chicos, viejos, jóvenes, retozaban y brincaban de júbilo ante el paso de los novios. A la calle y a la ventanas del caserío de la villa, se echaron las comadres y las mozueltas, que deplorarían quizás no ser ellas las casadas, y no paraban con la lengua y las manos sus saludos y augurios.

La algazara y júbilo del poblado, anduvo tras los novios todo el tiempo que tardaron en llegar de vuelta a la casa.

Entrados de nuevo al espacioso salón de fiestas, son empujados casi hacia el estrado, cubierto con chuse grueso, tejido a dos peines, negro, rojo y azul.

Luciano y Mabel, resignados hacen frente a lo que les va a suceder. En efecto: las señoras y los hombres cargan sobre ellos, disparándoles besos y apretones. Arremeten por instantes con frenesí tal, que antes parece un flagelamiento.

Realmente, es el caso en que todos quieren hacerse presentes y no se les cae del corazón el deseo de ser reconocidos por la novia. En cuanto a las señoras, invitadas o no, tienen el derecho de verla y besarla, ¡y son tantas!, de todas las edades y colores. Vienen mujeres de altos polizones y negros copetes en la cabeza, trajeadas de seda y piqué, otras con extraordinarios arreglos de caravanas y flequillos rizados; éstas son las más y, por último, las abuelas envueltas en negros rebozos de merino negro, algunas que ya casi no pueden andar, ¡tan tembleques están sus piernas!; todas son tías, parientas o amigas de los padres, casi con derechos maternos por la edad, y exhortan y aconsejan, saliendo sus palabras como balbuceos por las flácidas bocas desdentadas.

Mas del fondo del salón, abriendo cancha, viene ya un grupo de jóvenes niñas a cumplir la consigna de la villa: el beso para el novio. Mabel ríe; Luciano se resiste un tanto, turbado por el exquisito presente; pero, de una en una, sin consultar las muy pilluelas, dejan en la mejilla, morena y firme, el beso estipulado por la costumbre. Y todo iba de perlas hasta aquí; pero llega la parte que ha de sorprender a Luciano y ponerle en un filoso brete del que no sabe cómo salir airoso. Son los hombres, ahora, que formando cohorte, vienen hacia Mabel.

— ¡Quietos, señores! Nadie bese a mi mujer... Aquí estoy yo, para hacerlo por ustedes -grita Luciano, envalentonado.

Mas, ¿quién hace caso del novio? La costumbre es poderosa y está por encima de los conceptos individuales; y así, antes que nada, ya besa el primero, un viejo de barba hirsuta y olor a caña, a la pobre Mabel, que se esfuerza en vano por sacarle la presa de la boca.

Luciano, entonces, se interpone entre su mujer y los hombres.... Una sola carcajada es la contestación a la actitud defensiva del marido y en un santiamén muchas manos lo maniatan, empujándolo

por la espalda, arrastrándolo a la punta del estrado y sosteniéndolo allí; hasta que no queda ni uno sin cumplir el rito del beso y dirigir mientras tanto a la novia bromas y chistes alusivos.

– ¿No son éstos, querida, mucho más sabrosos que los otros? - chusqueaban los más canosos, haciéndose guiños de inteligencia- ¡Cuidado, que aún no les sabe el gusto la pobre!

– ¡No te apures, hija -decíale otro-, que ya tendrás para aburrirte. Y después... lo que han de comer los gusanos deja que lo gocen los humanos...

Era un holgorio aquello, y parecía que la juventud se les entraba por el cuerpo. Es un reír y un jaranear que daba gloria el verlo.

Por fin termina la penitencia, y de nuevo Luciano está al lado de su mujer, quien sigue recibiendo de algunas más discretas, sus plácemes. Llegaban hasta ella con los ojos húmedos por recónditas emociones. Entre éstas estaban sus primas, las de Mendoza, a quienes los años iban dejando en la sombra, en el triste olvido de un crepúsculo sin alba. Mabel sintió compasión por éstas, que llegaban a desearle la felicidad que ellas, quizás, nunca gustarían; y las besó más efusivamente y las estrechó contra su pecho.

Más, no terminaron los cariños y muchas otras querían besar de nuevo a la novia; entonces, Luciano, casi con la boca al oído de Mabel, le murmura cariñosamente:

– ¡Basta, mi amor, de besos!... ¡no queda ni uno para mí!...

Mabel va a contestar con una significativa sonrisa a su marido; pero en ese momento se acerca a ella una mujer que le hiela la sonrisa en los labios. Es alta y fina, viste sin miriñaque, ni polizón, ni copete. Una pollera corta de seda azul, ajustada al cuerpo, y una banda roja y ancha ciñe la cintura sobre una blusa de blanca seda.

Sus cabellos son de color bronce; y coronando su frente, una vincha azul se ata en nudo sobre la oreja y cae hasta el cuello formando una borla. Es hermosa aquella mujer, en la que relumbran, magníficos como dos luceros, los verdes ojos entrecerrados y en forma de avellana. Se acerca garbosa a la novia y le tiende su mano pequeña y dura, al tiempo que sonrío, enseñando unos dientes

menudos y puntiagudos como de leona joven.

— ¡La Tola! -exclamó sofocada Mabel-, y clavó los ojos en Luciano, a quien imperceptiblemente le estremeció una ligera contracción en el rostro. En un instante, menos rápido que el que se necesita para decirlo, Mabel se dio cuenta de su posición, y estirando también su mano estrechó la que se le ofrecía auspiciosa.

— Le acompañan mis deseos- díjole zalamera la Gitana; y luego, volviéndose hacia Luciano le apretó la suya, siempre con esa sonrisa enigmática y graciosa.

No fue posible esquivar la invitación. A todas las familias de los alrededores se les envió, y la Gitana estuvo entre ellas. Por otra parte, con el casamiento de Luciano las cosas pasadas parecían haberse olvidado, y como la señora de la Vega nunca creyó en chismerío, fue esto la causa de la presencia en la fiesta, de Tola Ontivero.

Luego, cuando la Gitana se hubo retirado, marido y mujer se miraron rostro a rostro en un inconsciente desafío. Pero esto fue allá, en las profundidades de la conciencia, ignorando ambos que cada uno llevaba el secreto de su secreto. Luciano, intranquilo, sospechaba que Mabel algo sabía que esos asuntos pasados, y Mabel quería que Luciano no se diera cuenta de su inquietud, ni que conociera la escena de las cartas; y así, cada uno guardó en el silencio sus agitaciones del momento. ¿Acaso Luciano ignoraba la presencia de la Gitana?. Seguramente. No debe olvidarse que aquél pasó la última semana en la estancia «Los Llanos» y llegó con Mabel el día de la boda. Entretanto, la hora del banquete era llegada, y todos pasaron al comedor improvisado.

* * *

La comilona se hizo en la quinta, bajo las coposas higueras y parras, que dejaban caer, a cada movimiento de la brisa, sus anchas hojas secas sobre el alfombrado de chuses de varios colores, puestos para el caso. En el espacio abierto cabían todos los invitados: más de cien comensales.

Largas horas duró el banquete. El sol ya incendiaba el poniente cuando hicieron a un lado las mesas, y la alegre concurrencia se dispersaba en grupos, comentando en alta voz sus impresiones, alteradas en parte por los espirituosos vinos de la bodega de don Maximino de la Vega, tío de Luciano, que había hecho derroche de su bordalesa en ese día. Allí estaba con sus largas piernas y cráneo en punta, sobresaliendo en medio de todos.

También se veía a las familias de Ocampo, de Vera, de Bustos, de Vallejos, de Romero y otras. Extraño conjunto ofrecía aquella fiesta, donde las abuelas como las jóvenes ostentaban altos polizones, batas ajustadas al talle y plegadas faldas al tobillo; mujeres que se movían rítmicamente por el vaivén de los polizones y de las túnicas; casi parecían princesas de carnaval, con los rectos copetes de terciopelo negro coronando sus cabezas, y sus largas caravanas, que temblaban al menor movimiento sobre los cuellos desnudos.

La gente estaba con ánimo de fiesta: nadie pensaba en retirarse para que descansaran los novios, que tenían el ánimo impasible para todo lo que no fuera ellos mismos.

La dulce penumbra del crepúsculo iba dulcificando también los espíritus, al tiempo que una música, pobre, chillona, dejábase sentir entre los árboles. Acordeones, guitarras, violines, bombos y platillos. Algunas parejas empezaron a moverse, y las demás, de pie, presenciaban los comienzos de los clásicos bailes argentinos.

En eso, una voz de mando dejóse oír:

– ¡Campo!- y a sentarse, que vienen los «araucanos».

Ante el nombre mágico, todo el mundo dispara aquí, corre allí, para acomodarse en lugar cómodo y poder presenciar la escena.

Los araucanos eran un puñado de vagabundos, venidos no se sabe de dónde, en esos días, a Tama. Unos decían que llegaron de más allá de la cordillera, otros aseguraban ser gitanos por sus vestidos y sus bailes: el hecho es que, con música tocada en algunos viejos instrumentos de cuerda y en otros, especie de címbalos, estos hombres morenos, fuertes, de rostros ajados por los años o por los azares de su vida errante, todos los días bailaban en la plaza de

Tama, inspirando admiración y miedo por sus extraños cantos y maleficios. Los chiquillos les llamaban «ilos duendes!», y corrían a oírlos, al mismo tiempo que un terror profundo les hacía soñar y no dormir tranquilos en las noches.

De manera que la palabra fué como una corriente eléctrica entre los convidados. Por el patio entraron. Eran como diez o doce, con desconocidos trajes. Unos llevaban mamelucos negros desde el pie hasta el cuello, y sobre la cabeza unos gorros puntiagudos color fuego; otros, anchas capas blancas hasta las corvas, sobre el rojo calzón de punto. Todos eran horribles: el que no era tuerto, era bizco, con largas barbas en punta y lacios pelos sobre las orejas. En medio de la concurrencia hicieron un círculo abierto. Una fila primera, los más altos; luego, otra y otra, por orden de estatura; se ponen en cuclillas y esperan...

Mabel y Luciano están sentados frente al círculo y, rodeándoles, todos los demás. Don Baldomero les pide que toquen algo, pero ellos responden con la cabeza, que no. Se les sirve vino y pasteles, que comen con las manos a grandes bocados, y luego uno de ellos, el que parecía ser más viejo, dice, pegado al oído del dueño de casa, algo en voz baja... El padre de Luciano, don Florindo de la Vega, explica a la concurrencia lo que el hombre habló; es decir: que ellos no pueden tocar ni bailar si no hay una mujer que haga el sacrificio del fuego. Leyenda de su tribu.

Entretanto, la quinta se llena del gorjeo de los pájaros que buscan sus nidos y de un suave rumor en las higueras y en las parras. La brisa de otoño se anuncia ligera y tibia. La concurrencia comenta el inconveniente del baile de los araucanos, mientras los músicos del pago hacen gemir sus guitarras, y se oyen cantos de «tristes» y preludios de zambas.

Los araucanos se inquietan y se ponen de pie para marcharse; no tienen nada que hacer allí, aseguran todos a la vez, puesto que no hay una moza que quiera acompañarlos en la danza.

Los invitados se miran unos a otros: preguntan, buscan, piden a las niñas se presten a la rara escena; pero ninguna se encuentra

capaz, hasta que de en medio de todas, se pone una joven de pie y se adelanta firme y donairoso hacia los araucanos.

– ¡Yo! –dice la Tola-. ¡Yo bailaré! A mí, que me llaman la Gitana, trataré de recordar un baile que me enseñaron cuando era pequeña.

– ¡Bravo! ¡Bravo! –gritaron todos palmoteando con las manos- ¡Viva la bella gitana!... ¡Al baile!

Mabel se estremeció. En toda la comida tuvo lejos de sí a la gitana, de manera que la tranquilidad, por lo menos aparente, la sintió allí, cerca de Luciano, todo entregado a ella, sin más oído que para su querida mujercita. Los dos, absortos en sí mismos, nada escucharon en la comida, nada sintieron que no fuera sus propios corazones... y, de repente, de golpe, otra vez el fantasma, allí, ante sus ojos, y, sobre todo, ante los de su marido.

– Necesito una fogata –ordenó la bailarina-. No puedo danzar sin fuego. Decía esto en el centro que le habían hecho, dueña de sí misma, hermosa, con sus ojos enormes, con sus ojos todos verdes, que despedían chispas como los relámpagos, con esos sus ojos quemantes, que los hacía andar por todos lados recogiendo en ellos la última luz y sabiendo que tenían la virtud y la energía del boalicho, conocido por los serranos.

– ¡Un fuego! ¡Pronto! –gritó don Baldomero, y en un santiamén los criados hicieron con leña embreada que tenían para los hornos, una fogata redonda, y en menos de lo que se piensa, se alzó en grandes llamaradas en el espacio, ya oscurecido por el anochecer.

Los araucanos saltaban y reían de alegría, parecían embriagados o locos, por las gesticulaciones de sus rostros y los movimientos de sus anchas capas.

Se vuelven a poner en orden, se sientan en cuclillas, toman sus instrumentos y comienzan a tañirlos. La Gitana parecía comprender a aquellos hombres, y algo de su raza vibraba con calor y fuerza en su alma al sentir las notas extrañas de los instrumentos, allí, alrededor del fuego. De un tirón saca sus zapatos y sus medias y una vez sin ellas, ajusta unas sandalias de cuero a los pies desn-

dos; levanta las mangas de la blusa de seda hasta los hombros y acercándose frente a los novios, con intencionada sonrisa, bruja y felina, hace una gran reverencia, clavando los ojos en Luciano; luego, ligera, levanta en arco sus brazos, indica a los araucanos que toquen y bailen alrededor del fuego en la noche de otoño.

La sombra se enrojece con el resplandor de la llama que chirria por la brea y que parece recibir de las manos de la Gitana cuando se abren sobre ellas, fluídos mágicos que han de hacer surtir el hechizo.

La concurrencia se aprieta para ver mejor; los hombres aplauden y gritan vivas, mientras Mabel, helada como una piedra, siente subir a su corazón el ahogo de las llamas.

La bailarina sigue su danza. Va y viene con su cuerpo balanceante. Sus faldas se agitan, su rostro es sombrío como su pensamiento, y parece inconsciente de sus actitudes. En sus ojos se adivina la soledad de su alma. Hay momentos en que el alma de Mabel parece estar como la de la Gitana, sola, sola con ella misma, el corazón callado, ausente la memoria... ¡Qué extraño resulta aquel baile en la oscuridad de la noche! Los araucanos comienzan a agitarse demasiado, y a veces se levantan y dan saltos, como queriendo arrebatar a la bailarina de la llama que, cada vez, se ensancha más alta y más roja. El viento, que ya se está poniendo áspero, azota el rostro de la Gitana, y la sombra ciñe el cuerpo en contacto sensible.

De súbito, se inclina ella hacia la hoguera y se inflama de golpe la carne morena de sus manos, de su cuello, de su frente. Los ojos le brillan con fulgores de infierno, sus pies apenas tocan el suelo. Los brazos se levantan hacia el espacio como implorando... Crepita la leña mordida por la llama y un fulgor enrojecido sube ya por su falda como un loco... Los araucanos ya no están sentados en cuclillas; los de mamelucos negros danzan también haciendo piruetas en el aire, dando gritos horribles que parecen conjuros y llamados sensuales. Los instrumentos suenan melancólicos o enloquecidos con largas notas que parecen de caranchos o de chacales que aúllan.

Se ve temblar el cuerpo redondo y duro de la Gitana, se doran

sus brazos y sus hombros y rebulle su silueta sobre la llama, que se arrastra a sus pies y asciende sobre ella, itoda incendiada! El fuego se estira, la amenaza; la toca por instantes; huye luego por la brisa, se aleja el cuerpo por la danza; pero otra vez se acerca, se precipita hacia ella el resplandor... Los araucanos bailan con furia cercando el cuerpo de la bailarina, y sus capas blancas se abren y se encogen en movimientos diabólicos y extraños. Suenan las notas de la música y cantan los hombres que parecen duendes, con roncoclamos: -¡Hu, lu, lu!... ¡Hu, lu, lu, lu!...- y como un aullido fúnebre suena en la noche la bruja romanza. Las llamas encienden los rostros horribles, que ríen y mueven los labios en contracciones epilépticas y misteriosas, al par que las llamaradas lanzan su resplandor hacia la Gitana, la alcanzan, la lamen y se lían a sus formas en un mudo y loco abrazo, y se pegan como una ardiente boca a su carne agarena y desnuda.

Los hombres están hipnotizados, ya no gritan, ya no palmotean, y una sola ansia los va empujando hacia donde baila la Gitana.

Mabel, con los ojos agrandados por la ansiedad y puestos en su marido, siente por instantes que le falla el corazón. Luciano ya no atiende a su mujer; parece que sólo ve los ojos verdes de la Gitana, que se le ofrece hermosa y provocativa. Le quema la frente y su endiablado recuerdo le inhibe. Sus pupilas arden por el reflejo de las llamas, y de pronto, con los ojos fuertemente cerrados como queriendo apartar una mala visión, enlaza con su brazo el talle de su mujer cual el náufrago que se aferra a una tabla salvadora; mientras Mabel, atónita y enmudecida, siente los cantos y mira la danza. Los llamados y conjuros de los araucanos, le suenan cual cantos lúgubres y sagrados ante un ídolo desconocido, como una plegaria de agonía por alguien que muere bajo el peso de una losa.

- ¡Hu, lu, lu, lu!... ¡Hu, lu, lu, lu!... -dicen, y el viento se lleva el lamento por debajo de los árboles y lo arrastra por toda la quinta, empujándolo, arrojándolo por sobre las tapias...

Mabel ya no comprende nada; en el delirio de su mente cree ser ella una condenada a morir; y está allí, al lado de su Luciano, pero

él puja por huir, por salvarse de ella y correr a la escena más alta, que ella ve por encima de sus cabezas, allá, donde cantan y bailan al dios desconocido y cruel, que asiste impassible a la agonía de su corazón. ¡Oh, qué terrible sensación de angustia! Se palpa las sienes, ¡están frías! Sus manos tiemblan, y su garganta se asfixia. Entonces, las palabras de la vieja Nicasia zumban en sus oídos como cascabeles...

De pronto, suena otra vez el canto y casi sobre las llamas se crispa el cuerpo de la bailarina, que en un arranque de odio, hace acción de arrojar de nuevo algo en la llama, mientras sus ojos relampaguean fijos en Luciano, esperando el sortilegio de su conjuro.

Su expresión es sombría; hay un fondo desconocido en su mirada, donde parece dormir o temblar toda el alma pasional de la Gitana.

Su cabeza se esfuma en la sombra por instantes, en tanto el fulgor sangriento se ensancha en el suelo como descansando; las lenguas de fuego se tuercen; se achatan, se estiran o se alzan soberbias, desgarradas por el viento, y envuelven su cuerpo que se entrega al delirio del fuego, que la posee con la titánica lucha de un esfuerzo sobrehumano...

Mabel, casi sin conciencia, vio, entre la muchedumbre, debajo de la higuera, unos ojos febriles, agrandados, que la miraban fijos, como los de una estatua de bronce ardida por las llamas. Eran los de Hermógenes, que vigilaban en la sombra...

V

En Tama

Era una añeja costumbre de Tama.

Cuando llegaba de los campos vecinos alguna pareja a celebrar su boda, aparecían de la noche a la mañana, escritas con carbón, en grandes letreros y a lo largo de las tapias, estas palabras anunciadoras:

«Tenemos pan de bodas por quince días». Era el pretexto para comilonas, bailes y fiestas, acontecimientos memorables que alteraban la monotonía de las horas neutras, de aquellos largos meses de Tama, meses incoloros, que andaban tras los años, sin apuro...

Tocóles a Luciano y Mabel cumplir la consigna; ya habían pasado catorce días de su luna de miel y estaban en las vísperas de remontar el vuelo hacia «Los Llanos».

Luciano daba órdenes en el patio de la casa a su mozo de mano, el indio José Manuel, quien debía adelantarse a la estancia a fin de preparar la llegada de sus patronos, que sería al día siguiente. Era José Manuel un hombre de hasta cuarenta años, y parecía más bien bajo, envuelto en su poncho de vicuña; lampiño, de ojos sesgados y bizco del izquierdo, esto acentuábale una expresión desviada al rostro. Relucía a la luz su tez cetrina, y, como enemistad de oveja a lobo, contrastaba el ceño de su frente, con la fidelidad que asomaba en su boca.

Había tomado a su parte el cuidado del niño Luciano cuando entró al servicio de don Florindo de la Vega, y le quería desde muy pequeño como quieren los perros, sin comprender y sin averiguarlo, que es a no dudar la mejor manera de querer.

– Piense, patroncito -advirtió José Manuel-, que Panta es hombre de malas mañas, y que leai dar que hacer. No le conviene ese sabandija, patrón.

– Dios mediante -afirmó Luciano con seguridad- matarme, no ha de ser, José Manuel: no nació aún el hombre que falte a Luciano de la Vega: -decía esto levantando los hombros y empinando el rostro hacia arriba.

– No voy a tanto, patrón -respondió el indio.-

Pero como la espina de un presentimiento le punzaba, la conciencia, quería prevenir a su amo, y le dijo: -El corazón sabe los males antes que sucedan patrón-; y añadiendo con ojos proféticos, sentenció:- Además...

Luciano, sin contener la risa, viendo que sus recelos nacían de amor y temor, le interrumpió la frase:

– No te aflijas, mi buen José Manuel; ha comido mucha gallina, parece. Panta no es más que un bribón taimado, que tiembla ante mi puño hasta darle cólicos... ¡Qué demontres!, si no servimos para domar gauchos del pelaje de Panta, ¡adónde vamos, hombre!...

Guardóse, entonces, José Manuel, sus pensamientos, ya que el patrón no quería deshacerse de Panta. Sin embargo, mucho se lo tenía sabido él, que el tal Panta había sido peón de confianza de la Gitana y que de la noche a la mañana salió conchabado en «Los Quebrachales»; y luego, quien sabe cómo vino a caer en «Los Llanos».

– Apostemos- le dijo con chunga el amo, mientras le palmoteaba el hombre con su mano larga y fuerte- a que cuando topas con ese bellaco de Panta, te quedas con el pellejo enjuto como si vieras las orejas al lobo.

A Luciano le divertía en todo momento la indignación del indio cuando lo tachaba de cobarde, pues había en él un fondo de cruel-

dad, unido al orgullo exagerado de sí mismo.

José Manuel se mordió la lengua. Pero, al cabo de un rato, volvió a la carga:

— No importa, patrón; hay que abrirle la tranquera a ese granuja, pa que agarre pal diablo, que es con quien debe hacer güenas migas. ¡Sí, echarlo! Demasiado güenos piones tiene Vd. que le han de servir con cariño y sabrán sudarla, cavando y hachando.

José Manuel no las tenía todas consigo por Luciano. No miedo por su seguridad física, pues demasiado lo conocía, y jamás había encontrado uno más valiente que él; otra zozobra, un susto interior, le asaltaba al indio cuando pensaba en aquellas pasadas andanzas de su amo, que durante dos años lo tuvieron medio loco en idas y vueltas al Carrizal. El daría un dedo de la mano porque ni la sombra de aquella mujer se le apareciera a Luciano, ahora que su pasado quedaba muerto, sepultado, conforme lo demostraba con su casamiento. Y, además, iera tan buena y tan linda la niña!...

El poder inconsciente de la bondad y de la belleza, dominaba también la naturaleza sugestionable de José Manuel. Le parecía a él que sólo la estampita de la Santa Virgen que le dio su madre cuando chico, se le parecía en la pureza de sus ojos, en ese aire tan suave y tan dulce.

Algo quería decir el indio a Luciano, pero éste cortóle el pensamiento con estas palabras de mando:

— A poner en orden las cosas, José Manuel, y hasta pronto. Que todo esté listo, y, ¡buena suerte!

* * *

Lejos, muy lejos iba ya de Tama José Manuel. Se hallaba a menos de una legua de «Los Llanos», en campo abierto, lleno del silencio de la última luz. Iba subiendo un repecho que su mula venecía con dificultad. A uno y otro lado del camino desfilaban coposos quebrachales de troncos lisos y sin ramas. Sólo en sus altísimos plumeros oíanse los píos y los cotorreos trémulos, como gritos y

llamados en la soledad.

José Manuel llegó, por fin, a la meseta en la que por todos lados había chulquis y pichanas florecidas, que exhalaban un agreste perfume. Se veían, aquí y allí, cenizas de fogatas, residuos de comidas furtivas a pleno campo. Después, siguió andando y poco a poco los montes se iban disgregando, fundiéndose pálidamente en el ambiente gris del ocaso.

El indio sintió en su corazón el influjo de la hora, el miedo al destino que suena en el alma de los rústicos campesinos, la inseguridad y alarma que se van agrandando a medida que la obscuridad avanza. Al bajar de la loma, apretaba el paso su cabalgadura, sin que José Manuel le diera rienda; ella sola se daba prisa y cortaba por el atajo, ancho y libre, para llegar lo antes posible a la Estancia. Allí, muy cerca, casi junto a las casas, debajo de una pequeña cruz de madera, descansaba la madre de José Manuel. Así que se enfrentó con aquella tosca cruz plantada por sus manos, tan firme que había resistido los embates del Zonda, y de los vientos del Sur, descabalgó de la mula, y arrodillóse ante la tumba.

Permaneció como clavado en el sitio, con la cara fatigada y el espíritu impregnado de un vago y poderoso sentimiento. Era el recuerdo de sus años de niño, que le trajo la sensación viva de que su vieja lo escuchaba, y él mismo sintióse su voz mientras rezaba en aquella soledad silenciosa que pesaba sobre el campo.

¡Ni una vaca, ni un ruido alrededor! Solamente allá a la distancia, alzadas sobre otra loma pedregosa, se perfilaban las casas de «Los Llanos».

A aquel hombre robusto y guapo, en ese estado de meditación de la muerte, se le humedecieron los ojos, mientras de rodillas repetía su oración, con la voz más convencida que jamás se oyera:

«Muerte cierta,
Hora incierta,
Juez riguroso.
¡Ay de ti, el perezoso!

Haz aquello que quisieras
Haber hecho cuando mueras!»

Y después del Padre Nuestro por las ánimas, sacó el pañuelo grande y bien doblado de su tirador y secó sus ojos, hechos al rudo cambio de los soles y de los vientos. Miró a su alrededor, y mientras se sentaba sobre una gran piedra chata, su pensamiento pasó por el influjo de causas recientes, de la muerte y del pasado, a la contemplación del presente y del futuro en lo que concernía a la vida de sus patrones. Las inclinaciones nativas de José Manuel, de amor y de sentimientos filantrópicos, cobraban cada día mayores fuerzas, a medida que su espíritu presentía peligros y adversidades para Luciano y Mabel. Entre él y sus amos se producía, así, una relación de fidelidad semejante a la que en otros tiempos existió entre el señor y su vasallo.

Pensaba en su patrón, y todo se mezclaba y confundía en su cabeza. ¿Habría olvidado éste sus andanzas? ¿O era Mabel otro capricho, sólo realizable con el matrimonio?

Conocía el temperamento de su amo, y sabía lo un hombre bueno, pero pasional y arriesgado. Cuando Luciano daba un pie adelante, nadie, pensaba con razón José Manuel, lo hacía volver atrás. Por otra parte, la Gitana bien lo entendía él, no era mujer de abandonar sus quereres así nomás. Por esa razón, Panta le robaba el sosiego y la calma, y con su mente pequeña a ignorante, alargábase a los futuros vagos y turbios de su amo. Además, José Manuel era supersticioso y creía en las leyendas, como buen descendiente de guaraníes ⁽¹⁾, pero lo ocultaba como una debilidad.

El día antes de partir Luciano para casarse, él examinó con prolijidad el agua de la Represa, y no vio flotar esa substancia babosa y desconocida que se forma en la entraña de los sapos, y que dicen asoma a la superficie del agua cuando algún suceso feliz debe acae-

(1) El abuelo de José Manuel fué un indio guaraní, de la provincia de Corrientes.

cer al dueño de casa. Rumiaba estas hechicerías en su cerebro, mientras la hora lo envolvía definitivamente en sus sombras.

De pronto, José Manuel dio un salto, sintió allí sobre un tala, muy cerca de donde él estaba, el canto de un pájaro. El canto que tantos años había perseguido, buscando por todos lados la piedrecita misteriosa que se esconde en la cabeza del caburái, «el pájaro breve de las sombras y del destino». Su madre siempre le había dicho:

- Cuando encuentres el caburái, corre, mávalo y saca de su cráneo el talismán. Serás feliz si lo encuentras; y si yo no estoy bajo el sol, él me llevará adonde no se llora.- José Manuel corrió detrás del canto, pero cuando creía alcanzarlo, el canto se alejaba. Así se fue metiendo dentro del monte por sobre pencales y jarillas, y cansado de tanto correr, dejóse caer debajo de un tala, casi sin respiración. Un instante de silencio, y de repente vio a lo lejos, a la claridad de la luna que comenzaba a alumbrar tenuemente, una amazona de capa blanca, que cruzaba a galope tendido el campo, seguida por un hombre de poncho. Pasaron como una exhalación, semejando una visión fantástica, en la hora y en el lugar.

El indio soltó un terno y se puso de pie, con la mano haciendo visera sobre las cejas para ver mejor.

-Si no me engañan mis ojos -se dijo- esa hembra es la Gitana. ¿Qué diablos andará haciendo a estas horas, en el campo del patrón? Y el otro es Panta. ¡Estoy seguro! -dijo José Manuel. Y se enderezó perplejo hacia donde había dejado su mula, olvidado ya de su pájaro maravilloso, llena la imaginación de pensamientos encontrados y turbadores...

Llegó a «Los Llanos».

Ató su mula a un alto quebracho, junto a las casas nuevas, y enderezó a la cocina, un ramadón de quincha donde descansaban los peones a la vera del fuego, tomando mate.

Hasta quince hombres rodeaban la fogata hecha en el centro de la cocina, en el suelo, cercada por grandes piedras de color humo para contener la ceniza. Se hubiera creído que jugaban a las cartas, porque casi todos, de rodillas, con los cuerpos inclinados, como

atendiendo cosas de suma importancia, observaban a un muchachón que en mangas de camisa, tiraba y recogía del suelo con precaución, una media docena de algarrobas blancas, bien secas, marcadas con un número negro encima de cada una. Su boca a veces se encogía apretándose contra los dientes; otras, como queriendo sonreír, se abría, estirándose hasta las orejas. La mayoría de los peones hacían apuestas, o juraban por sus cosas más queridas a cada tirada de las vainas, como si de ello dependiera la vida o la muerte.

El Zaino, peón de la Nicasia, que se encontraba esa noche allí, estiró su mano flaca llena de pecas y esparció las algarrobas al azar.

- ¡Mama! -exclamó el muchacho- ¡las tres!... ¡y solita!...

- «Allá vayas mal, donde tiene el cuervo su nidal»- respondió en chungá Pizarro con su voz cascada por la ginebra.

- ¡La traición!- gritaron otros a una voz, sin escucharlo.

- Que se tiren de nuevo -mandó uno muy emponchado, que se sostenía con las manos abiertas sobre el suelo y la cabeza casi tocando las vainas.

- «Allá vayas mal, donde comen el huevo sin sal» -volvió a cantar Pizarro, queriendo arrojar lejos el presagio del número tres.

- ¡De nuevo! -repitieron los otros.

El Zaino iba a volver sobre su juego del «destino», como le llamaban los gauchos a esta extraña combinación de seis algarrobas, donde cada número significaba el destino, la muerte, la traición, y otras cosas tremendas. Juego viejo y de origen desconocido, que dominaba al gauchaje, y al que tenían una fe ciega. Antes de entrar nuevos patrones a una estancia, los peones tiraban en la noche las seis algarrobas, y en seguida, todos conocían su objeto. Bueno o malo sería el destino del amo nuevo. ¡Ya lo cantarían las vainas!... Pero, afuera, ladraban los perros... y al entrar José Manuel, a una voz preguntaron todos sin moverse de donde estaban:

- ¿Y el Patrón?

- Cuando el lucero se ponga -dijo José Manuel, muy serio- la estancia «Los Llanos» tendrá su Patrona... ¿Y Panta? -observó con inquietud.

– Pal campo -explicó Bernabé, un gigante de dos metros de alto y barba negra, que de pie miraba impávido el juego, sobresaliendo en aquella cocina llena del resplandor de las llamas, como un fantasma con su poncho oscuro.

– Se jué tempranito -respondió sin alzar los ojos de las algarrobas que rodaron por el suelo, el Cachiyuyo -un muchacho de diez y siete años, criado en la Estancia-, se jué a pie, llevó su facón y su poncho-, dijo de nuevo, soltando una risa fresca y destemplada.

José Manuel miró con indiferencia a aquel simulacro de hombre, que más bien parecía una mujer, con su blusa azul de lienzo, sin un pelo en la barba, y dos ojos vivarachos y traviosos, que recogían en el fondo de sus pupilas los vaivenes de la fogata, pues ya conocía al Cachiyuyo, uno de esos chicos embusteros que tan bien ha observado la psiquiatría: de esos niños mitomaniacos, que son el resultado de herencias morbosas, cuya propensión casi impulsiva a disfrazar los hechos y forjar novelorías, les arrastra a simular historias, mentiras y enfermedades, con la misma facilidad que lloran o ríen, y que constituyen un estado psíquico anormal en la segunda infancia. Pero Bernabé, Pizarro, Luque y otros, afirmaron lo que decía el Cachiyuyo. José Manuel guardó silencio y se sentó con todos a la orilla del fuego. La Clarinda les cebaba el mate y entre uno y otro, hacía preguntas al mayordomo por la boda y demás chismes del casamiento. José Manuel lo contó todo, pero se guardó de decirles lo de la mujer que vio esa noche cerca de la estancia «Los Llanos».

– Dicen que e mú güena la niña- habló el gallego Pizarro.

– Como el pan de Dios -aseguró la Clarinda, cuyos cabellos canosos aureolaban su cara redonda y arrebatada por los continuos sofocos que la congestionaban a menudo, cuando se emocionaba por algo.

– Más que el Patrón no hai ser -dijo Bernabé, frotándose las manos... -Sólo que el Patrón... tiene como todos los hombres sus cosas...

– Deja de charlar, Bernabé -interrumpió José Manuel-. De los

que nos dan el pan no tenemos derecho pa hablar naida.

– No digo mal- contestó Bernabé.- pa'l contrario, quiero al Patrón con alma y vida, pero esto lo digo porque estamos aquí en rueda, y te va a decir a vos, José Manuel, algo que se me ha metío en el mate. Qué... pero, pa mejor, aquí lo cantan las algarrobas -dijo señalando con el dedo el número tres que había caído aislado en la tirada.

– ¡Basta!, ya sé lo que vas a decir -interrumpió el mayordomo-, pero sabe, compagre, que aquí estamos tuitos pa velar por las cosas de los patrones. Es lo que hay que hacer y dejarse de agüerías!...

Todos le miraron asombrados como si hubiera proferido una blasfemia, tanto confiaban en sus algarrobas misteriosas...

Por largas horas siguieron conversando a la orilla del fuego, y las llamas coloreaban sus rostros curtidos y bailoteaban en la niña de sus ojos. Afuera, el campo dormido al claror de la luna, parecía, petrificado en aquella hora de media noche, por la luz azul, espectral casi, por demasiado pálida y blanca.

De nuevo volvieron a ladrar los perros y a sentirse un galope lejano... Al rato, un hombre de chiripá y poncho de vicuña entraba en la cocina, donde sus compañeros conversaban en voz baja... Era Panta... Turbado al encontrar a José Manuel, tartamudeó entre dientes:

– Juí... pa Patiquía... a cobrar unos reales. ¿Y el Patrón? -preguntó con interés.

Todos se dieron vuelta y miraron de lleno a Panta, pero guardaron silencio...

VI

Después de la Boda

A Luciano fastidiábale la vida de Tama, en continua reunión familiar: iaquella perenne rueda de visitas, de parientes y amistades, que de la mañana a la noche, le cortaban el paso!. Aquella insulsez de vida entre gentes simples, que no ambicionaban otra cosa que un mostrador de tienda, donde remojar la palabra! El alma de aldea que comienza a inquietarse y a querer desprenderse de la vida vegetativa de la campiña, contrariaba las más íntimas tendencias de su persona. Le atraía el campo, tendido y fijo como las montañas, que produce, sin otro exigir que la agitación de los músculos en el incansable movimiento del trabajo diario. Para él no tenía aquel grandioso escenario de «Los Llanos» sino tres sentidos: el dinero, don Dinero... ¡el poderoso caballero Don dinero!... El hambre del oro le despertaba las ganas de poseer bienes en tierras para emplear sus esfuerzo; y en sus pasiones y vehemencias llevaba el instinto primitivo del hombre; avidez de derechos y de bienes, instinto de posesión y egoístas ímpetus de señorío. Nunca pudo su padre, don Florindo de la Vega, atarlo al comercio en Tama. Fue trabajo perdido contradecirle; pues no llevaba otro blanco que el de poseer un pedazo de tierra, donde emplear sus energías como señor y dueño.

Un día le dijo a Mabel muy satisfecho:

– Pronto levantaremos el vuelo a nuestro nido. Se me ocurre que mientras esté yo aquí soy el mismo de hace años.

– Pues sí, Luciano, me gusta mucho tu idea y lo deseo cuanto antes.

– ¿También tú?

– ¡Naturalmente!

Seducido, calló Luciano al pensar gozoso en su soledad de dos. Por otra parte, como del mal pan, estaba harto de los comentarios respecto a su casamiento, y de las felicitaciones con retintín de algunos.

– Ahora, como ya eres propietario... -O los cálculos de los que tasaban la estancia «Los Llanos», en sumas fabulosas.

Mabel, por su lado, soportaba las mismas indiscreciones:

– Es natural -le decían-. Las tierras dan novio, pero a veces también dolores de cabeza.

La casa de don Florindo era una verdadera feria por la estada de los novios en ella. Desde el día de la boda (que ya pasaba de la semana), allí no se descansaba. Según la costumbre del pueblo, los vecinos y vecinas, que gozaban de justa fama de cumplimenteros, no cesaban, aun cuando no fuera más que por una malsana curiosidad, de ir a ofrecerse y regalarles por el casamiento. ¿Quién ignora que la procesión de los tamistas a una luna de miel de recién casados, es un rito que presta al acto el mayor lustre posible? Pero ni el regalo ni la animación y alegría que se estila en estos festejos, tenían satisfecha a Mabel con ser de temperamento sociable y que le agradaban las amistades. Ella hubiera deseado pasarlo a solas con su marido, porque todo esto, que tanto envanece, no basta a llenar los vacíos del corazón. Además, como mujer de sensibilidad, tenía la intuición de que estas primeras horas de casados son las que resuelven la vida futura, y las que logran acercar los espíritus y ensamblosarlos en una común aspiración.

Luciano sobrellevaba con angustia la «antigualla de la luna» en la casa paterna, contando las horas que faltaban para partir y andar a solas con su mujer.

Llevaba con impaciencia desde los primeros días de la boda un pensamiento en su mente y esperaba poder largárselo a Mabel; pero lo creía prematuro. Vaciló en la revelación, más, una tarde que paseaban solos por la ancha calleja que conducía a la montaña, sombreada por altas y coposas higueras, pensó cautelosamente la forma, y echándose el sombrero hacia atrás, con movimiento nervioso, habló:

– Mabel, debo hacerte una confesión antes de salir para «Los Llanos».

Mabel tenía en el corazón que su marido iba a referirle lo de la Gitana, y tembló. Hubiera deseado no tocar se punto y echarlo a la espalda, lo más lejos posible de su memoria. En los pocos días que llevaba de casada, todos los sobresaltos, y las angustias se habían aquietado en el amor de Luciano, que en su vehemencia, supo recompensarle sus pasados disgustos. Sorprendía a Mabel la dulce confianza de su marido, aquel hombre un poco brusco, que sólo sabía tener desdén para los demás; con ella era tierno y cariñoso. Se lo decían sus ojos, pequeños y vivos, humedecidos de ternura cada vez que se encontraban con los suyos. Es que los espíritus hechos de contradicciones como el de Luciano, capaces de sensibilidad, a pesar de la crueldad y la aspereza que se enseñorean a veces de sus actos, pueden llegar a matar, y llorar en seguida sobre su crimen. La lógica racional del principio de contradicción, es extraña a los sentimientos, y en su espíritu, haciendo buenas migas, viven dos almas en una, como quiere Goethe: la de su emotividad y la de su tendencia constitutiva. Era ese algo inquietante e inestable, esa doble personalidad que entreveía a veces Mabel en Luciano, lo que la llevaba desalada como tras un poderoso imán, donde la brasa de su felicidad tan pronto era lumbre como se iba en humo.

Luciano, por otra parte, experimentaba hacia su mujer sentimientos nuevos, recónditamente arrancados de su ser. Las mismas caricias gozadas con otras mujeres, las sentía ahora ser de muy distinta manera. Un sentimiento de respeto y de protección se aumentaba día a día; su esposa salvaba un abismo entre ella y sus

amores viejos, los que siempre le habían dejado el sabor de un desprecio.

En sus cortos días de casados, apenas habían tenido tiempo para presentir, y ya tantas alteraciones había sufrido su espíritu. Ansiaba la vida en su estancia, donde esperaba que, mutuamente, intensificarían este adelanto de felicidad.

Marido y mujer se miraron, y luego, observaron cómo se angostaba la calle. Mabel no supo al momento qué responder a Luciano, y se contentó con decirle, dulce y persuasiva:

– No, Luciano, deja que nuestra vida en adelante sea la mejor confesión-. Y sonreía apretando con ternura el brazo de su esposo.

– ¡Es que es necesario! -replicó con dominio Luciano- se trata de lo nuestro. Mira, mi querida chiquilla, antes de volver tu padre a «Los Quebrachales», arreglé con él, el asunto de «Los Llanos» en una forma ventajosa para mí. Tú sabes que yo no puedo recibir de mi esposa el campo donde debo trabajar. Luciano de la Vega no acepta dádivas, así se lo hice entender a tu viejo. Y más voy a decirte, él aplaudió mis deseos.

– Pero, esas no son dádivas, es un obsequio de boda -interrumpió su mujer con alivio, al ver que no era por el motivo que la había hecho temblar.

– Como quieras llamarle; no puede ser. Dije a tu padre, que desde este año los gastos de la explotación de la tierra correrían por mi cuenta y todas las ganancias serían a medias, hasta completar la compra del campo.

Por la frente de Mabel cruzó una sombra y sin analizar lo que decía, respondió:

– ¡Lo siento!...

Luciano, como picado por una avispa, quedóse de súbito plantado frente a su mujer, mirándola con expresión de asombro.

– ¿Lo sientes... Mabel? ¿por qué?

Mabel calló. En el fondo de su alma, ella hubiera deseado que Luciano no se atara definitivamente al campo; su ambición no era aquella vida. A «Los Llanos» los aceptaba como de paso; sus deseos

eran marchar de aquellas soledades, irse a La Rioja a vivir, y luego, más lejos todavía. En su imaginación se habían despertado secretas ansias de viajar, de una vida rodeada de halagos, de fiestas, de lujos. Estos pensamientos habían formado sus ilusiones de niña y con la confesión de Luciano se veía de nuevo como hundida y abismada para siempre en el campo. Luciano seguía hablándole sin que ella lo oyera, tan preocupada se quedó en sus cavilaciones.

Un helado vientecillo comenzó a pegarse a las ropas, y una lluvia de hojas marchitas fue dando vueltas en el aire a modo de mariposas.

Luciano, cuya vanidad le hacía ver sólo lo que a su persona se refería, creyó comprender en Mabel un sentimiento de disgusto por el sacrificio que iba él a realizar y no le dió otra importancia.

– Ya verás -le dijo en seguida- qué cambiada está la Estancia. Las casas nuevas, hechas según mis planes; y la represa, como un lago, rebalsada con la última lluvia. Tampoco te pienses que es un desamparo: te hallarás entre linajes mejores que estos de Tama. Los Urquiza, los Ontiveros, los Sánchez, en fin, ya tendremos que recorrer a los vecinos y devolverles el agasajo y lugar de sus recibimientos.

Mabel sonrió... ¡Cómo si ella no conociera «Los Llanos», le prometía todas estas ventajas! En ello advertía un deseo de su marido por verla contenta. Y Luciano, que conocía el temperamento variable de su mujer, prefirió esperar el cambio.

Siguieron caminando sin decirse más nada; pero jóvenes y enamorados, iban llenos de otras sensaciones, más hondas, y hablaban sus almas tan alto, que enmudecieron sus labios.

Mabel contemplaba a un lado y a otro del callejón por detrás de las higueras y los talas -pegados a los cercos próximos-, las enredaderas de madreselvas, que despedían olor a bosques, y los grandes docales, cuyas hojas anchas y caladas se entretejían unas con otras formando un espeso manto verde. ¡Cuántos insectos zumbaban alrededor de las flores! Algunos colibríes abrían las alitas doradas, azules o rojas a la última luz de la tarde; muchas avispas de largas

patas se arrastraban por los troncos grises y pelados de las higueras. Al final del sendero se extendía una franja angosta de tierra, una pequeña pradera verde y húmeda al pie de la Sierra Grande. El cielo estaba hondo y vacío. Sentíase sobre las hojas secas el ruido de los pasos

– ¡Un higo! -exclamó de pronto Mabel y estirando el brazo arrancó un huñigal, quizá el último, retardado, de la época, tan maduro que ya iba a caer de su tronco.

Sin pelarlo, lo mordió y en su boca se confundieron el jugo rojo de la fruta con el carmín de sus labios. Mordía el higo, riendo y ofreciéndoselo a Luciano, el que hacía esfuerzos por quitárselo con su misma boca. Mabel, asaltada por uno de esos sus cambios bruscos de humor, en que pasaba de un extremo a otro, de una gran tristeza a una incontenida alegría, por pequeñas causas o sin razón aparente, soltó una abierta risa y salió corriendo hasta el tronco de la higuera, grueso y retorcido. Como ya iba a darle alcance Luciano, corría ella a guarecerse detrás de otro, y así, la persiguió de tronco en tronco, como el fauno a su ninfa. Mabel huía entre las hojas, ligera y ágil en su traje de hilo blanco, temerosa de caer por lo escabroso del sendero y por el taco de sus botitas, hasta que Luciano, dándole alcance, la cazó por las manos, y arrebatándole el higo de la boca misma, la besó con fuerza.

Los dos reían como niños sorprendidos por la dulzura nueva de aquella intimidad, bajo las añejas higueras, únicos testigos, discretos de su dicha.

Luego, azotados por el viento, cada vez más recio, y acompañados por un largo rumor salido de las higueras y de los talas -que sonaba como oleaje de mar-, apretaron el paso, envueltos en el crepúsculo destemplado y frío.

VII

Vuelta de Tama

Luciano y Mabel llegaron a la estancia cuando el sol, al declinar sobre aquellos campos cautivos y tranquilos, enrojecía, hacia el poniente, la cresta altísima del Famatina.

A Luciano reventábale el gozo en el rostro.

José Manuel y la peonada esperaban en el gran patio, abierto bajo el cielo de la tarde. Y con ellos la Clarinda y el Cachiyuyo. Aquélla, con su cara morena y franca; éste con el rostro aniñado y cetrino, dilatado por la curiosidad.

Mabel sonrió a todos, amablemente, y apeóse del caballo con la ayuda de Luciano, quien tomándola por el talle la abrazó contra su pecho:

– ¡Bueno!, mis peones -dijo Luciano a la servidumbre, que eran como treinta, entre hombres y mujeres.- Esta es la patrona y dueña. La vida de todos por ella. ¡A trabajar y a servirla!

Y una sola voz, todos exclamaron:

– ¡Listos! ¡Viva nuestra patrona! -Y juntando en alto sus puñales formaron como un palio sobre la cabeza de los amos. Este era el conjuro a la felicidad.

A Mabel le subió la sangre al rostro, de emoción. La Clarinda la abrazaba y el Cachiyuyo, abriendo la boca, la miraba extasiado.

Luciano, a renglón seguido, tomóla de la mano y fue mostrán-

dole todos los arreglos que él había ya dispuesto.

– Allí -le decía- está la ramada nueva.- En efecto, se veía hacia donde alargaba el índice, una gran ramada de cerco verde y alto, hecha con alambres y ramas de algarrobo. Luego fueron hacia la cocina, o cosa que lo valga, donde había una gran rueda de piedra en el centro, para el fuego, y bancos de quebracho haciendo círculo, donde se sentaba la peonada.

Mabel miró con pena los ranchos viejos. Esos ranchos que miraban al naciente, restos de la casa antigua, hechos de quinchas, con grandes horcones de quebracho.

– Ahora- dijo Luciano, adivinándole el pensamiento a su mujer- sirven para guardar los granos y los quesos que, Dios mediante, tendremos muchos este año.

Allá, detrás, como a una cuadra, le señalaba el chiquero, cercado de ramaje tupido, con división para los cabritos, todo limpio y nuevo. Mabel sonreía y caminaba contenta, con la esperanza que a cada instante tornaba a embriagarla.

– Y ahora vamos allá a lo principal -dijo Luciano, orgulloso de su obra-. A nuestro nido.

Frente a los ranchos viejos, se alzaba la casa nueva -un mes apenas de terminada., toda blanca. Miraba al poniente con su galería ancha y alta, de techos de cañas cruzadas y tirantes de algarrobo y paja con barro encima. Dos cuartos; cuadrado el uno, el dormitorio; y el otro, alargado: el comedor. No solían verse casas de adobe cocido por aquellos lugares, donde casi todas tenían sus paredes de barro y sus cuartos con estrados.

Se entraron en ella. Pasaron al dormitorio y Mabel quedóse sin movimiento, contemplando el cuidado y gusto de su marido. Hallaba lugar, en un rincón, la gran cama de algarrobo oscuro, baja y ancha, de patas torneadas y respaldar curvo, con la sobrecama roja, amarilla y azul, a guardas negras. Ocupaba el centro del cuarto una mesa redonda, también de algarrobo y de un solo pie. El piso todo alfombrado de chuses del mismo tono.

Mabel dejó escapar una exclamación de alegría al ver de nuevo

sus queridos figurines, a sus muñequitas de altos polizones que la habían acompañado en su cuartito de Los Quebrachales, como también el nicho de la Virgen del Carmen y un cuadro de San Vicente de Paul, colgados a la cabecera del lecho. Fue delicada atención de Luciano, la de traer aquellas cositas queridas de Mabel a que la acompañaran en su nueva alcoba, en el «nido», como la llamaba.

Mabel quitóse la capa y llegándose a su marido, pasóle el brazo alrededor del cuello y se apretó contra él. Turbado y emocionado, a Luciano pintósele en el rostro la verdadera felicidad de sentirse amado.

– Y ahora, mi mujercita -le dijo, zalamero y con intención-, a posesionarse bien de su papel de dueña de casa; piensa, mi querida, que esta desolada estancia es nuestra ya, y que muy pronto la transformaremos entre los dos. Tú, con el empuje que ha de darme el cariño tuyo, y yo con mis puños, ¿ves?- Y terminó la frase contrayendo el músculo poderoso de su brazo derecho. Y los dos rieron de buena gana y unieron sus bocas en un largo beso...

Luego, sentados en el borde de la cama, conversando, recordaron cosas y detalles fútiles, escenas olvidadas de los meses del noviazgo, y de los días pasados en Tama: y se asociaban en sus mentes recuerdos y sensaciones pasadas, hasta de su niñez, como si esta existencia presente fuera continuación de la otra. Poco a poco, la intimidad de sus espíritus hacía honda, quedando entrambos con el corazón abierto a la fusión de ideas, mudos, extáticos, casi como las cosas.

La sombra los iba apretando uno contra otro, como un lazo que anuda, callada y dulcemente. Apenas si se decían frases, pues las palabras, pequeños entes, languidecen cuando las almas hablan...

La noche ennegrecía, desdibujando el grupo, y la puerta del cuarto parecía agrandarse, y entrarse por ella el firmamente estrellado...

PARTE SEGUNDA

I

«Los Llanos»

Los meses transcurridos daban otro cuño al aspecto que ofrecía la estancia «Los Llanos», cuando Luciano se encargó de ella, pues hizo cortar, desbastar y labrar las tierras por todas partes y por todos los rincones.

Por todos los rumbos veíanse rastrojos con altos cercos verdes que esperaban la semilla, con tierra agradecida y descubierta de entrañas por las rejas del arado; corrales nuevos, repletos de hacienda mestiza, seleccionada por Luciano; pozos de balde hasta que setenta metros de profundidad, para cuando faltase el agua de la represa, y anchos caminos por donde llegarían los animales a beber.

Más de treinta labradores habían llevado el adelanto a su haza de tierra, donde permanecerían durante el día como condenados a la esteva y azada. El sudor les daba a ellos el pan, pero aquella pequeña heredad tejía la fortuna de Luciano con el estambre de sus brazos.

Luciano mismo, con el tesón y la reciedumbre de los grandes señores, iba a la zaga de sus peones, hachando y sudando, con la sola esperanza que hace el hombre un ser pensante y activo; la conquista del mañana. Y por todos los puntos de la estancia, en el llano, en la loma, en el monte, el mismo ritmo del trabajo y de la vida; zumbando en las hachas, en las palas, en los lazos, en los

relinchos, y en los cantos rústicos de los labradores...

* * *

Es mañana de Diciembre: Luciano y José Manuel cercaban el potrero grande, unas diez cuadras de las casas, en el bajo. Los dos, amo y criado, ajustaban las ramas entre los alambres; y un poco distante, otros peones hachaban, emparejaban y acarreaban las rastras hasta donde ellos estaban, atadas con lazos a los recados de sus mulas. Tan alto y tupido se alzaba ya el cerco, que la luz no se filtraba por él.

Adelantaba la mañana y conforme el hambre llamaba a sus estómagos vacíos. Luciano festejaba y recreaba su ánimo fatigado, a costa de los celos que sabía encenderle a su fiel criado.

– Paréceme, José Manuel, que debimos haber llamado a Panta... ¡Cómo es para el trabajo ese bárbaro!...

No se pagó el indio de estas pullas, porque lo sabía al amo socarrón y amigo de tener que reír de sus temores, sino que, como siguiendo un pensamiento interior, dijo en voz alta y arrugando el entrecejo:

– La verdad que el tal Panta es como pa desconfiar..., la verdad... -articuló de nuevo el indio-. No sé cómo soltar la lengua. Patrón, pero... yo le quisiera boquiar algo...; no sé si...

– Largue el rollo, amigo, nomás -dijo Luciano, cambiando de tono-; ya sabe que usted me ha dado papilla cuando chico; dado del pan y del palo, como se dice, y tiene derecho de no ocultarme nada.

Entonces el mozo de mano cobró ánimo para hablarle con franqueza y desahogarse de las preocupaciones que desde hacía tiempo llevaba en su pecho:

– La noche que, vuelto de Tama, llegué aquí, Patrón, me apié de la mula pa rogar por mi finada, y antes de subir la cuesta, algo vi, que no me gustó pa nada, y me tomó ganas de mirar bien. Puá allá, ¿lo ve? -dijo señalando con el brazo el campo montoso-, yo me cai de cansao porque corrí, Patrón -no se riyá-, tras el caburí que li

hablao siempre, y vi, como le dije, a Panta con una mujer, que galopiaban pal lado del Carrizal...

– ¿Has visto eso? -interrogó Luciano con sorpresa.

Y luego, volvió a preguntar:- Pero, ¿has visto tal como dices?...

– La Gitana -aseguró José Manuel, sin pestañear.

Quedóse Luciano callado, y por su mente pasó como un relámpago todo lo que fue en tiempo atrás... -Nunca pudo ella explicarme la ausencia aquella de su casa- balbuceó subconscientemente, y una llamarada de sangre turbóle el rostro. Y, sin poderlo remediar, también le pasó por la mente el día aquel de carnaval, cuando Tola, a pleno campo, abrazada a su cuello, le suplicaba con lágrimas en los ojos:

– ¡Te casas conmigo y te lo digo todo!

Así, hundido de improviso en su recuerdo, Luciano, después de un momento, y como so hablara para sí mismo, exclamó:

– ¡Es extraño!...

– La verdad, Patrón -replicó José Manuel, con voz entonada- que si Panta quiso engañarme... le disparó la suerte, porque yo juí a la cocina, y de Panta, ni la sombra... Luego me dijo Bernabé que él y el Cachiyuyo, la habían divisao otra noche, a la mismita, con Panta en los corrales.

¡Pobre de ella! -tartamudeó Luciano-. Querrá de nuevo sacarme de tiento...

Como en esto llegaban los peones con las rastras de ramas, se quedaron en silencio. Pero a poco, Luciano se encogió de hombros con desdén y dijo en voz baja con marcada ironía:

– Cosas de mujeres, José Manuel, pero ya lo iré entendiendo... vigilar a Panta es lo mejor; ya lo sabes, José Manuel, que las hembras cuando se aquerencian dan en conocer hasta los perros de la casa... y no es extraño que ella... se haya encaprichado por echar un vistazo por donde vivirá Luciano de la Vega. Y dijo esto último con la voz entonada, y como tocado de vanidad.

– No me pasmo de naida, Patrón -aseguró el mayordomo-, pero, al que hay que rondear, es al Cachiyuyo; ya le conoce usted, Patrón.

Ese chango no guarda ni agua en el estómago, y puede largar algo a la niña Mabel, y entonces...

– Deja eso por mi cuenta, José Manuel. Pero a ese Cachiyuyo me dan ganas de empalzarle las costillas por embustero y amigo de líos. Es un taimado ese muchacho. ¡Acuérdate de la escena de la víbora!

– ¡No mi di acordar!...

– Si no lo cruzo de un rebencazo me la tira encima. ¡Y es lo grave que me da lástima echarlo!

Luciano tenía estos arranques de piedad para sus peones, a pesar de la crueldad y de la injusticia con que los trataba a veces. Patrón y peón, siguieron trabajando en espera de que la sombra desapareciese por debajo de sus pies, como se espera la hora que da el reloj para consuelo del estómago.

Entretanto, en la casa, Mabel aguardaba con la mesa puesta. Ella era la dueña y ama de llaves al mismo tiempo. Cuidaba de la cocina, del arreglo de la estancia, reparticiones de leche, amasijos y demás. Así se pasaba todo el día, ordenando a la Clarinda, y detrás del Cachiyuyo, que desempeñaba el papel de mucamo o de sirviente en la casa.

En las horas de ocio, Mabel cosía y cortaba pantalones para el Cachiyuyo, que hasta poco ha, había llevado bombachas de casineta.

El Cachiyuyo, quieto, hincado junto a la máquina, la miraba coser, extasiado: con la esperanza del traje nuevo tomábale cariño a Mabel, y como nunca había gustado del amor de madre, porque no la tuvo sino para la hora de echarlo al mundo, mucho se le pegaba, pues andaba como paje, tras ella, la mayor parte del día -Luciano y los otros peones sólo a comer volvían a las casas-. Mabel le daba pasas, queso y confites como a una criatura, cuando cumplía con su trabajo.

Esa mañana, Mabel, mientras cosía, charlaba con el muchacho, averiguándole cosas de la estancia y de unos encargos.

– ¿Fuiste ayer donde te mandé? -le preguntó.

– ¿Ande? -dijo el Cachiyuyo sin moverse de donde estaba.. ¿A

«Los Quebrachales»? -y sin esperar contestación, díjole con tono acentuado-: Tuita la mañana i estao ai. Su tata no me largó, pa que le ayudara a separar los novillos; los pionos se jueron a la hierra con el Chileno.

- ¿Con el Chileno? ¿Y qué hace ése allí?

- ¡Guay! ¿No sabe que es socio de su tata?

Suspendió la costura Mabel, extrañada de que el Chileno fuera socio de su padre, porque ella tenía entendido que se había marchado de aquellos pagos, pocos días después de su casamiento; tampoco el coronel le dijo nada cuando estuvo allí. Pero, ¿qué tenía que decirle a ella? -reflexionó Mabel, y una risa picaresca e inocente alegró su rostro por la ocurrencia de su pensamiento.

- ¿Dices verdad, Cachiyuyo?- volvió a insistir Mabel.

Eficaz fue la pregunta; el muchacho alargó la mano abierta y haciendo una mueca entre seria y jocosa:

- ¡Por las ánimas! -dijo. Era el juramento más terrible del Cachiyuyo, lo único que le hacía poner pálido de miedo-. Usted me pregunta porque lian dicho que yo soy cicatero. No les creya, niña. Veya, le prometo, porque usted es güena conmigo, que nunca li de mentir. Tuita la verdad se la vuá decir, tuito lo que veyá, se lo vuá contar, ¿quiere? -Y decía esto con tanta humildad y respetuoso cariño, que Mabel no dudó que el chico cumpliría la promesa y le asomó la oportunidad de arrancarle la costumbre de mentir. Se prometió Mabel corregir al muchacho y se dijo para sí:

- ¡Pobre infeliz!, quien iba a enseñarle nada, un mísero huérfaño criado entre cabras -y en graciosa reconvención, exclamó:

- ¡Ah!, ¡pícaro!, con que sabes mentir. Eso no es bueno. A los mentirosos nadie les enseña el rostro y son malos hombres.

Un brillo fugaz agrandó las pupilas pardas y picarescas del Cachiyuyo al escuchar a su ama, pintándosele en su cara flacucha, de ojos pequeños y vivos, una expresión de perversidad que asustó a Mabel:

- Yo no soy malo, niña. Sino que me gusta, cuando veyo esos grandotes de los pionos temblarles los garrones de miedo porque

uno les echa una víbora, de esas mansitas- decía esto y abría la boca con risa blanda y sensual.

Quedóse un rato callado, como ordenando sus pensamientos, y exclamó:

- Ya me tienen hinchao, niña, esos cochinos!, que no hacen más que echarme escupidas en la cara pa que no les llegue el mal a ellos. Todos los diyas lo mismo: «Es un sinvergüenza, un degenerao; como su pagre». Otro me insulta diciéndome que soy cicatero, como mi tío. Otro, que tengo la mancha de mi agüelo; otro, que soy taimao, mentiroso, embrujao, y cuantas cosas más... -La voz del Cachiyuyo hacía se temblona a medida que echaba afuera su encono.

- A veces, niña -volvió a decir con más resignación-, me dan ganas de huirme pal campo, pa no oír las cosas que hablan de mis parientes, que yo no conocí. ¿Que culpa tengo yo, no le parece niña Mabel? ¡Estoy cansao!... Y lo peor es que han conseguido que yo también los veyá hasta en sueños a tuitos los de mi familia, así, como ellos dicen.

- ¿Cómo? -preguntó Mabel sorprendida de la expresión del Cachiyuyo.

- Sí, niña; ¡si usted supiera!... Veya, cuando se queda todo sin color y la oscuridad me enturbia las cosas cuando ando pol campo, casi siempre empiezo a ver a todos mis parientes: a mi tata -ánima bendita-, a mi máma, que nunca conocí: a mis tíos, a mis hermanos, a todos, en fin, como hilera larga, larga... como dende aquí hasta Tama; hasta más lejos tuavía..., hasta Malanzán... más allá tuavía..., hasta no sé dónde...; una hilera, como le digo, larga... larga... de todos los que han respirao antes que mi magre me echó al mundo. Y causa de esos perros de los pioneros, los veí a tuitos hechos una miseria: sinvergüenzas, embusteros, lagrones, matones, en fin... ¡Qué familia, niña, qué hermanos! Y me parece que todos se vienen donde yo estoy parao y me miran con unos ojos, y se ríen y me gritan: ¡degenerao, lagrón, cicatero!... Cierro los ojos, niña, y no puedo detenerme y salgo huyendo como un mandinga, pa que no me alcancen esos... Esos no son mis hermanos, niña. ¡No, no,

no!...

Las últimas palabras del Cachiyuyo, eran casi un sollozo y Mabel, como hundida en la terrible visión del niño, que instintivamente miraba su pasado y sentía en su carne quebrada la ley fatal de la herencia, veía también detrás de la vida de esta criatura, la infinita caravana pesada de dolencias físicas de donde había llegado, a través de la ola de sangre, el pobre Cachiyuyo. Mabel seguía con los ojos agrandados la visión fantástica del muchacho, y la hilera de lisiados, rengos, tuertos, con caras de asesinos; algunos con llagas en los rostros, muchos ciegos, y los más raquíuticos y cretinos, hasta llegar al único pobremente normal, al Cachiyuyo. No comprendía por qué veía esto; sin embargo, las palabras del Cachiyuyo tuvieron la virtud de despertar en ella la intuición de los sonidos verbales, ese mundo que evoca representaciones afines, y en el cual viven inmersos todos los seres que hablan un mismo idioma. Mabel temblaba.

- Así, niña -seguía diciendo el Cachiyuyo-, huyendo me salgo de mi parentela, y dejó atrás a esas gentes, y cuando alguna vez digo imama miya! la llamo desde lejos, a otra mama que no es esa que todos dicen, y que lai quiero siempre sin conocerla... -Y al decir esto, con los ojos vagamente perdidos en una visión interior, se iluminaba su expresión con una luz comprensiva y fugaz. En ese instante era un verdadero hombre; había perdido ese aspecto inerte de animal grosero, a veces fiero y hosco, de los rostros que jamás tienen costumbre de pensar-. Después -dijo, cambiando de tono- le vuá contar, niña, muchas cosas para que se riya, y no esté triste cuando se va pal campo el Patrón. Lotro diya antes que usted vino... -Iba a decir algo, pero en ese momento se sintió el galope de un caballo y Mabel corrió al patio. Llegaba Luciano, todo tostado por el sol, pero hermoso para su mujer, que le echó los brazos al cuello como una loquilla y lo condujo al comedor.

Al ver Luciano que el Cachiyuyo salía con Mabel, pensé que éste podía soltar la lengua y decir cosas inconvenientes, y dirigiéndose al muchacho, preguntóle en tono áspero.

– ¿Qué haces aquí, de ocioso?

– Estuvo conmigo -respondió Mabel, sonriendo-. ¿No sabes que pronto estrenará su traje nuevo si se porta bien?

– Cuidado con éste -advirtió Luciano.; es un pillo de siete sue-
las.

No bien oyó el Cachiyuyo lo que decía el Patrón, fue como si sintiera el hierro al rojo sobre su carne; se detuvo y le miró de frente y todo furioso, tartamudeó las palabras:

– No es verdad, Patrón; no soy ningún pillo. Otros son pillos y...

-No alcanzó a continuar, cuando Luciano le asestó un guazcaso con el talero que llevaba en la mano, al tiempo que le insultaba:

– Eso sí, sabés, ¡atrevido! ¡Sal de aquí!...

El Cachiyuyo soltó un alarido y salió corriendo para el lado del chiquero, exhalando gritos horribles de dolor y sobre todo de rabia, al ser castigado delante de su señora.

Mabel se quedó helada. Era la primera vez que veía a su marido cometer un acto de crueldad, de injusticia. Dióle un vuelco el corazón y, muda, fue a la mesa.

II

El 20 de Febrero

Llegó por fin el veinte de febrero, tan esperado por los dueños de la estancia «Los Llanos». Era el día señalado para dar principio a la cosecha de zapallos y sandías, y a la faena de las zanjas, donde el fuego tostaría los choclos para la chuchoca. El trabajo de un año iba a dar sus primeros frutos.

De todos los carriles llegaban hombres y mujeres al conchabo; brazos, muchos brazos, se precisaban para la cosecha; era un ir y venir de los contratados.

Esa tarde a la caída de la puesta, cuando la sombra comenzaba a bajar del Famatina y tenderse en el valle, Mabel y Luciano sintieron el deseo de andar, y se encaminaron hacia la loma colorada, que separaba las casas, de los potreros, y desde donde se atalayaba todo el campo. Gozando de la temperatura tibia, subieron por entre los cascajos y pedregullos. Alegremente recogían piedras de colores variados y de diferentes formas, y jugaban a la «payana» con ellas. Poco después la búsqueda de las cabecitas, fruto que semeja un níspero muy dulce y que se encuentra en ciertas clases de pencales, le daba ocasión a Mabel de hacer alarde y muestra de sus ojos de lince.

– Buscar «cabecitas» es como querer encontrar a los montoneros para llevarlos presos -dijo riendo Mabel-. ¡Ni un gorro!, ini para

remedio!, cuando se les desea echar el guante; pero no bien los gendarmes se descuidan, aparecen coloreando el camino.

Eran la constante preocupación de Mabel, los gauchos; aun en la siesta, dormía con el sueño de gente despierta, no se diga de noche, hora en que éstos acostumbraban a dar sus malones.

- La verdad -dijo Luciano-, desde la muerte del Chacho está plagado el pago de bandoleros. ¡Matar a semejante hombrazo!

- ¿Tú crees -observó Mabel, mientras ascendían inclinados al suelo sus cuerpos, la pendiente de la loma que el gobierno se desayuna con lo que hacen aquí estos bárbaros? ¡Bah!, ni las noticias llegan a Buenos Aires de las clavijas que se ajustan en los llanos de La Rioja... Yo no creo que Mitre -según dicen es un gran personaje- se va a ocupar de voltear a un hombre, aunque sea su enemigo político.

- Con todo -afirmó Luciano-, era todo un jefe el Chacho, muy leal y muy honrado; lo demostró en los dos bandos políticos donde actuó. Ya lo ves, cuando él andaba con sus montoneros, se guardaban muy bien de destripar ni de robar a nadie. Pero qué quieres... Yo les daría a los traidores... ¡Cómo odio la traición, Mabel!- Y dijo esto último con una expresión de fiereza.

- Volviendo a otra cosa -interrumpió Mabel a su marido-; tú no debes zampuzarte como en las llamas en asuntos de política, que no quisieras tú estarte en mi pellejo cuando te vas a Patquía. ¡Ni pintadas quisiera ver yo a esas gentes!

- Casi me hacen juez de paz -rió Luciano, comprendiendo el temor de Mabel-, y lo peor es que el bandido Salazar me la juró el domingo pasado y se hicieron apuestas sobre mi cabeza, pero a Luciano de la Vega, Mabelita mía, no le quiebran el cuchillo así nomás -y decía esto apretando con su mano derecha el cabo de su revólver que llevaba atravesado en el tirador de cuero.

- ¡Cuándo saldremos de estos lugares! -suspiró Mabel-. No sé cómo puedes vivir, Luciano, en medio de esta chusma, tú que has corrido mundo... ¡Cómo me gustaría alzar el vuelo a La Rioja o a Córdoba... A veces me parece sentir una ciega necesidad de huir y

de correr lejos, sin reparar a dónde. Y sus ojos se iban con una mirada inmensurable por sobre de las lejanías verdosas.

– La vida, Luciano -siguió hablando Mabel- se me ocurre hecha para otras aspiraciones: esto es estarse quieto como las cosas, como esta loma, puesta aquí hasta que Dios quiera. Yo siento dentro de mí, como un deseo encogido que no puede expandirse entre estos campos. Una vida más alegre, más tranquila...

Luciano la miró sorprendido; nunca había oído expresarse así a su mujer, y algo quiso decirle..., pero divisaron por fin los horizontes: del lado del naciente, montes y más montes; a primera ojeada, bajando la loma se extendían los potreros como un manto verde, muy obscurecido ya. Luego aparecía hacia el poniente, como si de improviso surgiera de la tierra el coloso azul, el Famatina, más oscuro y orlado en lo alto de sus crestas, de oro al rojo sobre el cielo ya palidecido de la tarde; meditativo, quieto, como cansado de aquellos cálidos días de verano, y como en acecho del viento cuyos furores terribles arrasan los campos y la población de «Los Llanos».

Se dirigieron hacia un tronco seco de algarrobo, descanso del que subía la cuesta. Estaba allí, ofreciéndose para la comodidad de la serena contemplación de aquella descolorida inmensidad. En los días apacibles aquello era la calma completa del espacio azul, pero en las horas del Zonda, sus ráfagas no dejaban nada quieto; hasta las piedras saltaban como juego fabuloso de payanas gigantesas.

El aire purificaba este crepúsculo de febrero. Sentáronse en el tronco, y Mabel seguía con la palabra, pero bien pronto observó que Luciano no despegaba la boca para decir un sí ni un no. Acontecía desde un tiempo atrás a Luciano, padecer momentos de abstracción, como si su pensamiento, siempre fijo en las cosas reales y provechosas, fuera arrancado al momento y volara a otra parte casi inconscientemente.

– Luciano, ¿qué piensas? -preguntó cariñosa Mabel- Mira -volvió a decir, mientras señalaba con el índice el campo-. Todo esto es obra tuya; ya ves si podemos algún tener de sobra para salirnos de aquí...

Luciano, sin escuchar lo que su mujer decía, como ausente, o como sumergido en algún pensamiento extraño al momento, repitió maquinalmente:

– ¿Preocupado? ¿Por qué?

– ¡Siempre el dinero: don Dinero! -insistió Mabel-. Yo espero, Luciano... ¡Tú eres un valiente, y yo te cuidaré, te ayudaré!

– Mi mujercita buena -dijo él, acercándose más a ella.

Toda la vida de Mabel estaba asomada hacia el mañana. Vivía con su imaginación en lo porvenir y siempre esperando algún cambio en su existencia, no sabía si bueno o malo, pero diferente a lo actual. A veces cesaba este deseo de novedades y se tornaba contemplativa, con una marcada tendencia hacia el ensueño. En este estado, su espíritu fluctuaba entre la seguridad de su dicha y la inquietud de perderla. Y sentía la necesidad de hacerse repetir por su marido, que ella sola estaba fija fielmente en su corazón. Quizá el temor del pasado golpeaba en su imaginación con una alarma injusta, pero que le blandecía el ánimo. Y como respondiendo a una idea interior de su conciencia:

– ¿Verdad que me quieres, Luciano? ¿A mí sola? ¡Dímelo! ¡Por éste!- dijo, y puso sobre los labios de su marido un pequeño Cristo que llevaba en su seno.

Luciano, a quien no le hacía gracia jugar con los santos, apartó nerviosamente la reliquia de la boca, lo cual desencadenó los resortes automáticos del hábito anterior de su vida amorosa. Reaccionaba al estímulo del juramento solicitado por Mabel, pues contra su voluntad, la Gitana se perfilaba en su mente, como el dibujo firme, a tiza, trazado con mano segura en el negro de una pizarra.

Pero Luciano, que no quería complicar su vida, pensó en aquella estrofa de Pero Sánchez, que dice:

«En la guerra que poseo
siento mi ser contra mí,
pues yo mismo me guerreo.
¡Defiéndeme, Dios de mí!»

Y dijo dulcemente a Mabel:

– No hay que echar mano a los juramentos, ni a las reliquias, por pavadas, querida. Bien segura estás de lo que preguntas. ¡Todas las mujeres son lo mismo!..., gustan del descanso de la frase veinte veces repetida.

Luciano hablaba, pero en su conciencia no podía menos de admirar la intuición del corazón, y quiso ser sólo para su mujer; él lo deseaba con toda el alma en ese momento.

Detrás de los montes, la luna llena se alzó como un disco de oro. Avanzaba apenas entre las copas de los árboles, apareciendo y escondiéndose, hasta que radiante, iluminó de lleno el cielo limpio, cuajado de estrellas. La luz cayó sobre ellos revelándolos. A lo lejos, masas de sombras semejaban huir en el follaje. El Famatina enarcábase, más oscuro, en el horizonte ceniciento.

Mabel aspiraba con deleite la brisa cálida y olorosa; callados, parecían perdidos en la noche. Una oleada de viento mas fuerte trajo olor a albahaca y a algarroba madura. Luciano se estremeció. Ese perfume volvía a su corazón, sacudiendo sus nervios, y se deslizaba proyectando en sus recuerdos una ternura extraña, ajena a su mujer, deseo de otra, ansias desmesuradas que se dilataban sin caer en su organismo. Del campo no llegaba ningún ruido; sólo el balido de las vacas.

– ¡Qué hermosa! -exclamó Mabel, contemplando la luna que se escondía nuevamente en una nube negra, orlada de luz azul, caminando serenamente por debajo de ésta-. Delicioso sería viajar en esta noche -continuó como hablando consigo misma-. Cuando vayamos a La Rioja... o a alguna parte... ¡delicioso!... No sé por qué tengo triste el espíritu... Mira, Luciano...; estas noches tan claras..., no sé..., algo de miedo..., una desconocida inquietud..., no; más bien temor de perderte será; exceso de ternura, o qué sé yo...

Luciano nada respondía; otra vez absorto, volvíase inmóvil.

– ¿Me oyes?- volvió a decir con ímpetu ella, acercándose más a él-. ¿Ves esa bóveda tan inmensa, tan azul? ¡Toda la atravesaría al lado tuyo, hasta llegar al cielo o al infierno en un abrazo eterno!

¿Qué puede turbarnos?... Siempre seremos uno de otro..., ¿verdad que sí?... ¡Responde!..., habla; ¿estás durmiendo?.

Luciano pareció despertar de un sueño y respondió con monosílabos a la exaltación lírica de su mujer. Ella le había tomado las manos y le repetía con animación:

– Luciano, mi amor, ¿me quieres, verdad? Como yo, ¡mucho menos!...- Y acariciándole la cabeza con sus manos, ofreció su beso.

Luciano la abrazó por sobre los hombros, y mientras la boca de Mabel acallaba una frase, él vio a lo lejos, como una exhalación, una capa blanca desvanecerse a la luz de la luna y tornarse azul. De súbito se puso de pie., y el fantasma se hundió en la noche del monte.

Comprendiendo Mabel que algo había visto en el campo su marido, levantó su mano hasta los ojos, haciendo como una visera, y observó en todas direcciones.

– ¿Has visto algo?- preguntó inquieta, pues los gauchos fueron su primer sobresalto, y a Mabel poníasele carne de gallina de miedo.

Así, de pie, toda iluminada por la luna, con los ojos agrandados para mirar mejor, parecía desprendida de la tierra, alargada en su vestido blanco.

– No seas miedosa, tontina -rió Luciano-; algunos animales..., no es nada -dijo, ya repuesto de su sorpresa y comprendiendo el enigma de la amazona.

En su corazón se avivaron de nuevo dos sentimientos opuestos: uno, de protección hacia su mujer, como si un peligro la amenazara: el otro, de cierta recóndita alegría, ¡misterios del corazón!... Pero en ese momento rasgó el aire un alarido extraño; una especie de sonido áspero de pájaro repercutió en el silencio de la noche, ampliándose y multiplicándose en el eco de los montes cercanos.

Mabel dio también un grito estridente y se estrechó al cuerpo de su marido.

– ¡La Bruja! -tartamudeó con angustia. Hacía tiempo que, de vez en cuando, sentíase en la noche ese grito raro: y eran dícere

que una bruja asesinada por Arredondo en las inmediaciones de la estancia, desandaba, y cuando alguna desgracia amenazaba a los dueños de casa, ella daba esa voz de alarma, campanada trágica en el campo abierto.

Pero Luciano supo esa noche a qué atenerse con respecto a la leyenda de la Bruja...

Y muy juntos los dos, enmudecidos, empezaron a descender la loma, infinitamente solitaria y azulada de luna, bajo el cielo estrellado.

III

La Cosecha

El sol comenzaba a declinar.

Toda la gente de la estancia «Los Llanos» volvía con mayores fuerzas a renovar los trabajos.

Atravesaron la loma colorada y enderezaron hacia el potrero grande, de donde, a bocanadas, les llegaba la fragancia de la chuchoca y de los docales.

Ya divisaban los altos maizales en todo su esplendor; ya oían la inconfundible chisporroteo de los leños encendidos, señal cierta de haber llegado al paraje donde trabajaban los peones de la cosecha, contratados esa mañana y que en esa hora acarreaban en grandes brazadas, los unos, ramas para el fuego, y los otros, costales de choclos tiernos, para arrojarlos en la zanja hecha llamas y sacarlos en seguida convertidos en chuchoca.

Al punto de llegar, hombres y mujeres se aviaron de sus herramientas y bajaron los lomos al trabajo.

José Manuel y Pizarro enderezaron a los maizales; el Cachiyuyo y la Clarinda, a la cosecha de sandías y melones; el resto, a los zapallares. Y Mabel y Luciano, en medio de todos, aguardaban el esquilmo de las sementeras.

¡Qué cuadros más originales! ¡Qué actitudes e indumentarias más típicas! ¡Qué cantares y aires criollos más hondamente senti-

dos durante la faena! ¡Qué movimientos y alegrías y vida más intensa en aquellos rústicos labriegos! A la hora del descanso, ahí era el bromear y el reír, el tajar de sandías y el destripar de melones, y los gritos y la algazara, haciendo coro con la algarabía de loros, de cotorras, trinar de pájaros, revolotear de mariposas y zumbar de insectos. Era aquello un canto de alegría al trabajo y a la rendición de la buena madre tierra, que supo ese año ser sumisa a la voluntad del hombre.

Luciano, al igual que sus peones, con la frente lustrosa de sudor y arremangadas hasta el codo las mangas de su camisa, llenaba las zanjas, y con una pala muy larga iba alzando los choclos tostados y formando con ellos grandes hileras doradas, que aumentaban por momentos, de espesor. Y Mabel, movida también de entusiasmo, abandonó su puesto de observador para confundirse en medio de sus servidores y levantar en sus brazos desnudos, las sandías alargadas y los melones escritos.

* * *

Allá, en el Carrizal, aquella estanzuela perdida en desolados gredales, que distaba dos leguas de la estancia «Los Llanos», las horas pasaban de muy distinta manera, pues la vida, a cada palmo de tierra, parece mostrar diferente colorido.

En efecto, residía todavía su dueña, no pudiendo curarse de aquel terrible amor y considerando soportable su tormento, con tal de ver de lejos a aquél a quien amaba y que no la amaba más.

Inquietud horrible alteraba el corazón de la Gitana. Todo lo hecho para llamar ocultamente el amor de Luciano daba en tierra; ya desesperaba de conseguir algún resultado. Para peor, días iban que desde muy temprano, su liebre, el único cariño de la desventurada Tola, no acudía al llamado, lo que era un presagio alarmante. Se creía que las liebres criadas desde pequeñas en la casa, eran el talismán de la dicha o el aviso de la desgracia, según fuera su conducta. La Gitana la cazó siendo de horas, y en su misma habitación le hizo

una cueva, junto a la pared, la que fue ahondando a medida que la liebre crecía. La cuidó con sus propias manos, dándole leche en una botella con chupón de trapo, y el animalito, sumiso a su dueña, así estuviera en el fondo de la cueva -que ya nadie conocía su hondura-, acudía presuroso a la llamada de su dueña, que consistía en tocar el acordeón. A los primeros sonidos, el animal asomaba la cabeza con las orejas erectas, en actitud de escucha, y luego salía dando saltos y lamiéndole las manos de alegría. Cuando esto pasaba, todo iba muy bien; pero desde unos días, ni aún con la música daba señales de vida. Tola velaba junto a la cueva, de rodillas, con el acordeón en las manos y nada.. Tanto esperar, acabó por sentir como si ella también se hundiera en una cueva más honda y más terrible.

Entristecida desde el casamiento de Luciano, esperaba, haciendo toda las tardes misteriosas excursiones alrededor de la estancia «Los Llanos», en la esperanza de que los exorcismos y consejos de la Mama Nicasia obrarían alguna vez. Pero ya veía con espanto haber sufrido en vano. ¡Un año, casi, en esta incertidumbre, que le exaltaba su pasión! Mujer de sentidos, la quemaba la visión de las caricias de Luciano y de Mabel, recordando, a la vez, las que ella recibió. Esta exaltación del deseo agitaba su alma, celosa en el balanceamiento del amor y del odio a la vez, y sentía por Luciano una mezcla de furor y de amor, de crueldad y de ternura. Su voluptuosidad física le traía deseos de matar, si de otra manera no lograba su intento. Y así como el cobarde lo hace en un beso y el valiente con su espada y el infame con el vitriolo, ella pensó, en medio del desequilibrio de sus nervios, en el arma segura y villana. Pensó en Panta; éste daría el golpe, ya lo tenía calculado, si de otro modo erraban sus planes. Así, agotada en medio del tormento de sus pasiones, perdía fuerzas en la lucha de su cuerpo y de sus sentimientos.

Esa tarde, mientras los dueños de «Los Llanos», olvidados de la vida, trabajaban en el potrero grande, ella, sentada en el estrado de su cuarto, aquel cuartucho miserable por fuera, de la estancia de

«El Carrizal», pero extraño y amable en su interior; en aquel estrado donde tantas horas desmayó de felicidad en los brazos de Luciano, con la mano en la quijada, la boca entreabierta, los ojos vagos sin mirar en ningún punto, recordaba con espanto los días idos para siempre. Hubiera ella deseado marcharse del lugar, partir lejos, siguiendo quizás inconsciente la herencia de su pasado; irse al desierto, al Egipto, al monte Líbano, o quien sabe dónde, nombres oídos quizás durante su infancia de la boca de su madre. Toda su loca imaginación la atraía con promesas de olvido; pero, algo subía de su corazón que la espantaba, esa soledad turbia y angustiosa del alma, cuando se está lejos del ser querido, y que cada día parece extenderse alrededor del corazón, llevando a donde quiera que se vaya ese mundo pesado de sombras y de recuerdos.

Fatigada de sufrir sus visiones, se puso de pie, y su cuerpo de mármol, tal parecía por la dureza de sus carnes y la proporción de sus formas, se sacudió por instantes en una ligera contorsión de nervios; arrancó la manteleta que cubría su cuerpo, y casi desnuda, con una túnica de cambray blanca ajustada a su talle con ancha banda roja, se hubiera asegurado ser hija del Egipto, tal la anchura de sus hombros contrastaban con la fina cintura y lo modelado de sus caderas. Se arrastró casi por el cuarto, donde entraba aún un rayo de sol amarillo, muy débil, pronto a desaparecer: cerró la puerta, quedando el cuarto en tinieblas: encendió la vela frente a un nicho de un santo, porque, a pesar de todo, la Gitana, aunque toda su religión no iba más lejos de la magia y de las cartas, temía a los santos. Y en aquella luz mortecina de la vela, su habitación adquirió proporciones desmedidas. El estrado parecía enorme, todo tapizado de un chuse rojo; los almohadones, forrados en jergas de todos colores, se hinchaban en la semiobscuridad, y un armario de algarrobo, color negro, tomaba las formas de una caja de hierro inmensa y misteriosa, donde quizá la maga de aquel rincón ocultaba los más grandes tesoros o los más terribles secretos. Su rostro parecía amarillo: sólo brillaban en los ojos verdes las llamitas de las velas. Un instante estuvo de pie, frente al nicho, como meditando, y

en seguida sacó del armario unas yerbas, las puso sobre un platillo de cobre y las encendió con un fósforo. Inmediatamente el perfume espesó el ambiente, sahumándolo, y de nuevo, ella, abrió el armario, llenó sus manos con varias cositas que se veía guardaba con devoción: pañuelos, un libro, cartas, una corbata, y con estos tesoros de su corazón se dejó caer en el estrado sin moverse, pálida como una muerta, con los ojos febricientes, fría e insensible al parecer. Pero como si un espasmo la hubiera vuelto a la vida, empezó a palpar con sus manos nerviosas las cartas, el pañuelo, la corbata; las tocaba con dulzura, como acariciándolas, y luego sus labios se pegaban a ellas con pasión. Por momentos prorrumplía en sollozos y se quedaba postrada, tendida en el estrado, exánime, cerrando los ojos, evocando la visión amada con un terrible placer de sus sentidos, mientras una nube de recuerdos voluptuosos encendía sus verdes pupilas...

Afuera se oía el ir y venir de la negra, su nodriza, acarreando agua del pozo para regar las albahacas de la niña... Al ver que la puerta estaba cerrada, algo sospechó la fiel morena, pues había cuidado de esta criatura desde que murió su madre, a quien también decía haber amamantado.

La negra era una mujer de unos sesenta años, entre asiática y africana, extraña cruz que hacía de ella una singular persona: Color amarillo negruzco, ojos sesgados y muy negros, de egipciana; labios abultados, que hacían recordar a las mujeres del Africa, tanto por ellos como por sus motas pegadas al casco. Bien sabía ella el velar de su niña y no se explicaba cómo pudo la pobre muerta entregar el tesoro de su magia a la vieja Nicasia. Si no, ¡qué fácil hubiera sido curar a su ama!

- La niña no puede vivir sin su presencia -decíase-. ¡Maldito tamista! - Y sentía por Luciano un odio terrible. No tenía en su vida a nadie más que a su Tola, que era para aquella mujer expatriada como un loto blanco en el pantano de su existencia, sin ataduras y sin recuerdos.

Sin poderse más contener, dio un empujón a la puerta, que ce-

dió a su puño robusto.

– No consentiré que mueras como los pitones de mi tierra- dijo con imperio a la Gitana, que, al verla, se enderezó como enloquecida y le tendió los brazos sollozando.

– ¡Ay de mí, Didiana! ¿Cómo puedo ya vivir?

Pero la negra, con desdeñosa sonrisa, repuso:

– Todo es obra de esa malvada vieja. Tú tienes la culpa... ¿oyes?...; ya sabes el remedio... ¡Andando!... -y la cogió de las muñecas con ímpetu-. Ella tiene el poder en sus manos; te engañó esa vieja, y todo lo que te hace corretear es inútil. ¡Hay que ir al grano!... y si no... ya lo sabes..., lo único que te legó tu pobre madre... -e hizo con la mano un movimiento como de reventar alguna cosa entre sus dedos.

La Gitana tembló; le zumbaban las sienas, y una oleada de sangre caliente parecía haber dado vida a sus marchitas mejillas; y sin abrir sus labios, se llegó al nicho donde ardía la vela. Debajo del santo sacó una cajita y dentro de ella una especie de huevo de paloma, color marfil; lo puso en su seno, y con aire de calma y de firmeza, como esas grandes resoluciones que se alcanzan en un momento decisivo de la vida, cambió de traje por uno de amazona, sujetó sus cabellos con una solera de cambray blanca, y con voz suelta dijo:

– Hasta más tarde, Didiana... Allá voy...

IV

El grito de la Bruja

Ardía en llamas el Famatina cuando la Gitana llegó a lo de la Nicasia. El espanto, el peligro, la confusión, todo era uno en la adivina viendo el rostro de la joven, grave y contenido por una extrema resolución. La vieja Nicasia vivía como si llevara dos clavos en los pies; si sus cartas y hechicerías le habían dado fama y algunos reales, también palabras de la madre de la Gitana le zumbaban en el oído como el revuelo de un murciélago sobre la cabeza:

– Nicasia -hábiale dicho la moribunda-, todo ésto te dejo: es la ciencia de la vida, todo lo podrías; pero sábelo bien, que el día en que mi hija se encuentre en desgracia de amor, ya lo entiendes, debes auxiliarla a costa de todo, aunque te cueste tu posición, y si no lo hicieres, te espera ésto- y sacando de bajo de su almohada una cajita, le enseñó ante sus ojos atónitos el huevo misterioso, que poseía el poder de dar la muerte instantánea, abriéndolo delante de quien se desea hacer morir. Tembló la vieja al recuerdo, y pensó que el huevo funesto estaba en poder de la Gitana. De las manos se le cayó el cuchillo con que carneaba un cabrito y sin decir palabra siguió a la joven a dentro de la habitación.

Olor a yuyos y a cosas sucias flotaba en el rancho. La Gitana se dejó caer en un catre de tientos donde dormía la Nicasia, y sin más ambages díjole muy seria:

– Mama Nicasia, basta ya de embustes; o me devuelves a Luciano o... -No la dejó terminar la vieja.

– ¿Reclamas? ¡Tuya fue la culpa al perderlo!- dijo, mientras se ajustaba la vincha con que ataba en sus sienes unas obleas de penca, remedio infalible para el dolor de cabeza.

– ¿Mía?... Pues no sé por quien pasé los tres días que no pude explicar a Luciano, causa maldita de todo. Culpa no tiene quien hace lo que ordenas. Tuya es, que, me llevaste a buscar tus yuyos y tus huesos... Y, sobre todo, mama Nicasia -dijo con voz dulce y triste-, ¡no puedo vivir sin él! Recuerda que recibí su insulto... No podía hacer otra cosa.

La vieja la miró fijamente con una sonrisa que ella no pudo descifrar.

– Ya me obligaste a ensuciarle la vida a la pobre Mabel -repuso con aquella esquila. No olvides, Tola, que hice de tripas corazón, y que los pagres de Mabel me dan el pan, y los animalitos que tengo, y este rancho; y tampoco que laí visto en pañales... ¡Es ya demasiado!... -A medida que hablaba la vieja se iba entonando y su voz mansa se hacía dura y áspera.

– ¿Qué hacer, mama Nicasia? Tus sentimientos filiales para la otra no matan mi desesperación, y ya que eres tan piadosa... -dijo esto subrayando la palabra con ironía-, espero que recuerdes: la caridad bien entendida comienza por casa....

Bien sabía la Nicasia lo que se le exigía, y sentada ya al lado de la Gitana, arrollaba entre sus dedos la punta de su cimpa y permaneció silenciosa, metida dentro de sí misma, con los ojos bajos. El sacrificio de Mabel, esto era lo que deseaba la Gitana. Y el corazón de la vieja latió con fuerza. ¿Cómo se puede querer el mal de la criatura que se ha visto nacer y que se ha oído balbucir las primeras palabras?

La Tola, viendo que mama Nicasia no quería comprender, díjole nerviosa:

– ¿Qué te falta, mama? Tienes ya la figurilla de greda...

– ¡Acaba! -repuso la vieja asustada.

-Empápala con lo que sabes, y Luciano será mío. Yo le amo, le amé sin egoísmos, sin esperar nada, en tanto que la otra le dio su amor por la moneda del casamiento. ¿Esto es querer, mama Nicasia?...

- Lo tuyo es temperamento -dijo la vieja-, porque si no, la rubia Montoya sería también una gran mujer.

En efecto, la rubia Montoya era el rompecabezas de don Baldomero, y decían las comadres de aquellos pagos que ella fue la causa de la enfermedad de doña Juana. Esta mujer había enloquecido al viejo coronel, hasta el punto de que éste se la llevó muy cerca de «Los Quebrachales», donde pasaba las semanas ausente de su casa.

La vieja Nicasia odiaba a esta intrusa, porque en el fondo de su corazón quería a Mabel y a doña Juana. Y sólo la ignorancia y la fe ciega en las supersticiones la obligarían a proceder en contra de sus sentimientos; y con aire de burla, exclamó:

- Así, quieren decir ahora, que toda la que tiene los cascos livianos sea una gran mujer! ¡Linda moda! Cada una debe agarrar lo que Dios le dio y no querer robar lo de otra. ¡Magre miya de la Consolación! ¡Qué tiempos éstos!...

- Déjate de aspavientos, mama., te entiendo bien. Dime de una vez si lo harás o no -díjole la Gitana.

- ¡Y la sangre!... ¿de dónde? -exclamó toda asustada la vieja, viendo que su filosofía no desviaba la cuestión.

La Gitana se mordió los labios; buscaba una palabra que no se animaba a pronunciar...

- ¿De ella, querrás decir?... ¡No, no, mil veces, no! -rugió la Nicasia poniéndose de pie, furiosa y terrible, con los ojos hundidos, pero dilatados por el temor-. ¡No, no quiero! ¡Si tiene que morir será más tarde!... ¿Oyes, comprendes?... ¡Mucho más tarde!... No me obligues, no; eso es una infamia; si tu magre estuviera viva, te maldeciría... ¡Haz lo que quieras!... No te espantes. ¡No lo haré!... -Dijo esto con tanta firmeza que se le heló el corazón a la Gitana, la cual, viendo nuevamente su causa perdida, sacó de su corpiño y

enseñó a la Nicasia el huevo marfileño que brillaba en la penumbra.

– ¡Cruz!...¡Cruz!... -gritó la vieja, retrocediendo como si viera al diablo ante sus ojos.

– ¡No lo toques! -gritó, al ver que la Gitana se disponía a destornillar la tapa misteriosa. ¡No lo toques, te digo, Tola! Seré pegada a tu deseo, si es orden del cielo; pero espera... antes quiero hablar con tu mama, y tú las oirás... Por favor, mete eso dentro y hablaremos... -La vieja tenía el rostro como un cirio, y por sus carnes fofas corría un helado sudor.

Toda temblorosa, cerró la puerta con una lona por dentro; de debajo del catre sacó un cántaro y lo llenó de agua, y sobre un cajón lo puso; se cubrió la cabeza con un manto amarillo y encendió brea en el brasero. Muy pronto las llamas se levantaron rojas, temblonas. De la quinchá sacó yuyos y sal, los tiró a las brasas y, cogiendo a la Gitana de las manos, la obligó a arrodillarse junto al cántaro. Ella sentóse de nuevo en el catre y con las manos extendidas juró y llamó, con imprecaciones terribles, a la madre de la Gitana. La Tola sintióse como liberada; no pensaba más que en abrir los oídos para obedecer a la voz de su madre, y poco a poco, como si fueran adormeciéndose sus miembros, veía girar ante sus ojos, los ojos de la vieja; primeramente, dos pupilas rojas; luego una grande, inmensa, que le abarcaba toda la cara; y en seguida vio flotar sobre el cántaro una forma vaga envuelta en un sudario blanco. Ya no percibía ningún ruido, no descubría ninguna línea, y sólo en lo alto, donde debía estar la cabeza, vio dos ojos grandes, verdes, fijos sobre ella.

– ¡Madre!- exclamó en un grito; y la forma vaga se agrandaba y se le venía encima, sin poder ella moverse.- ¡Madre! -volvió a balbucir apenas, casi ahogada, como si un peso terrible cayera sobre su pecho, al tiempo que dos manos heladas le apretaban las sienas.

No sintió más, y cayó en el suelo como una muerta...

Cuando volvió en sí empezaba ya el crepúsculo, y la vieja Nicasia le hacía oler un líquido fragante.

Despertó, y de un salto se puso de pie.

– Mama Nicasia- dijo con voz muy baja-, no sé lo que ha pasado; algo horrible... sin duda; pero siento en mi corazón la voz del destino. Espero, mama Nicasia, que cumplirás tu palabra.

– ¡Sí! -dijo suspirando la vieja, dejando caer sus brazos con desaliento-; y ahora parte el galope, y llega antes que la luna salga; al primer reflejo debes invocarlo, ya sabes cómo -con el grito de la bruja-, de pie sobre tu caballo mirando al poniente. ¡La sentencia está firmada!... -Y se encogió como sumiéndose en su pellejo.

Dentro de su conciencia elevaba una plegaria, pidiendo a San Ramón, a Santa Brígida y a todos los de su devoción que no se cumpliera el deseo de la Gitana. En su pequeña conciencia, hecha de supersticiones, prendía aún el remordimiento. Bien comprendía ella la acción infame contra los que le abrieron sus puertas en todo momento.

Y por sus ojos atónitos pasaron los favores recibidos desde el día en que le mataron los gauchos a su marido y don Baldomero, que, con las manos llenas de sangre, peleando contra diez le salvó de la muerte, y la llevó a su campo, dándole todo, hasta el día presente. Su corazón se agrandó al recordar cuando la pequeña niña, en Cazangate, le echaba los bracitos al cuello, diciéndole dulcemente:

– Mama, mamita, toma -y la besaba en su cara arrugada y vieja...

– ¡Oh! ¡Ya lucharía ella contra el destino!...

La Gitana de un salto estuvo encima de su tordillo y partió al galope. A lo lejos, sobre el poniente color de fuego, se alzaban las crestas cobrizas del Famatina.

* * *

Entretanto, en el potrero grande de la estancia «Los Llanos», daban la última mano al trabajo. Era quizás la tarde más hermosa de hacía mucho tiempo; se hubiera creído que todo estaba sumergido en una calma inmensa y callada. Era ya pleno crepúsculo y comenzaban a confundirse los senderos; sólo allá, sobre el Famatina, el cielo se ensangrentaba por momentos, azulándose a medida que

se extendía hacia el cénit. Una paz profunda flotaba sobre la tierra en el silencio estático de la puesta. Todas las ráfagas que una hora antes acariciaban el ambiente cálido, parecían haberse dormido en las cumbres, y los quebrachos temblones habían dejado de estremecer sus hojas. Todo estaba inmovilizado, hasta los maizales y los zapallares, como si no quisieran alterar la pesada quietud de la tarde. Un perfume fuerte y enervante exhalaban los montes y los yuyos; tarde sofocante como muchas en los desiertos riojanos, pero ninguna como aquella. Los trabajadores dejaron sus palas y herramientas, los loros y las catas no chillaban, ni ladraban los perros. Del poniente, una nube negra, densa, iba asomando por detrás de la cresta más alta del cerro, como la melena desordenada de un gigante; lentamente se abría, coloreándose por partes y extendiéndose hacia el norte.

El reducido grupo de trabajadores, peones de Luciano, salieron del potrero y pasando por la «Loma Colorada» se encaminaron a las casas.

La Clarinda preguntaba de uno en uno a los nuevos conchabados si se opondrían ellos a rezar el rosario, costumbre de la casa al caer el sol. Y éstos manifestaron su conformidad, siempre que se les permitiera antes formar en el patio una gran rueda y contar cada uno, para distraerse, cuentos o aventuras que les habían ocurrido en sus travesías por el pago. El Cachiyuyo iba delante como abriendo el camino; y detrás de Luciano y de Mabel, marchaban los peones llevando sobre los hombros sus hachas, palas, cuchillos, bolsas de sandías y de melones, y costales de chuchoca recién tostada.

Como todos iban distraídos y hablando en voz alta, nadie se dio cuenta de que el cielo estaba cubierto por el nubarrón negro, en el que, de vez en cuando, un ligero relámpago, como un soplo, esclarecía, encendiéndolo de golpe. Sólo cuando dejaron sus herramientas en la ramada, y en el patio de la casa se acomodaban en rueda para comenzar el rosario, vieron que la nube aquella se convertía en una figura extraordinaria.

El Cachiyuyo fue el primero en decir, con voz asustada:

– Doña Clarinda, veyá el cielo, si no parece un esqueleto, ¡ánima bendita!

Todos alzaron los ojos y lanzaron una exclamación: – ¡Pa los diablos! -En efecto: nunca habían visto una cosa semejante. Aquella figura causaba horror. Una gran calavera aparecía suspendida en un tronco gigantesco; ¡hasta las costillas parecían contarse! Los brazos abiertos en cruz, se iban estirando, rectos, duros, y los pies se perdían esfumándose en el espacio. El Cachiyuyo, de no haber estado presente Luciano y Mabel, hubiera salido huyendo del miedo, porque era lo único que le hacía temblar el corazón: las cosas del otro mundo, como él decía.

– ¡Es igualito! -dijeron todos.

– ¿A quién? -preguntó la Clarinda, toda asustada.

– ¡A ño Rufino! -contestó Pizarro.- Al que mataron los Gorros en la «Loma Larga». Cuando lo llevaron pa su campo, después que lo comieron los jotes, estaba igualito; ansina, grandote, con la cabeza cuagrada y las costillas, ¡Dios miyo!, qué asco; ansina, igualito.

– ¡Dehandando! -murmuró el Cachiyuyo con una expresión de duda en el rostro-. ¿No dicen que la bruja dehandá pua aquí?, lo mesmo puede ño Rufino...

Pero no acabó de hablar, cuando un trueno espantoso cortó el silencio. Luciano soltó un terno... y la Clarinda cayó de rodillas, diciendo:

– ¡Santa Bárbara, doncella, líbranos del rayo y de la centella! - Mabel corrió a encender una vela a San Ramón, que estaba en su pieza, y luego volvió; y sentándose en una silla en medio de sus peones, empezó a rezar el rosario como tenía costumbre hacerlo.

– ¡Santa María, Madre de Dios! -decía dulcemente la voz de Mabel.

– ¡Rogad por nosotros, los pecadores! -sonaba la vibrante contestación de los hombres, turbados por no sé qué misteriosa pre-ocupación.

En aquel momento, a Luciano, por uno de esos fenómenos del espíritu -que nunca surgen aislados y accidentalmente, sino que se

encuentran siempre ligados a otros que les preceden y les siguen- le acudían a la memoria ensalmos en versos, conjuros y maleficios, con asombrosa nitidez. No podía apartar de su mente un sin fin de recuerdos y vivencias, que mantuvo después de su boda, reprimidos. Era como si hubiera cerrado la puerta de entrada a un mundo lleno de esplendores, en el que antes le era dado entrar y salir libremente. Y nunca supo por qué se volvió a abrir aquella puerta, esa tarde.

Sentóse como todos en el patio; pero no bien hubo estado dos minutos, volvió a levantarse. Con pretexto de buscar tabaco se dirigió a la pieza y abrió de par en par la ventana. Asomó por ella la cabeza mirando para el lado de Tama. Algo se perfilaba en el bajo, cerca de donde estaba la cruz, colocada por José Manuel, a su madre. Creyó distinguir un caballo y una figura envuelta en negro vestido y blanca capa, que de pie sobre la montura, extendía los brazos en el espacio.

Se quedó allí como clavado, adivinando quizás aquella visión...

En efecto: era la Gitana, quien siguiendo las indicaciones de la mama Nicasia, invocaba de pie sobre su caballo, al sol que sólo dejaba ya un rastro de cobre en el lomo del cerro:

«Sol salido,
hijo eres de Dios vivo;
por el mundo irás
y con Luciano te encontrarás;
de mi parte le dirás
que me quiera, que me ame,
que se acuerde de mí,
y por siempre suya me llame».

Y abriendo y cerrando sus manos, hacía aspersiones en el vacío, en dirección a la casa de Luciano, al mismo tiempo flexiones con todo el cuerpo, en puntas de pie, sobre la montura. Al caballo, inmóvil, se lo hubiera creído de madera.

Luego, abriendo la palma de la mano derecha, dijo lentamente:

«Rayo de sol que del cielo saliste
a mi amado, ¿dónde le viste?
De mi amor, ¿qué le dijiste?
Ved, rayo de sol oculto,
y dale en medio del corazón
de mi amor la embajaduría
por la que el ángel Gabriel
dió a la Virgen María».

Y dicho esto, besó la palma de su mano por tres veces; y sonó, en la noche ya, el agudo grito de la bruja que asustaba a los campesinos.

De entre la rueda del patio, el grandote Pizarro, como herido por corriente eléctrica, dio un salto y con los ojos abiertos, avizoraba en todas direcciones. José Manuel irguió su cabeza chata y sus ojos oblicuos se hundían en la sombra con desconfianza; los demás se quedaron inmóviles. ¡Qué silencio insondable: ni siquiera el quebracho que estaba al lado de la casa se movía! Todos presentían algo; pero nadie, sin embargo, tenía miedo, sino una especie de estupor... A pesar de todo, siguieron contestando: -«Ave María sin pecado concebida...»

El espíritu de Luciano vagaba en cosas lejanas, como si se deslizara sobre la llanura cubierta de sombras. Y en medio de aquella calma aplastante del campo, en que por influencias magnéticas naturales todos los espíritus estaban inquietos, otro grito de la bruja desgarró el silencio, como un maleficio...

- ¡Crispín!... ¡Crispín!... -sonó en el quebracho del patio la voz dulce del pájaro legendario, el infeliz amante que busca a través de las sombras a su compañero perdido.

V

Un habitante más

Era fin de julio de 1864. Hacía ya un año y medio que Mabel y Luciano se casaron y todo prometía una coyunda feliz a cada uno de los contrayentes.

La vida alteró la naturaleza de las aspiraciones de Mabel con la entrada en el mundo del hijo de sus entrañas; ocurrió en ella lo de siempre: que el amor materno inhibe todo otro sentimiento anterior, o por lo menos lo vela, para manifestarse en ese instante, con absoluto dominio. En Luciano también ha influido el nacimiento del pequeño en la intensificación de su vida; pero, ¡de cuán diferente manera que en Mabel! Para Luciano, el sentimiento de paternidad viene a ser como una prolongación de sí mismo en su criatura, sin desenajenarse de lo que es, ni traspasarse ni mudarse a vivir en el hijo amado, como pasó a Mabel.

Por ello, para ésta ¿qué significan las cosas anteriores, qué valen las preocupaciones pasadas frente al cariño de aquel nuevo ser, que le disipa súbitamente sus más caros ideales? Y he aquí que, con lágrimas en los ojos y con su crío en brazos, sin reflexionar, sin razonar, feliz, subyugada, va pasando, de repente, desde la ansiedad más extrema, a la alegría inesperada, al sorprender la primera sonrisa, el primer gesto que para ella tienen un significado distinto que para

los demás, y que la van transfigurando, con el encanto de su gran amor.

En la casa lo llena todo los llantos o el sueño del niño. ¡Y cuántas ilusiones se teje Mabel al lado de aquella humilde cuna de hierro, mientras la mece con su mano cuidadosa, que no mueve el deber, sino una necesidad del corazón!... En aquella pequeña boquita y en aquellos ojos de cristal se han suspendido sus ambiciones, y se diría que toda la vida la emplea en la crianza.

¡Y el Cachiyuyo!, no se diga; convertido en experto niñoero desde que el Ponchito, como le llamaban al hijo de Luciano, abrió los ojos al mundo, era de verlo, vestido con su largo pantalón de casineta y su camisa de lienzo azul, con el niño en brazos, icómo lo paseaba a largos trancos por la pieza, meciéndolo con el uno, mientras con el otro se empujaba en la boca grandes pedazos de torta! Mabel los contemplaba desde un rincón de la pieza, frente a un espejo colgado de la pared, ante el cual se arreglaba sus negros cabellos.

– ¡Niña Mabel! ¡Niña!, venga, veyá, que el Ponchito abre los ojitos... ¡Son azules... niña Mabel! Y se ríe, niña... ¡Corra!...

Esto decía el Cachiyuyo con la alegría de quien descubre un hermoso tesoro. Mabel rió con ganas, diciendo:

– ¡Vaya, Cachiyuyo! ¿Recién echas de ver eso?...

En el patio de la casa sintióse el casco de un caballo que había hecho alto de golpe. Luciano echaba pie a tierra. Mabel tomó a su hijo en brazos y corrió hacia su marido, murmurándole:

– Venga, querido, precioso, allí viene su padre.

Luciano, con el rostro sonriente, tomó a su hijo en brazos y apretándolo contra su pecho, exclamó:

– Este será, querida, el mejor domador de «Los Llanos». Como quien dice, lo más que puede aspirarse para un hijo.

El lindo rostro de Mabel, aquel rostro de rasgos finísimos, expresaba una contrariedad parecida a la tristeza, cuando oyó las palabras de su marido, repetidas siempre como una idea fija: esa tenacidad en ser el mejor domador de la estancia, que sólo inquietud y sobresalto le proporcionaban a ella. Y clavando los ojos con ternura

en Luciano, imploró:

- ¡Por Ponchito, Luciano!. No se te cae de la boca otra aspiración que ésa; apuesto a que ahora vas al corral a subir el potro negro, ¿verdad? ¡Qué ansiedad te lleva a saltar sobre el lomo de un potro?... Como si no tuvieras peones para eso... -Y después de una pausa, y como acometida de nuevo sobresalto, exclamó con vehemencia: -¡Luciano, no me digas, la otra subida estuvo en un tris de suceder un desastre!... Y ahora, eso no puede ser, imás que nunca, no puede ser y debes cuidar tu vida!

Iba a seguir con muchas más regañadas; pero Luciano, sabiéndoselas de memoria, hizo ademán de retenerla, afirmándole con dulce ironía:

- Siempre estás con el agua a la garganta, querida, y es extraño que aún no tengas fe en la capacidad de tu marido. El gobernar se trae consigo riesgos, y el patrón debe dar siempre el ejemplo. Déjate de miedos y de estar colgada de un pelo, ya verás cuando éste sea grande -dijo con alegría, entre burlas y veras. Y levantando en alto al niño que apretaba los ojos heridos por la luz, recalcó:- Será todo un espectáculo ver competir al padre con el hijo.

Luciano llevaba inconscientemente la herencia de la edad media, de que el mejor hombre se consideraba aquel que podía domar un potro. Había en su espíritu restos de esa aristocracia del héroe medieval, que le hacía desdeñar un caballo elegante y ligero, para sólo querer poseer un redomón; es decir, un potro de vigor y fogosidad. Existía en él esa inteligencia y conexión con el bruto, como refinado arte de caballero.

Y cambiando de tono , y con formalidad, Luciano continuó, dirigiéndose a su mujer:

- Pronto estaré de vuelta, a las tres -mientras le entregaba el niño.- Espérame lista. Ya sé cual es tu apuro: deseas que paguemos la visita a los Urquiza, ¿no es así? Bien, mi mujercita; tendrás ocasión de que uno de tus grandes admiradores, el gaucho Urquiza, pueda elogiar tu nuevo traje de montar. ¡Oh, las mujeres! -exclamó sonriendo. -¡Siempre las mismas!...

– Y echó a andar a prisa en dirección al corral.

* * *

Mientras Mabel se apartaba de Luciano con su Ponchito en brazos y mientras Luciano se dirigía al corral, con el contento de todos los que poseen naturaleza vigorosa y la pueden poner a prueba en los peligros, ¿qué hacía Tola Ontivero, aquella mujer cuya existencia entre los esposos constituía el más terrible riesgo para la dicha de ambos?

Durante el tiempo transcurrido desde la boda de Luciano, la Gitana había podido conocer la profundidad del abismo, en cuyo fondo la había arrojado tal acontecimiento. Se le había despertado una hurañía morbosa, por hallarse abandonada, y por el ahogo de la pena que le consumía.

La Gitana esconde su tristeza y siente el descontento amargo de su juventud solitaria: vive y sufre y arrastra en silencio su pasión loca por Luciano, pasión que le impulsa a saltar sobre todas las barreras que la conciencia la obliga a desafiar. Su amor era capaz de audacias extremas para conquistarlo, ávida de robárselo a la otra. Así, en su desesperación y en sus crisis de celos, saltaba sobre su caballo y corría exasperada, con la esperanza de recuperarlo con el hechizo de la magia. Se aferraba a aquella creencia insensata, hasta que sin fuerzas, aniquilada por la desilusión, volvía a su casa, desolada, asida fuertemente a aquel amor, a pesar de su convicción de la imposibilidad de atraer al infiel. Cuántas veces creyó desistir de aquel terrible amor, curándose en la indiferencia y alejándose del lugar; pero allí se quedaba, considerando peor la ausencia que soportar el sufrimiento cerca de él.

Ella ha hecho todo en su desesperación, obedeciendo al pie de la letra los consejos de la mama Nicasia; pero... todo parece inútil y la angustia de su espíritu hace crisis. Luciano día a día más lejos; y siente su indiferencia que la va enloqueciendo sin piedad.

* * *

De vuelta, Didiana, de lo de la Nicasia, adonde la enviara esa mañana la Gitana, cuenta la entrevista que tuvo con la vieja, y a juzgar por el semblante de las dos, hay malos vientos que soplan...

– No lo quiso, niña -dijo con voz convenida la negra.

– Has debido obligarla -respondió la Gitana-. ¡Es necesario apoderarse de esa maldita vieja; si no quiere de buenas, arrastrarla, arrancarle los cabellos y hacerla hablar. ¿Qué te dijo, Didiana?

Didiana no respondió. Con mano temblorosa, tomó del estante un vaso de tilo que ofreció a su niña:

– Toma, hija; esto te calmará -rogó cariñosa.

– ¡Bebidas!... Sí, esto es lo único que puedes ofrecer... ¿Qué hacer, ahora? ¡Respóndeme! ¿No ves mis desvelos y mis lágrimas?... ¡Qué hacer, Dios mío!

– No sé- respondió Didiana.

La Gitana, exasperada, exclamó de nuevo:

– ¡Cobarde! Me arrastraste a obedecerte, y ahora me abandonas, cuando ves que muero. ¡Malvada! esclava, raza de... -y temblaba de ira. Iba a dejar caer su puño en el rostro de Didiana, que permaneció muda: puso el vaso encima del estrado y cruzando su pañoleta en el pecho, tomó el látigo que pendía de un clavo, disponiéndose a salir.

– ¿A dónde vas? -le preguntó la Gitana.

– ¡Allá!... No me digas nada... ¡Te lo traeré o lo mataré!... Sí, ¡lo haré pedazos! ¡Aquí lo llevo! -dijo y enseñó el huevo a la Gitana, que de un salto la cazó del brazo, gritándole enloquecida:

– ¡No, mil veces no! No quiero. ¡El no! ¡Nunca! ¡Antes la muerte!... -Y cayó el estrado como una cosa inanimada.

La Gitana, fiada en los conjuros de la mama Nicasia, agotaba sus fuerzas día a día. El corazón la sostenía y la empujaba con su voluntad, un paso más en la realización del destino. Ella pensaba que el hombre está sometido a la ley inexorable de lo fatal; pero también que el hombre y el destino son dos fuerzas que se completan recíprocamente. La voluntad vigorosa, empeñada en realizar el esfuerzo del alma, ayuda al destino y lo vence en sentido favorable.

Esta fe sosteníala en la lucha por su amor. Mas, con todo, iba perdiéndola y tornándose melancólica; cualquier motivo excitaba su cólera. Cada día pasado sin la realización de sus deseos, era como un fuego que la quemaba viva y se volvía terrible. Tenía ofuscaciones: deseaba vengarse, matar o morir. Mentalmente llamaba a Luciano, corría por el campo a la lumbre del sol, y por las noches, con el pensamiento vagabundo, sobre su caballo atravesaba leguas, gritando con el aullido de la bruja como una demente. A veces, volvía a su casa, y de rodillas en el patio, bajo el firmamento, le llamaba en alta voz, le maldecía como un traidor; y si en ese instante hubiera visto su cadáver, hubiera enloquecido de placer. Otras veces ordenaba a Didiana disparates, diciéndole:

– Sangre de gitana llevo. No tengo más juez que mi corazón. Que vengan peones, brazos robustos, y me traigan todo el monte para cercar «Los Llanos» y encenderle fuego...

Didiana, asustada, tomaba a su ama y la rociaba con albahaca y retamas, la abrazaba y acariciaba como a un niño enfermo, la ponía sobre el estrado, llorando a fuertes sollozos, hasta que la Gitana, quebrados sus nervios, abría los ojos enormes y dejaba caer sus lágrimas sobre el pecho de su único apoyo en el mundo.

– ¡Oh, qué horrible soledad, Didiana! ¡Atraviésame el corazón! ¡Mátame!... -imploraba la infeliz.

El día antes anduvo toda la noche, rondando la casa de Luciano; dos veces gritó en las sombras, y lo vio de lejos asomarse a la ventana y hundir sus ojos en la negrura que se abría sobre el campo. Luego echó a andar lentamente por el camino. Llegó a su casa, pálida y muda, dejóse caer en el estrado. Así, en ese ánimo, la encontró al otro día temprano Didiana, echada sobre los almohadones. Al entrar la negra se enderezó la Gitana, y poniéndose de pie, con el rostro contraído, hierática como un dios rencoroso, la llenó de injurias, y cruel y furiosa, exclamó:

– ¡Le odio! ¡Le odio! -y su voz temblaba.

Al verla de nuevo en esta actitud, Didiana, que no había partido, como ya lo iba a hacer:

– ¿Sufres? -le preguntó por lo bajo-. ¿Qué esperas, Tola?... Ya ves que la fama de la Nicasia son cuentos. No te fíes sino de tus fuerzas, las únicas que no traicionan... Ya que le odias... ¡Pronto, mi querida, sin pérdida de tiempo!...

– ¡Oh! -exclamó la joven, levantando los brazos y dejándolos caer. Luego, muy lentamente, pero resuelta, dijo con voz apagada: -¡Ve a buscar a Panta!

Brillaron los ojos de la negra; una risa entre confiada y triunfante entreabrió sus labios abultados, y mirando con inteligencia a su ama, díjole, mientras indicaba la pieza de al lado:

– Le tengo allí... ya lo verás... -y se fué.

– ¡Oye... Didiana..., toma..., espera!...

La Gitana tardaba en resolverse, pero una vez aceptadas las cosas, jamás se volvía atrás, condición de toda alma fuerte; y, a pesar del desorden de sus sentimientos, en que a veces la parecía odiar a Luciano y otras amarle más que a su misma vida, vacilaba en tomar su última resolución. No le quedaba otro remedio. Y hundida en sus pensamientos, con la mano en el mentón, pensaba ya, nuevamente enardecida: -¡Prepárate, que estamos frente a frente..., como las leonas del monte peleando por su león!...

Pero, en ese instante, vio a Panta junto a ella, con los brazos cruzados. Adivinando éste algún quebradero en los pensamientos de la niña, no se atrevió a hablarla. Sus ojos sesgados brillaban con honda intención: bien comprendía él para que se le llamaba. Su cuerpo, contrahecho por un comienzo de joroba, parecía incómodo en el saco demasiado ajustado, regalo de la Gitana. Tenía los miembros fuertes, y el cráneo en punta y el mentón cuadrado. Unos pelos locos sobre su boca daban a aquel semblante amarillo y surcado por un tajo que le dividía el lado derecho de la cara, desde la boca hasta la oreja, un aspecto salvaje y repugnante.

– Panta -dijo la Tola, ya dueña de sí-, ¿estabas allí?

– Esperaba, niña -tartamudeó el peón.

– Siéntate, Panta; tengo que hablarte.

Panta se sentó en el suelo, casi a los pies de la Gitana, que no se

alteró en su asiento, guardando silencio.

Pero, de súbito:

– No habrás olvidado...- prorrumpió, mirando fijamente a Panta como queriendo escudriñar sus pensamientos.

– ¡Usted es mi ama, niña! Naide, isabe?, ¡ai obedecer mejor.

La Gitana, recordando lo que le dijo su nodriza, recalcó muy lentamente:

– Estamos entendidos. Tú sabes, Panta, que Luciano... Nadie mejor que tú lo sabes...

– ¡Comprendo!, patrona -respondió Panta con tono sombrío.

– ¡Mal por mal, Panta!... ¡Qué vamos a hacerle; en este mundo triunfa el más hábil!... ¡Y a obrar!

– Güena ideya; pero, ¿cómo?...

– ¡Tú!...

– ¡Por mis males! ¿Lo que me dijo aquella noche?...

– ¡Tienes miedo?...

– ¡Miedo, no!... Pero.. si se pudiera de otro modo... que no tenga que meter la pata yo...

– ¡Cobarde!, ¡esta es tu fidelidad! ¡Esa fue tu promesa!... Dilo, ¿vale mucho tu ayuda, verdad?...

Panta callaba...

– Va el puesto del Carrizal con todo lo sembrado y los animales, ¿te conviene? - Y ella le azuzaba con la mirada imperiosa.

Panta no era un perverso que hacía daño por placer, sino que él veía sus conveniencias y siempre que éstas sobrepasaban a los reparos de su conciencia, cerraba trato sin más preámbulos.

– Convenido, niña. Deje a mi cuidado todo. Ya verá si Panta es agradeció o no. Su deseyo será cumplío.- Y alzándose del suelo salió haciendo ruido con sus enormes espuelas de plata.

La Gitana sonrió con triste ironía; pero, cuando quedó sola, cayó de rodillas y con las manos cruzadas sobre el pecho, encolerizada contra ella misma, humillada en su interior, oró con la única plegaria que le dictaba su dolor y su odio:

– ¡Que sufra, madre, todo lo que yo sufrí! ¡Que se retuerza de

dolor, ante la visión de las caricias de su mujer con el otro!, ¡como yo!... - Sentía en su alma una especie de alegría al pensar en el dolor ajeno. Y el calor de todas las lágrimas que iban a correr por sobre aquellos rostros enemigos, eran por anticipado para su amor, como un dulce descanso.

Empezaron a balar las lecheras en el corral. Un vientecillo frío soplabá, alzando una gran cortina de polvo en el camino. En medio de esta espesa nube de greda, apareció a lo lejos Panta, galopando hacia «Los Llanos».

VI

Panta y Luciano

Las dos de la tarde. El Cachiyuyo, sentado en una silla hamaca de paja, adormecía en brazos al bebé mientras su ama preguntaba al espejo qué le faltaba, para ir luego a verse con los Urquiza. Era esta, familia principal de aquellos lugares, por lo cual Mabel quería presentárseles en traje de amazona, recién venido de La Rioja, para que sirviera de aguijón y recuerdo a las dos hijas mayores, Rosarito y Luz, sus amigas.

De antes de casada sostenía Mabel con sus vecinas una envidiosa emulación, respecto de trajes, de arreglos de interiores y de habilidades de aguja y cocina, preparando pasteles y tortas. Pero era una envidia santa o, mejor dicho, una generosa emulación, nacida del deseo de imitar lo bueno.

El corazón se le dilataba pensando en la sorpresa que iba a darles y en la buena tarde que pasaría con sus amiguitas. En efecto, los Urquiza, al abrigo de los desmantelados muros de su casa, desarrollaban una vida doméstica llena de bienestar; bienestar de familia que sabía saborear durante las veladas de invierno, la intimidad de juegos y bailes, así como de lecturas para ejercicio del espíritu. Por tal motivo, en los inviernos, gustaban de verse acompañados por huéspedes de maneras pacíficas y agradables.

La vida de aquellas estancias riojanas se agrupaba en torno a las

casas principales; ahí se desarrollaban los gustos sociales y la cultura de entonces. Y en aquellas de los Urquiza, de los Vegas, de los Sánchez, de los Ontiveros y demás familias, no obstante la inseguridad y desmantelamiento en que se hallaban, las mujeres gustaban de cuidar de su cuerpo con mayor esmero del que pudiera esperarse, así como de sus cabellos, trenzados, y brillantes de aceites perfumados. De Chile recibían peines y espejos; de Córdoba y Buenos Aires, a pesar de las distancias, les llegaban sedas, muselinas, terciopelos y damascos.

La hora corría y Mabel se daba prisa frente al espejo, para que Luciano no la atrapara todavía en veremos, como ella decía, y no dar ocasión a sus burlas. Se arreglaba la capa nueva y componía sus cabellos, al paso que pronunciaba ciertas palabras mágicas para no engreírse demasiado consigo misma -enseñanzas de la Mama Nicasia- y que ella repetía: una debilidad de su espíritu, ante todo lo que sus sentidos no podían certificar. Creía firmemente en los sueños, porque los tenía por los reveladores de los secretos de la vida.

En su andar por el cuarto, podía vérsela cómo, más fina y esbelta que antes, nada había desmejorado en el tiempo de casada; por el contrario, se hubiera dicho que la crianza ponía en ella esa belleza consciente de la mujer.

El Cachiyuyo, que hacía rato la observaba, díjole de repente, movido de un impulso que no pudo refrenar y en el que había un complejo de malicia y curiosidad:

– Lo que la veyo ansina, me acuerdo de una que vino un diya antes que usted llegara con el Patrón, de Tama. Pidió permiso pa apiarse, estaba yo solito, porque los piones andaban pal campo y José Manuel en Tama.

– ¿Qué dices?- preguntó Mabel, con espanto en la mirada.

– Dijo que se le había reventao la cincha de su caballo, y yo la ajusté. Sin que naide le diga nada, se metió adentro, ansina, como usted agora, con capa, y se miraba al espejo riyéndose, no sé por qué...

– ¿Dices que vino aquí? -volvió a preguntar Mabel, parada frente al Cachiyuyo, que empezó a reírse-. ¿De qué te ríes, tonto? -requirió con acaloramiento Mabel-. ¿La conocías tú?...

Y el zafio, que estaba sorbiendo los labios para no reírse, por una modalidad específica de sentir las cosas, no pudo resistir por más tiempo la risa al ver el sobresalto de su patrona, a quien, por otro lado, por nada del mundo quería enojar.

– Pero ¿de qué te ríes, cuadrúpedo? ¡Estás loco, Cachiyuyo! -dijo con más enojo. Pero éste se retorció riéndose y Mabel le soltó una manotada sobre la cabeza sin poderse contener. Entonces el Cachiyuyo, entre risa y más risa, balbuceó:

– ¡Guay! Pero de su cara me ríyo, niña...; ino es pa tanto!... Esa era la que le dicen la Gitana. ¿Qué hay con eso pa que usted se asuste tanto?... Ha puesto una cara... ¡Dios miyo!..., de pocos amigos...

Y Mabel, sin escucharlo, siguió su pensamiento:

– ¿La Gitana, dices?... ¿Aquí?... ¿La viste, tú?... ¿No te habrás equivocado?...

Algo vio en el rostro de Mabel el muchacho, porque ya casi entre serio y jocoso, tartamudeó como siempre que dudaba de lo que iba a decir:

– ¡Aistá!... ¡Ande vamos! ¡Guay!..., qué niña ésta. No es naida malo que a una mujer se le afloje la cincha. Tuitos la conocen a ésa. Dicen que es muy güeña. Sólo dos veces lai visto. Una, antes que el patrón le arrastrara el ala a usted, y la otra, cuando le digo. Pronunció el Cachiyuyo con picardía, mirando de lleno a Mabel, que, pálida, con el rostro trasojado, apenas lograba dominar su ansiedad.

– ¡Niña!... ¿Qué tiene?... ¿Está mala?...- interrogó humilde el Cachiyuyo, adivinando que algo había dicho de más, sin comprender por qué.

– ¡Sí, me siento mal! -respondió Mabel. Y, retrocediendo lentamente, se dejó caer en el filo de la cama.

Un sobresalto repentino se desbordó en el corazón del Cachiyuyo, con esa lucidez que despierta el dolor de lo que se ama, aun en los

corazones más simples.

Mabel, sentada, dobló la cabeza entre sus manos y acabó de balbucear:

– Fue un mareo... Ya estoy mejor... - Y después de un silencio reconcentrado habló con imperio -: Mirame, Cachiyuyo.

Y el muchacho, que ya había acostado al niño en la cuna, de pie y como clavado frente a su señora, levantó sus ojos trémulos.

– Niña -dijo con voz humilde-, ¿qué me manda?

– Oye, ¿me quieres como a tu madre, Cachiyuyo?

– Pa tuita la vida, niña.

– ¿Entonces?...

– Lo que me ordene, niña. Me dejo desollar vivo por usted.

– Bueno, oye; tú observa y dime si ves de nuevo a esa mujer por aquí o en el campo. ¿Me entiendes?.

Se remece nervioso el Cachiyuyo, clava las pupilas escrutadoras y desconfiadas en su señora y pronuncia con torva palabra:

– Niña, no sé por qué, pero..., me parece qui hecho una... ¡Perdón!... Mas le juro otra vez por mi tata finao, que le vuá decir lo que me pide. Esté tranquila, niña, que el Cachiyuyo no es ningún desagradeció.- Y decía esto con la voz quebrada por alguna lágrima atravesada en su garganta. Y después de murmurar no sé cuántas cosas que Mabel no escuchó, dijo por último:

– Me voy. Es l' hora de la majada. Del campo tengo que trayer las cabras. ¡Cuándo me sacarán de ese maldito chiquero, pa no irme nunca de aquí!... -Dio media vuelta y se fue en dirección al corral.

Mabel mira en derredor como si nunca hubiera visto. La habitación tiene ahora algo de frío que la hiela; se queda inmóvil.

La cosa asomó a su mente de golpe, horrible. ¿Qué hacía aquí? ¿Por qué?... Acaso ella y Luciano... La tarde aquella del casamiento le vino a los ojos y la angustia le apretaba el pecho.

– ¡Otra vez! -murmuró como un eco.

El alma de Mabel, hecha de bondad, no llevaba la gloria del perdón, y le era difícil cortar el rencor del corazón: no ese rencor por odio y deseo de vengar la ofensa, sino por reacción espiritual

ante el acto innoble, por desprecio, o, mejor dicho, repugnancia por los seres que engañan con bajeza.

El solo pensar que Luciano hubiese llevado a su amante, quizás a la misma cámara nupcial, la ponía fuera de sí, y no por celos de sus sentidos. Y entonces lo siente descender en su alma, produciéndole este sentimiento un dolor agudo, casi físico.

Pero, muy pronto también desechaba esta idea, porque creía en la nobleza de las almas, con esa ingenuidad encantadora que hace ver la vida pura, limpia de toda maldad; por ignorancia de la flaqueza humana. Estas fluctuaciones no eran obra de su razón: respondían a deseos muy vivos y a inclinaciones muy fuertes de su espíritu, que existían sin chocar en su conciencia. No se hacían daño sus razonamientos afectivos con los de la lógica. Y a menudo la lógica emotiva vencía en síntesis de valores que daban la ilusión de una verdad.

— ¡No, no puede ser! -dijo entre lloros y soponcios. Se puso de pie, indecisa, como el que no sabe qué rumbo tomar, pesada y marchita, cual una paloma sin alas...

* * *

Frente a las casas nuevas, como a una cuadra, se extendía la represa, larga y quieta, contenida por altos bordos y un fuerte y tupido cerco. Costeándolo, se llegaba a los corrales, detrás de la represa. Junto al cerco iba el Cachiyuyo caminando despacio, pero con inquietud en su reducida mente.

En el tiempo que llevaba sirviendo a Mabel, se llenó en su afecto un gran vacío; y él, que no había entregado su querer a nada, sintióse amarrado a aquella casa, donde un rastro guardaba ya de su vida. Al principio, sintió por Mabel algo del sentimiento filial, pero bien pronto se transformó éste en la atracción que la mujer ejerce sobre el hombre: transformación inconsciente, quizás por dar vida Mabel a una necesidad de su ser, o de su temperamento. Ahora, la idea consciente de saber quien era Mabel y la imposibili-

dad de llegar hasta ella, elevó su devoción hasta la categoría de un semiéxtasis religioso, la única forma posible: la adoración como a un ser superior. La forma embrionaria de la atracción sexual se convirtió en una llama que se produce de un modo insospechado, que lo hacía osado y tímido, y el sufrimiento por ella tiene para él una gran dulzura; se operaba la cristalización del afecto, en la necesidad de ser su siervo y no querer gozar la libertad.

¿Por qué había dicho todo eso a la niña Mabel? El no ignoraba las relaciones de su patrón con la Gitana, antes de casarse; él comprendía que no debió decir a la niña nada; pero algo tiraba en su interior; un oculto resquemor o deseo malhadado de ver en su señora la impresión que le produciría el relato de la visita de la Gitana, allí, a su dormitorio, fue más fuerte que sus sentimientos afectivos, y, sin darle el alcance que podía tener, lo dejó escapar. Su temperamento triunfó una vez más de su corazón. Y ahora, al infeliz muchacho, adivinando el mal que hizo, le duele, y en su semblante se marca una expresión reveladora de su pesar, y por fuerte reacción, su pensamiento quiere deshacer lo hecho, y está lleno de insidias y averiguaciones dentro de sí mismo, tratando de descubrir lo que su señora le pide. Ahora que ha comprendido el secreto de la niña, también él ha abierto los ojos y se promete estar alerta.

— Tuavía hay algo entre la niña y esa mujer -dijose para sí-. Yo lo sabré... -Y se diría que su penetración se hacía abierta y sensible, al sentirse ingrato para con ella. El, el Cachiyuyo, que tanto la quería, le hizo daño, casi sin voluntad, por algo endiablado que llevaba dentro. Suspira con recóndita zozobra, dejando vagar la mirada por el campo lleno de sol. Y en ese mismo instante, por el camino de «Los Quebrachales», vió venir al Chileno, al trote corto de su overo, en dirección al monte.

— ¿Pande irá ése? -se preguntó a sí mismo el Cachiyuyo-. No hay ninguna senda pa ese lado.- Y traspasólo con los ojos aviesos hechos a la desconfianza.

Pronto llegó a los corrales, donde vió de lejos a Luciano, que, encontrándose con Panta, palmeaba, para tranquilizar, el potro ne-

gro bañado en sudor. Se arrió sin ser visto, siguiendo su costumbre, para escuchar lo que otros hablaban; y con mayor motivo ahora que había jurado a su ama tenerla al tanto de lo que proyectaran con la Gitana. Oyó algunas palabras sueltas que le interesaron, y allí muy cerca, detrás del cerco, se quedó, con el oído atento. Y alcanzó a escuchar lo que Panta decía, mirando hacia el camino.

– ¡Diantre!, ¿qué le picará a aquél? -y estiraba el cuello, con la mano sobre los ojos para ver mejor.

– ¿Quién es aquél? -preguntó Luciano, también mirando hacia donde se volvían los ojos oblicuos de Panta.

– Naida -respondió Panta-, sino que me pareció que el matrero que anda por ahí, no le hace gracia que lo pispíen. Viene del lao de las casas.

– Pero, ¡si es el Chileno! -dijo Luciano con el pensamiento, como atajado por la sorpresa-. ¿Desde cuándo está de vuelta? No sabía que hubiera regresado de Copiapó.

– Va pa la semana- dijo Panta seguro, observando con el rabillo del ojo a Luciano.

– Que no volvía más, me dijo mi suegro -conversó Luciano indiferente.

Al poco tiempo del casamiento de Mabel, el Chileno, socio de don Baldomero, habíase ausentado para Chile con una tropa de novillos.

– No dice él eso -murmuró con malicia Panta-. Agora se aquerencia de nuevo aquí. Siempre lo veyo rondar por el cerco. Ya loí visto dos veces.- (Ahora no te escapás- pensó Panta en sus adentros).

– ¿Por el cerco? ¿Eh? -dijo Luciano.

El Cachiyuyo iba a entrometerse en la conversación y gritarle al Patrón que era mentira, porque él lo vio el día antes, cuando llegaba recién, a «Los Quebrachales». La niña le mandó un mensaje pa su mama... ¿Por qué mentía Panta, que andaba rondando el cerco? Hilvanó la conversación de Panta con el Patrón y no le pasó inadvertida la intención del indio. Una oleada de rabia le subió al rostro





Pholina 99

al Cachiyuyo y exclamó:

– ¡Cicatero! ¡Taimado! Yo te voy a dar...- Mientras su pensamiento se extraviaba en estas o parecidas conjeturas:

– ¿Sería verdad lo que le dijeron el año pasao a él? ¿Que el Chileno estaba chumao por la niña? ¿Y que no podiya echarla pal olvido? -Había una perplejidad angustiosa en su espíritu-. ¿Diría verdad Panta?... No, ¡no puede ser!- se dijo, y sin escuchar más, echó a andar por el monte tras de sus cabras. Mientras se internaba entre los árboles, empezó a cantar como hacía siempre que buscaba su majada, para ahuyentar la soledad por cierto temor desconocido e inconsciente. Pero esta vez, la voz no tenía el temblor del miedo, sino que se le iba rompiendo en un tono de duda. Echaba afuera lo que dentro llevaba.

– ¡Ay! ¡Ay!, esto no es verdad, vidalita; esto no es verdad!

El monte abríase a la voz del muchacho, que entre el rumor de las ramas corría adelante de sus pasos, ligeros como el viento mismo. Un olor fuerte a retamas y a pasto seco llegaba, envolviendo al Cachiyuyo. A un lado y otro, las vacas echadas rumiaban al sol.

El muchacho, embebido en el canto, sólo escuchaba a lo lejos el balido de sus cabras que lo llamaban, y de nuevo repetía:

– ¡Niña Mabelita, vidalita, esto no es verdad!...

– Y como si al oírse perdiera la memoria de todo, y sólo le quedara en la mente el nombre de su señora, seguía larga la nota final, como una última llamada o conjuro:

– ¡Niña Mabelita!, ¡ah! ¡ah!... ¡Niña Mabelita!, ¡ah! ¡ah!...

VII

Los primeros celos

Mabel, montada en su alazán, un espléndido ejemplar de raza peruana, orgullo de Luciano, semejaba una pintura en la desolación amarillenta del lugar. El largo pollerón negro caía golpeando la panza del animal, y la brisa, a puro azotazo levantaba su capa blanca, con movimientos rítmicos. Luciano iba a su lado, caballero sobre un zaino lustroso, braceador y coludo, que parecía no querer ceder la delantera a su compañero; y con las orejas alertas y balanceando el cuello, avanzaba sobre el camino, contenido el brío por la enérgica mano de su jinete.

Los dos, marido y mujer, llevaban en su alma diferente preocupación, que los abstraía del mundo exterior y engolfaba en el inmenso mar de combatidos pensamientos.

– Es menester que yo ande más alerta sobre las cosas -parecían decirse para sus adentros, en monólogo interior.

Mabel hubiera deseado en ese momento abrir su corazón a Luciano, porque nada amaba tanto ella como las conversaciones íntimas, en voz baja o a la luz de la lámpara en las noches largas y solitarias. Tanto eran éstas un placer para ella que, cuando estaba ausente Luciano, entretenía el tiempo con la Clarinda o con el Cachiyuyo, el que casi siempre se quedaba sin desatar el nudo. Mabel poseía, por intuición, esa cualidad tan femenina, de saborear la vida

en la intimidad y que constituye un encanto para los que escuchan, como si fuera una voz que saliera de ellos mismos. Siempre había tenido gusto para las confidencias, desde muy niña; y luego, cuántas horas dulces, pasadas con Luciano durante su noviazgo, cuando ella le escuchaba en éxtasis sus relatos de los años de colegio, en Córdoba.

El le contaba sus riñas, mano a mano y cara a cara, con los compañeros de aula, cuando se mofaban de sus largas piernas y de su cabeza en punta. Y luego, a medida que la confianza hacía-se entre los dos, Luciano le refería las conquistas amorosas; pero nunca habló ni una sílaba de la Gitana. Allí morían sus confidencias, lo que daba mayor cuidado a Mabel y al mismo tiempo curiosidad por ese periodo de la vida de su novio, aunque algo sabía por las comidillas de las gentes y por los pronósticos de la mama Nicasia. Cortas le parecían las horas para intercambiar los más íntimos movimientos del espíritu; pero Luciano no tenía la misma ansiedad suya, era por el contrario, reservado, quizás por los prejuicios que llegan de lejos y que hacen al hombre nuestro, ignorar el núcleo espiritual de la mujer, llevando en su modalidad la actitud recelosa, del que no cree necesario volcarse en el alma de una compañera, por considerarla incapaz de comprensión.

En Mabel, había esa delicada poesía de adentrarse en el corazón de los demás, facultad que hace encantadora y peligrosa a una mujer, porque una vez admirada por un hombre, es muy difícil que pueda éste desprenderse de ella. Así, Luciano mismo quería acercarse al espíritu de su esposa, sin él sospecharlo, aunque la vida de campo y de trabajo y la lucha por el mañana, dejábanle poco tiempo para el intercambio espiritual, que era como el ser y substancia del temperamento de su mujer. Y cuántas veces ésta se había dicho con pesadumbre, que su marido no sería el afecto que ella hubiera deseado; ignoraba que para Luciano era un cuesta arriba el asomarse al alma femenina; que no le interesaba el ritmo de sus ensueños, porque sencillamente le faltó tiempo para el trato íntimo con ella y por ignorar, después, las cualidades de la que compartía su vida; y a

causa de vivir alejado la mayor parte del tiempo del hogar, iba desconociendo día a día los sentimientos de Mabel, de donde resultaba esa incompreensión, que en vez de acercar dos seres, los va separando a medida que las horas corren.

El caballo de Mabel emprendió el galope. Luciano, a su lado, cambiaba algunas palabras, con el rostro serio y el látigo en alto. Mabel parecía hundida en el placer del movimiento que la levantaba rítmicamente de su silla. Al llegar a un médano, Luciano refrenó a su pingo y ella hizo lo mismo, continuando a un paso suave y lento.

Grandiosa decoración era aquel campo árido, sin árboles que detuvieran los vientos helados del invierno, ni tampoco que enfriaran en verano el ardor de la greda recalentada al sol. Un médano de dos leguas separaba las dos estancias vecinas: la de Luciano y la de los Urquiza, hacia donde se dirigían los esposos; monótona estepa que desentonaba en aquellas ásperas tierras de «Los Llanos».

Mabel entornaba los ojos para mirar bien aquella llanura, sin quebrachales, ni talas; sin pastos isin nada!, y nunca le pareció tan triste aquel campo, en el que no se veía ni un rancho. Sólo el vientecillo de julio movía las arenas de los médanos, de un solo tono, y donde parecía que hasta las pisadas de los caballos se clavaban sin ruido en la tierra.

Así, hundida en sus meditaciones, sintió un leve sobresalto cuando Luciano le preguntó si dormía, tal era su mutismo.

La verdad era que en esa tarde la enmudecía la necesidad de pensar libremente, pues llevaba atravesadas en el corazón las palabras del Cachiyuyo. Su íntima turbación ante la aparente tranquilidad de Luciano, la entristecía, porque empezaba a notar en su marido algo así como si anduvieran aires helados por su amor, los que le iban amontonando pesadumbre. Le observaba de reojo, mientras Luciano hablaba, y seguía sus menores movimientos; y, ¿por qué a Mabel, involuntariamente, se le interponía entre su marido y ella, otra imagen? Como un relámpago de alucinación veía la silueta esbelta y los ademanes felinos de la mujer amada antes por

Luciano. Y luego, como queriendo medir la realidad del poder de aquel hombre que era su esposo y a quien pertenecía, analizábale la figura toda. Luciano, de veintiocho años, se conservaba delgado y fuerte. Los trabajos del campo, y el sol, no habían minado su robustez; sus hombros anchos parecían ceder hacia adelante, por la costumbre del caballo, y su rostro, de un color tostado, indicaba buena salud y vigor. Había líneas de caballero en toda su hermosa figura y un aire de indiferencia por las cosas; su boca, a veces, al hablar, se plegaba con su dureza, como ajustándose a una invencible voluntad.

Ninguna mujer podía resistirse a semejante hombre -pensó Mabel-, y quizás en ese instante, por primera vez hízose un corazón y un alma de las dos... Y cuando Luciano se acercó más a ella, porque advirtió su mirada fija en él, no pudo ver la sombra de pesar que cruza a veces por una frente de mujer como la suya. Luciano, aunque quería a Mabel, no la conocía, nunca se había preocupado por la intimidad de su espíritu, ni las causas de su emoción; de manera que no hallaba el camino de su alma, ni la entendía; sólo sabía que era hermosa, y embriagado de objetividad, falto de vida interior, Luciano poseía la vanidad de ser el marido de tan linda criatura, y cifraba todo su orgullo en la sumisión de ésta, sin averiguar nada más. Y así, ni él, ni ella, llegaban a mostrarse en toda su sinceridad de vida, en sus deseos -afecciones, eje central de la existencia conyugal. A Mabel interesábale más que ser amada, ser comprendida, y ella tenía que someterse a un mutismo espiritual que atormentaba sus inclinaciones.

De pronto, Mabel, acariciándolo con una larga mirada, le preguntó:

- ¿Qué tienes, Luciano; estás preocupado por algo?

Miradas de esta clase, serían suficiente para desarmar cualquier pensamiento en contra de una mujer.

- Eres tú la que enmudece- respondió Luciano a la pregunta de Mabel, y con el látigo jugaba a uno y otro lado del largo cuello de su caballo.

Estaba verdaderamente adorable Mabel, con su capa blanca y un su sombrero de tiras bordadas: su piel, de un pálido transparente, se acentuaba por contraste del reflejo ocreoso de la tarde; brillaban tan negros sus ojos, que Luciano, sin querer, la miró fijamente y exclamó:

– ¡Qué linda estás hoy, Mabel! Te sienta el ejercicio.

– Pero ella, sorprendida de la galantería, respondió en chunga:

– ¡Cuidado, Luciano, que me caigo del caballo! -e hizo movimiento como si fuera a tumbarse a un lado.

No se equivocaba Mabel, al comprender que a su marido alguna espina le punzaba. Las palabras de Panta en el corral, espolearon por primera vez sus prejuicios y despertaron sus celos, adormecidos durante el tiempo de casado.

Para Luciano, la infidelidad de la mujer constituía un deshonor. Nunca hubiera podido comprender que el amor es un sentimiento voluntario y no encauzable, que se amolda a normas. La mujer que deja de amar a su marido o amante, insulta a la masculinidad, palabra sagrada para él, que significaba el valor; de manera que una ofensa pública a su hombría, sería decisiva. Luciano temblaba ante el ridículo y le obsesionaba la preocupación del qué dirán, porque carecía de la independencia de juicio suficiente para desdeñar habladurías o apariencias. La opinión ajena le inquietaba sobremedida cuando se trataba de su honor; lo que la mujer piensa, lo que ella siente en lo íntimo, no le importaba; sólo valía para él el comportamiento y por éste, la absuelve o la condena. La observación de Panta con respecto al Chileno, despertó sus celos y el miedo de los comentarios comadriles; y al pensar en una posible infidelidad de su mujer, se veía ya, como un cobarde, falto de hombría y expuesto a las burlas; y en vez de mirar con sus propios ojos, empezaba a ver con los de las gentes. Más que su amor le atormentaba la opinión de los vecinos. Sin embargo, las sospechas, o celos prematuros de Luciano, tenían, allá, en los pliegues de su espíritu, algo de ternura, mezclada a su instintivo orgullo. Y él se hacía a menudo esta pregunta: -Si me dedico por entero a mi mujer, ¿por qué ella ha de

querer a otro?- Este era un reflejo fugaz de su inteligencia; pero, luego, sus prejuicios sobre la debilidad femenina, volvían a turbar su espíritu -Cuando falta una mujer, quedan muchas -decíase- pero el honor de un hombre ies uno!

Mabel, queriendo hablar de algo, dijo de pronto:

- Todo está muy bien, Luciano, pero ¡qué poco te preocupas de tu mujercita! ¿verdad?.

- ¿Que no? -replicó Luciano con cierta sorpresa-. Pues, ¿por quién trabajo día y noche, por quien deseo ganar y amontonar animales?.

- Lo que es para abogado nadie te gana; pero ¿tú crees que de eso sólo depende el interés a una esposa? -dijo con dulce sonrisa Mabel.

- Entonces, dilo -respondió Luciano, asombrado.

- Pues bien, ya lo verás; ¿me has preguntado quien estuvo en casa ayer toda la tarde, mientras tú andabas por ahí, con tus animales?.

- ¿Ayer? -preguntó Luciano, y sospechando que pudiera ser el Chileno, como le había dado a entender Panta, ocultó su pensamiento y dijo con aire indiferente-: No lo puedo adivinar... ¿Quién?

- El Chileno- respondió ella, mirando el efecto que producía en su marido el nombre de su antiguo festejante. Coquetería, muy femenina, y como una revancha a lo sufrido por las palabras del Cachiyuyo.

- ¡Con que era verdad! - se dijo Luciano. Y reinó silencio entre los dos esposos.

- ¿Verdad, qué? -preguntó Mabel sin comprender, y tal fue la impresión en el rostro de Luciano, que ya se arrepentía de haber mentido y de haber mencionado al Chileno. Muy seria díjole nuevamente:

- ¡No es verdad, Luciano! Sé que ha venido ayer; me lo dijo el Cachiyuyo; quería hacerte una pillería para que no me dejes tanto tiempo sola.- Pero él no comprendió la verdadera intención de su mujer.

Ya se perfilaban los bosques de chañarales y los grandes pencales

que rodeaban la casa de Urquiza, y en eso empezaron a ladrar los perros. Llegaron.

VIII

La riña de gallos

¿Para qué decirle a Luciano una cosa por otra? ¿Por qué simular y fingir la verdad, andar con astucias y engaños?, pensaba Mabel, disgustada con ella misma por no haber tenido el valor de afrontar la situación y revelar a Luciano sus dudas, mientras entraban a la casa y eran seguidos ya por el matrimonio Urquiza y sus dos hijas, Rosarito y Luz, que con singular alegría se adelantaron a recibirlos. Mabel, no pudiendo apartar de su mente las preguntas que con agitación se dirigía, porque se apoderó de ella el temor por las consecuencias que esta primera patraña podía tener en el espíritu de su marido, de nuevo se dijo, dándose una palmada en el muslo, como si cayera en la cuenta de alguna cosa grave, nueva, insólita.- ¡Por qué he mentido yo a Luciano?... ¡Y cómo cambió su rostro! - Mas después de una pausa, en que el pavor y el susto parecían adelantarla, pudo retomar el hilo de su discurso y por una de esas rápidas transformaciones del ánimo, como si una ráfaga de alegría despejara su mente.- ¡Si fuera así -exclamó-, querría decir que me ama!...

Es sorprendente cómo en la conciencia se entrechocan en un minuto de tiempo -y quizás en el menos apropiado para la meditación-, las reflexiones más profundas, como si el mismo barullo exterior defendiera la intensidad de las palpitaciones internas del espíritu.

Hay en todo corazón de mujer, cierta coquetería instintiva, que asoma cuando se cree en peligro; fue esa misteriosa arma de dos filos la que se manifestó en Mabel cuando indujo inconscientemente a su marido a pensar en ella, en su valor como mujer joven y hermosa, y que la tenía abandonada largas horas, por el trabajo material del campo.

Cuántas veces recordaba a su madre en esta soledad, y haber escuchado de sus labios la idea puesta en práctica por ella esa tarde: – A los hombres -decía la buena señora de Zárate- hay que encenderles de vez en cuando la duda; es el tábano que los mantiene alerta. Mabel no creía en tales filtros, pero la conversación con el Cachiyuyo la hizo sentir la necesidad de la prueba, y no había sido defraudada en su esperanza, aunque a ella le repugnaban las diplomacias -como acostumbraba decir-, por la rectitud de su alma y también por ese orgullo que la embriaba contra la humillación de tener que valerse de esas oblicuidades. Por otra parte, indignábase ya de haber mencionado al Chileno, por el cual no guardaba ni pizca de interés, y que sólo había sido un lazo tendido a la indiferencia de su marido, un pretexto que la inconsciente coquetería femenina alumbraba para encender el interés. Nada hay tan atormentador para un corazón de mujer que ama, como esa opacidad en el sentimiento del que quiere, esa capa fría de indiferencia, tan blanca, tan estirada, como una mortaja.

El corazón y la inteligencia de Mabel discurrían, luchaban por arrancar de Luciano este, al parecer, desamor o tibieza, que dañaba su pasión; esa ternura cálida que se remansa en el pecho de toda mujer enamorada.

– Adelante, adelante- repetía don Casiano Urquiza.

En el corredor de la casa, rodeada de aguaribayes, los esposos de la Vega recibían los saludos de los dueños de casa, y Mabel, dirigiéndose a la rueda de invitados, se detuvo de pronto sorprendida frente al Chileno, y contrariada por la casualidad, apenas hizo apariencia de saludarle. Este se inclinó con la misma cortesía.

Luciano, al mirar de reojo al uno y a la otra, se dijo para sí, recor-

dando la conversación con Panta: -¡Vamos, no lo puedo creer!, pero ¡alerta!, que nada hay imposible en este pícaro mundo... -Su espíritu se puso en guardia, en acecho quizás, a lo que su voluntad y su fe no aceptaban, y que, por el contrario, lo rechazaban en su íntima convicción; mas la duda es constante y poco a poco taladra las más firmes convicciones. Tratando de darse ánimo y de disimular, Luciano saludó con amabilidad:

- ¿Cómo, usted? ¿Desde cuándo?

- Apenas dos días -respondió el Chileno-. No he tenido tiempo de visitarlos, pero pronto estaré con ustedes.

- Me aseguraron que desertó usted de estos mundos -sonrió Luciano.

Quizás sin intención hubo en su frase una ironía escondida, que turbó al Chileno y arrugando un poco el entrecejo, respondió:

- Así lo pensaba..., pero las cosas se arreglaron de otro modo... Cuando se está lejos, el pensamiento cambia de visión y se desanda lo andado... Los negocios no fueron bien del todo, perdí lo ganado con tanto empeño; y de nuevo, ya lo ve, amigo, empiezo la faena.

Sin querer, los dos hombres llevaron sus ojos donde estaba Mabel conversando con Rosarito y Luz.

Sabido era el interés de esta hija de don Casiano Urquiza por el ex festejante de Mabel, y que fue causa de la desabrida relación entre las dos; pero, después, las cosas cambiaron con el casamiento de Mabel, y seguramente en el corazón de la joven retoñaron las esperanzas.

- ¿Qué tal, cómo lo encuentras? -preguntaba con picardía Mabel a ésta.

- Pero, ¡si recién lo veo! -contestó Rosarito toda sonrosada-. Como siempre...; no me parece nada del otro mundo...

- ¡Oh!, ya sé que no es tu vellocino de oro -dijole Mabel, haciéndose la convencida-. Pero tanto cae el cántaro al agua... Y siempre estás a punto de volverle la espalda.

- ¡Pero, si nunca dio un paso por mí! -replicó Rosarito, moviendo graciosamente la cabeza- ni yo tampoco... Otro fue su quebra-

dero... -aseguró con intención, hundiendo sus ojos rasgados en Mabel.

Mabel no insistió. Sin embargo, algo raro era aquel alarde de indiferencia.

Son siempre sospechosas las bromas que gasta una amiga con otra, con el hombre que ha sido su novio. Esto debió pensar la hija de don Casiano al escuchar a Mabel; pero, nada echaba candado a sus bocas y siguieron charlando.

El Chileno tenía suficientes dotes para turbar los ojos y avivar el interés de las faldas. Guardaba fama de mujeriego, añadiendo a su persona la simpatía que atrae a las mujeres y les produce deslumbramiento. Era el Chileno un buen mozo, como vulgarmente, se dice; con ese aire de consentido, que tanto desagradaba a Mabel en otro tiempo; pero había pasado más de un año, y todos los rostros tienen en la vida una época de plenitud, de interés; generalmente se adquiere esta expresión atrayente cuando se ha sufrido, o cuando los años van robando juventud y dando en cambio, experiencia, y algo así como un reflejo espiritual. Se diría que la materia, al aniquilarse, fuera haciéndose transparente. El Chileno pasaba ya de los treinta y en su rostro moreno, de ojos negros, había rastros de fatiga, huellas, quizás, de una amargura contenida. Aparecían reflejos ardientes de excesos de placer o de cansancios corporales; pálido y ojeroso, era su rostro de árabe. Sus cabellos negros, echados atrás, parecían abrir su frente alta y redonda, lisa, sin la línea que la divide y es síntoma de voluntad; no había sombras en aquella frente tersa, como en los ojos, cuyos párpados de largas pestañas se entrecerraban en una voluptuosa presión; rostro hermoso, pero sin vigor, sin altivez, donde los labios gruesos no disimulaban la sensualidad de su temperamento apasionado.

El Chileno, en su viaje por Copiapó, se había quitado las patillas a lo federal que cuadraban su rostro, dándole una expresión dura, y sus facciones se habían alargado con las fatigas de los largos viajes en mula, a través de la Cordillera. Era un hombre elegante, en su sencillo traje de pana azul y sus altas botas recién compradas.

Emanaba de su persona un no sé qué de pasional, como el que está acostumbrado al incienso de las mujeres.

– ¡Qué diferente de Luciano!

Este pensamiento de Mabel era el resultado de un examen rápido; observación en que todas las mujeres son hábiles, y que revelan la capacidad de sus análisis a las primeras miradas. En tanto la conversación de la rueda se animaba. Don Casiano Urquiza era un viejo gaucho, como de sesenta años, que en sus buenos tiempos había sido un federal de verdad: manejaba a la perfección la refalosa -como se llamaba al facón- y la lanza. Bajo y rechoncho, vestía tricota azul y ancho pantalón, sujeto por las botas de cuero de potro; a la derecha asomaba el mango de un puñal de hoja y media.

Sentado al lado de su mujer -cuyo vientre como un bombo le sobresalía de la pañoleta de lana negra, prendida en punta sobre el pecho-, con el mate en la mano, peroraba en alta voz sobre su pasión favorita: los gallos. Y se observaba en su tono y en sus movimientos enérgicos, que el viejo había sido en sus mocedades de armas llevar; rusticidad que se empeñaba en disimular con las buenas maneras, que resultaban ridículas por lo postizas.

Ella, la dueña de casa, con entornos de matrona y manías de lo linajudo, conservaba, con orgullo, una bandera, regalada por Quiroga, que enseñaba a todos los visitantes como un timbre de honor. Había hecho cubrir con ésta una punta de la pared del estrado. Allí se abría el trapo negro con una calavera roja al centro y unas lanzas cruzadas; abajo, una inscripción que recordaba al ilustre donante. Ella también quería brillar ante sus relaciones como una gran señora entendida en sociedad y de gustos refinados.

Todo se lo encargaban a La Rioja, y las niñas -decía- no pueden estarse de trapillo. En cambio, sus hijas, publicaban a los cuatro vientos que lo hacían todo, que eran habilidosas y sabían dirigir una casa- esto lo repetían, sobre todo, cuando asomaba algún partido entre ellas.

Mabel sonreía ante las grandezas de la patrona Urquiza, al mirar aquellos pobres ranchos.- ¡Cómo podían vivir las dos muchachas

en medio del descuido y de frío de aquellas paredes de barro y de aquel piso de tierra, con un pobre chuse, sin la menor comodidad para la vida! -Mabel nota la diferencia de gustos y de conceptos. Don Casiano, sin embargo, gastaba todos los años, para sus fiestas de hierras y riñas de gallos, toda la venta de una partida de novillos en comilonas y vinos. Por el frío intenso de la tarde, habían encendido un brasero en la pieza, sobre el que hervía una pava de agua para el mate, que cebaba una chinita descalza, vestida de lienzo azul...

- ¿Te acordás, cumpa, de la desplumada del año pasao? -decía don Casiano a otro amigo emponchado, que recibía el mate en ese momento-. ¡La pucha, qué riña! Chiquitos quedaron los de mi amigazo Luciano.

- ¡Cómo no mi di acordar! -dijo el emponchado-, si en las orejas llevo todavía el ruidito de los cogotes que se desplumaban. A más, compagre, no se me borran los doscientos reales que escaparon de mi tirador aquella tarde perra. ¡Gran siete, qué mala liga!

- Todo eso es papel pintao, cumpa, al lao de los de ahora -exclamó Don Casiano, con satisfacción, y sobándose las manos, repetía: ¡Ni por una legua de campo, mi colorao, ni mi negro! ¡Diez rayas a las de mi amigo Luciano!

- ¡Pa los diablos!- dijeron todos los que conocían los gallos de Luciano, célebres en el pago por buenos peleadores.

Siempre eran rivales don Casiano y Luciano, como que se les tenía por los hombres más ricos del pago. En aquellos lugares, dos leguas de campo, que no costaban más que unos cuantos pesos, y cien cabezas de ganado, era lo suficiente para ser llamado hombre de plata. La fortuna era desconocida en aquella provincia lejana, donde las gentes vivían apenas con lo necesario para la subsistencia.

Todos escuchaban con la boca abierta, frases cien veces repetidas en todas las riñas de don Casiano. Es típica la preocupación y el interés que despiertan las riñas de gallos en los llanos de La Rioja.

Mabel, que no participaba de los gustos de estas gentes, dijo

casi sin pensar:

– No comprendo el entusiasmo por que dos animales se despeduecen.

El Chileno levantó la cabeza: Mabel decía en ese momento lo mismo que él pensaba, y le pareció que esta casualidad lo unía en pensamiento a ella. El no le perdía punto desde que entró; le pareció hermosísima con su traje de montar y sus trenzas negras ajustadas a las sienas. La distinción de Mabel, alta, fina, modelada en el traje de amazona, aumentaba la vulgaridad de Rosarito, vestida con traje de franela roja, que duplicaba sus formas. Y después de esta frase, el Chileno la analizó con ese respetuoso interés, algo imprudente, que es propio de las personas apasionadas. Reconoció que el talle de Mabel era más redondeado, y que su rostro había adquirido una delicadeza frágil, con un tinte de melancolía que la idealizaba. Esta observación ahondó en él antiguos recuerdos. Era un hombre de los que no olvidan fácilmente un sentimiento y siguen con la idea fija en la mente, a pesar de conocer la imposibilidad de su alcance. Pero sus impresiones, incapaces de disimulo y de represión, alientan quizás una vaga esperanza en el mañana. Y, sobre todo, estos espíritus, antes que vivir lejos de lo que aman, prefieren el martirio cerca. Esta fue la razón de su vuelta a «Los Quebrachales».

Bien conocía el Chileno los sentimientos de Mabel y sin ser un mal intencionado, por uno de esos misterios de su inconsciente, donde dormía quizá el odio al hombre que le había robado su cariño, le asomó a los labios involuntariamente una pregunta que ponía, según él, en situación difícil a Luciano.

– ¿Sabían ustedes lo de «El Carrizal»?- dijo con aire piadoso.

Todos dirigieron hacia él sus miradas, luego a Luciano, pues nadie ignoraba sus pasadas relaciones con la Gitana.

– ¡Pobre Tola! -exclamó don Casiano, moviendo con pena su cabeza-. Miren que correr de noche por las ciénagas... Su tordillo es de los que ven en las sombras..., pero...

Mabel se estremeció, y clavó los ojos en su marido, mas éste, con tono natural y sencillo, preguntó:

– ¿Lo del Carrizal?... ¡Pero qué ha pasado! Yo estoy en ayunas.

– Un desmayo, al caer del caballo, cosa pasajera... -aseguró el Chileno, y miró a Mabel, que también observó aquella mirada, mientras Luciano tenía sus ojos puestos con expresión inquisidora en el Chileno, como queriendo comprender el fondo de su intención.

De afuera, del lado de la pulpería situada detrás de la casa, llegaba un largo palmoreo de manos.

– A los gallos -dijo de pronto don Casiano, poniéndose de pie-. Ustedes dispensen, pero quiero ofrecer a la señora de la Vega el espectáculo más emocionante. Aunque a ella no le gustan estas cosas de gauchos.- Y doblando el brazo en arco, se le ofreció a Mabel, que no pudo disimular una sonrisa y cambió una rápida mirada con su marido. Todos siguieron a la pareja hasta la pulpería, como le llamaban a un ranchito miserable, donde vendían licores al gauchaje que acudía a las fiestas y a las corridas de caballos, tabas y riñas, de don Casiano.

Frente al almacén, una gran rueda a campo abierto, de hombres y de caballos enjaezados con blandos pellones y frenos chapeados.

Peones de la estancia y demás gauchaje vecino, estaban allí, con las caras tostadas, donde la tierra y el viento habían agregado arrugas a los rostros. Una algarabía ensordecedora; todos gritaban a la vez, riendo y accionando, con los ojos febriles ya, por el aguardiente y la ginebra y el entusiasmo de la riña.

Don Casiano se abre paso entre la multitud, y una exclamación gozosa, acompañada de movimientos, idas y venidas, dejóse sentir.

La familia se acercó a la rueda para mirar la escena, donde la diversidad de tipos y colores de las bombachas, chiripás y pañuelos al cuello de los hombres, daban un aspecto raro de feria campesina.

– ¡Hola, viejo! -dijo alguien.- ¡Que no te muevas! ¡Que te rompen la crisma!

– ¡Por el colorao! -gritaban, haciendo piruetas y señas con los dedos y manos.

– ¡Se la da el negro!... ¡el negro!... ¡el negro, o, o!... -ensordecían



PMolina99



los demás.

En el centro de la rueda dos gallos, nuevos, con espuelas recién salidas, encorvados por la lucha, se atacaban con odio, encrespadas sus plumas, con la cresta erguida y los ojos redondos, enrojecidos de furia.

Mabel nunca había visto una riña de gallos, a pesar de haber vivido en el campo y de tener los mejores su marido; jamás quiso presenciarla. Ella detestaba los juegos donde corría sangre, aunque fuera de animales. Así, súbitamente, su semblante se contrajo con repugnancia por el espectáculo de la pelea.

La gritería aumentaba, y los dos inconscientes enemigos eran un solo cuerpo, luchando pico contra pico, espuela contra espuela. El colorado tenía la cabeza chorreando sangre y el pescuezo todo desplumado. El negro, que era el gallo más alto y parecía más ágil, separábase de su adversario, como quien calcula la distancia, todo erizado su brillante plumaje; echando chispas por las redondas pupilas orladas de rojo, saltaba sobre su compañero. En eso recibió un espolonazo en el pecho que lo rasgó de golpe -y un hilo de sangre mojó sus negras plumas.

Mabel dio un ligero grito.

- ¡No es nada, señora! No se asuste usted -habló el Chileno, que aprovechaba cualquier momento para estar a su lado.

Ella reaccionó:

- No me agradan estas cosas -dijo.- ¡Mire que divertirse con esos pobres animales!

- ¡Siempre fue usted la misma! -aseguró el Chileno, a media voz.- Sin embargo, Mabel -continuó- las más dulces mujeres suelen ser las más crueles...- Permaneció un rato callado, y luego dijo, entredientes - La vida nos enseña a menudo estas cosas ilógicas. -Y como si quisiera cambiar el rumbo de sus pensamientos, preguntó: -¿Recuerda usted aquella doma, hace tres años, en Los Quebrachales?

- ¡Ah! -dijo Mabel.

- ¡Se murió el pobre! -insinuó de nuevo el Chileno- ¿Recuerda

qué brioso y contento estaba el potro aquel un momento antes? ¡Cómo se torció el pescuezo, el infeliz!... Y su dueña, la Gitana, creo se lo hizo pagar caro.. Así, Mabel, nos pasa en la vida... -balbuceó con voz dulce, siguiendo el hilo de su pensamiento.: ¡Si uno supiera el mañana!... Cuando menos se piensa se está en el suelo. La vida es siempre una lucha a muerte, como la de estos gallos. A pesar de todo -continuó- conocer la dicha, poseer la embriaguez del triunfo y morir...

Ella no respondió. El nombre mágico de la mujer que perturbaba su tranquilidad vino de nuevo a su recuerdo. ¿Lo dijo con intención el Chileno, o sólo era una ingrata casualidad?

Luciano, que no quitaba ojo a su mujer, creyó, o mejor dicho, comprendió la conversación, y con cautela se llegó a ellos.

- ¡Qué hermoso! ¿Verdad, mi Mabel? -dijo con ironía.

- ¡Pues no lo veo, por más que a don Casiano le agrada esto! -repuso Mabel, sin comprender la intención de Luciano y dirigiéndose al dueño de casa con amabilidad; pero éste no la escuchaba. El alma y la vida tenía puestas en las espuelas de sus gallos, que ya iban quedándose piltrafas de plumas tintas en sangre; y que apenas pataleaban al cada vez más débil puazo.

- Amigo -dijo Luciano al Chileno- Vamos a jugar una apuesta, ¿acepta? Voy al negro, ¿y usted?

- Al colorado -respondió enérgico el Chileno, también con ese escondido placer que se experimenta siempre en la lucha con el rival.- Aquí tiene. Veinte reales al colorado. ¡Sin duda que la gana!.

Y sacó de su tirador las chirolas. ⁽¹⁾

Luciano hizo otro tanto.

- ¡Veinte reales! Aquí están. Que mi mujer sea la depositaria -dijo Luciano, entregándole las monedas; -ella premiará al ganador-sonrió, mirando a Mabel en el fondo de los ojos.

Entonces, los dos hombres se abrieron paso entre el gauchaje y

(1) En La Rioja llaman chirolas a las monedas de plata.

uno frente al otro, como los dos gallos, se medían con los ojos.

– ¡Al negro!

– ¡Al colorao!

– ¡Ya te caes, compadre! -gritó el Chileno, con los ojos clavados en la riña.

– ¡Negro de mi alma! -golpeaba las manos Luciano-. No me defraudes, amigo, ique me va la suerte!

La rueda se estrechaba, fija la atención en las apuestas.

Los dos hombres, nerviosos, como si en ello en verdad les fuera la vida, gritaban, palmoteaban, rebosando de inquietud o de confianza, tan excitados como los mismos reñidores.

– No te dejes desplumar, coloradito -alentaba el Chileno a su gallo, adelantándose ya a la rueda de los animales, que se deshacían en lucha de muerte.

– No te apures... -gritaba Luciano-. A cada uno le llega su turno. ¡Negro mío... a matar o a morir!... -Y decía esto con una expresión de verdad y de dominio, tanto que a Mabel, inquieta ya por el giro de la apuesta, la empujaba el instinto a seguir las aproximaciones de su marido en la rueda.

– ¡Al negro, al negro! -vociferaba el peonaje que acompañaba en la apuesta a Luciano, pues a diez leguas a la redonda le querían y respetaban como a su caudillo.

Griterío infernal se alzó de pronto, y el pobre colorado yació tendido en el suelo, estirando lo más que podía las dos patas, con la cresta lacia y echando sangre por los ojos y el pico. El otro gallo, el negro, lo miraba enfurecido aún, tembloroso y casi en estado de caer, pero lleno de odio y furia de matar.

Luciano se encaró con el Chileno, y seguro de lo que afirmaba, exclamó:

– ¡Perdió, compañero! ¡Mire bien, así caer el traidor, como un gallo sin espuelas! - Y soltó una carcajada.

El Chileno, sombrío, se quedó mudo, y dirigiéndose a Mabel, le dijo en son de chunga, dominando sus nervios y como no dándole importancia al asunto:

– Ha triunfado su marido. Entregue el tesoro: es de él. Fui vencido. Señora, me inclino ante la suerte...

Dio media vuelta y se puso a conversar con Rosarito.

Los peones y toda aquella abigarrada concurrencia, ebria de alegría, gozaban del placer de mirar la muerte. El instinto de la destrucción palpitaba vivo entre aquellos hombres de espíritu primitivo, cuyas pasiones, grandes y pequeñas, tenían una filosofía de niños.

No miran atrás, ni adelante: ven sólo el día que corre, y así están seguros de existir. Y a pesar de todo, viven con el goce infinito de estar de pie, vigilantes en sí mismos, por las cortas horas del día; mañana... quien sabe...

Mientras tanto, en la estancia «Los Llanos», el Cachiyuyo regresaba en medio de la sombra del crepúsculo con su majada de cabras.

Venía detrás, cansado, desmadejado, casi confundido con las sombras, como un alma en pena. Tal agobio lo produjo el estado de su conciencia, no acostumbrada a ninguna preocupación moral. Estado desconocido en él hasta el instante en que un remordimiento y una gratitud removieron sus sentimientos. Colmado por Mabel de bondades maternas, piensa que la vio sufrir por su causa, un minuto, pero minuto largo para su rápida comprensión.

Aquel espíritu inculto, lleno de supersticiones y de debilidades físicas, latentes en su constitución, sufrió un choque, turbando y enmarañando sus escasos pensamientos. Dentro de sí, bullía una cosa insegura, que su mente no podía definir con claridad, y se le hacía un trabajo lento y difícil en su espíritu, casi siempre inclinado a la contradicción y al engaño. El hombre y el niño luchaban en su temperamento.

Las cabras avanzaban en continuo movimiento, dejando detrás una nube de polvo que, poco a poco, se iba haciendo invisible, desvaneciéndose en la noche.

– ¿Tenía culpa la niña Mabel?... ¿La tenía el patrón?...

Estas eran las preocupaciones que atormentaban su cráneo.

Así, con este estado de ánimo, entró por los corrales con su majada, y de allí subieron al bordo de la represa. Las cabras, al sentir el olor del agua, se desbandaron sobre ella.

El Cachiyuyo se quedó inmóvil sobre el bordo; alzó sus brazos en arco, como queriendo abrazar el espacio, y luego los cruzó sobre el pecho.

El cielo transparente, salpicado de estrellas, se miraba en el agua remansada... A lo lejos, más allá de las casas, sobre el campo montoso, la luna, rara, fantástica, como un globo color de oro muerto, asomaba lentamente, perfilando los árboles en el horizonte cual una caligrafía incomprensible, borroneada por mano inhábil...

El frío de la noche parecía adelgazar el ambiente. El Cachiyuyo bebía la luz extraña sacudido por fuerte emoción, y se dejó dominar por el espectáculo, no por admiración hacia la belleza, sino por excepcional miedo interior; ese terror al silencio que sienten los niños y las almas primitivas. Era el momento de realizar la prueba.

Siempre que le agitaba alguna duda, el Cachiyuyo, desde niño, tenía la costumbre de escuchar el eco, y la frase que éste le devolvía era el fallo. Y sin aguardar más, mirando a todos lados para convenirse de que estaba solo, gritó en voz alta su más hondo y callado pensamiento.

– ¿Es verdad?... -sonaron sus palabras, como empujadas por el instinto.

– ¡Verdad! -respondió el eco salido del fondo de la represa.

– ¿Es cierto que la niña Mabel?... -repitió, como si hablase adentro de su conciencia.

– ¡Mabel! -contestó de nuevo el eco.

El Cachiyuyo, sin darse cuenta, iba levantando la voz, tanto que ya no respondía sólo el agua, sino que también los cañaverales que orillaban la cabecera de la represa enviaban su respuesta mágica.

– ¿Es cierto que la niña Mabel y la Gitana?... -repuso con fuerte acento.

– ¡Gitana!... -subió el eco hasta su nublada razón.- ¡Gitana!... -afirmaron los montes.

– ¿Y el patrón?... -exclamó, sin poderse contener, picado por los nervios.

– ¡Patrón!... -sonó más fuerte el agua-. ¡Patrón!... -dijeron los cañaverales.

El muchacho, fuera de sí, bajó de un salto el bordo y corrió por la orilla de la represa, espantando las cabras, no acostumbradas a aquellas ocurrencias de su guardián. Y, ya encendido de superstición, temblaba el Cachiyuyo, en su última pregunta al destino, que él creía era la intención del eco.

– ¡La niña Mabel y la Gitana! ¿Cual de las dos?...

– ¡Las dos!- subió el murmullo hablado de lejos, como huyendo delante del Cachiyuyo, que le seguía persiguiendo como una obsesión calentada en su mente.

– ¡Mandinga del Diablo! ¿Quién sos?... -dijo casi vencido.

– ¡Yo! -contestó Pizarro, que venía bajando al bordo, detrás del Cachiyuyo, el que, desbordante ya de temor, medio loco, dio un alarido con toda su garganta y tomó bordo arriba, huyendo como un ánima en pena por detrás del cerco, camino a las casas. Abría los brazos como dos alas, gritando con toda sus ganas:

– ¡Anima bendita! ¡Anima bendita!

Y las lechuzas, en cuyos ojos la sombra es luz, a los gritos, graznaban y alzaban el vuelo en la tiniebla; y los atajacaminos daban pequeños revuelos, rozando sus narices con ese aletear sordo, pegajoso, semejante al de los murciélagos.

¡Mientras tanto el Cachiyuyo seguía bebiendo los vientos con la boca abierta, anhélito por la carrera, y las pupilas agrandadas, oscuras, llenas de noche!

La luna, quieta, redonda, subía... subía, por el espacio...

PARTE TERCERA

I

Primera ausencia

Atardecía, vestida con falda negra y gran pañolón de lana roja, que la cubría por entero, sentóse en la hamaca arrinconada en un ángulo de la pieza. En sus manos, un libro abierto: «Las mil y una noches».-

En las horas de ocio recorría las páginas cien veces leídas, encontrando en cada lectura sorpresas, lumbres distintas en las lejanías evocadas por los cuentos. Pero esta tarde Mabel no leía. Sus ojos paseaban vagamente sobre las cosas como si no vieran; ellos parecían mirar el panorama interior de su pensamiento.

Una semana hacía, justamente esa tarde, que Luciano se encontraba lejos de su casa, allá, en Patquía, el pueblito más cercano de la estancia «Los Llanos», que distaba seis leguas. ¡Qué largas parecíanle las horas a Mabel! Fue eterna aquella semana, la primera que pasó separada de su marido desde su casamiento. Ella intentó en vano retenerlo, pero le iba en mucho a Luciano aquel nombramiento de juez de paz, que se haría en Patquía, y él contaba con su candidato seguro. Tener un juez de paz de su confianza era ya una gran cosa en aquellas alturas, en que la justicia dependía de una sola voluntad inapelable: el juez de paz. Luciano no aceptó aquel honor para él, pero llevó al puesto a un amigo, con el cual gobernaría mejor que si fuera él mismo.

No escapaban a Mabel los peligros de tales fiestas: riñas, domas, cuchilladas, tiros... y su pensamiento iba hacia aquel hombre cuyos esfuerzos y ambiciones la tenían con el alma en un hilo; pero que, con todo, ella misma, muchas veces, le empujaba con el instinto de mujer, en la determinación de sus negocios y de sus trabajos.

Mientras Mabel pensaba, sobre la mesita del centro, redonda y de un solo pie; un candelabro de plata ardía desde temprano en silenciosa plegaria a la Virgen del Carmen, para obligarla a la ayuda y vigilancia de Luciano. Junto al lecho de maderas rojas, torneadas, en el braserito de cobre, chisporroteaba la brea. El viento frío aventaba arenisca en el patio y se metía silbando por las ranuras de las ventanas que miraba al naciente. Detrás del cerro agonizaba el sol entre un celaje de oro; y una como sublime placidez invadía la naturaleza.

Cuánto amaba Mabel aquella hora de soledad, en la que pasaban los dos en íntima charla después del trabajo; junto al fuego, en invierno; y en verano, respirando el fresco húmedo de la represa y el olor fuerte de los algarrobos y de los aromos.

Ceñida en su traje de muselina, que dibujaba la pureza de sus líneas firmes, esperaba al amado a la hora de la tarde, en aquellos primeros tiempos de su matrimonio.

Aquellos caminos anchos y olorosos, no tenían secretos para ellos; abrazadas sus almas en un mismo sentimiento, ambulaban largas horas en la delicia de quererse. El ritmo de la vida serena se había adueñado de sus espíritus en una dulce luna de miel. Los días y las noches fueron un vuelo para Mabel, y de pronto, algo, un no sé qué de sombra, avanzaba sobre sus cabezas como un crepúsculo pesado.

De súbito la imaginación de Mabel cambió de rumbo y corrió lejos, hacia su marido, metido mano a mano con aquellos gauchos salvajes de Patquía. Bien conocía a su Luciano; era de los que no se están con las manos libres cuando se ven atacados, y representábasele en el acto la escena. Veía a Zalazar, el gaucho que se la había jurado, y que era el más traicionero de todos los desalmados vagabun-

dos de esos pagos.

– ¡Dios mío! -exclamó, pasándose la palma de la mano por los ojos, como queriendo espantar de su mente la visión. Y levantándose de pronto, encendió con un fósforo otra vela más en el candelabro, la cual vio arder con esa esperanza ingenua y salvadora que teje el estambre de la vida creyente.

Mabel suspira con ansiosa inquietud; luego sube su mirada hacia la Virgen que parece envuelta en la luz suave de la tarde. De allí a todas las cosas que, por otra parte, iban para días que voceaban pregonándole tristezas.

Sentóse junto al lecho, dando la espalda a la puerta. ¡Cómo había cambiado su vida desde hacía dos semanas! El instinto fino de la mujer que ama le decía algo a su corazón. Por de pronto, Luciano era otro desde la riña de gallos. De buenas a primeras, se había encontrado con un Luciano diferente; cabizbajo, callado, se diría que un mal interior le empalidecía, como si sobre su piel se extendiera la tonalidad de los biliosos. El demasiado trabajo, quizá, quebrantada su salud de hombre de campo. ¡Pero, Dios mío! -decíase Mabel.-, ¿por qué ese aire de disgusto y de sufrimiento en estos últimos días? ¿Por qué sus caricias, que me sabían a gloria, se han ido enfriando como si ya no me sintiera que existo? Apenas si come.?. Ni el hijo parece interesarle! ¿Será verdad lo que me habló el Cachiyuyo? ¿Esa mujer habrá de nuevo vuelto a su vida? ¿Qué puede haberle disgustado? ¿Acaso el Chileno? ¡No, eso no! ¡Que tonteería! De la visita a los Urquiza, ini una palabra!, y, desde entonces, su voz y sus acciones son más reservadas y más ásperas. Al amanecer se va al trabajo; como siempre, nadie podría notar en él cansancio. Al contrario, con más dedicación que antes; pero su seriedad, su indiferencia, para conmigo, cualquiera la nota. La misma Clarinda me dice:

– Niña Mabel, a don Luciano parece que le ha picado un mal bicho; todo el día con el talero en la mano y la frente fruncida. ¡Algo les ha hecho, hija! -Yo me río y le digo que es una vieja de mal agüero: pero no dejo de comprender que pasa algo en el espíritu de

mil marido.

La última noche, antes de irse, al preguntarle por qué fruncía el ceño y no despegaba la lengua, miróme de fijo y me contestó muy serio:

– ¡Nada, pues nada! -y ni un beso.

El corazón de Mabel le daba respuestas poco satisfactorias.

– ¿No comprendes que Luciano conserva la memoria de un pasado que vuelve a su vida de lleno? Entre tú y él existe una mujer: una mujer bella y voluptuosa que quizá ha surgido de nuevo en su deseo. Mabel, no exijas a un hombre más de lo que su corazón puede dar. Tú creís, Mabel, que todo se borra con el tiempo, que el amor se va sin dejar huellas; esto creíste aceptaste el nuevo amor que se te ofrecía sin pensar en nada; perdonaste y soñaste. Y ahora, de golpe, el fantasma del pasado se agranda, te pesa, te atormenta. ¡Valor!, Mabel: hay que vencer a ese pasado; haz uso de tu derecho: pelea!

Ella estaba dispuesta a la lucha para no dejarse robar a su Luciano; pero había algunas horas, desde que estaba sola, como la de esta tarde, en que sus fuerzas decaían y su marido adquiría en el sueño de su fantasía una realidad tan visible que llegaba a producirle la íntegra sensación de su presencia y el deseo terrible de estrecharlo entre sus brazos, entre la maravilla y la amargura de una posesión forzada. Y nunca, ni aún en sus primeras épocas de casada, su instinto amoroso había alcanzado el poder de una visión, si bien deliciosa, terriblemente amarga para su corazón atormentado por una duda.

Tan abstraída estaba Mabel en sus pensamientos, que no advirtió la llegada de alguien a su puerta y al darse vuelta se encontró cara a cara con el Chileno en persona. La sorpresa sonrojó sus mejillas de un rosa encendido y sus ojos tuvieron para el visitante una mirada de susto y de contrariedad, inadvertida por él. Mabel hizo un esfuerzo para no ser descubierta en los sentimientos que la agitaban y trató de conservar esa máscara de cultura impuesta por las reglas sociales.

– ¿Cómo, usted?

El Chileno sonrió ofreciendo su mano afectuosa.

– Buenas tardes, señora; ¿y su marido?

– No está en casa.

– ¿Que no?

Ella lo mira entre sorprendida e indignada, como si él debiera saber que Luciano no estaba en casa. El Chileno se detiene, esperando la invitación a sentarse. Es tan seria y respetuosa su actitud, que Mabel, rehecha de la impresión inesperada de su presencia, le ofrece la silla, y ella se sienta al borde de la cama. Era el dormitorio -como en casi todas las estancias- la mejor pieza para vivir y recibir las visitas en el tiempo en que el frío no permitía sentarse en la galería.

El Chileno, con voz dulce, dice:

– Me creía obligado a venir; usted perdone, no sabía que Luciano estaba de política; he tenido la mejor intención de encontrarlo... no es ésta una amboscada, señora...

Ella callaba, sin comprender, confuso, él prosiguió:

– No pude esperar más; no sé si soy imprudente, Mabel; permítame que la llame Mabel, como antes... pero no he podido prescindir de verla y escucharla. ¡Qué alegría aquel encuentro!

Mabel meneó la cabeza como si no lo hubiera ella notado.

– No olvide que soy la señora de la Vega -replicó con altivez, como rehecha de su turbación.

– No lo olvido, señora; y no he de aprovechar su soledad para decirle tonterías, de las que usted reiría, poniéndome fuera de su casa -dijo con amable sonrisa el Chileno. Y dando a sus palabras un tono de seriedad y de amistad, tranquilizó a Mabel.

En el Chileno existían dos hombres; uno, formado del deseo carnal y de violencia; y el otro, de un impulso espiritual; libre de toda pasión baja; sensible y tímido al honor de una mujer; cualidades opuestas que, en muchas circunstancias, le hacían desencadenar tempestades en su corazón. Cuando le agitaba la furia amorosa, invadido por el deseo, era el hombre indócil a su razón, y se

dejaba arrastrar por la violencia de su sensualidad: en la otra vez de su ser era retraído, romántico, su imaginación creaba fantasías; vivía de sueños, y era capaz de huir antes de faltar a una mujer, para refugiarse en ideales estériles como en un delirio. Pero su instinto sexual, en más de una ocasión le perdió: y sus mundos supraterrrestres le abandonaban en el imperioso anhelo de gozar la felicidad de su carne, como un tóxico que envenenaba su sistema nervioso con trastornos psíquicos que le conducían, a veces, a las peores cobardías. El hombre sensato, aunque tímido y bueno, siempre salía náufrago de sus exaltaciones voluptuosas. El Chileno, ahora frente a Mabel, se debatía en la lucha interna de sus dos personalidades, mientras le alcanzaba el mate la Clarinda.

Hablaban apenas. El sol ya caído detrás del cerro, cubría de un rosa pálido las lejanías. Quedáronse en silencio, y se diría que la pequeña estancia de Mabel estaba llena de dos almas, en las que se agitaban puestas preocupaciones que, sin embargo, parecían comprenderse.

Concluido el mate, el Chileno acercó su silla a Mabel, adoptando con su brazo afirmado en la mesita una posición más cómoda. Quería que su actitud fuese la de un amigo leal y viejo ante una dama honesta y bella. Su espíritu bueno no parecía traicionarlo.

En la pieza de al lado sentíase a la Clarinda dormir al Ponchito. El Chileno levantóse y entornó la puerta de comunicación, diciendo que se colaba el aire frío... y, ya más en intimidad, hablaron, recordaron... Y como siempre el recuerdo compartido es amistoso, se estableció una simpatía en las palabras y en el pensamiento. El Chileno veía surgir en su mente todo el pasado: la época en que conoció a Mabel; sus sueños futuros con ella, porque él no dudó de que Mabel lo aceptaría. ¿Acaso no era él un buen mozo y con una posición desahogada que enorgullecía al padre? Recordó el día que la vio con aquel aire altanero a pesar de su juventud; aquel perfil de estatuita, con la falda ancha y el corselete ceñido al talle, y ¡qué ojos!, ¡cómo iluminaban las pupilas negras en su rostro moreno de virgen. Era, ante su admiración, un ser vaporoso, como una hada

en la casona de Cazangate.

Y aquella boca hecha para besar, parecía tener un espíritu luminoso que se hacía visible en todo su cuerpo de mujer.

El Chileno, sentado muy cerca de Mabel, hablaba con voz cálida; lentamente salían sus palabras, rememorando todos los lugares que vieron juntos en Cazangate, Malanzán y Tama. El recuerdo de Tama fue lo suficiente para exaltar al Chileno; allí vivió Luciano; y por su rostro cruzó una sombra.

Mabel asentía con la cabeza todo lo que el Chileno iba haciendo desfilar ante sus ojos, seducida por el recuerdo de sus años de niña, de sus amoríos con Luciano, que ya le parecían estar tan lejos y hacía apenas un año y medio, quizá asombrada de ver cómo se iban alejando las cosas tras el humo de los días. El Chileno, satisfecho de ver compartir sus reminiscencias, se obstinaba en que Mabel sintiera todo aquello que formaba parte de su vida, de sus ilusiones, sus sueños, que de pronto dieron en tierra a causa de Luciano, al que jamás perdonaría... Hubo de resignarse: pero su corazón luchaba por olvidar sin conseguirlo. Su otro ser asomaba, seguro e indócil, desmedida que veía a Mabel tan próxima y tan hermosa. Exasperado por su belleza y por esa tranquilidad, indiferente, pretendía que el valor de sus palabras le favoreciera ante ella, induciéndola, acorralándola en su voluptuosa pasión.

– ¡Mabel! -le dijo de pronto.- ¿Usted no recuerda nada? ¿No ha quedado de mí ni una sombra en su alma?...

Ella le respondió turbada:

– Para la amistad, ya sabe usted, siempre hay un sitio.

Entonces él, inclinándose un poco, dejó caer en voz baja estas palabras, cuyo ardor no trató de disimular:

– ¿Mabel, usted lo comprende todo?...

Mabel tembló ligeramente de miedo; creyó descubrir un rostro diferente al de hacía unos minutos y quiso cambiar de tema, pero él insistió:

– ¿No sabe usted por qué he venido hoy? ¿Lo duda, acaso?... Pues bien, voy yo mismo a decírselo: Vine, porque el día aquel, en

la riña, no me porté como debía, estuve provocativo con Luciano, y no acostumbro serlo; bien me conoce usted; quizá fue una ligereza, y quiero que me perdone. Por esto he venido, ante todo. Quiero remediar mi error.

Y viendo que Mabel callaba, siguió hablando, hasta que, dulcemente y con tristeza, le fue insinuando su cariño; al principio en forma muy velada, pero luego díjole que la amaba como siempre, que había caminado mucha tierra para olvidarla; pero que ella le había desarraigado de sí mismo... El era un desgraciado, a quien le faltaba valor para callar o para matarse, y de súbito estalló en sollozos como un niño.

De nuevo el hombre pasional, el voluptuoso se erguía imponente, venciendo a su espíritu bueno y haciendo el sacrificio de su honor.

Mabel se puso de pie, y pálida, le enseñó la puerta:

— ¡Basta! -dijo-. ¡Es usted indigno de mi amistad!... Ya sabe, sólo mi amistad podría ofrecerle y en cambio, Vd..

— ¡Su amistad!... ¡No, no quiero su amistad! La adoro y quiero su amor para siempre, o morir!...

También él se levantó y quiso acercarse a Mabel con las manos tendidas en actitud de súplica. Ella dio un paso para escapar; pero él, en ese instante cayó de rodillas, y liándose a sus piernas, la inmovilizaba. Y así abrazado a la mujer deseada, vio sus grandes ojos inclinados y su boca que temblaba y no resistió más. Era la mujer soñada, por la que él haría todas las barbaridades: amarla hasta el delirio, cubrirla de besos, o matarla. La apretaba contra su rostro y la sintió fresca y perfumada. ¡Qué podía él, pobre enfermo de amor, ante aquellos ojos que miraban dulcemente y que eran de otro! ¡Ojos de los que tenía que pasarse la vida lejos, sin que jamás pudiera cerrarlos bajo la presión de sus besos! No vió, no pensó, y cerniéndose sobre sus sentidos un velo, creyó que huía con aquella mujer hacia la eternidad de un goce nunca experimentado, que emanabas de su ser y los evaporaba juntos en un espacio luminoso y sin fin.

– Déjeme, o grito, imal hombre! -exclamaba Mabel.

Pero la boca de aquel hombre cubría de besos las manos de Mabel, que casi exánime, gritó:

– ¡Clarinda!

El hizo un esfuerzo sobrehumano y se puso de pie, con una expresión tan feroz en el rostro, que daba miedo. La razón volvía a aquel cerebro, en una horrible contorsión de angustia y de voluntad.

– Bueno -murmuró mirándola fijamente-; me iré, no sé a dónde, a olvidarla, a sentir odio... y sépalo de una vez -volvió a decir- el día que su marido conozca mi infancia, ese día no lo verá usted más, ¿lo oye? Mi cuchillo, mírelo bien, aquí está siempre, se hundirá en el corazón de ese ladrón, que me robó mi novia, y que ahora ... ahora... ya lo sabe Ud. -y rió con una risa irónica y significativa. Dio media vuelta y salió afuera... saltó en su caballo y partió.

II

Espíritus turbados

De vuelta de Patquía, Luciano, don Casiano Urquiza y el gaucho Ontivero, venían al trote largo de sus caballos. En el recodo de una loma, cuando aún faltaba un buen trecho para llegar a Los Llanos, divisaron al Chileno, que se acercaba al tranco de su alazán. Luciano fue el primero en decir:

– ¡Hombre! Aquí tenemos al Chileno.

– ¡Y qué aire desmadejado trae!- comentó don Casiano.

En efecto, visto así de lejos, tenía el aspecto de un hombre cansado; con los hombros un tanto encorvados y el sombrero sobre los ojos parecía un vencido, ya sea por un gran esfuerzo, o por un sufrimiento inevitable.

Cuando estuvo frente a ellos, se detuvo algo sorprendido y saludó como de costumbre:

– ¡A los adiós amigos! ¿Qué buenas traen?

– ¿De mi casa? -dijole Luciano sin responder al saludo.- Gracias, amigo, por la compañía que ha hecho a mi mujer. Me imagino que estaría ansiosa por echar un párrafo, la pobre...

Don Casiano y Ontivero se miraron de reojo y les asomó a los labios una sonrisa intencionada.

El Chileno contestó:

– En efectivo, de allí vengo -y apenas balbulceó algunas cosas

insignificantes. Y sin dar mayores explicaciones, ni detenerse más del tiempo indispensable para cambiar los saludos, dio un guascazo a su pingo y partió al galope, diciendo-: ¡Buena suerte y hasta luego!

Nada pasó inadvertido para el dueño de Los Llanos, ni la mirada de los dos, ni la nerviosidad del Chileno, que con su látigo en mano, pegaba a un lado y a otro del pescuezo de su caballo.

Luciano, con el rostro descolorido por la inquietud que atormentaba su espíritu, siguió andando mudo, los labios sellados por hosca preocupación. Le parece que de todos lados llega un zumbido embravecido de misterio, de traición, de no sabe qué cosa dolorosa. Ni ve, ni escucha a sus compañeros; va el galope, casi huye como si temiera una persecución que sólo él ve y siente.

En la represa próxima, y en el monte, suena el roce del viento en los árboles; un sordo murmullo apasionado, como el de un corazón. En el silencio, y en la sombra del crepúsculo hay algo callado y torturante bajo el azul alto y profundo.

— ¿Por qué se fue él a Patquía? ¿Por qué dejó sola a su mujer?— Son éstos abismos de su ser que jamás podrá sondarlos; inconexiones de su espíritu enfermo, que él mismo era incapaz de descifrar. Los celos, la desconfianza, el amor, todo esto, se hacía un amasijo en su corazón para destruirlo y hacerlo proceder de un modo diferente al que su razón le dictara. Luchas interiores que él no podía analizar. Y sentía aquella vida agitada, quemarle las venas como una misteriosa cadena de hierro al rojo, que aprisionara sus intenciones, torciéndolas.

Subieron la cuesta y se apearon en el patio. Los caballos echaban espuma blanca por la boca y les chorreaba el sudor sobre las ancas... ¡Seis leguas de un tirón!...

Mabel, al verlos, dio un grito y corrió hacia su marido.

Luciano la estrechó entre sus brazos y al rozarle con los labios la frente, la sintió arder. Mabel, por su parte, creyó observar un brillo acerado en los ojos de su marido.

¡Cuánto hubiera dado ella por estar sola con Luciano aquella noche! Tenía necesidad de hablar, de escuchar la verdad, de saber algo del misterio que encerraba la conducta de su marido; y también de descanso, de volcar en alguna manera posible sus emociones de aquella tarde...

En vano don Casiano quería con sus chuscadas aventar la pesadez del ambiente, poniendo en historia las alojadas, riñas y demás juergas de aquellos días; todo se desataba en la ausencia espiritual de los dueños de casa; y para aquellos hombres, hechos de instinto y de maledicencia, no pasó inadvertida la tormenta de sus almas.

* * *

Mabel, acostada de espaldas en la cama, parecía dormir, oscurecida por la sombra de la noche; Luciano, con el codo en la almohada y la cabeza sostenida en su mano, también borroso, pero más dibujado por la luz de la luna que entraba por la ventana, inclinado hacia ella, hablaba. Un aire frío y delgado se colaba por las rendijas, y en el silencio de la noche se hubiera podido percibir el susurro de sus palabras.

Se empeñaba en decir cosas sin interés; habló de su viaje, de los gauchos, de las cosas políticas, de todo...

De pronto, él calló y con el semblante nublado se inclinó sobre el rostro de su mujer y vio que lloraba. Dos lágrimas grandes, pesadas, corrían por sus mejillas.

-¿Lloras?... Mabel, dime ¿por qué lloras?

Ella por toda respuesta pasó el dorso de su mano sobre las lágrimas y apenas dijo: -No sé...; las lágrimas son las palabras secretas que salen como pueden...

Luciano guardó silencio y se dijo para sí: -¡También ella sufre! Es seguro que sufre y me oculta lo que yo presiento. ¡Esta duda terrible que me estrangula la palabra y que tengo que callar hasta saber la verdad! -¡Cuánto hubiera dado también Luciano por conocer el secreto de esas lágrimas!

¿Sería verdad lo que le insinuó Panta?... ¿Por qué él había dejado así irreflexivamente a su mujer una semana? ¿Por qué no averiguar la verdad y decírselo todo, como un hombre normal?

Una especie de sugestión se apoderó de su pensamiento, como una cosa inevitable y, sin poderlo remediar, había vivido todos los días con esta pregunta angustiada que le zumbaba en su conciencia durante su estada en Patquía, y ahora mismo, frente a su mujer.

El día de la riña de gallos había experimentado un horror inmenso de llegar a descubrir los hechos reales obsesión, según su duda infiltrada con ponzoña en el espíritu. Entonces, concibió la idea de irse, de alejarse de Mabel, dejarla en libertad de realizar de una vez un acto revelador. Este fue, quizás, el objeto de su ausencia. Mas ahora, la veía cerca, triste, llorosa, preocupada, y el grito de duda, de horror, se hundió en su corazón; no tuvo fuerzas para decirle una palabra, para preguntar; hosco, silencioso, observaba, como el que analiza un corazón sangrante, sin comprender quien le dio muerte ni por qué.

Si aquello era verdad, y el hombre que vio salir de su casa era lo que él creía, ¿qué solución quedaba? ¿Quién le aclararía el misterio si él hablaba? ¿Desataría el nudo su mujer, revelándole lo ocurrido? ¿No sería peor el drama conociéndolo sin la duda? ¡Matarla o matarlo, si era verdad!... ¿Y su nombre, su honor, entregado al escarnio? Y él, ¿qué haría?...

No supo medir Luciano, en qué tiempo pensaba estas preguntas angustiosas, dejándose llevar tras de una última esperanza que en el fondo de su alma gritaba.

— ¡Mientes!... -Y así, casi en la trama misteriosa de las cosas invisibles, creía escuchar una protesta enérgica, pero que no tenía fuerza de convencerlo. Sintió la voz de Mabel que le decía: -Tú me ocultas algo: ¿por qué no hablas, Luciano? ¡Dime! ¿Por qué te fuiste dejándome sola?, dímelo!

El no pudo resistir y con el rostro pegado al de Mabel, le dijo:

— ¿Qué has hecho estos días? Dime: ¿por qué lloras? ¿Por qué?...

Mabel se enderezó de súbito y mirando fijamente a su marido,

respondió:

– ¡Tú!, itú me preguntas qué he hecho, Luciano; tú, que me abandonaste, tú que me dejaste expuesta a la comidilla de estas gentes y a las visitas de quien quiera!... -Y le hubiera seguido diciéndolo todo: su rabia, toda su tristeza, que la sofocaba, y sintió la tentación por un momento de gritarle a la cara:

– Sí ¡qué he hecho!..., ilo que tú querías! He estado sola con un hombre, me ha gritado su amor, me ha abrazado, me ha comprado el silencio con tu vida; esto es todo lo que he hecho en contra de mi voluntad, por tu culpa!... Y por un momento de rebelión, sin saber por qué tu abandono, hubiera querido también huir, alejarmeirme con alguno para hacerte daño! -Pero no lo dijo... y mudos, extraños, llenos de su vida interior, encerrados en una rigidez impenetrable, oyéndose sus propios corazones, se abismaron en sus luchas.

El dijo apenas:

– Mabel, ite desconozco!!... -Y como vuelto de un esfuerzo terrible, creyó vislumbrar en el rostro de Mabel, obscurecido por la sombra, ila gran verdad! Pasó el brazo sobre el cuerpo de su mujer y la atrajo dulcemente, diciendo apenas: -Visiones... visiones...

Mabel estrechó a su marido, murmurando: - ¡Visiones!... ¿Quién pudiera echarlas fuera!...

Luciano, con los ojos abiertos y casi como rezando, le preguntó así, tan cerca el uno del otro, que casi formaban un solo cuerpo:

– ¡Mabel!, ¿si yo tuviera un pecado, un pensamiento malo, una infamia casi en mi corazón; si tú la supieras, me perdonarías?

– ¡Qué me importa que tuvieras una falta! -repuso Mabel-. Además, ino es posible!..., amar no es crimen -continuó, convencida de que su marido se refería a su amor por la otra, y su desamor por ella, y se dijo para sí: Ahora me dirá la verdad -y abrazándose a él, exclamó: Yo no te juzgo, Luciano... yo te amo... y el que ama, perdona y comprende.

– Y si yo te ofendiera, Mabel, ¿sabrías olvidar?...

– ¡Ay! -pensó ella-. ¡Es verdad! -Sin embargo, tuvo fuerzas y respondió: Luciano, cualquier cosa que tú hagas, eres dueño; yo soy

tu propia conciencia, lo que a ti te remuerda, lo hará conmigo; vivo en tu ser toda entera.- Y pegando su boca a la mejilla de Luciano, le besó, estremeciéndose de angustiosa y de amor.

Luciano por un momento olvidó sus dudas; olvidó lo que vio en el rostro del Chileno; lo que creyó percibir en ella: sus dudas, sus angustias, y, una vez más, dejóse embriagar por el amor; apretó aquel cuerpo, que en el fondo quería por primera vez en su vida, y poco a poco se iba apoderando de él un dulce olvido voluptuoso; la sintió fresca, fragante y perdidamente suya; y entonces su mano temblorosa aprisionó el seno tibio, debajo del cual palpitaba aquel corazón que, por un instante, lo sintió suyo enteramente, y el drama de los dos quedó guardado en el corazón de cada uno.

III

Ánimos atormentados

Ha transcurrido un mes desde la riña de gallos.

Daban las doce de un día de agosto, hora en que los peones de Los Llanos regresan de la faena para almorzar. En la ramada, donde ellos descansan antes de ser llamados a la cocina, se sientan sobre sus piernas o echados boca arriba, chacotean y ríen a sus anchas, después del trabajo.

Esa mañana no hay chungas ni risas; todos parecen tener alguna mala cosa que les ata las lenguas. Esperan. Bernabé, bien emponchado, se levanta y se pasea a grandes trancos; luego se detiene, estira sus articulaciones enmohecidas por los últimos fríos.

– ¡A los diantres! -dice- ¡Cómo agarrota el airecito este!

– El estómago es el acalambrao, compañero -contestó Pizarro con ironía, como siempre que él hablaba-. No cosa pior que olfatiar el loco y el matambre cuando se tiene la tripa vacía.

Otro repuso:

– ¡Hasta cuándo esperar! A la Clarinda le pesan los pies y las manos, hoy.

– ¡Ai viene con la añapa!- exclamó contento el Cachiyuyo, frotándose las manos.

– ¡Bah!, en diciendo éste -dijo López, otro de los peones- es suficiente pa que sea mentira.

– Y ansina no más es -afirmó Bernabé-; pero agora no hay más remedio que esperar. Si ustedes no se oponen, vamos a tirar los naipes pa engañar el tiempo.

– Conforme- dijeron a una voz los presentes, y Bernabé hizo ademán de sacar de la quinchá una baraja que usaba a diario en las horas de ocio.

Todos empezaron a gruñir.

– ¡La una! Caray, y la Clarinda no aparece -exclamó Pizarro, acariciándose su barba negra y poblada-. Todo ante como la mona desde hace días; hasta a los patrones parece que les ha echao mal de ojo... ¿Y vos, qué hacías allí -dijo, dirigiéndose a José Manuel, que sentado sobre un recado con las manos en la quijada, guardaba silencio-. Parecís un santo de palo, con esa cara.

Cuando Bernabé habló, el Cachiyuyo, que también descansaba sobre sus piernas, como un Buda, levantó los ojos curiosos por el deseo de escuchar lo que a él le tenía en clavos. Panta, echado de panza sobre un poncho de vicuña, se enderezó de golpe al oír a Bernabé.

– Yo no sé cómo José Manuel, que siempre está mano a mano con el patrón, no le endilga lo que se chismea por ai- dijo con toda seriedad.

– Cierto, tenís razón, indio -apoyó Bernabé.

– Lo mesmo digo yo -asintió Pizarro.

– Y yo también -dijeron otros, y luego todos.

– Decilo -exclamó de nuevo López-; ansina no más es siempre. Naide tiene valor pa decir las cosas fieras. Pero, pior es que lo ande soplando en tuitos laos la gente. Que en lo de Ontivero, que en lo de ese viejo socarrón de Urquiza, en lo de Sánchez, en lo de Ceballos; en fin, una polvareda; y el nombre de los patrones anda de aquí pa allá, como una pelota.

José Manuel, que guardaba silencio a todo, saltó de repente como picado por una avispa:

– ¡Charlatanes! -dijo. ¡Qué bichos éstos! No hacen más que andar con el enredo en la punta de la lengua y...

– ¡Cállate, hombre! -interrumpióle Bernabé-. Bien sabís vos que nosotros no es por gandulez, sino porque nos ofiende lo que dicen esos cochinos, que no hacen más que amolar con lo mesmo, en tuitas las Estancias. Desde el día de la riña, se aventó la calunia, a causa de ese muerto de hambre del Chileno... Si yo juera el patrón..., o mejor dicho, si él supiera, ya lo habiya cruzao a guascazos. Eso es lo que queremos, ¿y entonces?...

José Manuel estaba ya de pie, con el rostro arisco y el ceño arrugado.

– No me quita naide de la cabeza, que algún zaino trompeta le ha envenenao el corazón al patrón. Que está cabizbajo y engreído, no hay duda. Yo le noto el mal, porque el patrón nunca tuvo el carácter agrio en el cuerpo.- Mientras decía esto, José Manuel miraba con el rabo del ojo a Panta, que sin darse por aludido, se decía para sí:

– Este me la ha olfatiao; pero, yo te vua a pialar pa que no te muevas.

– Yo lo haría cantar a palos al que juera tan ruín -gruñó Panta-. Seguro que ai ser el Cachiyuyo el que anda con esas.. -No acabó de decir, cuando el Cachiyuyo, pálido de rabia, alzó en la mano un cuchillo para tirárselo por la cabeza y abrió la boca para decir lo que él oyó en el Corral. Pero, en ese instante, no le convenía prevenir a Panta-. Perro desconfiao, lobo es -pensó-; descubriré la verdad -se dijo- y entonces sabrá Panta quien es el Cachiyuyo.

– ¡Por mi recaó, juro, que de la niña Mabel naide va a decir calunias delante de mí, porque le vua a rajar a cuchillazos la barriga, y si el patrón anda descaeció, es porque alguien le traye y le lleva los chismes y los papelitos...

– ¿Qué querés decir, sabandija? -insultó Panta, yéndosele a las manos.

Todos los peones se interpusieron, y el Cachiyuyo, temblando de cólera, prontos a estallar sus nervios, daba manotadas para un lado y otro, queriendo librarse de los brazos de José Manuel y de Bernabé que lo sujetaban.

– ¡A comer! -gritó desde la cocina la Clarinda.

Palabra mágica fue, pues todos, en silencio, como un rebaño al agua se encaminaron a la cocina.

Todavía el Cachiyuyo, en un resto de furor, con los puños cerrados, se la juraba a Panta.

* * *

Así, desde hacía un mes, se espesaba la tormenta alrededor de Mabel y Luciano, por las sordas murmuraciones que dan filo a las bocas de los íntimos, de aquellos que se disputaban por granjearse sus voluntades. Hay en alguna gente un sentimiento instintivo de envidia por la felicidad ajena, y como con un propósito de equilibrio en la vida, se encarga de matarla con la lengua.

Mabel y Luciano habían mostrado sin reserva su felicidad de más de un año; esa dicha ofensiva, que parece no tener derecho de existir, ¿qué extraño era que sus amigos sintieran el peso de la alegría ajena, e instintivamente se determinasen a moderarla? Además, en algunos de ellos agitábanse sentimientos e intereses encontrados, que son palanca poderosa para mover la envidia.

Entre estos murmuradores había uno sobre todo: Don Casiano Urquiza, al cual, desde que vio al Chileno en casa de Luciano aquella tarde al regresar de Patquía, le asaltó una súbita desconfianza.

Fue lo suficiente encontrarlo de improviso en la estancia Los Llanos para que sus primeras sospechas se elevasen hasta una certidumbre apasionada e injusta, aventada por el pago como quien despluma una gallina al viento.

Don Casiano tenía puestas en el Chileno sus miras para una de sus hijas, de modo que al verlas desvanecidas, adoptó la actitud de ofendido ante tamaña inmoralidad. ¡Una mujer casada en semejante líos! -decíase-. No, esto jamás toleraré que mis niñas lo presencién.- Y por todos lados libraba batallas, levantando polvareda inmensa de habladurías y chismes contra el Chileno y la mujer de Luciano, sin atreverse a decirlo de frente, pues ya conocía el carác-

ter de Luciano y temía sus cóleras. Este creía leer en los demás sus mismas dudas, y así, parecía todo insidioso y sugerente; tanto que, un día, cuando don Casiano quiso conversarle, él le contestó de mal modo:

– Vea, amigo don Casiano; a mí no me venga con chismes... Usted se guarda sus convicciones... que yo soy un hombre y no una falda.- Tomó su sombrero y salió, dejando al viejo con la palabra en la boca.

Pero Luciano no atinaba ya con sus nervios, agriado el humor, como si su espíritu, salido de eje, flotara en continuo sobresalto.

Desde la conversación con Panta en el corral, cuando éste le instiló la duda en el corazón, pareció alumbrar en él la sospecha, y más tarde, en la riña de gallos, creyeron ir sus ojos muy adelante de la verdad. Luego se afianzaron sus temores con las visitas del Chileno. Y ahora, de golpe, se halló atajado y perplejo con las palabras equívocas de don Casiano. Se le angustió el corazón ante la idea de que alguien llegase a comprender su tragedia. Y en aquel duro trance de su vida, en que veía derrumbarse su felicidad, conservó la fuerza de espíritu que huye al ridículo y sabe ocultar a los extraños, su dolor. No convenía que ni don Casiano ni su familia, ni la misma Mabel, se dieran cuenta... Era preciso sufrir solo, sin ser descubierta, hasta tanto él arrancara la verdad a los hechos, y entonces ya conocerían, quien era. ¡Luciano de la Vega! Esta idea de la venganza confortaba su ánimo. La venganza es el placer de los dioses -decíase-. Su imaginación exaltada por el sufrimiento, vio de súbito el cuerpo de aquel hombre, tendido en el suelo, exánime, y una tamaña herida en su pecho...

Y una alegría feroz, algo como descanso del cerebro, invadía de lleno su ser; luego, su cólera se ablandaba y de nuevo acusaba a su mujer: -¡Es ella!, ella, la culpable.- Su espíritu turbado fluctuaba en diversas conclusiones como si con ellas refinara y dilatase el tormento... Luciano observaba a Mabel y ella también, como dos enemigos que se vigilan. Mabel creía que el estado de Luciano respondía a indiferencia por las causas que su corazón presentía; y Luciano,

por las zozobras de sus celos. Cuando Mabel se quedaba callada, como cautiva en sus preocupaciones, su marido se decía para sí: - Piensa en el otro. Y ella, al advertir la terquedad incomprensible de Luciano, pensaba: -Quiere a la otra.- Y así iban perdiendo el señorío de sus corazones.

Poco a poco, reducíanse sus conversaciones a cosas insulsas o a monosílabos. Mientras tanto, en el alma de cada uno luchaban sus desconfianzas y mutuos rencores. ¡Cuántas veces la infeliz Mabel, en la intimidad con su marido, sentía ese malestar terrible del abismo abierto entre dos almas; y un ambiente frío, hostil, venía a reemplazar los dulces coloquios de antes, los proyectos y las llamadas a la esperanza para el mañana. Parecían, de súbito, suspendidos de un hilo, en el espacio de sus vidas.

Mabel trató de disimular su pena, y el orgullo vino día a día a enmudecer sus labios; sintiéndose ofendida, esperaba; y él, por la misma causa, observaba tratando de distraer la irritabilidad de sus celos y el malestar del sufrimiento, en continuas escapadas al campo y dedicándose en absoluto al trabajo. Mabel, por su lado, a veces triste y otras indignada, quería aturdirse con el cariño de su hijo y en el trajín de la casa. Cada uno huía del otro, y el fingimiento y la mentira iban abriendo surco entre los dos. Luciano, educado en un colegio religioso, recordaba en sus horas de meditación la vieja leyenda de los primeros padres de la humanidad. -Al fin mujer -decíase-, frágil como todas...- Y ella repetíase a menudo los consejos de su madre: -Los hombres son en el amor como en la política: traidores.-

Esto lo sabía por experiencia propia la pobre madre, y siempre se lo repetía a su hija, cuya fe muy grande en su marido le ponía cera en los oídos.

Pero cuando comenzó a vislumbrar que las palabras de su madre podían ser de verdad, se quedó aterrada. Primer síntoma de su mal innato. Mabel no pensaba en los demás, ni le importaba nada, sólo vivía su dolor; en cambio, Luciano sufría también por el decir de las gentes y le dolía el ridículo papel de marido engañado, entre

sus relaciones.

Este era el punto más débil de su tormento; después venían las otras consideraciones como una segunda causa de su desgracia. Por primera vez, sintióse incómodo en la vida. Esa misma mañana, de visita en la estancia de Ontivero, creyó notar nuevas insinuaciones con respecto a la riña de gallos; miradas entendidas entre el viejo Urquiza y el gaucho Ontivero; ciertas sonrisas equívocas de la mujer de éste y las hijas de Urquiza... tanteos de frases sin terminar..., ofensas que no se formulan, pero dardos seguros al blanco a que van dirigidos. Luego, lo mismo en lo de Ceballos; helado lo dejó una conversación escuchada a medias entre el dueño de casa y algunos hombres. A Luciano le pareció que andaba como señalado con el dedo; pero su orgullo le impidió averiguar de frente y proceder como hombre. Molesto e impaciente, sin decir agua va, saltó en su caballo por no tomar una resolución violenta.

Acababa de recibir una de esas puñaladas, de manos traidoras, que en vez de hacer brotar la sangre, ahogan interiormente. Quizás los mismos que hicieron el mal, ignoraban hasta qué punto herían.

* * *

Luciano marchaba al trote de su alazán, con aire sombrío y hubiera preferido en ese momento ver al diablo cruzarse en su camino y no al Chileno que venía por el carril de «Los Llanos», montado en un lustroso pingo negro y coludo. Toda su expresión era la de un hombre satisfecho; y sin ver a Luciano, dobló hacia el lado de «El Carrizal», a todo galope.

– ¡Anda, felón, diviértete! -exclamó Luciano, siguiéndole con la mirada-. ¡Ya te daré tu merecido!...

Y mientras este hombre, puesto por el destino para realizar ocultos fines, galopaba quizás inconsciente del daño que hacía, Luciano, como una víctima, mordía su despecho.

El ancho camino parecía estrecho para su agitación interior, mientras el campo indiferente a las miserias humanas exhalaba sus

olores de vida.

¡Cuántas veces Luciano había recorrido aquella senda, con el corazón tranquilo, sin que la crueldad de la vida le hubiera herido!. Y, sin embargo, nunca le pareció tan largo y tan solo. Las cosas, como los hechos, tienen también una significación y una voz doble, según la situación moral del individuo.

Desde hacía un mes, para Luciano parecía adquirir la vida un colorido distinto; hasta en su mujer notaba cambios visibles. Creía ver un fulgor extraño en los ojos de Mabel cuando el Chileno le hablaba; le parecía notar más gusto y arreglo en el cuidado de su persona, y que al despedirse, los dos, se retenían las manos más de lo necesario. Muchas veces, él tuvo ímpetus de alejar al Chileno cuando le encontraba; pero una fatalidad superior a sus fuerzas, una impulsión invencible, le obligaba a disimular delante de Mabel. Luchaba contra si mismo y conseguía triunfar su orgullo. Y aquel hombre tan recio para el trabajo, dejaba caer su ánimo y abandonaba su espíritu. Es casi siempre la vida como la liga de los naipes; cuando las contrariedades se ponen de acuerdo para molestar a un hombre, es un círculo de fuego, en que todo se da la mano.

Luciano empezaba a volverse supersticioso y algo así como un presentimiento debilitaba su hombría. Por la amplitud de sus principios y por su bravura personal, atrajo el respeto y el cariño de sus servidores y amigos alcanzando una extraordinaria autoridad sobre aquellos espíritus incultos y domables por la fuerza y el valor; así, también, conquistó definitivamente el amor de su mujer; esto él lo creyó, y ahora preguntábase con tristeza: -¿Dónde estaba todo aquello? -Y se le ocurría que todas las cosas habían cambiado de sitio y de tamaño y de atmósfera. ¡Cómo parecía otra su casa!. No le era posible mirar nada sin sentir una sensación de frío, y de cosa vieja, de un pasado sin vida y sin color. Pero, con todo, Luciano no osaba afrontar la situación y pisotear el orgullo que lo perdía, interrogando a su mujer para saber la verdad. Si él hubiera comprendido el alma de Mabel, no se hubiera jamás sumido en el inexplicable silencio, que en ningún caso de la vida soluciona una situación; y si

lo hace, casi siempre es errónea. Todo su dolor se ahogaba en su orgullo, y aquel hombre, tan hombre, como él decía, disimulaba sus rencores y buscaba en las apariencias las causas de los desvíos de Mabel, y acusábala de infiel en su corazón, mientras ella, también padeciendo el mismo mal, murmuraba día y noche: -¡No es ni la sombra del Luciano de antes!

Con todo, aquella mañana sentía la imprescindible necesidad de una revelación íntima de sus preocupaciones, de las torturas de su corazón. Tenía imperiosa angustia como al que ya le falta el aire y se asfixia. Aquella vida de dudas se le hacía insoportable y en un impulso instintivo de apurar el cáliz de su dolor, aparecían en su mente los meses pasados, asociándose a la reviviscencia, la dulce confianza y la ternura de sus primeros meses de amor.

Recordaba el día que llegaron a la Estancia bajo el sol poniente; la alegría de Mabel, los peones, la escena de los cuchillos sobre sus cabezas como un augurio de dicha. Y a la evocación de esta sencilla escena, Luciano se estremeció; coincidencias misteriosas tienen los recuerdos! Las hojas de los puñales brillaron ante sus ojos con un fulgor singular, y le sacudió una sensación de frío. Pero luego, la dulce figura de su mujercita en la penumbra de aquella noche, sentada a la orilla del lecho, cuando la puerta de la pieza parecía abrirse en el espacio, se representó en su corazón y volvió a aparecersele el rostro de Mabel empalideció por las sombras...

- ¡No, imposible! -pensó-. Mi mujer es fiel, debe ser fiel.- Y aquel luchador, de hombros cuadrados y puños de hierro, estranguló un sollozo, pero un sollozo seco que abrasaba.

- ¡Infiel, como la otra! -pronunció a media voz. Sus mismas palabras parecieron asustarlo y rápidamente díjose: -No, ella no.. -Y, una vez más, la esposa triunfaba de la amante.

Pero a medida que iba acercándose a su casa, el corazón de Luciano palpataba con fuerza y de nuevo la evocación dolorosa se impuso a sus ojos: Aquel día en el que, al llegar de Patquía, encontró al Chileno en el camino; recordó, también, el saludo frío y la turbación de Mabel... Vino a su mente la escena de su llegada y el

deseo que sintió de saber la verdad...

- ¡Vamos! -se dijo Luciano, volviendo a la realidad-; es preciso no enloquecer.- Y dando un azotazo a su caballo, arrancó al galope, dispuesto a salir de aquel calabozo donde se movían pesadamente sus pensamientos.

Llegó a la Estancia, y al bajar del caballo vio que los peones se dirigían a la cocina.

- ¡José Manuel!- llamó desde la casa vieja.

- ¿Patrón?

- Un momento -dijo Luciano caminando hacia la despensa.

Entraron. Adentro había olor a quesos y a charqui guardado. Por las quinchas se colaban la luz y el viento frío.

- José Manuel -dijo de golpe Luciano-. Dime la verdad, ¿qué se chismea por allí? -Y lo miró al fondo de los ojos con inteligencia.

- Patrón, queriya avistarme con usted estos días pero...

- Que no te cruzaste conmigo, querías decir. Bueno, José Manuel, entendidos; ¿qué sabes tú? ¡Dímelo, hombre! -Y el posó con cariño la mano sobre el hombro del indio.

Ante la manifestación de confianza de Luciano, José Manuel tuvo ánimo para hablar.

- Ya le previne, patrón: mal bicho es Panta... -pero no lo dejó terminar Luciano:

- No es eso lo que te pregunto... -dijo con voz áspera.

José Manuel, viendo que el patrón estaba dispuesto a oír la verdad, quiso, sin embargo, hacerle creer que hablaban de él y de la Gitana.

- ¡Cuánta maldad, patrón!... Babas de los envidiosos... No hay que hacer caso... Pa eso estamos nosotros, pa cortarles la lengua a tuitos y sobre todo, patrón, lo que digan de usted y de ésa... naide lo cree.

- ¿Lo dices por ese viejo truhán? -preguntó Luciano con aire indiferente, pero descansado en algo por el giro que podían tomar los chismes y como no dando importancia a lo que él mismo indagaba.

– El mismo, patrón, y por el cochino de Ontivero, que le debe más maíz a usted que pelos tiene en la cabeza. Ansina es, ya se lo tengo hablao, patrón; no hay que hacer bien a chanchos.

Luciano iba a decir algo más, pero se le quedó en la garganta el deseo de preguntar al indio si él no había visto nada. Si el... En fin, algo que tranquilizara su corazón; pero... el orgullo, otra vez, le enmudeció... y haciendo ademán de no pensar en eso, ordenó con voz serena:

– Esta tarde, te quedas en la Estancia, José Manuel, y mandas a los peones a rastrear la novillada -y dio media vuelta.

Y, a pesar de su resolución, después del almuerzo, montado en su caballo, volvió a partir al galope, por el camino que conducía a Tama.

IV

Los antiguos amantes

Luciano galopaba sin mirar el campo, sumido en su mundo interior. Poco a poco, el aire libre y el ejercicio iban alejando los pensamientos amargos, y la alegría de vivir retozaba en su cuerpo robusto y joven. Las ideas volaron hacia sus negocios, tomando un curso tranquilo; pero, de pronto, un recuerdo insignificante, la expresión de los ojos del Chileno, cuando perdió en la riña, y la conversación con Mabel sobre la apuesta ganada, le produjeron como una conmoción. Su pensamiento fugó a los días de su noviazgo, cuando él luchaba con el padre de Mabel; el amor y el deseo de la conquista; ¡cómo dábanle fuerzas para pelearla! ¿Por qué, entonces, el Chileno, no podría obrar de acuerdo con sus deseos de hombre? La rabia se apoderó de él, y el despecho agitó la reacción, diciéndose para sus adentros: -¡Es locura!, un gaucho insignificante para una mujer como Mabel; no ¡imposible! Pero... ¿acaso sería la única hembra que prefiere a un pelafustán? Cualquier hombre que no sea el marido, está siempre en mejores condiciones para agradar a una mujer; en total, el amor se reduce a curiosidad; una vez descubierto el misterio, pasa el entusiasmo, puesto que todo hombre es un explorador y nada más. La visión engaña la realidad y la ilusión ensancha las cosas, haciéndolas tomar formas desmedidas en la mente exaltaba; esto es todo. Después -seguía pensando Luciano-

bien sabemos mentir los hombres cuando se trata de conquistar una falda. Por otra parte, Mabel, es hermosa, deseable. ¿Quién le impide al Chileno amarla? La mujer es siempre un animal domesticable. Y Luciano recordó aquella mirada de los dos, mientras él reía a carcajadas en la riña.- Además, la vez que lo encontró en su casa de visita ¿por qué eligió aquellos días en que él andaba afuera? Mabel se turbaba cada vez que él aludía a la cuestión, o se hacía la ingenua... ¿Y por qué no le prohibía a su mujer, recibir al Chileno? No, ésto no lo haría nunca; ésto sería descender, obligar la fidelidad por la fuerza; no, mil veces no; Luciano de la Vega no podía rebajarse.- De súbito le resonó interiormente la risa irónica del viejo Urquiza; se estremeció. Esta sensación dolorosa lo trajo de nuevo a la realidad y recordó el objeto de su camino. Haciendo un esfuerzo de voluntad, sacó del bolsillo la carta de la Gitana que le entregara Panta el día antes. Una llamada a la amistad de pasados días: «Me encuentro enferma, recorro a su caballerosidad»...

Esto decía la carta escrita con mala letra. Luciano al leerla de nuevo creyó encontrar algo penoso que lo impresionó. ¡Cuánto tiempo que él no veía a aquella mujer, y a la que, por esos caprichos del organismo, había deseado intensamente en los primeros meses de su matrimonio; pero que ya se iba borrando de su memoria. Sin embargo, como todo el que sufre siente la necesidad de algún consuelo, deseó verla, teniendo la imperiosa voluntad de volver a los sitios donde en otros tiempos fue feliz.

Entonces, torció el camino de Tama, y muy pronto hallóse en pleno campo de «El Carrizal», y como por efecto de magia, sintióse otro hombre. Algo renacía en su alma ruda y áspera, algo como muerto que quisiera en un instante dado removerse con vida, tocado de repente de libertad y de soledad. Todos aquellos campos gregados, llenos de abandono por falta de agua y de montes, los conocía como a la palma de su mano; ¡cuántas veces él los había recorrido, bajo el silencio del anochecer, envuelto en rumores y perfumes indómitos, en la inquietud de un indefinible anhelo de ventura, atraído por la mujer misteriosa y sensual que no pudo atarlo, sin

embargo, totalmente; y que ya era en su memoria una cosa lejana, perdida... Pero, como esos perfumes que tienen la virtud de hacer revivir tiempos y sensaciones olvidadas, de golpe, al volver a mirar sus ojos aquellos lugares y sentir el olor particular de los médanos y de la tierra sin humedad, su corazón latió...

Pero el mismo camino cruzaron unos troperos montados en mulas con grandes guardamontes, lo que hizo suponer a Luciano que venían de campo montañoso.

Los troperos saludaron, y él observó que uno a uno lo examinaban con ojos curiosos, y cuando ya pasaron, desde lejos aún, como por un convenio tácito, volvieron la cabeza repetidas veces. Si Luciano hubiera podido oír lo que decían, le hubiera sobresaltado la mirada de aquellos hombres.

— ¿Ese es don Luciano? -preguntó uno de ellos.

Otro respondió:

— Un pobre gato que le birlan la mujer.

— ¡Ah! -exclamaron todos.

— Y no tiene trazas de ganso -aseguró un tercero- pero el araucano se la dio. Aquí, amigo, en cuestión de faldas, triunfa el más zaino y no el más juerte.

— ¡Ja, ja, ja! -rieron a una sola carcajada todos.

Parecía que los campos conocían el chisme perverso, latente y oculto, y que de boca en boca, corría la calumnia, alzándose ligera y suspicaz en todas las gentes, soplando aquí y allí; y agrandándose día a día como la mala yerba. Luciano ignoraba todo esto, pero su corazón lo sentía cual un puñal clavado.

Ahora Luciano de la Vega llevaba, a pesar de todo, un instante de delicioso olvido, al revivir sus placeres pasados.

Cruzó al galope junto a una pulpería, cerca de «El Carrizal». El gauchaje salía por la puerta y, al verlo pasar, sucedió lo mismo que con los troperos:

— Ahí va el consentidor -rió un indio que accionaba con botella en mano.

— ¡No tal, caray! -gritó otro- Don Luciano es güen hombre y su

mujer lo mismo. Sino, que la gente es perra y...

—¿Cuánto te dieron compañero, pa que hagas la defensa? -murmuró el dueño.

—Que sí, que no; qué es, qué no es-; gritonearon de uno en uno y se armó una trifulca entre los concurrentes. Los ebrios y los que no lo estaban. El hecho fue que, una o dos botellas abrieron la cabeza a unos cuantos, mientras Luciano se dirigía a la casa de la que creía socorrer, como un deber de caballero. Cuando ya iba llegando, una sonrisa de satisfacción entreabrió sus labios altivos, sonrisa de orgullo, pues siempre creyóse el señor de la Vega, necesario en todas partes.

Largo le pareció el tiempo empleado en hacer las dos leguas que separaba a «Los Llanos» de «El Carrizal».

En el patio le esperaba Didiana, la sirvienta que él conocía. Al verlo, salió corriendo y haciendo con las manos pegadas a la boca un embudo, empujó dos gritos que imitaban a la lechuza. Era el aviso para el ama. Al oírlos, Luciano sonrió, ya conocía este anunciar de la negra.

—¡Por mis pecados, que se hace esperar! -e indicándole con la mano, díjole: -Sígame, don Luciano.

—¿Dónde está? ¿Qué tiene? -preguntó él, y su corazón le latía dominado por el recuerdo, mientras, saltando a su lado, dos lebreles, metían un concierto de ladridos en todos los tonos.

Abrió la puerta de madera y penetró en la habitación espaciosa que tan bien conocía, forradas las paredes de coco punzó, y alfombrada de chuse gris. Muchos cueros de ovejas teñidos de rojo, negro y gris, esparcidos en el suelo; en el fondo, sobre el amplio bajo estrado, en forma de lecho, sobre almohadones de lana, forrados también de coco rojo, descansaba una mujer.

Al verla, Luciano se dirigió a ella. La Gitana lanzó un débil grito y luego calló.

—¡Tola! -exclamó Luciano... y le tendió las manos.

—¡Luciano!... -respondió ella, poniéndose de pie, con aire cansado.

Luciano se turbó ante aquel cuerpo que se tambaleaba ondulante, por la emoción, casi desnudo, en su ligera túnica roja, que dejaba descubierta la espalda y gran parte de los brazos y pecho; y, poco a poco, como si algo tirase de su persona, fue acercándose. Ella le miró frente a frente y sin poder contenerse, cayó entre sus brazos, sollozando:

– ¡Luciano! ¡Mi Luciano!...

Aquel contacto sacudió a Luciano y un desconocido impulso de atraerla, de apretarla contra su corazón fue más fuerte que todas sus preocupaciones. Luego, tomándola de las dos manos, la sentó en el lecho. Un tibio perfume de diamelas mezclado con albahaca, perfume que ella misma fabricaba para su uso, y que siempre había tenido el poder de aprisionarle los sentidos, flotaba dulce y caricioso en la estancia, que todo parecía, menos de una mujer de aquellos lugares.

Herencia de razas o quién sabe qué, tenía la Gitana. Estaba sentada con la cabeza inclinada sobre el pecho, muy seria; y mientras él la miraba, observándola pensaba:

– ¡Qué tonto he sido!...

– Luciano- dijo entonces ella, con voz apenas perceptible-: Quería verte. Quizás no me reste mucho tiempo de vivir en estos ranchos, llenos con mis suspiros.

Luciano se estremeció. Los ojos verdes, abiertos, se clavaban en los suyos con dominio, mientras hablaba:

– ¡Te amé... mucho, Luciano!... y pagué la deuda de cariño con mis lágrimas; pero ahora ya todo tiene cenizas y no es de amor de lo que deseo hablar contigo... Es de ti..., en fin..., ¡qué vida ésta!

Un rápido malestar invadió a Luciano al escucharla, justamente cuando él iba dispuesto a olvidarlo todo, y estuvo a punto de levantarse; pero ella lo tenía de las manos y se las apretaba con fuerza.

– ¡Pero no es de mí de quien es necesario hablar, es de ti, Tola!... -dijo él.

– ¡No! -afirmó ella-. Comprendo, Luciano, tú no tienes por qué abrirme tu alma... pero creo...

El tembló, comprendiendo que también sabía de su dolor, de lo que decían las malas lenguas... y lo que padecía su orgullo y su incertidumbre. Nada respondió, pero ella le insistió con voz quieta:

– Yo te amé mucho, Luciano; yo nunca te hubiera llamado... Me dijeron que sufrías, ¡que no eras feliz y no resistí!... Desgraciadamente, esto te lo anuncié en mi carta antes de casarte.

– ¡Fuiste mala, Tola! -reaccionó Luciano ante el recuerdo.

– Ya lo sabes -dijo ella, con marcada ironía; luego, cambiando de tono:- Yo deseo tu bien para esto te he llamado. Nadie se atreve a sacarte la venda...

Mas Luciano, sin dejarla continuar, exclamó:

– ¡Mientes! -díjole, ya sin dominarse.

– Mucho debes quererla para estar tan ciego.

– ¡Mentira! ¡Chismes de comadres! -exclamó Luciano.

– ¡Averígualo, Luciano! Hoy también estará en tu casa, mientras falta su dueño.

– ¡Como todos! ¿Eres infame, Tola! -dijo, poniéndose de pie.- ¡Adiós!...

Entonces la Gitana, comprendiendo que lo perdía, rápidamente su instinto le hizo cambiar de táctica y toda zalamera, con voz dulce y humilde, murmuró:

– ¡Luciano, amor mío, no te enfurezcas! ¡Sí, seguro que es mentira! ¡Dios lo quiera! Yo digo lo que he oído.. oye, olvida.. Siéntate, ¡que me muero!... - Y se cayó en el estrado, pálida, con una contracción en el rostro, y sacudida por largos sollozos.

Luciano, asustado, inmóvil, quedóse contemplándola; pero en seguida sentóse de nuevo a su lado, y creyendo verdad la ficción, la levantó en sus brazos. El perfume que llegaba de sus cabellos, le subía al rostro. Una emanación indefinible a yerbas, e incienso, a cuerpo de mujer joven, lo aturdió, inhibiendo su razón.

– ¡Cómo he sufrido, Luciano! -murmuró ella, sin voz.- Y yo te amo a pesar de todo; quiero ser lo que tú quieras, con tal de que te vea y te escuche. Creo en tí, que eres el más fuerte, el más hermoso, el más hombre, ¡Oh!, si supieras comprender, si supieras lo que he

llorado!... -Y, anhelante, con los ojos húmedos por la pasión, le suplicó de nuevo-: Acércate, ven pronto a mí, que siento la vergüenza de mi llamado.

El se llegó con su cuerpo junto al de ella y su brazo rozaba la carne desnuda de su espalda... no había espacio entre los dos. Y en aquella penumbra tibia, las dos almas se agitaron al unísono un instante... La Gitana alzó los ojos y los hundió en los de Luciano, que entrecerrados brillaban en un dulce desafío; sus labios apretados contenían un deseo cautivo. Se quedaron inmóviles... y la Gitana, en consciente locura, rozándole con su aliento, tomó entre sus manos la cabeza de Luciano, buscó sus labios, y bebió... No fue un beso, fue un rozar de bocas entreabiertas, resbalando apenas como sobre el pétalo sedoso de una flor. De un lado y otro se tocaban sus bocas, apenas, ansiosas, apretadas en el querer, inertes en el inmóvil instante que fija el delirio. Sobre las mejillas ardientes de Luciano, se arrastraban los labios de aquella mujer que le había amado tanto, lentamente, ahogados en la caricia temblorosa que ascendía como una ola blanda, dulce, hasta hacerle bajar los párpados pesados con la roja fiebre de su boca húmeda. Un instante se posó y apretando con ella las sienas que pulsaban, besóle y también la frente alta y luminosa de Luciano que se ofrecía como la comba serena de los cielos...

Afuera, zumbaba el viento Sur, que, con la noche, se levantaba durante el invierno. Por las rendijas de la ventana cerrada, hería los oídos un silbido agudo y pareció, de pronto, que alguien golpeaba en ella. La puerta estaba también cerrada, y una pequeña vela alumbraba el nicho de un santo en la pared. La estancia se llenaba de sombras que adquirían forma y vida.

Ella se estrechó a él silenciosa.

- ¡Acércate, amor mío! -acaricióle con la voz.- ¿Te acuerdas en otro tiempo, cómo estas sombras eran amigas? ¡Si supieras, Luciano de mi alma, cómo oigo tu voz en las noches; te llamo, te grito, y no estás tú nunca! -Decía esto deslizando sus finos dedos por entre los cabellos castaños, presionando suavemente en las sienas; su cuerpo

flexible y macizo se desmayaba en los brazos de Luciano.

– ¡Tola! ¡Mi Tola! ¿Qué exiges de mí? ... -exclamó Luciano, casi sin voz.

Ella contestó con la boca en su boca:

– ¡Tu amor! -y su aliento le pasaba por el rostro como una llama-
ra- ¡Luciano! ¡Mi único!...

Detrás de la ventana se oyó una imprecación y un galope a toda furia que se alejaba perdiéndose entre el aullido del viento.

* * *

Con ciego instinto, el Cachiyuyo, que vigilaba día y noche, siguió detrás de su patrón. Paso a paso lo observó y pegado a la ventana, convencido de la dolorosa verdad, sintió la necesidad de huir, de correr hacia algún lado salvador. El le había prometido a la niña decirle la verdad; ya la tenía... ¿Y ahora?... ¡A revelársela!

Pero no, no podía. El corazón le temblaba y como un loco sobre su caballo, sin más apero que el pellón y un bozal por freno, acortaba las distancias como arrastrado por la fuerza del viento, hacia donde estaba la Hermógenes. ¡A ella sí, que le diría todo!

Cruza desatinado el monte de «Los Quebrachales» sin detenerse, buscando el camino entre la poca luz que restaba del crepúsculo helado. Algo defiende en su alma, con bravo empeño, que le hace marchar ajeno a su propia voluntad, como un demente. En la transformación de sus sentimientos hacia Mabel, su pobre organismo, al llamado del sexo, va despertando como un gigante.

Sólo al llegar junto a Hermógenes, en medio del chiquero, llamándola a grito herido, se da cuenta que ha hecho en menos de nada las dos leguas. Le duelen las entrañas; no sabe si es dolor físico o dolor de otra índole, la sensación punzante que le hiere.

Una hora larga estuvieron los dos; allí, entre la sombra de la noche; confundidos con las cabras, en un diálogo lúcido, tocando la realidad y el destino, aquellas dos criaturas rústicas, actuando instintivamente en la tragedia de su señora; la una, por cariño fra-

terno, y el otro, por un desconocido sentimiento de adoración.

Hermógenes pide al Cachiyuyo, rebelde, el cumplimiento de una promesa necesaria:

– Ni una palabra a la niña, ¿entendís? Vigilar al Patrón y a Panta. Yo veré mañana de destorcer lo torció.

Bruscamente el Cachiyuyo se subleva: él quiere ser solo en este asunto, él quien castigue a Panta y a todos.

En medio de la vorágine de sus pensamientos exaltados, se cree ya un vengador, y le calienta la sangre joven una pavorosa inquietud de espera.

– La niña también me hizo jurar por las ánimas- intentó liberarse, y en su carne sanguínea hierva el deseo de cumplir lo dicho.

– ¿Vas a largarle?...

– ¿Y entonces?...

– ¡Va la felicidad de la niña!

– ¡Anima bendita!...

– ¿Prometes, Cachiyuyo?...

– ¡Seré sordo, ciego y mudo!

– ¿Sí?

– ¡Lo juro!

Hermógenes, lo mira con los ojos enternecidos, comprendiendo que aquel muchacho quiere de corazón a su ama, y que bajo la apariencia de maldad que todos le ven, se esconde un alma buena de niño que nunca conoció madre, sin comprender tampoco ella el trabajo recóndito de la carne que obraba por sexo en el muchacho; y viéndolo quieto y callado le dijo:

– Aura te vas; entrás a las casas, sin que naide te veyá y esperá a mañana.

El Cachiyuyo, sin decir palabra, montó en su caballo y se unió a la sombra nocturna... ¡Una sola cosa con la tiniebla!

A lo lejos se percibía el galope en la oscuridad...

* * *

Cuando llegó el Cachiyuyo a la estancia «Los Llanos» era entra-

da la noche.

En la habitación de los Patrones ardían las velas; los peones comían en la cocina. El se llegó en puntas de pie, hasta la galería, y oyó, aunque la puerta estaba cerrada, que la niña Mabel lloraba con sollozos entrecortados...

El Cachiyuyo sintió que una oleada de odio le subía al corazón, y una especie de angustia le apretaba la garganta, hasta que salió desleída por sus ojos y lloró también como la niña, como su querida niña, a la que él no concebía sino como un ser sobrenatural; y un pensamiento de venganza, de rabia, de no sabía él mismo qué, lo llenaba por dentro; y así, desconcertado, sin poder definir en el torbellino de tantas sensaciones, se encaminó a la ramada, tambaleante, desteñido, en la noche larga y fría...

V

Herida que sangra

Trasciende ya, en «Los Llanos», la tibia dulzura de septiembre. Los días se van estirando y los surcos se abren una vez más para recibir la semilla germinadora. En los árboles revientan los brotes verdes; el viento se aduerme sobre los montes cansado de gemir, y un aliento de primavera entibia los campos.

Mabel pone sus ojos en la curva del picacho que corta el horizonte, en los pájaros que cantan y huyen, y en todo lo que la rodea.

La naturaleza, alegre y juvenil, tiene hoy una inmovilidad que la asusta, como si todas aquellas cosas fueran ajenas a su propia vida. Desde hace tiempo su corazón vive desatado en la continua zozobra, y su esperanza agoniza cada minuto, para renacer, y luego volver a morir. Mucho ha cambiado Luciano desde la primera ausencia. Estas, repetidas, despertaron en su alma tristezas rebeldes y silencios orgullosos, que fueron amontonando en su corazón celos, dudas, desesperación.

Mabel no quiso confesar a Luciano el dolor de su desconfianza. Entre ella y él había un convenio sombrío, una hostilidad tácita, pero desconocida, de dos vidas tristes, que, poco a poco, se enfriaban.

Pesaba sobre el cariño de Mabel una indefinible mezcla de incertidumbre y de tristeza, por algo que lentamente su alma y su carne lo sentía morir. De vez en cuando, Luciano la miraba de una

manera rara, había como un deslumbramiento en sus pupilas, un brillo acerado le cruzaba por los ojos y ella sentía cual la hoja de un puñal entrársele en el corazón.

Iba para el mes que sus padres se habían ausentado a Tama; nadie a quien confiar sus penas, y su vida era cada día más triste. Deseaba aturdirse en el cariño de su hijo: pero era inútil. El amor de madre no llenaba su corazón; su juventud exigía una ternura, una pasión más íntima. Un recóndito anhelo de caricias, la inhibía con una necesidad inexorable, que ella misma, asustada, no podía comprender; espíritu simple, no llegaría nunca a explicarse los tormentos del organismo. Porque Luciano, desde su vuelta de Patquía, pasaba todo el día en el campo y muchas noches, convirtiéndose para ella en casi paternal compañero, sus relaciones conyugales decaían visiblemente, y Mabel hubiera muerto antes de hacer insinuaciones a su marido. ¡Ah, si ella hubiera tenido el valor suficiente para interrogar a Luciano! Una mujer como Mabel no podía encontrar en este delicado asunto más que dificultades e incertidumbre. Así, vivía reconstruyendo sus horas pasadas, hechas de minutos muertos, y se empeñaba en oír la melodía desvanecida de horas que se fueron. Un secreto pavor de conocer la verdad que sospechaba, la iba aturdiendo día a día, y dejando en su rostro la expresión arisca del que palpa en la obscuridad lo que sus ojos no ven. Ella era capaz de ensordecer a todo, y mirar con esperanzas hasta el menor detalle; se había vuelto pensativa y taciturna; apenas si hablaba; respondía como asustada a las preguntas de su marido, que la observaba incomprendido, creyendo adivinar en su silencio los restos de un sentimiento roto.

Mabel quisiera, por momentos, abrir los labios, echar fuera lo que martiriza su vida; con inquietud siente el ahogo de la primavera y todo la conmueve y agita.

Muchas veces, cuando Luciano se iba, ella tendía las manos en actitud suplicante, y una queja estrangulaba su garganta; pero él no la veía, y sola se quedaba con el corazón encogido. Si Luciano la hubiera visto, la hostilidad se habría roto, ante la verdad y el amor.

Pero él callaba... y ella también...

En ese anochecer de septiembre, en el momento en que Luciano llegaba, Mabel, llena de sí misma, estaba sentada en una hamaca, con su hijo en brazos, en la misma posición en que otras veces lo esperaba, con la diferencia de que hoy, no cambiaron el beso de costumbre, ni ninguna manifestación de afecto. Luciano, sin decir palabra, entró y dejóse caer en la cama, boca arriba, en actitud fatigada. A pesar de que el mes de septiembre llenaba de ambiente primaveral la estancia, Mabel se había envuelto en una larga bata de lanilla blanca. Con sus ojos brillantes y la palidez mate de su rostro revelaba una fiebre interior que ninguna primavera del tiempo podía encender.

Su fisonomía turbó a Luciano, no sé qué temblor había en el iris de sus ojos que los agrandaba desmesuradamente, casi hasta el borde de la pupila. Tuvo él la intuición de que su mujer sufría, y adivinó desde el primer momento que algo asomaba a sus labios pugnando por salir:

– Dime, Mabel ¿por qué no hablas? ¿Te has vuelto muda?

Mabel miró sorprendida y dijo con intención:

– Porque no soy capaz de fingimientos y cuando una no tiene nada que decir...

– Tienes razón; cuando no se tiene nada que decir o se tiene demasiado, es preferible callar, callar siempre... Hay silencios, que valen muchas palabras... Pero no olvides, Mabel, que también hay silencios traidores...

– ¿Qué me quieres decir? -interrogó ella, sorprendida del tono de su marido. Pero, reaccionando en el acto, habló.- Ahora te digo yo, Luciano, es preciso que me expliques,. Y el corazón de Mabel latía con fuerza porque creía llegado el momento que tanto ansiada.

– Sí, Mabel, -siguió Luciano- hablemos, es preciso que hablemos; el silencio es más peligroso, algunas veces, que los gritos.- Y, levantándose de súbito, con una expresión de contento en los ojos, se acercó a su mujer, y tomándole la mano, murmuró con voz dul-

ce:

– Bueno, ahora vamos a conversar.- Y quedaron el uno frente al otro, tan cerca, que les permitía hablar en voz baja.

– Luciano -dijo Mabel- tú debes tener tinieblas en los ojos que no ves nada a tu alrededor... Piénsalo; ¡es tan corta la vida, Luciano! ¿Por qué hacerla tan amarga?.

Los labios de Luciano se crisparon.

– Mabel, tú vas a decirme la verdad, toda la verdad del mundo, aunque para ello sea preferible morir.

Ella palideció, mientras hablaba:

– ¡Que pena horrible me da!... La verdad te la pregunto, te la ruego, te la imploro, ya es insoportable la vida, Luciano.

El se inmutó, y junto a ella, con voz calurosa, dijo:

– ¿Por qué imposible? ¿Es acaso tan insoportable para ti vivir a mi lado, acaso deseas irte a ...?

Mabel, anonadada, sintió un ilimitado asombro.

– ¡Yo! -exclamó.

Pero Luciano, observando de pronto el traje nuevo de Mabel, dijo en tono seco:

– Veo que estás muy paqueta esta tarde, acaso tuviste visita... -y el corazón de Luciano creyó latir con fuerza esperando la respuesta de su mujer.

– Sí- contestó Mabel, sin apresuramiento.- Estuvo el Chileno, temprano. Me dijo que te había ofrecido visita; y no me explico, Luciano, tu empeño en dejarme sola con la gente... ¡Luciano!

Iban a salir de Mabel las frases por fin; pero su pensamiento, clavado en un punto pareció en ese instante hubiera retrocedido, hundiéndose en el corazón como empujado por la punta de un puñal.

Luciano, como movido por un extraño resorte involuntario, arrugó el ceño y como en un esfuerzo violento de todo su ser, se le contrajo el rostro, y tomando el sombrero salió sin decir una palabra más. Luciano hizo un esfuerzo terrible para dominar su orgullo y ya iba a desencadenar su furia y sus celos convertidos en insultos

a Mabel, pero pensó rápidamente que esto le privaría del placer de su venganza y confortando su voluntad por la pasión anticipada, calló, prefiriendo la huída.

Mabel quedóse muda, sin acción, sin comprender la actitud extraña de su marido.

De nuevo fracasaron las explicaciones salvadoras y aquellas dos almas enfermas, envueltas en la fatalidad de sus orgullos, no intentaron defenderse contra el destino.

- ¡Se va! -dijose Mabel, moviendo lentamente la cabeza con triste convicción y pensó: -¡Mi marido! ¡Qué ironía!

Rápidamente sintióse en esa soledad de dos que ensilencia el mundo; esa marcha muda hacia un punto desconocido, donde parece que las almas anduvieran desencontradas, ausente la una de la otra, aunque caminen juntas. Sin meditar en nada, agitada por una pesadumbre interior, como esos muñecos que accionan sin conciencia propia, acuesta a su hijo, y también sale presurosa, ausente a lo que la rodea, y como ocultándose de roces y contactos invisibles, se encamina insegura, desvanecida en la sombra, obstinada en aguzar su martirio y su inquietud.

- ¡Mabel!- suena su nombre en la noche.

- Clarinda... ¿eres tú?

- Te ando buscando; ¿a qué no adivinás una cosa? - Sonó la voz gangosa de la sirvienta.

- ¿Noticias de Tama?

- ¡Que hay de ser eso!... De alguien que sufre por mi niña...

- ¿De veras? -dijo en seguida Mabel, creyendo que se trataba de lo único que podía interesar su corazón- ¿Quién será ese infeliz?- sonrió con dulzura incrédula.

- ¡Del Chileno! ¿De quién más puede ser?... -respondió con calma la Clarinda.

- ¡Ah! -pronuncia Mabel, desengañada en su esperanza, sorprendida y temerosa de que el Chileno hubiera hablado... -¡Pobre! -exclamó, por decir algo y para engañar la perspicacia de la Clarinda.

- ¡Pobre! Ya lo creyo que es pobre. Le embaucaste con embus-

tes, ¿no jüe así? -dijo con reproche la sirvienta, pues la había criado desde niña y casi era su ama.

- ¡Jamás, Clarinda! -afirmó muy seria Mabel, como quien pronuncia un juramento.

- ¡El lo dice!

- ¡No es cierto! Que me lo diga a mí. ¡Es un miserable!

Clarinda, ya segura, habla:

- Le han dicho que no sos feliz, hijita. Y me dijo él esta mismita tarde, que se disparó para no molestarte, pero, que tuito jüé en vano... ¡Si le vieras!... Estuvo llorando en mi presencia... cerraba los puños, rogaba y suplicaba a esta vieja, pa que te diga algo... porque él no se anima... ¡Daba lástima!...

- ¡Miserable! -pensó para sí Mabel.

Clarinda, viéndola comprensiva, creyó propicio el momento para insinuarle el pedido del Chileno, y en tono confidencial le preguntó:

- ¿Sufres?...

- ¡No por él! -respondió Mabel con altivez.

- ¡Bah! ¿por tu lindo marido será? ¡El cochino! -y dijo esto la Clarinda con rabia, burlada en su deseo de ayudar al hombre que padecía mal de amor por su niña, pues ella ignoraba los díceres respecto a Mabel y el Chileno, que de saberlo, ya se lo hubiera dicho a Mabel.

- ¡Por Dios! ¿Qué sabes? -le rogó Mabel suplicante.

- ¡Que lo diga él!...

- ¡Habla!

- ¡Tuitos lo dicen!... Nunca hubiera créido, aunque lo ventilaran antes.

- ¡Explicate, por Dios!

- Con la tristeza del mundo vine a esta casa, Mabel... ¡Pero no llores, mi amor... que me da mucha pena!... -tartamudeó la Clarinda, viendo que de los ojos de Mabel caían lágrimas.

- Si por llantos fuera, Clarinda, éstos llenarían las cuatro paredes de estos ranchos -murmuró apenas- ¡Quién me hubiera dicho

que algún día!... En fin, dímelo todo, tú lo sabes. Clara, lo veo en tu rostro.

- ¡Por mis canas! ¿Que no lo sospechas, Mabel? -juró la sirvienta, sorprendida de la ingenuidad de su niña y con tristeza, repuso: - Por Luciano no pases cuidado, chiquilla, que él sólo se busca la distracción.

- ¡Mientes! -exclamó fuera de sí Mabel -.¡Dilo! ¿Eso que dices es verdad? -y ansiosa indagaba con la mirada.

- Yo... casi lo aseguro.

- ¡Tú comprendes mi desesperación, Clarinda! Dime la verdad... lo que tú sepas... que quizás sea lo mismo que mi corazón me golpea día y noche; lo que tú dices, lo que todos conocen!..

Entonces la vieja mujer, mirándola en los ojos, serena y cruel, como el médico que al querer curar el mal hace daño al enfermo, le clavó el dardo:

- ¡Tú la adivinas, Mabel!...

- ¿Es decir... que ella... que ésa...? ¡Sí, ésa que tú crees!... -tartamudeó en la angustia Mabel.

- ¡Sí! ¡Esa! -aseguró con voz firme la Clarinda.

- ¿La del Carrizal?

- ¡La misma!...

- ¡Y lo saben todos!... ¡todos!... ¡menos yo! ¡Imposible!... exclamó Mabel, empalideció su rostro por la terrible verdad.

- ¿Imposible? Hasta Panta anda en el negocio; ¡parece mentira!... ¡como si te hubiera echao un puñao de tierra sobre las pestañas!... -murmura la buena mujer, atrayéndola con piedad hacia sí.

- ¡Ay! -gimió la infeliz Mabel, y un sollozo largo dobló su cabeza sobre el hombro de su vieja criada. ¡Qué ojos tenía, Dios mío!, de estar llenos de oscuridad, ahora me parece verlo todo. ¡No, no puede ser, Clarinda! ¡Por qué me lo dijiste!... -y aun ahogada por la verdad, Mabel quiere olvidar todo, ante el dolor de su orgullo herido, y sólo tiembla en su ser la infamia y el chisme.- ¡Luciano y la otra! ¡Esto dicen!...

Y en un instante de valor, ella hubiera querido ser hombre para

vengarse, para luchar por el bien robado; su emotividad de mujer sensible la impulsa a la acción, a ir en busca de su rival y arrancarle lo que era de ella, lo que Dios le dió; pero su corazón, como siempre débil y orgulloso, desmiente todo, se subleva ante la duda. Por otra parte, su amor no razona y aunque ya lo presentía, no quiere aceptar la realidad. Y ahora vacila de nuevo, y allí, bajo la luna que comienza a asomar entre olores penetrantes, rodeados de sombras el campo y su alma, acariciada por el aire tibio y perfumado, sacudida por esa ansia desconocida que en todos los momentos críticos de su vida parecía subirle de las entrañas a la garganta, angustia heredada, tan humana y tan traidora, que esperaba el momento propicio para hacer de ella su presa, no escucha ya lo que la Clarinda susurra a su oído; sólo oye un zumbido misterioso que llega del fondo de su vida. Siente, el latido de su pecho y la voz de su propio corazón que parece venir en el quejido de los cañaverales cercanos, e insinuarse quieta, terrible en su interior. El nombre de Luciano sale como un murmullo de sus labios, y se abre y se extiende en la noche, bajo la luna que se levanta en el horizonte, como una paloma...

VI

Marido y mujer

La luna redonda y azulada flotaba en el espacio, lejos, alejada de las cosas terrenales. La represa desierta, relucía como de plata a la claridad lunar, y sus aguas apenas se erizaban movidas por la brisa nocturna. En el horizonte, el Famatina se envolvía en diafanidad azul como un manto vaporoso y transparente.

En la cabecera sur de la represa, y a la misma orilla del agua, un hombre alto caminaba lentamente. Luciano, rodeado del silencio oloroso de la noche, ve hundirse en la linfa la sombra de los cañaverales.

Le atraía la contemplación de su figura, superpuesta sobre la sombra de los árboles, en ese mundo invertido con que el cristal de la represa tentaba a su imaginación, olvidado en absoluto de la realidad. Da un paso más junto al bordo... vuelve atrás... Luego se inclina su cuerpo y mira... Querría llegar hasta el fondo del lago; así, hasta el fin, sin objeto, feliz de olvidarse de todo. Unos patos lo distrajeron. Nadaban silenciosos, lentamente, con el placer casi sensual de su elegancia; sólo sentíase, por momentos, el chapaleo entrecortado de sus alas, alterando la tranquilidad.

La luna dejaba caer su temblor plateado en el centro de la represa, dando la sensación de agrandarla, alejando los contornos en la sombra de las orillas. Una serenidad primitiva envolvía a Luciano,

como esa alegría original de sentirse en paz con los elementos de donde debió él salir a la vida. La plenitud del ser en un momento de éxtasis, cuando la colaboración sentimental del alma asoma y se extiende a las cosas, sólo puede resistir poco tiempo; es un placer demasiado intenso para no ser efímero. Sobre el bordo del lado de las casas, divisó Luciano a su mujer, conversando con la Clarinda, y esto bastó para excitarlo de una manera violenta. De nuevo la mente torturada trajo a su visión la verdadera causa de su estado actual, y una ola de ira encendióle el corazón, volviendo todos sus pensamientos obsesionantes a presentarse agrandados, y como en danza burlesca, adquirirían consistencia.

Toda su desgracia parecía avivarse, y torcerle la voluntad empeñada en olvidar, como si un mal genio fuera abriendo ante sus ojos las posibilidades de su vergüenza. Le asaltaron una, a una, las cosas sucedidas en los últimos días, y el recuerdo de su primera entrevista con la Gitana torturaba su corazón; él mismo lo aguzaba, tenaz en abrir la herida hasta el martirio.

— ¡Sí, ella sabía la verdad; me lo dejó entrever esa tarde! ¡Qué torpe fui! -se dijo mentalmente- en no dejarla continuar... pudo haberme dicho todo, con sus más mínimos detalles, y entonces ya no habría lugar a vacilaciones ridículas.

Pero Luciano olvidaba que el hombre, cuando ama, siempre duda; quiere engañarse, tiembla de destrozarse el ídolo que él mismo elevó sobre sí en su corazón. ¡Debilidad tan humana!, flaqueza con que Dios obliga a meditar antes de juzgar. Esa pequeña duda en la infamia, es el lenitivo que salva muchas veces de la desesperación, como el pequeño equilibrio evita a la piedra desprenderse y rodar por el abismo. Con todo, a pesar de las apariencias, una dulce voz interior avisaba a Luciano y le empujaba a luchar con su propia tormenta. La preocupación lo llevaba a largos trancos de un extremo a otro de la cabecera sur de la represa, como a un hombre que no tuviera más que los pies para su equilibrio. De vez en cuando, se detenía, observaba el ruido de los patos, acercándose al agua: luego, volvía la cabeza inconsciente hacia donde divisaba a su mujer, o

bruscamente seguía andando. Sintió, de pronto, un terror en sus nervios, un deseo brutal de correr y estrangularla entre los dedos. Pero, venía rápidamente a su conciencia el recuerdo de su hijo... Le parecía ver los ojitos inocentes, implorando no sé qué piedad; él mismo se miraba en el fondo de las pupilas azules, serenas como el cielo, limpias de vida, y entonces todo su rigor cedía; se retorcián sus músculos contraídos con el deseo de la acción, y el ardor de su sangre se enfriaba de golpe, quedándole sólo la sensación humilde de un vencido que hubiera fracasado en un duelo a muerte. Quiso pensar de nuevo en la Gitana y asegurarse a sí mismo que no era razonable aquel martirio. ¿Acaso no se le iba el alma por él a otra mujer? ¿Por ventura, no acertaba los días en los brazos de su amante? ¿Qué vale perder un corazón cuando se nos ofrece otro? Pero una voz de muy adentro le martilleaba en el oído:

– ¡No, ninguna como ella, y sobre todo es el ridículo que haces, ¡ipobre tonto!... Y una vez más comenzaba el suplicio. Ve y oye las murmuraciones, el desprecio de sus vecinos, el reír de su rival, y, por sobre todo esto, la boca de su esposa pegarse a la de aquel hombre. Un escalofrío lo sacude, como si una aguja se clavara en su carne. ¿Cómo saber la verdad? ¿preguntárselo a ella misma? ¡Bah! Ya van a confesar las mujeres... Más fácil sería hacer hablar al que no tiene lengua! -pensaba.

Cuántas veces llegó a su casa dispuesto a arrancar el enigma. Entraba serio, con el ceño arrugado, con ánimo a todo; más, por sus culpas, encontraba a su mujer serena, buena, con una especie de dulce tristeza; toda ella contaminada de pureza y de dolor; y alicaído, tiraba el sombrero y apenas probaba bocado en la mesa; podían contarse sus palabras.

Ese día, como nunca, estuvo atormentado. Salió temprano, vagó sin rumbo por los caminos, diciéndose en voz alta con amargura y odio, estas palabras:

– ¡La querida del Chileno!

Y repitiéndolas, por brutales que parezcan, pensando en Mabel, encontró en su dolor la manera de acerbar la funesta visión, hasta

que más tarde, después de su conversación última, como un soñámbulo, sin dirección fija, llegó junto a la represa.

Mabel, que en ese momento trataba de sacarle a luz la verdad a la Clarinda, lo vio, y también sin voluntad, mandada por el inconsciente quizás, se encaminó derecho a su marido. Llegó hasta él, con intención de confesarse y alumbrarle su dolor, pero quedóse inmóvil como clavada en la tierra.

– ¡Mabel! -nombró él.

– ¡Luciano! -exclamó ella, como un llamado.

Se contemplaron y quedaron mudos. El quiere disimular su emoción y la toma de la mano y la acerca al agua.

– ¿Ves esas estrellas en el fondo, Mabel? -le dice con fingida serenidad- ¡Qué hermoso debe ser llegar hasta ellas, entrar en la eternidad! ¿Ves la más grande y la más hermosa, cómo tiembla? Parece una infiel tomada en delito... -y observó el semblante de su mujer.

Nada respondió ella. La luna sobre su rostro le daba una palidez gris. Se había quedado absorta, con los ojos fijos en el agua.

– Mabel, ¿me quieres? -preguntó de súbito Luciano. Y una fuerte carcajada resonó en el silencio de la noche.- ¡Vaya la pregunta!, ¿verdad, Mabel?...

Se miran marido y mujer, uno frente a otro, llenos de inquietud, escuchando el diálogo mudo que se agita en lo íntimo de cada uno, agitados con su propia ansiedad, hablando sin escuchar las palabras, pero alertas y comprensivos a la tragedia de sus vidas, oteando la tortura cada uno, odiándose quizás por la cobardía del engaño, alejándose de sí mismos por un pensamiento dañino.

Luciano tuvo un deseo irresistible de hundirse con ella en el remanso y acabar de una vez; y rápido, tomó a Mabel por la cintura, dando un paso hacia el agua...

Un chillido de lechuza, salido del cañaveral, cortó el silencio...

Luciano retrocedió con su carga, y todo tembloroso hizo un esfuerzo para dominar su agitación.

Era el Cachiyuyo, que escondido en la sombra, escuchaba, y al comprender la intención del Patrón, inconscientemente, empujó

su grito.

Entonces Luciano, domando sus nervios, tartamudeó con disimulo, fingiendo serenidad:

– ¡Qué poco pesa una mujer! -mientras estrechaba el cuerpo de Mabel, que, sin comprender nada, se abrazaba fuertemente al cuello del que amaba... sin ánimo ya para vencer su mal y confesarle el drama de sus celos.

Echaron a andar, costeano el bordo... A lo lejos, el traje claro de Mabel se azulaba por la luna, y las dos figuras se alargaban recortadas en el espacio...

VII

Mabel y la boa

El viento sur zumba con furia; Luciano no regresa a su hogar desde hace tres días.

Mabel oculta su angustia; orgullosa de saber sufrir, no permite compasiones; disimula su mal y logra engañar; pero algunos ojos desconfían de aquella tranquilidad y se humedecen en la comprensión de la pena contenida. Mabel sufre en su amor y en su dignidad y se abate en la zozobra de su corazón, se siente humillada y cautiva. Nada ha hecho para averiguar la ausencia de su marido; por otra parte, no valía la pena indagarla, pues toda aquella comedia de su vida no era ya nada más que un largo bostezo. Las cosas parecían empeñadas en sorda complicidad contra ella, y aquel viento Zonda, voz poderosa del campo, gemía, como queriendo arrastrarla también a ella, junto con las hojas que corrían locamente por el patio.

Mabel abre su corazón a la soledad, diríase sin inquietud, sin ánimo para la defensa, sin estímulo, esperando que pase este día como el anterior. Su espíritu se encontraba en el estado siguiente al de una gran agitación. Su cuerpo, casi maquinalmente, siente que ha perdido el señorío de la lucha, y no quiere nada; sin fuerza, laxo, quizás de sufrir largas horas, ha cedido su vigor en un morboso egoísmo sin acción. Estas crisis se repiten a menudo en Mabel, siempre que en un choque violento ha puesto en juego su corazón y sus

nervios. Ha quedado así, inerte, tendida a lo largo de su lecho. Desde allí percibe el viento que azota los tejados y que le trae toda la tristeza del mundo.

Cuando el alma ha roto, en el abandono, todas las ligaduras que le sujetaban a la vida pasional, siente como el penoso despertar de un largo sueño, un angustioso querer desprenderse del suelo, un esfuerzo por la libertad, por el reencuentro de su propio yo, perdido, hundido, hasta entonces, en el alma de otro. Así Mabel levanta su corazón hacia lo alto, le duele el estiramiento de su ansiedad, e involuntariamente va comprendiendo que todo es ajeno, que nada se ata para siempre, que es necesario abandonar la quimera que ella ha creído felicidad ¡Qué dolor al comprenderlo! Mira como asustada a su alrededor el tiempo pasado, su casamiento, su marido, su hijo, su madre... En cada recuerdo va cayendo una lágrima que se detiene en su mejilla, pero al mismo tiempo la invade una como especie de calma, de cansancio consolador, como el que se experimenta de vuelta de un largo esfuerzo muscular, y se tiende en la sombra, cerrando los ojos, dulcemente...

De pronto Mabel se endereza, ¿cuánto tiempo ha permanecido en su cama? No lo sabe; sólo siente que sus nervios se agitan, que necesita moverse, salir de su habitación, irse, correr no sabe dónde; y así como está, vestida de una ligera bata de broderie blanca, echó a andar hacia el lado de los cañaverales.

Serían las tres de la tarde. Afuera seguía rugiendo el viento cálido, levantando nubes de tierra. La fiel Clarinda la mira alejarse y piensa que es peor la inmovilidad que la acción. La deja marchar, creyendo en su reacción benéfica; toma al niño en brazos y pone sobre su carita regordeta toda la ternura humilde que siente por la madre.

Mabel, en tanto, corre por los bordos a esconderse en los cañaverales. Desde muy niña hizo esfuerzos para descristalizar ideas arraigadas y emanciparse de sus primeras creencias sobre las cosas de la vida. Pero, como se sabe, el niño no es más que el producto de lo que oye, de lo que se le insinúa, de lo que se le enseña a creer; y

la humanidad el resultado de lo pasado, siendo su pensar y sentir herencia del ambiente y de los años. ¡Cuántas noches, Mabel, asida de la mano de la Clarinda, o de la máma Nicasia, llegaba a la cocina de la casona paterna en Cazangate, para escuchar los alegres regodeos del servicio y sus cuentos asombrosos. Estos, en esas noches de invierno, en círculo alrededor de la fogata hospitalaria, se entretenían en tejer y destejer leyendas espeluznantes. Se hablaba de espectros y de almas en pena... Mabel atendía con curiosidad inquieta aquellas fábulas portentosas, donde acaba la naturaleza y empieza lo sobrenatural y desconocido. Ella, por temperamento, no era supersticiosa, sólo creía en los sueños, herencia de su madre; pero la conmovían sobremanera los cuentos de los cañaverales; estas cañas que parecen tener alma y que silban, cantan y hablan.

Mabel, con los años, nunca olvidó el secreto de las cañas, siempre gustaba sentir aquellos escuchos, sobre todo en el tiempo en que los cañaverales crecen, haciéndose más altos y más verdes, cuando chillan las chicharras y cantan más fuerte los zorzales, y, sobre todo, después que la vida empezó a enseñarle también sus secretos, dulce-amargos, era cuando huía a esconderse en estas espesuras. Hoy iba derecho a su refugio, a sentir quizás el ritmo de su vida en aquel movimiento cadencioso de las cañas movidas por el viento.

Espesos eran los cañaverales, tan altos que un hombre quedaba pequeño. Se abrió senda y fue a sentarse al pie de un algarrobo viejo, que creció hermano de las cañas.

Dejóse caer junto al tronco, debajo de su copa, en una de sus ramas arqueadas y robusta. Allí se quedó...

Flota íntima dulzura y amodorra allí el olor a tierra y a vegetales que viven y arrojan su savia. Un vaho caliente sube de las cañas, y de allí a los ámbitos del lugar. Mabel, absorta, inmóvil, sólo percibe el incesante murmullo del viento que doblega las hojas o gime aplastado en los troncos. Voces sueltas huyen como aletazos de pájaros. Esta vida ininteligente, Mabel la escucha, envuelta de misterio y de soledad, muda, ante los inefables sonidos del vacío, acentuándose en su rostro como en un espejo las emociones, y toda su sensibili-

dad se agita y se intensifica. Las horas no las cuenta ya; y se esperanza descifrar la vida propia de los cañaverales. Reconstruye sonidos, se embriaga en los que mueren para atender a los nuevos, que desvanecen en el ambiente y en su corazón, la melodía. A su alrededor calla todo. Se apaga toda otra sensación que no sea la voz de las cañas que multiplican sus ecos, aturdiéndola.

Aislada del tiempo, ya no piensa en nada; mira y oye... Una fascinación la espanta a veces; y toda trémula siente lo que allí palpita. Las cosas hablan. El viento entona canciones; las cotorras en bandadas cruzan sobre su cabeza lanzando a las cañas sus gárrulas carcajadas. Y con el chapoteo de los cisnes en la represa, detrás de los cañaverales, notas graves vienen desde lejos y luego huyen. El viento responde con todas las hojas y todas las cañas. Mabel, con el alma suspensa, se vuelve sutil para los ruidos del cañaveral, y las cañas hablan y discuten entre sí con oculto latido. Escucha los zumbidos de los bumbules negros y dorados que se arrastran sobre la tierra, arañándola como si dejaran algo escrito; oye la crepitación de las raíces cuando asoman sus fibras a la luz, y siente el desprendimiento de las cortezas que caen encima de las hojas secas. Mabel percibía y saboreaba en armonía con el ritmo interior de su corazón el tropel de notas trágicas, que iban perdiéndose en las lumbres grises del día turbio y sin sol...

Todo había olvidado Mabel, hasta su pesar, y lentamente un dulce adormecer enervaba sus miembros, como el que empieza a dormirse después de una inyección. Quizás el ambiente húmedo y caliente, entumeció sus nervios, y su pecho respira agitado. Poco a poco sintió aquel aire tibio pasar sobre su piel, estremeciéndola; una sensación deliciosa corría por su cuerpo, y creyó sentir la caricia de las largas hojas de las cañas, que se inclinaban hasta ella como un beso penetrante. Se llevó las manos a las sienes, echó atrás sus cabellos negros y reclinó su cabeza en el tronco del algarrobo. Unas gotas de sudor corrían sobre su frente, sus párpados desmayaban con placer y su boca se iba alargando en actitud de encontrar otra boca... ¡Nunca su cuerpo experimentó aquel estado embriaga-

dor, entre la inconsciencia y la razón! Quería moverse, pero no respondían sus músculos; hizo acción de levantar sus brazos, mas éstos quedaron quietos, junto a su cuerpo; quiso recordar, pensar, inada!... El vacío profundo y terrible la iba envolviendo, y su cabeza empezó a levantarse siguiendo una dirección fija; dura, como movida por un resorte, adelantaba, estirándose hacia la copa del árbol; se hubiera creído que algún fluido mágico la atraía con fuerza magnética e involuntaria. Del mismo lado de donde Mabel sentíase atraída, cayeron algunas hojas, y del árbol, salió una especie de ruido seco, como el deslizarse de algo sobre su áspera corteza. Luego, un minuto de silencio... Enroscada a un brazo carcomido y grueso del algarrobo, una enorme boa estiraba la cabeza fijando sus ojillos terribles en Mabel, que inmóvil, recibía el magnetismo fatal.

Lentamente se arrastraba, semejando un círculo múltiple alrededor del tronco. Hace un leve movimiento; empieza a desenroscarse... se estira... ¡Es espantosa!, como de cinco metros de largo, color ceniza, con manchas grises oscuras y algunas café con leche. Avanza... ya está cerca de Mabel; sus ojos, como dos llamas, no abandonan la presa y parecen medir la distancia que resta hasta el corazón de la víctima. En el movimiento hecho por Mabel al enderezar la cabeza, su bata se abrió y dejó ver desnudo su seno, redondo, en forma de copa. Una de las hojas se había quedado suspendida sobre el pecho. La serpiente intensifica su fluido, silba su lengua ágil y estira la cabeza hacia el seno de Mabel...

Un grito desgarrador cortó el silencio... al tiempo que un hombre, más muerto que vivo, se quedaba helado, como hundidos los pies en la tierra, sin acción de moverse. Sus ojos agrandados por el terror iban con una velocidad extraordinaria, del animal a Mabel. Quería gritar, pero su lengua era dura, y sólo su rostro, contraído como el del agonizante en su última boqueada, se descompuso horrible, y cayó desmayado de horror delante de la escena.

La boa sólo está prendida del árbol con la punta de su cola y tira el mordisco, lanzando su cuerpo sobre la víctima...

En ese instante se estremecen los cañaverales, alguien salta como

un loco y se ve brillar en el aire el filo de un hacha... la cabeza del monstruo hace una curva hacia un lado y el cuerpo pesado cae tendido en el suelo...

El Cachiyuyo, que había seguido a su señora desde lejos, vio cuando el Chileno, con toda precaución, se metía en los cañaverales por el lado opuesto a las casas.

Ya no dudó: tomó su hacha filosa, y he aquí que llega en el instante en que era necesario salvar a su ídolo.

La sacudida violenta que hizo caer al Chileno pronto le hace abrir los ojos y se da cuenta de todo.

El Cachiyuyo, sin más tiempo que para gritarle:

– ¡Miserable! ¡Cobarde!... ¡Desastroa!.. Salí de mi vista antes que te corte el gaugero como a la boa!...

Tomó en sus brazos a Mabel, que seguía como hipnotizada, y partió con su preciosa carga a cuestras.

Al Cachiyuyo le temblaba el corazón y sentía que sus músculos se agarrotaban. El aliento de su boca casi rozaba el rostro pálido de su señora, y aquel seno desnudo le produjo una convulsión en todo el cuerpo. Jamás pensó él en que su ama poseía un cuerpo real; su imaginación la veía siempre envuelta en el impenetrable velo del respeto; pero aquella terrible escena puso ante sus ojos de hombre la belleza nunca sospechada, y el infeliz conoció por primera vez la mordedura terrible de su carne joven. Llegó tambaleándose a las casas. Al verlo, la Clarinda corrió, creyendo algo peor de lo acaecido, y tomó a su querida niña depositándola a lo largo de la cama, como una muerta.

El Cachiyuyo cayó de rodillas junto al lecho y empezó a sollozar en hipo entrecortados, sin poderse más contener...

El viento seguía levantando remolinos de polvo en el gran patio de la estancia.

VIII

La Mama Nicasia

Al día siguiente de la escena de los Cañaverales, en la que Mabel casi perdió la vida de una manera tan inesperada, ésta se encontraba en cama, en el mismo estado de ánimo que la tarde anterior. Su enervamiento físico influía seguramente en sus pensamientos; además, el lecho no es buen consejero cuando se sufre moralmente. El hipnotismo de la boa dejó a Mabel sin acción y, el choque de sus nervios la postraron tanto, que parecía no mover un dedo. La ausencia de su marido semejaba no interesarle; ni una palabra más a la Clarinda, la única que podía rastrear algunas noticias tirándoles de la lengua a los peones.

En el patio seguía zumbando el viento, pero calmado y oloroso; Mabel lo aspiraba ampliamente, mirando por la puerta abierta de par en par, el cerro lejano que se doraba en los picos más altos por el sol de setiembre.

Desde su última conversación con Luciano, a la orilla de la represa, sentíase enferma, y era para Mabel una gran pesadumbre no haber podido ocultar a su marido la tristeza horrible en la que se hundía hora por hora. Los ojos de Luciano parecían inquirir con inquietud su estado de alma, como si una tenaz desconfianza lo incitara a observarla. ¿Sospechaba acaso el sufrimiento de su corazón? No hay duda; porque el dolor, de cualquier índole que el sea,

es imposible ocultarlo y se revela con suprema fuerza, a la que nadie resiste; no se puede hacer la comedia con el propio corazón. Sin embargo, este dolor de Mabel no era comprendido en su causa, y sólo servía para soplar en su marido los celos y el odio.

También Luciano, desde aquella noche en que hubo de tirarse al agua con su mujer en hombros, y que la casualidad o el destino quiso impedirlo, no dejaba palabra ni ademán de Mabel sin analizarlo, y la intensa palidez de aquel rostro era para él prueba de culpa, y su orgullo de paranoico hinchábase inhibiéndole la razón. Si ella le quisiera, ¿no trataría de averiguar el porqué de sus repetidas ausencias? ¿Cómo no hablar e interrogar; acaso no era él su marido? Estas reflexiones atormentaban a Luciano, minuto por minuto, sin recordar que también él podía hacer esta pregunta con idéntico derecho y que, sin embargo, no la formulaba.

Conocía por Panta la última rondada del Chileno; Mabel nada dijo. Por otro lado, esos síntomas de consunción interior y ese mutismo espantoso de su esposa, ¿a qué respondían? Día a día veía enflaquecer el rostro de la mujer a quien, sin él darse cuenta, había llegado a amar intensamente, y que sus ojos, llenos de sombras, se apagaban en una ansia oculta, como si oscilara la vida tras un amor insaciado; y la pena terrible, quizá la más espantosa e insoportable para un hombre cuando ama, le mordía el corazón, repitiéndole: ¡Sufre por otro!

No habían pasado muchos días de aquella noche, en que los dos casi abrieron sus almas en un instante de acercamiento, pero que el orgullo, enfermedad de ambos, aunque por diversos motivos, los volvió a desunir, cuando Luciano cayó en un sinsabor íntimo, en una angustia tan obsesionante que él prefería la muerte a seguir soportándola, y por esto huía día y noche de su casa, sin encontrar alivio.

– Ama al Chileno -decíase- y quizá lo mejor será dejarla libre: pero iguay! del miserable...

Cuando estas palabras enardecían su imaginación, todo su mal constitucional, toda su vanidad inconsciente, se revelaban contra

aquella infamia sin nombre; y todos los días se preparaba a mover la boca en definitiva; pero siempre alargaba el plazo para otro momento, que no llegaba nunca... Su frente se contraía en silencio hosco y ofensivo, y nublábase su rostro desconfiado y sombrío. Mabel, por su parte, interpretaba aquel estado por el amor secreto de su marido a la Gitana.

– ¡No, él no es feliz!... ¡Dios mío! Por lo menos, si lo fuera, sería un consuelo... ¡Todo por esa mujerzuela!...- Y los celos la enmudecían. Veía en brazos de la Gitana al hombre que amaba más que a su vida.

Sangraba su pobre corazón enfermo, y aquel calvario la agobiaba en tal forma que hizo traición a su energía, la energía mentirosa de las mujeres hiperemotivas, cuyas emociones poderosas hacen pagar con la muerte o la locura sus ficticias resistencias.

Así, Mabel, desde el día antes, anonadada en su lecho, incapaz de acción ninguna que no sea sentir o pensar, quebrantada por el ansia, escuchaba el zumbido de una abeja en el dintel de su puerta como si le repiquetease estas palabras:

– Luciano está a estas horas en íntimo coloquio con la que ama.- Y sentíase insegura de sí misma, con una pesada certidumbre, cual si tuviera ante sus ojos la prueba ineludible.

– Pero ¿será verdad? ¿Estará allí? -De nuevo consolábase y el enigma venía a confundir su razón...

Serían las cinco de la tarde. Cansada de pensar con razonamiento imaginativo, se enredaban sus ideas, y llegó con su mente a lo que siempre sucede: a cavilar en el más allá, en marcha a lo desconocido, en ascensión de búsqueda, en la que el sentimiento era su piloto. ¡Cuánto mejor será la muerte!, la escapada final, planeando entre el abismo del vacío, sin amarguras ni reproches.... Y allá, en su concepción de ultratumba, la vida vaga de las sombras se agrandaba en su mente calenturienta, y la primitiva idea de la metempsicosis de las almas venía a ella que, en su ignorancia, coincidía con el inconsciente colectivo, donde todos los seres tienen algo de común. Esta analogía con la de los grandes filósofos asomaba en Mabel, y

ya le parecía volver a la vida convertida en flor, o en un rayo de luz que se posaría sobre la frente de Luciano. Luego, giraba ante su visión la vida de los desaparecidos, el reino de las sombras, y quizá, horrorizada, pensaba como Ulises, que más valía el dolor en esta triste existencia real que ser rey en el país de los muertos. Mabel, en uno de esos cambios súbitos de ritmo en sus fuerzas activas, como sucede a menudo en los temperamentos emotivos, tomó a su hijo en brazos y, resuelta, ordenó a la Clarinda:

– Ve y dile al Cachiyuyo que ensille mi caballo.

* * *

Cuando entró al rancho de la Nicasia todavía la sombra de los pencales andaba por el suelo y una brisa dulce de primavera despeinaba la cabeza de Mabel. Al divisarla, la Nicasia salió a su encuentro, y sus ojos asustados buscábanle la cara con inquieta mirada. Conocedora de la tragedia de Mabel y los triunfos de la Gitana, vivía atormentada por el daño causado; pero inhábil para quitarse el yugo que, sin aprisionar su conciencia, no podía romperlo. Pero ¡es tan dulce la vida!, y la pobre Máma Nicasia agonizaba amenazada por el terror de la muerte. Ella no hacía más que cumplir con una ley natural de humanidad. ¿Qué valen las vidas ajenas ante la propia? La elección no era difícil, aunque tuviera para ello que dar en tierra con todos los sentimientos de cariño y gratitud. Y como cada hormiga lleva su carga, la Máma Nicasia arrastraba la suya con un puñal dentro del corazón.

Entraron. Mabel puso los ojos en el rancho miserable, donde tuvo una vez el primer aviso de su desgracia. Quedóse sorprendida al notar el cambio en el cuarto. Un pequeño estrado con chuse, las paredes de quincha estaban forradas casi en su totalidad de lona fuerte, color amarillo, para resguardarse del viento; vio dos tarros grandes de galletas y una botella de caña. La misma Nicasia parecía más limpia, vestida con un traje de coco azul y zapatillas nuevas de buena calidad, cosa que extrañó a Mabel. La vieja estaba como

sobre ascuas, mientras Mabel observaba los cambios; tristes cambios en su vida miserable, que le llevó una mano piadosa, pero que para la Máma Nicasia eran el pago de su crimen. A cada triunfo, la Gitana rodeaba a su salvadora de mejores comodidades... Ironía de las cosas, pues ellas iban dejando en el alma de la adivina remordimiento y tristeza.

– Mucho me alegro que hayas venio, hijita... pero ¡qué pálida estás! -murmulló con ternura la vieja, clavando sus ojos hundidos, mientras se sentaban en el estrado.

Mabel suspiró y luego dijo:

– Máma Nicasia, mi madre está lejos, usted sólo sabe mi mal. ¿No comprende, máma?...

La vieja se encogió de hombros y la miró alarmada, porque creyó que Mabel la inculpaba.

– Mamita -prosiguió tomándola de las manos con cariño-, las cartas dijeron la verdad, y ya lo ve, mi vida está rota. Usted lo sabe todo, ¿para qué decírselo? Si todos lo entienden de sobra... Sólo me resta morir... -dijo esto Mabel ahogada por los sollozos.

– ¡Qué dices de morir! ¿Estás loca? ¡Tú, morir! ¡Anima bendita! No desatines, Mabel. ¡Cálmate, vamos, hija, ablanda el carácter! -Y abrazaba a Mabel también ella con el llanto en la garganta.

– ¡Tres días sin volver!... y sin embargo, lo quiero, máma... ¡daría mi vida por él! Cuando lo veo dormido y el sueño lo inmoviliza, me parece que no es él, que su presencia no es su presencia... ¡Tengo miedo al tiempo que pasa!... Me parece que una luz, que no es del sol, está sobre su rostro, y por arriba de su cabeza hay como una mano que siembra silencio.

Calló Mabel y alzó su frente iluminada por el dolor como si fuera un sol. La vieja tembló ante aquella frente y comprendió que el sacrificio más doloroso es el de uno mismo cuando se bebe la verdad, apuñaleándose el corazón. Esto le sucedía a la infeliz Mabel y los días y los meses no serían más que los pasos de la muerte.

La vieja la tomó de los hombros clavando sus manos de araña, desesperada de ver sufrir, de creer que era ella la causante de todo,

y maldijo sus hechizos que la obligaban a ser canalla. Quiso consolarla, desviar sus pensamientos hacia un camino si no de esperanzas, por lo menos de vulgar resignación.

– Mira, mi changuita querida -díjole con voz gangosa.-, no te gastes esperando la felicidad completa, pues ésta delante de tuitos, pasa... pasa.. y siempre aguardamos con ojos abiertos eso que pasa.. ¿Vos creís, hijita, que la dicha de este mundo es ansina: una cosa enterita, sin mezcla de jipíos ni dolores?

– La felicidad no se hizo para mí, máma -repuso Mabel con triste acento.

– Pues aistá el error, hijita. La dicha es una cosa por la que una se desnua esperando, y cuando se la tiene, es no esperar nada. Desgraciaos los que no tienen por qué lagrimiar en este mundo. Sin ir más lejos, tu misma mama Juana, ¿creís vos, que no tiene por qué sufrir? Güenas se las hizo tu tata, por más güeno y honrao que juera. La rubia... ya sabís vos, hijita... ¡Sin embargo,... tu mama ha sido feliz...!

Mabel, mordida en lo más vivo de su pena, exclamó:

– ¡Pobre madre! ¡Como su hija! Pero eso, máma Nicasia, no es felicidad; eso es resignación, una cosa muy diferente.- Y sus ojos negros brillaron como un espejo en su cara pálida.

La vieja pensaba a través de sus líneas: la veía pura y limpia y le dolía el mal de aquella criatura. De súbito, se acordó de su remedio infalible. Se puso de pie, y sacó un frasco de la quincha, y con el rostro iluminado por la alegría, dijo a Mabel:

– ¡Aquí está, aquí está el remedio...! Mira, Mabel, te unto y quedarás curada.

– ¡Pero de qué, si yo no estoy enferma de nada!

– ¡Mabel, Mabelita -decía la vieja, sin escuchar más, y hundió sus dedos en el frasco que contenía una pomada gris como de grasa derretida.

– Esta -dijo- es sacada del finao calentito... ¿Te acordás de Pancho, el tuerto?...

– ¿El que murió en la represa?... -exclamó asombrada Mabel.

– El mismito. Antes que echó la última boquiada, lo desollé vivo y le saqué la grasita del corazón... Esto cura mal de amores, mi querida...

Y haciendo un movimiento diabólico, puso sobre el pecho de Mabel su dedo empapado de aquel unto milagroso.

Mabel dio un grito y arrancó la mano de su pecho.

– Dejame, máma; eso es una blasfemia, una brujería; no, no... grasa de muerto... ¡horror!...

La Nicasia se paró hierática, con el tarro en una mano y la otra toda embadurnada, y como una sacerdotisa de alguna religión infernal, murmuraba, alzando los brazos en alto:

– «¡Rival, Moval, Varnaví!»... -Palabras mágicas que tenían el poder de hacer olvidar los padecimientos y cobrar odio a la persona por la cual se sufría.- ¡Ahora, ya le odiarás en adelante! -dijo enajenada la bruja.- ¡Y ya no sufrirás más por él!...

Y aunque Mabel no creía, le sacudió un escalofrío de horror.

– ¡No! -gritó con toda el alma:- ¡no, no quiero: prefiero la muerte antes de odiarle! -y cayó sobre el estrado sollozando.

Y todos sus celos la abandonaron; su corazón abdicó de su yo y una angustia de personal le estremecía el alma. Sus sentidos, dominados por el amor verdadero, cedieron al sentimiento de salvar su propio amor, y la traición de su marido la llevó sólo a desear la liberación para el hombre que ya no la amaba... el sacrificio voluntario de su vida.

Y toda transfigurada alza su cabeza radiosa por el perdón y habla:

– Máma, mi vida servirá para salvarlo de mí. ¡Adiós!. - Y sin decir más nada, sin escuchar las súplicas de la vieja, abandonó el rancho de la Nicasia, en la hora que las sombras entonan todas las cosas...

Cerca de la estancia «Los Llanos» la encontró José Manuel que, al verla venir sola, del lado de la vieja, hizo sus cálculos... Una vez más la vida se empeñaba en poner hostilidad sobre la desventurada Mabel. La escena del cañaverál la conocía a medias José Manuel; el

vio al Chileno costeando la represa y lo miró entrar al cañaveral, mas no salir. Al encontrarse con Mabel, pensó para sus adentros:
- ¡Pobre... si él tendrá razón!... ¡qué mundo éste tan perro, caray!

– Y al acercarse a su patrona, le dijo:

– ¡Vaya, pronto niña, que el patrón está de güelta!...

CUARTA PARTE

I

El Bautismo

Era el primero de octubre de 1864, fecha señalada para el bautizo del heredero de «Los Llanos».

La Hermógenes, José Manuel y el Cachiyuyo conversaban en voz baja en la cocina:

– Todo se arreglará de ésta -dijo José Manuel, confiado.- La alegría del acristianamiento del chico los agüenará. ¡Dios loiga!

– Inquietud me da al oyirte! ¡Ojalá permita Dios lo que decís! Largame todo, José Manuel, que me afisio con la duda.

– Hablaré lo que convenga, Hermógenes. Lo demás callaré... Tengo una piegra en la lengua.

A José Manuel le atormentaba la duda con respecto de Mabel desde la escena del cañaveral.

– ¿A naides lo has dicho, José?

– Hablo pa los que saben, Hermógenes; pa los otros soy mudo...

– Esta casa va pa mal no más... ¡Pobre niña Mabel! -suspiró la Hermógenes, sin comprender el pensamiento del indio.

– Cualquierita diya le largo tuito -dijo el Cachiyuyo, que era todo orejas, a lo que decían los otros dos.

También el Cachiyuyo llevaba en el corazón la angustia terrible de un sentimiento que se le metía en el alma como un puñal.

– ¡Te guardarás bien! -ordenó con énfasis José Manuel.

– ¡Hermógenes! -llamaron del patio, donde toda la peonada de la estancia y la de los vecinos preparaba la comilona con que los esposos de la Vega los obsequiaban por ser el bautizo del hijo, que entraba en la vida cristiana; y todas las familias de los alrededores, señores y peones, acudieron al acontecimiento, ansiosos de ver de cerca al matrimonio del cual se alzaban tantas murmuraciones en todo «Los Llanos». Cada cual contaba a su manera la historia de los dos.

En el gran patio se desarrolla la escena.

Los Urquiza, Ontiveros, Sánchez, Pizarros y otros, juntamente con los dueños de casa, tomaron sus puestos en la mesa del centro, tendida a lo largo del patio, bajo un toldo de lona sostenido por horcones de algarrobo clavados en el suelo pedregoso de la loma.

La peonada, hombres y mujeres, esparciáanse en pequeñas mesas a orillas del chisporroteante fogón, desde donde se abarcaba el paisaje.

Un quebracho alto y magro se empinaba en el extremo de la Loma, pelada de árboles, en la que se levantaban los dos edificios uno frente al otro: la casa nueva y la vieja, de barro y quincha, que servía de despensa en la estancia «Los Llanos».

Luciano, envenenado por los celos, pero sostenido por su orgullo, se propuso dar un desmentido a los chismes, invitando a la fiesta al Chileno; al mismo tiempo quería observar a los dos y adquirir las pruebas que él necesitaba para proceder como hombres y dar a su venganza el placer de cumplirla. En su corazón se inflamaban mil pensamientos que soplabanle, en su constitución, el fuego de la cólera que no perdona.

Por todos lados le llegaban en polvareda las noticias, y hasta Panta habíale soplado con toda maña que durante los últimos días de su ausencia, Mabel había salido dos veces: una, hacia el cañaveral, de donde no la vio regresar, y la otra, al campo, para el lado de la Nicasia. Es de comprender el estado espiritual de Luciano. Desde el día anterior parecía tener fiebre; todo lo hacía maquinalmente, con una prisa inquietante, como si fuera largo el tiempo que restaba a la

solución de algo que ni él mismo sabía. Ni una palabra dijo a Mabel sobre sus días fuera de casa, ni menos ella preguntó, y apenas si se cruzaban algunas palabras entre ellos. Muchas veces, Luciano sintió deseos de echarse sobre Mabel y hacerle confesar la verdad; pero, como siempre, un sentimiento más fuerte que él mismo le impedía hacerlo. Sin embargo, sentíase más tranquilo; iba, por fin, a verlos juntos, a otear sus rostros y comprender su situación de una vez. El placer anticipado de su venganza ponía en sus nervios una especie de dulce engaño, y los deseos irresistibles de su decisión le daban habilidad, y astucia para prepararlo todo con la mayor serenidad. Esta calma de conciencia para realizar su venganza era debida a que Luciano reclamaba más de lo normal a su mujer, sin pensar en su infidelidad ni en los sufrimientos de Mabel. Se creía defraudado en su honor de hombre, a quien se le debía pleito homenaje, sin haber puesto el de su parte nada para conseguirlo. Vanidad del orgulloso que desconfía del honor de los demás, sin pensar en el suyo propio. Luciano, con su espíritu enfermo, no tenía en esos momentos el juicio que analiza inteligentemente, humanamente, las cosas, y que es lo único que diferencia al hombre de las demás especies animales.

Mabel puso trabas a la fiesta, y el día antes tuvo un disgusto con su marido. Pidió, suplicó, pero Luciano estaba empeñado en su idea. Mabel estalló en sollozos, como si su máquina humana tratara de calmarse por medio del desahogo de sus nervios; luego quedó afónica y con temblores en las manos.

El sufrimiento de Mabel, la destruía. La fuerza nerviosa contenida parecía derivar sobre su propio cuerpo en una inútil emotividad que la conducía al suplicio y al agotamiento. Desde su conversación con mama Nicasia, la ansiedad, la duda, el miedo al mañana, la llenaron de inseguridad y de alarma con la idea obsesionante de que ella estaba de más ya en la vida, que debía morir para liberar a Luciano y dejarlo feliz al lado de la que amaba. Y a veces su corazón angustiado parecía latir con dificultad y como si una ansia oprimiera su estómago. Se retorció las manos yendo de aquí para allí,

sin ton ni son, con la mirada perdida en el vacío, inerte por una fatiga aplastante; pero con la necesidad imperiosa de hacer algo, como si no pudiera estarse quieta, por una extraña fuerza que la impulsaba al movimiento. Otras veces, aunque llorase su pequeño, quedábase como clavada donde estaba, las piernas frías y un helado sudor en sus sienes y manos. Por su rostro fatigado y marchito parecía asomar su idea constante: la muerte; y un torbellino de pensamientos oscuros y rebeldes se alzaban en siniestro tropel.

Cuando se veía así, como perdida en un mundo que la asustaba por lo desconocido, temblaba de miedo y corría a tomar en brazos a su niño, comiéndolo a besos, abrazándolo fuerte contra su corazón, como pidiéndole fuerzas al hijo de su sangre, contra aquella terrible ansiedad de morir. Mabel creíase loca en estos momentos; hubiera dado la mitad de su vida por estar cerca de Luciano, con una necesidad imperiosa de verlo, de ser comprendida, de olvidar todo y fundirse en él con una ternura ansiosa. Deseaba besarlo, apretarlo contra su pecho y luego morir. Quería la muerte como la única satisfacción posible de su amor inmenso y no correspondido.

El talle se le había alargado y parecía hundirse día a día sus ojos negros que brillaban en la extrema palidez del rostro.

Pero Luciano nada veía; sumergido también en su propio ser, iba de aquí para allí preparando la fiesta.

Desde la aurora de ese día primero de octubre se pusieron en marcha todos los vecinos, llegando incesantemente por los únicos dos senderos que existían: el del sur, un carril ancho, abierto entre el bosque del bajo, que comunicaba con la estancia de los Zárate; y el otro, el del poniente, partía de la represa, rodeaba los corrales costeano un largo cerco de ramas y se alargaba hasta Patquía, la población más cercana, que distaba seis leguas. Todo lo demás era campo labrado, lomas y bosques de quebrachos y algarrobos, guarida de «Los Montoneros».

Así fue llenándose de gente la casa de Luciano, paladeando, quizá, toda la tragedia interior de sus dueños; y por todos lados se oía el murmullo de las conversaciones y el ir y venir de los invitados.

Más tarde, en medio de la comilona, cuando el entusiasmo de las bebidas comenzaba a subir a los rostros, se veía correr de un lado a otro hombres cargados con fuentes, llenas de manjares, y de vasos con aloja ⁽¹⁾, recién colada; y hasta las gallinas y los patos merodeaban; y los perros caseros, echados mansamente, movían la cola en aprobación y espera de sus raciones. El sol, oculto en nubes, daba un tinte gris al día y el perfume de los chañarales que rodeaban la represa en la cabecera sur, sahumaba de exhalaciones silvestres el ambiente.

Habían gauchos de todos los tipos: negros, tostados, de grandes ojos. Otros de rostro ancho y relumbroso; de hombros altos y nervudas piernas. Casi todos de bombacha o chiripá, de la que sobresalía el largo fleco de los calzoncillos. Algunos de ellos atizaban el fuego y asaban las carnes; mientras las mujeres trinchaban los pavos y gallinas, freían las empanadas y pasteles; y, muchas de ellas, con sus hombres, casi tendidas en las mesas pequeñas, tenían puestos los ojos en la mesa del centro, y se les atizaban los celos por la envidia de ver a otros, mano a mano con los patrones, y comentaban en voz baja cosas que debían callar.

Las grandes llamas de la fogata, todas temblorosas por el aire, coloreaban con su centelleo los rostros de los que se agrupaban a su alrededor. Chirriaban las leñas, mientras muchos gesticulaban y reían.

Bebían con placer, en los mates para el agua, el vino riojano; y en las mesas, y hasta en el suelo, pequeños charcos que los perros lamían. El humo de las carnes y el olor a las frituras enervaba, y oíase el ruido de los platos y de las copas, los murmullos de palabras y de carcajadas y el tintineo de los tenedores y cuchillos.

Saciado el apetito en demasía la sed, comenzaron las confianzas; cada uno refería sus hazañas y su vida. A las expansiones siguieron las apuestas de quien bebía o comía más, y hundían de

(1) Bebida hecha de algarroba molida mezclada con agua.

golpe los labios en los jarros de vino. A lo lejos, de vez en cuando, se sentía el balido de las vacas y el relinchar de los parejeros atados algunos al quebracho.

Uno de los gauchos recorrió las mesas y la concurrencia, con una guitarra en la mano... Alguien comenzó a rasguear y de pronto oyóse un canto que ascendía con una pobre voz cascada y medio trémula. Todos callaron y una especie de tristeza ancestral invadió a los comensales:

«Hay en los ríos americanos
Que al sur descienden del Ecuador
Un camalote que mis paisanos
Le llaman hojas del corazón.

En las tormentas, descienden
Entre caricias del vasto mar...
Será un misterio, pero hay un día
En que nos salva la tempestad».

La voz toda se hacía conjuros y resbalada en las ondas que alzaban, bajaban y desmayaban, las notas cálidas y lloronas de la guitarra. La voz del gaucho riojano está empapada de una melancolía orgánica, tan turbadora, que se diría son pobres seres que arrastran consigo una morbosa herencia legendaria. Una nota larga y tenida iba muriendo dulcemente...

La peonada cobró nuevo aliento y sonaron los aplausos y los vivos al gaucho cantor, el más valiente en la doma. Habían perdido el miedoso respeto a los patrones y el vino nubló las distancias. Devoraban con la vista a las chinas adornadas con un clavel en la oreja y largas trenzas negras. Las canciones se mezclaban a los golpeteos de manos y unos pedían más vino y otro zapateaban con sus compañeras en los sobresaltos de un gato.

De pronto una voz, dijo:

– ¡Que cante la señora Mabel!

- ¡Que cante, e...! -repitieron en coro.

Obscurecía. La penumbra dulcificaba las cosas; las llamas de la fogata padecían vaivenes; y allá, a la distancia, el coro agrio y monótono de las ramas en la orilla de la represa parecía levantar en disputa alguna mágica conversación.

Todos se agolparon alrededor de la mesa, y Mabel, desde que vio al Chileno, se creía sobre ascuas. Y toda turbada miraba a su marido, como pidiéndole consejo.

- Canta Mabel, te lo piden -dijo él, con tono autoritario, a pesar de su aparente amabilidad.

En el cerebro de Luciano se agitaba una tormenta. Tomó su vaso y lo llenó de vino; una ola de sangre subió a su rostro y un ligero zumbido en los oídos. Creyó sentir algunos murmullos alusivos que se perdían con el ruido de los platos.- Ahora veré, adivinaré en sus rostros- se dijo, y al ver que Mabel se disponía a cantar, fue como un impulso de que pronto él debía hacer algo. ¿Pero qué? ¿Cómo podría convencerse de lo que él no dudaba ya?

- Sin embargo, ¡qué aspecto más puro!... ¡Infame! -se dijo para sí-. Así engañan las hembras todas con esas caras de ángeles.

Mabel tomó la guitarra y comenzó a afinarla. Detrás de ella, larga fila de hombres y mujeres, cuyos trajes típicos contrastaban con el suyo de seda blanco, traído de la ciudad de La Rioja, se estrechaban para oírla y cercarle con los ojos.

Mabel sentía el ahogo de su corazón; sus manos temblaban sobre las cuerdas a la rebelión íntima de un padecer insostenible. La tristeza interior iba envolviéndola como en un desierto, todo cubierto de grises suelos, sin un punto de apoyo donde sostenerse, y se sentía caer, pesada y cual una masa inerte. Temió que no saliera ni una nota de su garganta, porque la notaba seca.

Los cabellos negros, echados hacia atrás y anudados en la nuca, dábanle aspecto juvenil. Cubría su garganta un collar de azabache con un medallón antiguo, también negro. De sus brazos morenos, pero, moldeados, colgaban unas mangas anchas, que la idealizaban como dos alas. Ardían en sus ojos, grandes, las pupilas entre los

párpados. Sus manos pequeñas y flacas arpegiaban las cuerdas; y sonó su voz en el silencio del crepúsculo.

En verdad que aquel canto era todo el dolor que desde hacía tiempo venía amontonándose en su corazón y una incomprensible inquietud se había entrado en el alma de los oyentes, como si hubieran escuchado una queja.

Nadie conocía el canto de Mabel; pero las cuerdas de su guitarra les hacía vibrar de una manera nueva. Una emoción casi sensual, sintieron ante aquella mujer que miraban tan inaccesible a sus deseos de hombres y que decía en su canto algo que ellos no podían comprender.

El Chileno, vestido con traje de pana azul, elegante en su sencillez, tenía fijos sobre Mabel sus ojazos negros, rasgados inmóviles. Asistió a la fiesta por invitación de Luciano, sin sospechar la intención de éste; y desde su llegada al banquete corrieron rumores por entre los comensales. Unos a otros se miraban perplejos. Cuando Mabel terminó de cantar, el Chileno, casi inconscientemente, se levantó, con aire grave, pero decidido, se le aproximó, y le dijo algo en voz baja. Ella respondió apenas. Pero él sentóse en una silla frente a Mabel, como acariciándola con sus ojos de terciopelo.

Al otro lado de Mabel se hallaba Luciano, tan alto era que su cabeza sobresalía de entre todas. Vestía como el Chileno, de pana gris y alta botas negras. Sus manos largas y quemadas revelaban los duros trabajos al aire y al sol; algunas pecas le manchaban el rostro enjuto y de facciones acentuadas; los ojos, muy chicos, despedían un brillo verdoso en su mirada penetrante, y su boca se plegaba en un rictus incomprensible. Toda su persona adquirió en ese instante un dejo de señorío y de altivez que le endureció la expresión. Se hubieran podido contar las pulsaciones de sus venas; un ímpetu de voltear al Chileno lo paralizó, pero se contuvo con esfuerzo.

Su mujer seguía cantando, y todos, al escucharla, sentían la dulzura del momento y se dejaban arrebatar por los recuerdos como si fueran niños.

Dejó de tocar las cuerdas y enmudeció. Miró a todos lados, y al

ruido de los aplausos, sonreía, saboreando con intensidad desconocida la agitación íntima de toda aquella gente. Miraba el paisaje, y le pareció que la montaña lejana se agrandaba, que su espíritu volaba por encima de los montes, y como si hubiere olvidado su vida, descansó en una dulce esperanza.

El Chileno, involuntariamente, levantó su copa y brindó por ella, pidiéndole el clavel que llevaba en la cabeza. Mabel turbada, sin saber qué hacer, pensando que si lo negaba dirían: ¿por qué?, o si lo daba fuera peor, ante la duda, optó por no prestarle importancia, y arrancó el clavel que pendía en sus cabellos y se lo dio.

- ¡Gracias!- balbuceó él, llevándose la flor a los labios.

- ¡Bravo! -gritaron los gauchos-. ¡Feliz el araucano!...

- ¡Nació bajo buena estrella! -dijo, riendo, un paisano de cabellos canos.

Mabel y el Chileno miráronse turbados y se quedaron mudos. Un largo rumor corrió por las mesas y alguien, detrás del patrón, soltó una carcajada insolente.

Luciano no pensó más... se nubló su mente y un velo obscuro corrió por sus ojos... No había terminado el otro de reír, cuando se dio vuelta y lo tumbó de un bofetón; pero el hombre, dando un salto, sacó de la cintura un puñal y le largó una cuchillada, diciéndole:

- ¡Al que has debido trompear es al que te adorna la cabeza! ¡Toma!- y brilló el acero a la luz.

Un paso adelante... un instante de demora y Luciano hubiera sido traspasado, si José Manuel y otros no hubieran cogido a Panta, quitándole el puñal.

- ¡Calma, calma! -exclamaron todos espantados.

Luciano enfurecido y fuera de sí, gritó:

- ¡Miserable! ¡Ya me la pagarás! -y luego, volviéndose, dijo:

- ¡A casa, Mabel! -¡Y tú -dirigiéndose al Chileno- sal de aquí! -ordenó con imperio.- ¡Al campo, de hombre a hombre!.

Todas las familias se pusieron de pie con gesto airado.

Al Chileno se le oscureció el rostro, y sin darle tiempo, como

un tigre, cazó el brazo de Luciano, en cuya mano brillaba un revólver. Presionó la mano con tal fuerza, que cayó el arma sobre la mesa; y pronto no fue más que un solo cuerpo que luchaba a brazo partido.

Los hombres se estrecharon para separarlos, al tiempo que Luciano le asentó un golpe con el puño cerrado en el corazón al Chileno, que cayó como cae el algarrobo cuando le hachan la raíz. Tendido a la larga, rechinaba los dientes, echando sangre por la boca.

- ¡Cae, cobarde! -gritaba Luciano. - ¡Esto no es como recibir claves!...

Mabel, que se había quedado muda en el primer momento, se llevó las manos a la garganta y al estómago; pero en seguida, como adquiriendo movimiento sus piernas, corrió hacia su marido diciéndole a grandes voces, lo que él no escuchaba...

- ¡Se retiran todos! -ordenó él a la peonada.- Y ustedes, señores -dijo a sus invitados- ¡me perdonan este mal rato! ¡Ya era tiempo de darle su merecido a este granuja! -Mientras el herido que se había levantado apenas, desaparecía por detrás de la casa vieja seguido por algunos hombres.

Pero el alma de Luciano pasó el recuerdo supersticioso de la maldición de la Gitana: -«Alguien se encargará de vengarme»... -y volviéndose como enajenado, cogió del cuello a su mujer, pálido y tembloroso:

- ¡Toma! -dijo- ¡ya dejarás de engañarme de una vez!... -Pero antes de que nadie se diera cuenta, el Cachiyuyo saltó como un gato y se interpuso entre el patrón y Mabel, con los pelos de punta y el rostro descompuesto, brillando en sus ojos de niño el furor de la injusticia, tendencia lógica de un sentimiento primitivo; además, esa inquietud sensual de su organismo despertó el pánico imprevisto ante el ultraje a la que amaba; ya no era el criado que veneraba humilde a su señora; ya era el hombre que, frente a otro hombre, defiende a la mujer que ama, y engrandeciéndose ante sí mismo, se cuadró desafiante y terrible, amenazando a Luciano con los

puños cerrados:

– ¡Atrévase a tocar a la niña Mabel! -dijo enloquecido-. ¡Aquí, aquí estoy yo, pa defenderla! ¡El cobarde... es... usted que la engaña con...!

No alcanzó a terminar, porque una trompada en el rostro lo volteó de espaldas, dando la cabeza en una piedra que se manchó de sangre.

– ¡Ay! -gimió Mabel, y cayó sin sentido en los brazos de la Hermógenes, que la ampararon.

Todos los comensales, atónitos, rodearon la escena.

* * *

Más tarde vieron al Chileno alejarse a lo largo de los cercos, costeano la represa, como una sombra más densa, y que el crepúsculo hubiera dejado olvidado allí, y que poco a poco, se desvanecía en la noche, que avanzaba lentamente,, sobre el cerro lejano, sobre el campo, sobre la represa...

II

En la noche

Esa misma noche, después del incidente ocurrido en la estancia «Los Llanos», por el camino que conducía a Patquía, perdido entre los montes, iba el Chileno, y al dar vuelta la cabeza, vio con sorpresa que un hombre le había seguido entre las tinieblas... Reconoció a Panta.

– ¿Qué haces aquí? -preguntó sorprendido.

El hombre, sin contestar, sacó de su tirador un cuchillo, y acercándose al Chileno, se lo ofreció, diciéndole:

– Este no falla, y sabe vengar ofensas. ¡Tómelo, yo le ayudaré!

El Chileno comprendió la intención y débilmente quiso alejarlo:

– Déjame, Panta. ¡No me tientes, hombre!...

– ¿Que no? -repuso el gaucho- después de haberle tapao sus porquerías con la Gitana? Ese me pegó sin razón; yo me vengaré. Desde hoy le pertenezco en cuerpo y alma a usted. ¡Ordene!

El Chileno detuvo el paso; en su conciencia revivía la escena y le dolía el mal hecho a Mabel involuntariamente; él la había amado siempre, con el corazón lleno de odio para su dueño. Todavía llevaba en el oído el grito de Mabel, y todo su amor parecía agitarse en loco deseo de arrancarla del hombre que se la robó; y escuchando en el silencio la voz de su venganza, clavó la mirada en las sombras

del campo. Al fin, como quien toma una resolución, se detuvo con aire amenazador.

– ¡Oye! -dijo a Panta. ¿Tu conoces bien los caminos?

– Años entre estos montes, responden de mi memoria; puedo, como la víbora, arrastrarme hasta la misma alcoba del patrón.

– ¿Y la represa? -preguntó el Chileno. -Porque ya sabes que los caminos estarán vigilados; sería el único paso para no ser vistos.

– ¡Eh! ¡Qué me importa! -dijo Panta con expresión vanidosa-, ¡la sé vadear!

El Chileno calló.

Estaban en medio de un barrial; sombras enormes se tendían frente a ellos; montones indeterminados de ramas secas yacían por el suelo, y los jarillales y pichanas parecían gentes agachadas en la obscuridad.

Oíase en la selva débiles ruidos y aleteos de pájaros nocturnos, y las copas de los algarrobos empezaban a estremecerse con el viento del sur.

– La verdad es -afirmó Panta- que la tal Mabel es una zorra; lo tiene comprado al patrón y se le caía la baba por usted.

– ¡No! -dijo con seguridad el Chileno; y como hablando consigo mismo, prosiguió: -¡Que sería de ella!...

– ¡Bah!, ni niño de teta que uste juera -insinuó Panta- no le hai faltar un rincón; es güena hembra y pronto hallará tata pal chico.

Una inquietud perturbadora agitaba al Chileno, y al echar una ojeada hacia el lado de la estancia, reprimió un suspiro. Muy lejos, en la loma, clareaba en la noche una luz que salía de la casa.

III

La mano del destino

Una semana después de los sucesos referidos, dos hombres, en el rincón de un almacén de Patquía, conversaban en voz baja.

– Es el momento de ejecutar -dijo con tono firme el más joven de los dos, al tiempo que llevaba a sus labios una copa de aguardiente.

– ¿Cómo? -preguntó el Chileno, anhelante.

– ¡Jure cumplir lo que yo diga! -insinuó Panta.

El Chileno apuró un vaso de ginebra y exclamó:

– ¡Lo juro por vida de...!

Panta continuó:

– Mañana a la noche, hora en que alumbra más la luna, me aguarda al comenzar el cerco de los corrales. Lleve un lazo bien trenzado y su facón.

– Convenido -murmuró el Chileno.

Y los dos se perdieron entre la gente de la pulpería, que ese día se encontraba avispada, pues había noticias de una partida de «Montoneros» que se aproximaba a la población, y el terror agitaba los nervios por el miedo de ver aparecer en las puntas de las lanzas aquella bandera símbolo de muerte, un trapo negro con dos calaveras pintadas en rojo, herencia de Quiroga. Unos se preparaban para pelear, y otros arreglaban sus cuentas antes de darse a la fuga, y en aquel rancharío miserable, cada uno buscaba de salvar el pellejo.

IV

Herida que sangra

La luna se alzaba sobre los campos, redonda y sin nieblas. En las lomas pedregosas andaban llamaradas fatuas; y en los carriles, chispeaban las piedrecillas de diversos colores. Anchas tierras de altos maizales y boscajes de quebrachos y talas formaban manchas oscuras, extensas, que se perdían de vista, semejando un gran mar sombrío. Al oeste, la represa, como una enorme plancha de plata, se extendía entre los bordos; las vacas a lo lejos rumiaban y los perros dormían echados en el umbral de las puertas. La sombra de la casa se alargaba en el patio desierto.

De la inmensidad, caía una especie de bruma azul, mientras la luna navegaba por el espacio, donde no se veía ninguna cosa, como no ser las innúmeras estrellas y la vía láctea lechosa y estirada cortando el cielo.

Mabel, sostenida casi por la Clarinda, sentóse en el patio, en una silla hamaca, cara al cielo, y con las manos en alto, dijo:

– Como esta noche está mi corazón.- Bajó los brazos y se hundió en la calma sideral, con la necesidad de sumirse en un abismo mayor que el de su corazón; aquel cielo estrellado tenía para la infeliz Mabel una atracción enfermiza. Van sus ojos hasta el espacio, porque hasta allí va su soledad, y con ella el trágico silencio de su conciencia. Cuando una mujer o un hombre están acostumbra-

dos, en ese silencio que trabaja por la realización de la vida a aquel lazo secreto de dos corazones que se hablan, se escuchan y siguen el diálogo interior de los espíritus, atados por un sentimiento amoroso y de un momento a otro se rompe este vínculo mágico de unión interna, se abre el vacío espantoso de la ausencia irremediable, de la fuga de la mitad del ser y como un algodón al viento, se vive dando vueltas en el espacio, sin encontrar calma ni descanso.

Mabel siente latir su corazón por aquel hombre que forma parte de su vida... tiembla de perderlo y una necesidad honda e imperiosa de la absoluta posesión de su marido, la angustia y cree que sueña; lo ocurrido le parece una pesadilla, y no siente el deseo de morir como otras veces, sino la horrible ansiedad de luchar insumisa contra el destino; su juventud oye dentro de su pecho el grito desesperado que la especie lanza en su instinto de mujer, por el hombre elegido, por el complemento de su ser, que otra le arrebató; que ya quizás en ese momento mismo estaría vencido en sus brazos, desatado de ella, perdido en el nuevo amor. Un pensamiento obscuro pasa por su cabeza y asiéndose a la vida con vigor, quiere no pensar.

En el primer momento de la separación, Mabel sintióse dueña de sí misma, a pesar del choque de sus nervios, el día del banquete. Cuando volvió en sí, pareció adquirir de nuevo sangre fría y con gran valor puso en orden sus ideas; se sintió fuerte y creía tener la calma suficiente para nunca más perdonar a Luciano; y se paseaba por su cuarto repitiéndose en voz alta:

– ¡Yo no tengo nada que hacer, nada absolutamente!...

Durante los días que siguieron al abandono de su marido, cayó a la cama, porque sus piernas temblorosas apenas podían sostenerla. De noche, sus ojos no se cerraban, y el menor ruido o el ladrar de un perro la sacudían penosamente. Tomaba a su hijo y explotaba en lamentos que partían el alma de su fiel sirvienta. En el día, su carácter sufría alternativas violentas; accesos de rabia en que hubiera tirado todo al suelo y gritado con todas sus fuerzas. Casi siempre terminaba esta excitación en un estado depresivo, como si su sangre no circulara.

Esa misma tarde, la Clarinda oyó que adentro del cuarto alguien rezaba en voz alta el Credo; sospechando fuera su señora, entró de súbito a la pieza y Mabel dio un grito espantoso, que la dejó helada. Luego de llorar hasta agotarse, Mabel quedóse tranquila y en estado normal, casi como ausente a todo lo sucedido.

Esta noche, su espíritu se adormecía en la calma fría de la luna.

Cerca de ella, la Clarinda, con su largo cuello, con enorme coto debajo de la papada, está allí, inmóvil, muda...

Mabel, después de recorrer con sus ojos el horizonte, dejó escapar un suspiro que descargó su pecho, levantando su blusa de hilo blanco. Sus negros cabellos caían sobre las espaldas y su cuerpo se balanceaba en el acompasado ir y venir de la hamaca.

Miró la luna que se metía en una nube negra, apareciendo por la orilla opuesta y bañando de luz los cerros lejanos, y dijo casi sin voz:

-¡Quién fuera como tú, que corres por el espacio azul; en tanto yo, aquí estoy, como clavada!... Clarinda, trae la guitarra, que mi corazón está triste...

Esta la miró sorprendida; no creía que su señora estuviera para cantos; pero, por no contrariarla, trajo de adentro la enorme guitarra de caoba con clavijas de nácar, y Mabel fijó sus cuerdas, las templó y empezó a cantar.

Las notas llorosas de la guitarra se sucedían, dejando en el espíritu el primer acento, hasta que llegaba el otro, volando en la obscuridad como un lamento largo o encogido, según la fuerza que lo empujaba.

La Clarinda comenzó a canturrear con voz medio gangosa, pero dulce y triste:

«Un tenue soplo de brisa
o veloz nube que pasa
todo te inquieta y te agita».

- ¡Cállate, Clarinda!- exclamó Mabel, presa de una ansiedad

desconocida. No siente ya la tristeza de perder a su marido, sino el ímpetu bravío de odiarle, de arrojarle al rostro su infamia, su injusticia; de clamar, de luchar, de medir sus fuerzas con la intrusa; de correr allá, cerca de él; pero, de nuevo se le encoge el corazón; y aquella cosas sombrías, engrandecidas por un resto de noche, le parecían inmensas, vacías...

Clarinda, llegándose muy cerca de ella, le tocó el hombro y le dijo:

– Lo que tienes es amor por él; y él...

– ¡Habla! -dijo Mabel-. ¿Dónde está?

– Ayer, lo vieron los peones trabajando en el cerco del naciente - contestó en voz baja la sirvienta.

Mabel le rogó con una mirada suplicante.

Desde el día de la fiesta, ¡maldito día!, todo anda en...

humillan y tuavía lloran y piden perdón...

El viento tibio se quejaba, y a lo lejos, sobre el cerro, se arrastraban algunas nieblas. Un polvo gris plata envolvía los montes.

De pronto, Mabel se pone de pie y señalando con el dedo, dice:

– ¿Y tú, qué haces allí? Desde el día aquel te has convertido en mi sombra; siempre con los ojos fijos, inmóviles en mí. ¿Por qué no hablas, no conversas como antes? ¿Se te han desaparecido los sesos con el golpe? ¡Anda, hombre! Siempre en cuclillas, como pegado al suelo.

– ¿A quién hablas? -preguntó inquieta la Clarinda, moviendo los ojos de un lado a otro con desconfianza.

– ¿A quién he de hablar? -respondió Mabel con naturalidad-, al Cachiyuyo; aquí está, que parece un fantasma, siempre mudo, mirándome como las boas para atrapar su presa.

– ¡Misericordia! -gritó la Clarinda al oír semejante cosa. El Cachiyuyo hacía ocho días que había muerto y nada dijeron a Mabel por no afligirla-. ¡Misericordia!- volvió a exclamar, e iba a decir algo, pero recordó que delante de los aparecidos no se debe demostrar miedo, porque, según dicen, se resienten, y sobre todo por Mabel. Se comió las palabras y salió corriendo hacia adentro, rezando en voz baja:

– ¡Anima bendita, Dios te tenga en su seno! ¡Anima bendita, ánima bendita!....

Los perros empezaron a llorar con aullidos largos; y gemía el viento en el quebracho...

V

Incertidumbre

Marchaban uno al lado del otro, por el ancho camino que corría hacia el naciente y que conducía a la Estancia Chica -como le llamaban a un pequeño puesto, distante una legua de la Estancia de Los Llanos-, Luciano con su mozo de mano, el indio José Manuel. Este montaba una mula parda, garbosa, que se apareaba con el caballo alazán de Luciano. Iban al trote, en el silencio. A uno y otro lado, el monte obscurecido por la penumbra, se perdía en el horizonte entre un vapor violeta; los algarrobos más coposos y más altos, formaban ondulaciones en la lejanía. Metidas en los breñales, las cabras balaban, y llegaban oleadas de ese olor conocido de los ganados. El camino parecía angosto al huir, siempre igual entre los árboles; una dulzura primitiva templaba la tierra.

José Manuel, con la cabeza baja, callaba, como si un mal interior le hubiera envejecido en pocos días; de vez en cuando sonaba con ruido seco su látigo sobre los guardamontes de cuero, que nunca dejaba en sus correrías.

Luciano parecía ir marchito con la plerplejidad. Caían sus largas piernas sobre los estribos y a su rostro anguloso de hombre joven lo contraía un recuerdo doloroso. Cuántas veces él había hecho este camino en tan distintas condiciones; y a pesar de lo sucedido, vino a su visión la imagen de su mujer en los primeros meses del matri-

monio... El camino largo y monótono cerrábase en el horizonte.

De pronto, hacia un lado de la senda, en una pequeña llanura creyeron ver algo extraordinario: una gran bandada de cuervos que devoraban una vaca muerta, de la cual sólo quedaban algunos restos y el esqueleto que blanqueaba en partes. Unos descarnaban con las garras y otros alzaban en alto con sus picos corvos las tripas. Gran cantidad de estos terribles pájaros engullían y tragaban, atorándose; y con las alas abiertas rozaban el suelo, dando pequeños saltitos y graznando; muchos más, revoloteaban en el aire, sin parar en sus círculos concéntricos. La llanura se extendía alrededor de este cuadro, y toda aquella serenidad del campo se interrumpía con el singular banquete. Por ráfagas, el viento llevaba pequeños remolinos de polvo gredoso.

– He ahí la vida, José Manuel -dijo sonriendo Luciano-; así seremos comidos algún día; con la diferencia que en nosotros es peor aún; porque los cuervos comen y engullen a la luz, en tanto con los gusanos el drama es más silencioso, en la obscuridad, bajo la tierra...

– No lo sienta, patrón, la soledad -afirmó el indio-. Esto es estar-se comiendo vivo.

De pronto, entre unos talas, un hombre estaba sentado a la orilla de un fuego, tomando mate. Su caballo mordía el pasto, atado al tala.

¡Era Panta! Luciano se estremeció.

– Hazte a un lado- dijo a José Manuel y echó mano a su revólver.

– No es tiempo tuavía, patrón -replicó el escudero cazándole el brazo.

Panta, de un salto se acercó, y con esa mirada oblicua de indio, miró a Luciano; y quitándose el sombrero dijo:

– Patrón, estoy de güelta. Ese día estuve mamao; discúlpeme.

– ¡Sal de mi presencia! ¡Pronto, que no te vean mis ojos! ¡Fuera..., lejos de mis campos! -ordenó Luciano con voz áspera.

Panta dio media vuelta y haciendo ruido con las espuelas, se alejó de espalda a donde arrancaba el pasto su pingo, diciéndose

para sí: -Agora estoy seguro. ¡Ya me la pagarás!... ¡Niña Tola, desta quedará contenta!...

* * *

Llegaron. Era casi de noche; entraron al rancho de quinchá, y Luciano se echó bajo abajo, en un catre de madera, con el rostro entre las manos.

José Manuel encendió una vela que estaba metida en un candelero de lata amarillo, y llegándose a su patrón, con la cara ensombrecida, le suplicó:

- ¡Patrón! ¡Patrón!

Luciano, cosa extraña, lo miró vacilante, como si no comprendiera el llamado, como si su cerebro olvidado de todo lo acaecido volviera de una pesadilla. Nunca Luciano pensó en la muerte; amaba demasiado la vida y su persona, para causarse daño. Sólo una vez sintió el vértigo de tirarse a la represa; pero fue para empujar a Mabel, desesperado por la duda; más ahora, que no existían sino realidades, Luciano conservaba toda la frialdad de su razonamiento.

- Vuelva, patrón -dijo de nuevo José Manuel-; la niña Mabel es inocente; usted estaba chumao y no supo bien las cosas.

- ¡Calla, hombre! Si Mabel fuera inocente, se hubiera rebelado de otra manera -dijo Luciano, contrariado de tener que hablar de su dolor delante de un sirviente; aunque José Manuel lo hubiera criado, Luciano tenía el orgullo hasta de sus desgracias-. Cuando me acerqué, el día que iba a dejarla -continuó-, todavía le pregunté si guardaba algo que decir en su favor- Levantó los ojos, me los clavó con odio, y sus labios se apretaron mudos. Prefiero así: por lo menos, no era cobarde; no quiso mentir. Bien sabía ella que no me iba a hacer morder la piedra. Comprendí, José Manuel, que a pesar de todo, era una criatura débil, una mujer, y al abandonarla, la desprecié.

- ¡Error, patrón! Eso jué orgullo; las mujeres son como las leonas: cuando se las hiere, se encogen. Después, patrón, la injusticia

ofiende. Acuérdesse cuando su tata le dijo que usted había gastado la plata de los bueyes, como usted se quedó sin palabras por la mentira.

Ante aquella reflexión, aquel hombre duro, por un momento pareció ceder al sentimiento humano, y exclamó:

– ¡Oh!, ¡isi así fuera, José Manuel!... Pero no. ¡Siempre esta idea viene a clavarse en mí! Quisiera olvidar, pero no puedo; la visión se me presenta y la carcajada de ese maldito Panta... ¡que se lo trague el diablo!

– Patrón, no es güeno dejar a una mujer sin amparo en estos campos; yo lai visto andar por la orilla de la represa llorando... y por el niño sobre todo. Cuando nacen críos, hay que olvidar menudencias. ¡Si me hubiera usted escuchao, patrón!...

– ¡No digas más! -dijo casi como un gemido Luciano-. Todo lo sé; pero... estoy como embrujado, y con todo, si vivo, es por ella. Su recuerdo me quema y todo el día pareceme oír su voz; creo que la llevo dentro, que es la misma de antes, y, sin embargo, entre nosotros hay levantado un cerro más alto que el Famatina. Cuando estoy lejos de ella, me parece que es inocente; y otras, lo que es la verdad. Quisiera perdonarla o matarla de una vez... ¡Malvada!...

Por el rostro de Luciano rodaron dos lágrimas, quizás las primeras de su vida; salieron como las de un moribundo, del fondo de su vida. El viento parecía chocar en las paredes de quincha del rancho y quejarse en la obscuridad triste de la noche.

– ¡Valor, patrón! -dijo el indio al ver el estado de Luciano-. Hay que ser de acero pa los sufrimientos; los cobardes, sólo, lloran. ¡Todo lo que le pasa la culpa la tiene esa otra, ¡maldita mujer!... Pero si usted cree lo que pasó, mejor es que la entregue al Coronel, y no la deje sin arrimo en la represa, solita con esa vieja. Doy mi cabeza que no ha pecado la niña; pero si usted lo cree, entonces... ¿pa qué estar aguardando?... -Dijo esto José Manuel esperando ver la impresión que sus palabras producían en Luciano. Bien creía él que Mabel no era inocente; con todo, esperaba con su seguridad dar el golpe de aliento en el patrón,

– ¡No! -exclamó enderezándose Luciano-. No no puede ser... Y, sin embargo, ¡sin ella, me muero! El deseo de estrecharla entre mis brazos me transporta y luego siendo odio, odio de maltratarla, de hacerle sangrar el corazón.

Todo el amor ardía de nuevo ante la idea de perderla para siempre.

No es extraño el estado de vacilación de Luciano; por el contrario, es bien humano el querer salvarse de la derrota. Por duro e inflexible que sea el orgullo de un individuo, es vencido a menudo cuando está en juego el corazón. Luciano amaba a Mabel, y desde que comenzaron sus celos y sus dudas, se intensificó este cariño; sus últimas ausencias no eran otra cosa que deseo de no pensar, ansia de olvidar aquella tormenta que comenzaba a hacerle insostenible la vida. Luciano nunca había conocido el dolor, de modo que cuando le mordió por primera vez, todo su organismo sintióse alterado, como el quebracho fuerte y resistente que se tambalea al latigazo del Zonda. ¡Cuántos hombres como Luciano necesitan perder lo que poseen para comprender que amaban lo perdido y sienten una especie de voluptuosidad en este descubrimiento!

Afuera, un intenso rumor circulaba por el campo, y de súbito rasgaron el aire gritos y golpeteos de boca y el chocar de herraduras en las piedras; por el carril vióse, a la tenue claridad de la luna que asomaba, una pandilla de gauchos a caballo, que se apretaban los gorros para el lado de la represa.

– ¡Patrón: Guayama y su partida! -dijo todo asustado José Manuel.

Luciano quedóse un minuto sin pensar, silencioso; pero de pronto, como si se hubiera hecho luz en su espíritu, y con la decisión de los momentos supremos, exclamó mientras se ponía de pie:

– ¡Allá vamos! ¡Los caballos, José!... -Estos estaban atados a un algarrobo junto al rancho.

– ¡Listos, señor!

– ¡A la estancia, amigo!... -Y saltando sobre sus pingos, de pelaje

pardo el uno, y el otro el célebre alazán braceador, de raza peruana, más ligero que el viento cuando su dueño le hincaba las espuelas, patieron al galope...

VI

La abandonada

El soplo del Sur remueve los olores concentrados en la noche, aromas fuertes de jarillales, de palo amarillo y de aguas estancadas. A Mabel perturbaban estas ondas de perfumes y le impacientan el espíritu hundido en el campo. El silencio sale de su corazón y se extiende por todas partes, el alma de la noche gime en los árboles y en las hojas. Mabel afronta su amargura y cree odiar por primera vez en su vida, porque ella ignoraba la prosa de la existencia y toda la mísera debilidad que se esconde detrás de la pasión de un hombre. Y ¿cómo hacerle comprender la verdad al que la creía pecadora? Hay ciertas cosas que no pueden probarse con hechos tangibles y allí fracasa toda la sabiduría humana, y fuera preciso una luz inmaterial para iluminar los misterios del corazón. Ni la vida en común, ni el afecto compartido, nada, da derecho a una mujer para creerse comprendida. Cuando el gigante ciego que se llama injusticia se adueña de un ser, es inútil toda lucha, es inútil toda razón.

Sola con su hijo y la Clarinda, pobre mujer de espíritu derramado en todas las supersticiones, que le hacían acudir por todo el cuerpo la pavora de la noche; más ahora, que los gauchos, según decían, andaban por esos lugares saqueando y degollando.

Hasta la compañía del Cachiyuyo le faltaba. Desde el día de la fiesta, ella le veía siempre mudo, mirándole fijamente como un alu-

cinado y nadie le dijo que el pobre Cachiyuyo había muerto.

Su imaginación se enardecía y convertíase en augurio secreto su horror. Le asaltaban deseos de gritar y de huir por los campos sin detenerse inunca! Mientras tanto, los padres, ignoraban la soledad de la hija.

Desde algunos días, se aniquilaba su organismo, alterado por visiones, como si en su alma se hubiera metido algún mal espíritu que trabajara en contra de ella misma. Más que tristeza la marchitaba una fatiga inexplicable, unida al tedio que envenena y abruma. Nada conseguía volverla a su estado psíquico normal; hora a hora, agriado el humor, su corazón se endurecía, obsesionado sin cesar por ideas de destrucción y de ruina. Está pálida, las yemas de sus ojos arden y parecen dilatarse; la angustia va tornándose depresiva y un temor a las sombras, a los gauchos o quien sabe a qué, la excitaba hasta el delirio. Cuando llegaba a conciliar el sueño, era para despertarse sobresaltada, creyendo sentirse asida de los puños, por manos de acero, y que alguien apretaba su garganta. Entonces el pánico la arrojaba de la cama y quería huir sin saber a dónde. Por todos lados cree ver a su marido, persiguiéndola con la mirada extraviada y los dedos en arco en actitud de estrangularla, y, con todo, ella corre hacia donde está la visión, quiere tocarla, liarse a ella, pero nada encuentran... y midiendo el vacío con los ojos fijos... cae con los brazos abiertos, de bruces en el suelo.

Lo único que logra calmar sus nervios es la luna. Ante la pálida luz de la noche, Mabel se aquieta y en estos momentos, roto el pensamiento, consigue llorar, descargando su pecho oprimido; entonces, como en esta noche, se endereza en su cama de cara al astro, y sueña.

Los sufrimientos levantan un clamor en su corazón y, como siempre, reflexiona: «Si la muerte es la privación de todo sentimiento, un sueño sin ensueño alguno, es un bien muy grande el morir». Las pocas horas de felicidad gustadas, le parecen instantes y sólo sirven para medir con mayor lucidez la fugacidad de la dicha y acentuarle su miedo al futuro.

Mabel, quizás pensaría como los Epicúreos: «Ya no te queda nada más que debilidad, dolor y vejez, bebe la muerte en una última hora de valor, ya que cada existencia es una bocanada de humo que se desvanece». Así se fue, como el humo, el amor de su marido, y la desgracia que avanza lentamente por distintos caminos, pero que llega segura, es lo único que le resta ya, con su muchedumbre de quebrantos que se va deslizando en las corrientes del vivir.

Mabel tembló siempre en sus horas de felicidad briosa, y un no sé qué de amargura sazónada su dicha; y agitada en su pasión, temía aguzarla, porque presentía que cada minuto de un afán feliz arrastra consigo una desgracia. Además, ella había tenido antes de casarse un sueño ingrato. Soñó que, sentada en el corredor de su casa paterna, mirando la cresta del cerro, en una tarde en que el viento se había dormido, las nubes de tormenta tendían un dosel obscuro en el azul de los cielos, y que, poco a poco, se alzaba de la cumbre un gran árbol de humo, con ramas enormes curvándose hacia el tronco, que lo envolvían como serpientes, hasta que, desfallecido, sin vigor, tambaleándose sobre sus raíces, se venía abajo, rodando en el abismo. Contó a su madre este sueño, y ésta quedó sin palabras, y sólo pudo balbucir: - «Hija mía, tu sueño es un aviso secreto, y quiere decir que tu felicidad puede derrumbarse como ese árbol». Luego, su madre, hechizada por la visión, siguió diciéndole con pena, pero resuelta: - «Has puesto tus ojos muy en alto, como en una cumbre, y sabe, hija, que la vida está aquí, muy baja, sobre la tierra y no se levanta ni dos palmos de ella. Hija mía, en esta larga peregrinación, lo que salva es la fe y la esperanza; la única razón de vivir».- Mabel recordaba estas palabras con la impresión sentida de que en su alma se habían apagado las estrellas.. Y, como aquella vez, rompió a llorar..

Serían las nueve de la noche; Mabel, en la misma posición, se resiste al enigma de su fracaso. Vibra dolorosamente su cuerpo, mientras solloza convulsa; y como si una mano presionara su nuca, dobló la cabeza desfallecida, secábale la boca una sed amarga; su cara, contraída, aparecía toda gris, sin sangre; y sus labios se movie-

ron en una pálida sonrisa, mientras escuchaba afuera latir la queja del viento, llenando la noche con su gemido...

VII

Las cumbres del amor

Los gauchos torcieron el rumbo y pasaron de largo, tomando el camino de Patquía. Al llegar a la represa, José Manuel y Luciano, todo dormía en el silencio; sólo el viento rolaba en los tejados.

– ¡No entre de golpe, Patrón! -díjole José Manuel-. Mire que están durmiendo y se pueden asustar.

Al encontrarse de nuevo Luciano donde había sido feliz, vinieron de golpe a su memoria los días pasados. Creía aún sentir el canto triste de su mujer, en la tarde del suceso, mientras él escuchaba atormentado. Iban y venían los recuerdos, como vuelan en el aire los copos de nieve congelados. Sobre su cabeza, el cielo de los llanos de La Rioja estaba sarpullido de estrellas, y la luz azul de la luna llenaba el espacio. El horizonte ceñía, conteniendo la inmensidad; y él seguía avanzando hacia el cuarto de Mabel, como un sonámbulo.

La soledad de aquella vivienda aislada, sobre la que caía impasible y desteñida claridad lunar, le recordó su ausencia; pero una turbación de inmediata esperanza, arrancó su incertidumbre.

Metió la mitad de su cuerpo en la habitación del niño. Este dormía quieto, con la Clarinda, ajeno a la tragedia que velaba. En el corredor, sobre una silla, unos juguetes y un baldecito lleno de arena. El corazón del padre latió con fuerza... Impulso irresistible le

empujó hacia la puerta de Mabel, y muy fuerte golpeaba su corazón. Quiso huir; pero ya está adentro.

Sobre la mesa del centro, en un marquito de níquel, como siempre, su retrato, y frente a él, unas margaritas silvestres en un vaso de agua, exhalaban un olor dulce.

Caminaba en puntas de pie, y avanzaba hacia el lecho con la boca entreabierta por la agitación. La luna estiraba su brazo de luz sobre la mitad de la cama: Mabel dormía de cara a la pared, y sus cabellos negros hacían una mancha oscura sobre la almohada. Se acercó despacito y llamó en voz muy baja:

– ¡Mabel! ¡Mabel!

Pero ella, sin hacer ningún movimiento, seguía inmóvil.

Entonces, Luciano dejó en el suelo algo que llevaba en las manos; contempló de nuevo a su mujer, y en un movimiento impulsivo se tendió a lo largo de su lecho..

Unas manos muy suaves se liaron a él y una boca se pegó a la suya, murmurando apenas:

– ¡Por fin!... Sabía que vendrías..., te presentí. ¡Gracias, Dios mío!

– ¡Perdón! ¡Qué montañas son los días! Si tú supieras, Mabel...

Y se oyó un sollozo largo y contenido... Más tarde sintióse la voz de ella que decía:

– Toma mi vida, pero créeme, soy inocente.

– ¡Jurámelo por la vida del niño! ¡Que se muera si...!

– ¡Calla, no blasfemes! Lo juro, lo juro!...

– ¡Si me engañas!... ¡Ay!, te amo. ¡Perdón!...

La luz de la luna avanzó hasta sus rostros y todo lo que sus labios callaban sofocados, lo decían las lágrimas confundidas de dos almas que de nuevo se encontraban.

Afuera, la voz del viento sobre la copa del quebracho.

VIII

El sendero de la muerte

A las once de esa misma noche de noviembre, el Chileno encontró a Panta en el lugar convenido. Saltaron el cerco que daba al corral de las vacas, y de allí se encaminaron por sobre el bordo de la represa.

Claridad pálida, como un destello crepuscular, reflejaba el agua quieta; pero, en un punto, caía el chorro luminoso de plata, espejeando. Un palo alto y delgado se alzaba en el centro para medir la altura del agua. Esta tocaba el número cinco, escrito con cal sobre el color gris oscuro del palo. El lago, de tres cuadras de largo, estaba ceñido por los bordos y por altos cercos de ramas secas, atados con alambres. El silencio descendía sobre la noche; sólo las ranas croaban en el barro de las orillas.

– Ahora -dijo Panta- hay que echarse a nadar.

– Yo no sé nadar- afirmó, con susto, el Chileno-; a no ser que...

– Yo lo llevaré sobre el lomo -respondió Panta-. Empecemos.- Y dejando en la tierra la ropa innecesaria, se lanzaron al agua.

Sintieron a lo lejos unos galopes de caballos y algunos relinchos; el aire los retenía y los llevaba sin dirección.

– ¡Gente!- exclamó el Chileno, mientras palpaba el nudo del lazo con que lo amarraba Panta a su cuerpo.

– Son los potros del rodeo- dijo Panta, y siguió braceando con

fuerza.

– ¡Me canso! -articuló el Chileno.

– ¡Abra los brazos, mueva las piernas! ¡No me agarre tan juerte!
-gritóle Panta.

– ¡Volvamos! -balbuceó el Chileno.

El agua lo asfixiaba; apenas sabía mover los brazos; y Panta se agitaba con su peso.

La débil corriente los llevó hacia el palo, contra el cual dieron con la cabeza. El aire pesado les oprimía el pecho y con grandes esfuerzos avanzaba Panta a largas brazadas, sofocado, jadeante; sólo cinco metros faltaban, cuando el Chileno lanzó un grito; unos choncacos se le habían prendido de la cara. Sintió una cosa oscura en los ojos y flotó. Sabe Dios cómo Panta pudo llegar a la orilla con su carga. Se echaron boca arriba, medio muertos, y respiraron el aire con fruición. Caía la luna del cielo y las pequeñas ondas quebraban reflejos de luz azulosa; el campo, detrás de los bordos, parecía alejarse indefinidamente. En la quietud nocturna cualquier ruido tenía un gran eco.

El Chileno y Panta se pusieron de pie; de nuevo se echaron a andar. Cortaron el bordo y por detrás de las casas viejas se acercaban con grandes precauciones para no ser vistos.

El cielo parecía demasiado alto y había olor a algarrobos florecidos. ¡Todo en silencio!, ni los perros ladraban. Panta, que conocía bien la estancia, iba a la hila de la loma.

– Hay que rodear la casa y entrar por el cuarto grande -dijo el Chileno.

– Tantéese las armas ¿están listas? -preguntó Panta mientras sacaba su cuchillo.

El agua les chorreaba y sus pies no hacían ruido..

Panta, con los ojos hechos ascuas, escudriñaba, mientras el Chileno, puesta la mano en su puñal, caminaba detrás, agachándose.

– ¡Escuche! -dijo confidencialmente Panta-, es mejor que usted vaya por la ventana que da al naciente, en el cuarto de la señora, y llame despacito; las mujeres son siempre mujeres.

– ¡No! -retrocedió el Chileno horrorizado.

– El patrón no está -insinuó de nuevo el gaucho, convenciéndolo- y así, pueda que consiga las dos cosas...

– ¿Cómo, dilo? -exclamó el Chileno esperanzado.

– Llámela por su nombre, con voz dulce, y ofrécalle la vida de su marido. ¡Ya amainará!

El Chileno bajó la cabeza. Un deseo terrible se levantaba en su corazón, y hubiera querido adueñarse de Mabel sin matar al marido.

– ¡Adelante! -dijo Panta; y por detrás de la casa nueva, encorvados, afirmándose a la pared para no hacer ruido, se acercaron a grandes pasos, deteniéndose frente a la ventana que estaba entreabierta. El Chileno tocó con los nudos de los dedos la madera, diciendo despacio:

– ¡Mabel! ¡Mabel!

– ¡Nada! Nadie respondió.-

– Vuelva a llamar- insistió Panta.

– ¡Mabel! Abre, soy yo; vengo...

Un perro empezó a ladrar.

* * *

En el instante en que sonó el primer golpe en la ventana, Mabel decía, abrazada a Luciano:

– Tu dolor me deja sin fuerzas para despegar los labios. Te repito que sospechas sin fundamento. ¡Sólo a ti adoré toda mi vida!, mientras tú...

– ¿Por qué diste el clavel a ese hombre?

– Estás delirando...

De nuevo un golpe seco en la ventana, y la voz de el Chileno heló las palabras.

– ¡Cielos! -rugió Luciano en voz baja, mientras tomaba la cabeza de Mabel con las manos e hincaba los ojos en los suyos, queriendo adentrarsele-. ¡Es él! ¿Qué significa esto, Mabel?... ¡Habla!...

Otro golpe más fuerte en la ventana.

– ¡Miserable! ¡Allí está tu amante! -exclamó Luciano enfurecido.

– Me falta el aire; íse me va la vida! -sollozó Mabel con los ojos salidos de las órbitas.

– ¡Conmigo, tan infame!... ¡Conmigo!... ¡Tú has sido capaz!... ¡No!... ¡Allá voy! -y saltando del lecho, alzó su lazo que dejara en el suelo al entrar.

– ¡Ay! -gimió la infeliz, cayendo de espaldas en el lecho.

De un solo golpe abrió la ventana, y vio que dos hombres huían por detrás de la casa. Entonces, Luciano, con la desesperación que sostiene en los grandes trances, saltó fuera, corriendo detrás del Chileno, mientras boleaba el lazo con su puño robusto, al mismo tiempo que un grito horrible rasgó el silencio de la noche.

Los peones que dormían en la cocina, y en la ramada cercana, acudieron enseguida en tanto, ladraba un perro dando aullidos.

– ¡Ah!... ¡Ahí está!... ¡Ahora te tengo!... ¡José Manuel, Pizarro, Bernabé, a mí! -llamaba el Patrón, al par que forcejeaba arrastrando al Chileno, enlazado ya de la cintura.

Cinco, diez, quince peones, rodearon a Luciano, casi al bajar la loma.

– Cójalo- vociferaban los hombres; y él, el marido ultrajado, no vaciló.

Apoyándose en un pie y echando el cuerpo hacia adelante, tiró del lazo y el Chileno cayó al suelo rodando como una masa.

– ¡Ahora ya no te escaparás, villano! ¡Cobarde! -insultaba, y su voz se ampliaba en el silencio. Parecía aquel hombre transfigurado, y de una altura inmensa; y con los ojos desencajados cayó sobre el traidor, al tiempo que su puñal se hundía en la espalda. Se oyó un lento quejido, y el murmullo del viento que se alzaba sobre los campos desiertos.

José Manuel y dos hombres más tomaron al Patrón y los otros al Chileno, que se levantaba tambaleándose apenas, difumando su perfil en la noche.

– ¡Al pozo! -ordenó Luciano, ciego de cólera.

Y todos se encaminaron al campo, conscientes de la frase y de su significado.

Entonces, sucedió algo inesperado. Apareció en medio de aquel grupo de hombres, que en la soledad de un rincón del mundo iban a hacerse justicia, como un fantasma, un ser humano: alto, delgado, envuelto en un camisón blanco hasta los talones; el cabello negro, destrenzado; las manos juntas, temblorosas. Una frase parecía contenida en su boca entreabierta, mientras sus ojos azorados miraban haciendo señas con las manos. ¡Ella!

Mabel lanzó un grito de espanto al ver el puñal en manos de su marido y se precipitó hacia él.

– ¡Soy inocente! ¡Oye, espera!- y aquello, como un espectro humano, clamaba suplicante bajo la palidez de la luna que se ocultaba por entre una nube viajera, detrás de los montes.

Luciano le dio un empujón y echó a andar con sus hombres.

Mabel siguió lentamente detrás, como una demente.

La campiña no parecía sino una cosa confusa en el espacio; pero se sentía el pulso de la quietud nocturna.

IX

Luz de alba

El Chileno, encorvado, marchaba haciendo movimientos alternativamente con los dos brazos, de uno y otro lado; pero había perdido ya toda fuerza. Su espalda sangraba y corría un hilo rojo sobre la camisa blanca -el saco lo había dejado al pasar la represa-: su rostro era lívido y sus labios se llenaban de espuma. Iban llegando al valle donde estaba el pozo de balde, abierto en una peña gredosa; sobre el brocal, dos palos largos de algarrobo, dejaban apenas una abertura pequeña por donde podía pasar el cuerpo de un hombre.

Los peones, creyéndose en un festín, gritaban insultos al condenado.

– ¡Salvaje conquistador de mujeres! -decíanle.

El pobre hombre sabía que su muerte era cierta, que no había remedio; y un escalofrío de terror erizó su piel; él conocía los setenta metros de profundidad y la intención que tenía Luciano de hacerse justicia. Se estremeció, quiso pedir perdón, revelar la verdad, acusar a Panta, y gritar la inocencia de Mabel; pero le anudaba la garganta el deseo feroz de dejar a Luciano con la espina de su deshonra.

El viento que soplabá del sur, levantaba arenisca por encima de los rostros, y por el espacio azulado cruzaban en vuelo bajo algunas lechuzas. El pobre hombre cerraba los ojos para lo verlas; la presen-

cia de aquellos pájaros de mal agüero le hacía tiritar. Los oídos empezaron a zumbarle y el frío helaba sus miembros.

Llegaron. Junto al pozo, unas vacas rumiaban. Rodeábanlo unos talas que echaban sombras anchas en el suelo.

– ¡Al pozo! -dijo el Patrón, con voz de mando.

En un santiamén lo maniataron y entre cuadro lo sostuvieron en el aire.

Mabel dio un grito.

– ¡No!» -dijo- ¡Es un crimen! ¡Mentira!... ¡Mentira!... -Y corría como alocada de un lado a otro.

– ¡Todavía lo defiendes! -insultó el marido-. ¡Aquí! ¡Aquí, tu también; tus ojos lo verán todo, para tu escarmiento! -y de un brazo la arrastraba hacia el pozo.

El infeliz Chileno levantó al cielo sus ojos; quizás por última vez.

– ¡No! No me maten, escuchen... por Dios -exclamó-, yo no quise hacer daño.- Y pretendió deshacerse de los lazos en un esfuerzo final por la vida; pero era sujetado por los puños de hierro de aquellos que cumplían con la consigna como una ley. Por fin lo sentaron en uno de los palos del brocal del pozo.

El hombre abrió desmesuradamente los ojos y en un supremo adiós a la vida, asomó su corazón:

– ¡Mabel!... ¡Señora!... ¡Perdón!... Mi alma fue suya, se me entró la locura de amarla; usted fue buena. ¡Adiós!... Ya vengarán mi muerte...

– ¡Ja, ja, ja!- respondió la carcajada de los gauchos y un inmenso clamor hirió vagamente los oídos del condenado, al tiempo que se sentía flotar en el vacío... La asfixia de un minuto.. y todo le giraba... Un golpe seco en el fondo, y las tinieblas lo envolvieron...

Mabel cayó al suelo. Su marido, más sensible que las piedras de la loma, la miraba tendida a sus pies, fría, casi muerta, y una especie de alegría salvaje nacía en su corazón vengado...

Comenzaron a cantar algunos pájaros; el viento fresco soplaba furioso, y todo el campo estaba bañado de alba.

En el horizonte, detrás de los montes, se arrastraba un velo gris; los árboles aparecían perfilándose, y las casas, la represa, y el cerro lejano, envolvíanse en una bruma azulada...

X

Castigo

Al salir el sol de aquel día, un hombre montado en un caballo blanco, rayó en el patio de la estancia, y recibió de las manos de Luciano al niño, envuelto en un poncho de lana gris. Partió al galope con su carga por el camino de Patquía...

* * *

De la pieza de Mabel salió un grito agudo... Ella había estado vigilando las intenciones y movimientos de Luciano, mientras seguía los cambios de su fisonomía. Mabel sintió como si poco a poco su ser atravesado de espanto se hundiera en un silencio desolado de sepulcro. Permanecía en su lecho, de espaldas, con los ojos cerrados, para engañar la observación de su marido, que creíala dormida; la curiosidad ansiosa de saber, de revelar aquel calvario, le daba la apariencia de calma. Su rostro era impasible.

Luciano iba de una pieza a otra, avizorando inquieto el sueño de su mujer, nervioso, con el semblante hosco, conteniendo sus pasos y hasta el aliento. Miró de lleno a Mabel, y le pareció de bronce por su inmovilidad. Ella sintió, de golpe, subir desde lo hondo de su vida, como una ola de sangre pesada, que comenzara desde los pies y fuera ascendiendo lentamente por sus miembros. En eso Luciano

tomó un poncho gris de sobre una silla; lo abrió... Mabel creyó comprender... y sus músculos vibraron como las cuerdas secas que van a estallar. Quiso moverse, decir algo, pero la ola pesada de sangre, seguía apretándola... ya estaba sobre los muslos..., en su vientre... encima de su estómago... Intenta de nuevo moverse, inada!, ¡horror!... La ola gravitaba sobre el corazón, le subía hasta la garganta y una angustia espantosa inmovilizaba sus labios...

Ella se quedó dura en la cama sin atreverse a respirar, mientras escuchaba temblorosa el menor ruido... Tuvo la sensación de que un gran silencio entraba en la pieza... y creyó ver algo informe cerca de su lecho. Su rostro sufrió una ligera convulsión y las mejillas se le hundieron, tornándose casi blancas. En su cerebro se confundían las ideas y bajaba de las sienes un sudor helado que rodaba hasta su cuello; instintivamente abrió los ojos empañados y angustiosos... ¡Santo Dios!... Luciano alzaba en brazos a su hijo y lo entregaba a José Manuel...

De repente la luz se hizo... Enderezóse de golpe, luchando con el peso de esa cosa desconocida que la aplastaba. Gritó, pero sólo un aullido ronco salió de su garganta... Los ojos casi fuera de las órbitas se inyectaron de sangre; frente a ella creyó ver un monstruo que semejaba un mono, amenazándola con las uñas, mientras reía con toda la boca y movía los ojos de vidrio con singular velocidad.

Entonces sucedió algo extraordinario: las sombras envolvieron el cerebro de Mabel, y aun con la sensación de la realidad, tuvo la seguridad de que alguien la alzaba por los aires y luego la dejaba caer pesadamente, rodando en un abismo sin fondo... Un instante de lucha entre la conciencia y la vida... pequeños relampagueos en los ojos... un grito agudo en los oídos...; luego.. ¡la nada!...

De un salto se bajó del lecho.. tendió los brazos... salió corriendo al patio; se detuvo como abarcando con los ojos la lejanía; y se súbito clamó en alta voz:

– ¡Al pozo!- al tiempo que huía despavorida...

Desde entonces, todos los días, en la hora en que la inmensa soledad se derrama por el mundo, de pie, sobre la loma, una mujer avizora el horizonte; allá... donde se alza el picacho adusto y mudo; mientras el Zonda, forzado e indiferente, hace flotar suelta la negra cabellera y lía las formas de Mabel en su saya blanca y larga. Y desde aquel cielo tan alto, en cuyo fondo se estampan las grandes montañas, el crepúsculo cae diariamente sombrío, pesado, sobre la estancia «Los Llanos»...

INDICE

Índice general

Conceptos del Dr. Bernardo A. Houssay acerca de esta obra	7
Un importante comentario sobre «El Pozo de Balde»	8
Prólogo	11
Al Lector	17
 Introducción	 21
 PARTE PRIMERA	
I. Mabel	39
II. Turbación Espiritual	50
III. La voz de la Guitarra	54
IV. La Boda	64
V. En Tama	81
VI. Después de la Boda	90
VII. Vuelta de Tama	96
 PARTE SEGUNDA	
I. «Los Llanos»	99
II. El 20 de Febrero	107
III. La Cosecha	114
IV. El grito de la Bruja	120
V. Un habitante más	129
VI. Panta y Luciano	138
VII. Los primeros celos	146
VIII. La riña de gallos	153
 PARTE TERCERA	
I. Primera ausencia	167

II. Espíritus turbados	176
III. Ánimos atormentados	182
IV. Los antiguos amantes	193
V. Herida que sangra	203
VI. Marido y mujer	211
VII. Mabel y la boa	216
VIII. La Mama Nicasia	222

CUARTA PARTE

I. El Bautismo	231
II. En la noche	242
III. La mano del destino	244
IV. Herida que sangra	245
V. Incertidumbre	250
VI. La abandonada	256
VII. Las cumbres del amor	260
VIII. El sendero de la muerte	262
IX. Luz de alba	267
X. Castigo	270

Se terminó de imprimir en noviembre de 1999
en los talleres de Editorial Canguro S.R.L.
Buenos Aires 207 - La Rioja
República Argentina

